

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

PROGRAMA DE MAESTRÍA EN FILOSOFÍA



AUTOBIOGRAFÍA Y PRESENTE VIVO
UN ESTUDIO FENOMENOLÓGICO

POR

GABRIEL SCHUTZ ROSENFELD

TESIS PARA OBTENER EL GRADO DE: MAESTRO EN FILOSOFÍA
DIRECTOR DE TESIS: DR. ANTONIO ZIRIÓN QUIJANO

CIUDAD UNIVERSITARIA, MÉXICO D.F., MARZO 2007



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A Antonio Zirión, con gratitud y sincero afecto.

AGRADECIMIENTOS

Este trabajo se ha visto beneficiado de distintas maneras por el apoyo de varias personas. Estoy en deuda con el Dr. Antonio Ziri3n por haberme prevenido de algunos errores, por sus valiosas sugerencias y por haber asumido su papel de director de tesis con un grado de compromiso y seriedad intachables. He tenido la inmensa fortuna de encontrar en el Dr. Ziri3n, no s3lo a un interlocutor privilegiado, sino a un mentor y a un amigo.

Tambi3n quedo en deuda con los lectores, los doctores Alberto Constante, Eduardo Gonz3lez Di Pierro, Mar3a Herrera y Greta Rivara. Todos ellos han tenido la mejor disposici3n hacia mi trabajo y mis urgencias.

No puedo dejar de agradecer a la Direcci3n General de Estudios de Posgrado (DGEP), cuya beca me permiti3 desempe1ar cabalmente mis estudios de maestr3a.

Norma Pimentel y Tere Rodr3guez me han auxiliado en numerosas ocasiones, respondiendo a mis consultas e imprimi3ndole celeridad a las gestiones administrativas necesarias para mi titulaci3n.

La Dra. Dolores Illescas comparti3 conmigo su erudici3n husserliana, haci3ndome sugerencias provechosas.

Por 3ltimo, el mayor de mis agradecimientos tiene por destinatario al mayor de mis amigos: Ram3n Chaverry. Las muchas gestiones que hizo en mi favor durante mi estancia en Uruguay, la generosidad de sus horas, la amabilidad y el aliento de sus palabras no encontrar3n aqu3 expresiones suficientes para hacer constar mi enorme gratitud.

(El amor y el apoyo de mis padres, Bernardo Schutz y Vivian Rosenfeld, han beneficiado las p3ginas que siguen —y m3s generalmente, mi ser y mi hacer— en tantos sentidos y de tantas maneras, que cualquier intento de enumeraci3n se ve abrumado de antemano.)

ÍNDICE

ABREVIATURAS Y NOTAS PRELIMINARES.....	vii
INTRODUCCIÓN.....	1

CAPÍTULO PRIMERO: EL PROBLEMA DE LA TRASCENDENCIA MEREOLÓGICA

I.	Motivación para iniciar un estudio del problema.....	11
II.	La teoría husserliana de los todos y las partes.....	12
	1. Nociones preliminares, alcance y propósito de la teoría.....	12
	2. Exposición crítica de los conceptos más relevantes de la mereología husserliana.....	17
	a) Partes no-independientes y partes independientes.....	17
	b) Relaciones mereológicas: discusión sobre una aporía y aclaración sobre la independencia de las partes concretas.....	20
	c) El problema de la unidad: fundamentaciones unitarias y momentos figurales.....	28
III.	Abordaje del problema inicial.....	35
	1. Análisis ontológico.....	36
	2. Análisis en la esfera empírica.....	41
	2.1 La regularidad como base de las anticipaciones relativas a diferencias ínfimas ocultas.....	42
	2.2 Grados de idoneidad de los escorzos para anticipar diferencias ínfimas ocultas.....	47
	2.3 Exhibición de trayectos posibles para penetrar en el horizonte de la cosa.....	50
	2.4 El horizonte externo y la posibilidad de anticipar determinaciones relacionales entre las partes ocultas y su entorno inmediato.....	53
	2.5 El horizonte externo y la posibilidad de anticipar determinaciones de las partes ocultas a partir de las relaciones entre la cosa y su entorno inmediato.....	56
IV.	Sinopsis del capítulo primero y tránsito hacia el capítulo segundo.....	58

CAPÍTULO SEGUNDO: TRASCENDENCIA DE LAS VIVENCIAS EN SENTIDO TEMPORAL

I.	Consideraciones pre-teóricas.....	61
II.	¿Es que percibimos el pasado inmediato?.....	66
III.	Disponibilidad y vigencia del pasado lejano en el presente vivo.....	74
	1. Insuficiencia de una descripción puramente formal para acometer el problema.....	74

2.	Hacia una fenomenología de la afección y la asociación pasiva.....	79
2.1	Síntesis temporal entre intenciones llenas y vacías, determinadas e indeterminadas.....	79
2.2	El despertar de los recuerdos por obra de la afección y la asociación por semejanza.....	86
	a) La afección como condición necesaria del despertar.....	86
	b) La asociación por semejanza como síntesis determinante de los contenidos despertados.....	92
3.	Asociaciones mediatas e inmediatas.....	100
3.1	La arbitrariedad de lo semejante y la mirada fenomenológica.....	100
3.2	Semejanza inmediata entre sentidos vivenciales plenarios.....	103
3.3	Digresión: Respuesta a una posible objeción.....	107
3.4.	El escorzamiento temporal del sentido.....	110
	3.4.1 Permanencia del pasado como disponibilidad y como vigencia.....	110
	3.4.2 El influjo de la muda vigencia.....	115
	3.4.3 Disponibilidad (evocabilidad) y vigencia (vigor): dos caras de una misma moneda.....	118
	3.4.4 Aclaración sobre el problema pendiente acerca de si en todo presente vivo hay recuerdos inmediatamente disponibles-afectantes.....	126
4.	El doble escorzamiento del presente vivo en el tiempo fenomenológico: escorzamientos longitudinales y transversales, y su infinita imbricación.....	132
	4.1 El escorzo longitudinal.....	135
	4.2 El escorzo transversal.....	136
	4.3 Entrelazamiento de los escorzos longitudinales y transversales: todo el pasado en cada presente vivo; toda la vida en cada vivencia.....	141

CAPÍTULO TERCERO: LA TRASCENDENCIA MEREOLÓGICA DE LAS VIVENCIAS Y LA AUTOBIOGRAFÍA PASIVA QUE ACOMPAÑA A CADA PRESENTE VIVO

I.	Motivos para un análisis suplementario en clave mereológica.....	145
II.	Caracterización mereológica de las vivencias y del flujo.....	147
1.	El problema de los concretos no-independientes.....	147
1.1	La discontinuidad como base de la separabilidad intuitiva.....	154

1.1.1	Digresión: El sentido plenario de las vivencias como momento figural o momento de unidad.....	156
1.1.2	Continuación del análisis de discontinuidad (recuerdos secundarios).....	158
1.2	Separabilidad intuitiva en la reflexión: el caso del presente vivo como concreto intuible (inaplicabilidad de la noción de discontinuidad para este caso).....	161
1.3	La no-independencia de las vivencias: momentos y fundamentaciones entre pasado, presente y futuro.....	165
1.4	El flujo de vivencias como todo y la precisa determinación de la trascendencia mereológica de las vivencias.....	170
1.5	El presente vivo y la autobiografía pasiva.....	172
CONCLUSIONES.....		175
BIBLIOGRAFÍA.....		181

ABREVIATURAS Y NOTAS PRELIMINARES

En las páginas que siguen he citado algunas obras de manera abreviada. Puesto que este trabajo es un estudio fenomenológico, en sentido husserliano, las abreviaturas conciernen únicamente a aquellas obras de Husserl que, o bien son citadas con bastante frecuencia, o bien tienen títulos demasiado largos. Para el resto de las obras de Husserl y de los demás filósofos (y no filósofos), la citación refiere el título de manera integral.

He preferido evitar en las notas a pie de página la inclusión de la totalidad de los datos bibliográficos. Cito allí únicamente el título (o su abreviatura), el parágrafo, en caso de estar numerado, y las páginas; el resto de los datos figuran en la bibliografía. Para el caso de artículos publicados en revistas académicas, el modo de citar incluye el volumen (caso de haberlo), el número, el año de la edición y las páginas; los demás datos figuran, también, en la bibliografía.

La tabla de abreviaturas sigue el orden de aparición de las obras a lo largo de la investigación. Las abreviaturas de las ediciones inglesas se atienen al título en inglés (aunque he traducido al castellano, en cada caso, los pasajes tomados de estas ediciones). Para algunas obras he creído oportuno recordar nuevamente, a pie de página, la abreviatura correspondiente.

<i>IL</i>	<i>Investigaciones lógicas</i>
<i>Ideas I</i>	<i>Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica. Libro primero.</i>
<i>PhA</i>	<i>Philosophy of Arithmetic [Filosofía de la aritmética]</i>
<i>Ideas II</i>	<i>Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica. Libro segundo.</i>
<i>LFCIT</i>	<i>Lecciones de fenomenología de la conciencia interna del tiempo</i>
<i>ACPAS</i>	<i>Analyses Concerning Passive and Active Synthesis [Análisis sobre síntesis activa y pasiva]</i>
<i>Hua</i>	<i>Husserliana</i>

INTRODUCCIÓN

Los propósitos que persigue este apartado introductorio son: (i) Presentar las preguntas que guían la investigación; (ii) Señalar su motivación y su abordaje; (iii) Ofrecer al lector una especie de mapa de ruta, indicando los pasos principales que serán dados y cómo es que estos pasos están estructurados en la organización del trabajo. En atención a esto, me valdré de un lenguaje que sea suficiente para dar satisfacción a los tres propósitos señalados, sin detenerme en discutir imprecisiones o problemas que seguramente quedarán sugeridos ya a esta altura. En cuanto a la presentación de los pasos que dará la investigación, se trata de un mapa que indica trayectos, no de la expedición misma; no tendría sentido, pues, justificar a esta altura cómo es que se alcanza a dar tal o cual paso. La discusión de imprecisiones y problemas, así como la justificación fenomenológica de cada paso, conciernen a los capítulos que propiamente componen la investigación.

* * *

¿Sería admisible afirmar que en cualquier vivencia que un yo vive está entrañada, de algún modo, *toda* su vida vivida, *todo* su pasado? Y si esto fuese admisible, ¿de qué modo?

Estas preguntas constituyen el desvelo de las páginas que siguen. El orden en que han sido introducidas no puede ser, sin embargo, el que tomen las investigaciones destinadas a responderlas. Y esto porque la posibilidad de afirmar lo primero depende enteramente de la posibilidad de describir lo segundo. En otras palabras, la primera cuestión sólo puede recibir adecuada respuesta una vez que haya sido descrito el modo como en todo presente vivo, en todo ahora en que el yo vive, está entrañado su pasado. Sólo si resulta que este estar entrañado —la vaguedad de esta formulación adquirirá un sentido preciso más adelante— envuelve la totalidad de las vivencias ya vividas del yo, puede la pregunta primera recibir asentimiento.

El problema puede ser considerado en la especificidad con que ha sido introducido, pero también en un nivel de generalidad mayor. Esto último deriva de considerar, ya no el modo como la totalidad de vivencias pasadas de un yo está —si es que esto es así— entrañada en la vivencia presente, sino, en general, de considerar cómo un todo está entrañado o señalado por cualquiera de sus partes —también, si es que éste es el caso.

Cierto es que dar respuesta a las cuestiones formuladas al inicio parece poder prescindir de una consideración general acerca de los todos y las partes, consideración que, por lo demás, impone investigar si puede hablarse de las vivencias como partes, y de la corriente o flujo de vivencias

como todo. Pero la necesidad de un abordaje mereológico se insinúa al advertir las sospechas que, con buen tino, es dable abrigar hacia las preguntas introducidas al comienzo. Pues cualquiera objetaría que de una remota vivencia de infancia, una vivencia cuyo sentido no fue traumático ni especialmente significativo, sino en todo ordinario, no puede afirmarse que esté “realmente” entrañada en la vivencia actual de la misma persona que hoy es adulta. ¿En qué medida puede estar envuelto en mi vivir el ahora como lo vivo —ahora que escribo estas líneas o en cualquier otro ahora de mi vida adulta—, que haya yo mirado desde la ventana un árbol cualquiera, una tarde de un día cualquiera cuando tenía apenas cinco años? Es casi seguro que entonces miré árboles y calles y personas, y un sinfín de cosas más, por más que ahora no recuerde casi nada o nada de ello, y es casi seguro, también, si no evidente, que nada de ello puede estar directamente entrañado, ni ejercer, en principio, el menor influjo directo sobre mis vivencias actuales.

A quien esto objetara habría que darle de inmediato la razón. Pero la legitimidad de su réplica se ve apoyada, de manera fundamental, por la idea de que una vivencia así de remota, cuyo sentido vivencial ha sido así de ordinario, no puede estar *directamente* entrañada ni ejercer un influjo *directo* sobre la vivencia actual. Esto no atenta, sin embargo, contra la posibilidad de que pueda estar entrañada o aun ejercer alguna clase de influjo de otro tipo: indirecto, indirectísimo si se prefiere, o para decirlo de otro modo: mediato.

Este punto es justamente el que insinúa la posibilidad de considerar el problema, *también* a la luz de una teoría de los todos y las partes, es decir, en clave mereológica. Pues, a fin de cuentas, a quien formulara una objeción como la anterior, el buen tino que antes le amparaba no lo apoyaría esta vez para objetar la posibilidad de que aun las vivencias más lejanas guarden alguna *clase de relación*, por mediata que ésta sea, con el presente vivo. Al contrario, la misma sensatez que antes lo había conducido a formular su réplica, debería conducirlo ahora a aceptar que vivencias como las ejemplificadas están relacionadas, cuando menos, por ser vivencias de una misma corriente de conciencia; o dicho de un modo todavía pre-teórico —no por ello ilegítimo a esta altura—, que ambas forman *parte* de un mismo flujo. Y así es que el problema puede ser considerado en términos de cómo es que están ligadas dos partes remotas de un mismo todo.

La mera consideración mereológica no puede dar respuesta a las preguntas iniciales. No obstante, siendo que a la mereología le cabe estudiar asuntos tales como qué supone ser parte, qué clases de partes pueden distinguirse, bajo qué relaciones pueden estar envueltas las partes entre sí y las partes con respecto al todo, y qué es lo que le presta unidad a un todo, la consideración de los problemas anunciados gana, a la luz de una teoría de los todos y las partes, una descripción más precisa de algunos aspectos (sobre todo, de los que atañen a los enlaces entre las vivencias) para cuya cabal justificación la investigación del problema específico se ve necesitada de complemento. Esto, desde

luego, si es que, en efecto, las vivencias pueden considerarse partes de un todo (el flujo), como sugiere el uso pre-teórico que he adelantado de estos términos. Se trata, pues, de un abordaje complementario, aunque imprescindible.

Por otro lado, la formulación del problema en términos mereológicos permite hacer notar de manera más sencilla la motivación de las preguntas, a través del uso ejemplos. Pongamos que vemos una cosa cualquiera, una mesa. Pero no vemos la mesa por todos sus lados a la vez. Lo que estrictamente intuimos de ella es lo que se nos ofrece por uno de sus lados, o como suele decir Husserl (en las traducciones de Gaos), la mesa se exhibe en un escorzo. En este escorzo se muestran ciertas partes de la mesa. Y sin embargo, percibimos ya un todo. Lo intuitivo —lo que cae en la intuición— es el lado en el que se exhiben las partes; lo percibido, el todo. Las partes exhibidas “señalan”, ya en su mostrarse, su ser partes-de, es decir, señalan un todo del que ellas son partes; señalan, también, que, por muy desconocido que nos sea el objeto, las partes que ahora no se exhiben, por ser partes de un todo como éste, tienen que compartir con las que efectivamente se muestran ciertas características: no sabemos de qué color serán los lados no vistos, pero sí que tendrán algún color; tampoco cómo estará dispuesta la extensión, pero sí que habrá extensión, etc. Estas pocas indicaciones, presentadas aquí de manera superficial, y todas las descripciones que ellas alientan, obedecen al intento de dar respuesta al problema formulado en términos mereológicos: ¿Cómo es que la parte (que se exhibe) “expresa” al todo del que es parte? Vistas así las cosas, la pregunta inicial podría plantearse del modo siguiente: ¿Cómo es que en una vivencia cualquiera del yo se “expresa” (o está entrañada) la totalidad de sus vivencias?

En el capítulo primero desarrollaré de manera más rigurosa lo que en el párrafo precedente ha quedado apenas sugerido. Haré notar la motivación para iniciar un estudio acerca de cómo la parte expresa al todo (I) —lo que llamaré problema de la trascendencia mereológica—, presentaré y discutiré los aspectos más relevantes de la mereología husserliana de la Tercera investigación lógica (II), y desarrollaré una suerte de fenomenología destinada a dar respuesta al problema (III), considerando, en primer lugar, qué es lo que *necesariamente* “expresan” las partes que se exhiben de un todo cósmico, espacio-temporal (III.1), y qué no “expresan” con necesidad (III.2). En esta última esfera se ven envueltas todas aquellas determinaciones de los lados no vistos de la cosa, que no están necesariamente entrañadas por el modo mismo de ser del todo, sino que son determinaciones que pueden anticiparse, implícitamente, según la experiencia que hayamos tenido con cosas del estilo o con esa cosa en particular. Todas las descripciones de este último análisis, en la esfera empírica, sirven al capítulo primero, pero sólo algunas de ellas resultan de provecho para abordar el verdadero problema de la investigación.

Es en el capítulo segundo donde se acometen verdaderamente las preguntas formuladas al comienzo; es, pues, el capítulo fundamental del trabajo, el que alcanza, hacia sus últimas páginas, la descripción de cómo se hallan pasivamente ligadas entre sí todas las vivencias de una corriente de conciencia, de cuál es la forma de esa urdimbre, y de cómo es que esta urdimbre afecta o “se expresa” en todas y cada una de las vivencias que la constituyen (de manera fundamental, cómo esta totalidad vivencial —que hacia el final del capítulo tercero se designa autobiografía pasiva— acompaña a cada presente vivo).

Puesto que se trata de investigar cómo es que el pasado está entrañado en el presente, se estudia esto, en primer lugar, con respecto al pasado reciente o recientísimo (lo recién sido) y, en segundo lugar, con respecto al pasado lejano. Lo primero es abordado a partir de la pregunta acerca de si percibimos o no el pasado reciente (II). Para dar respuesta a esta cuestión, se exponen de manera apretada las lecciones que Husserl ofreció en relación a la conciencia del tiempo interno. A partir de la necesidad de explicar cómo es que tenemos conciencia de la duración (en primera instancia, de un objeto que dura), Husserl combate la idea de que el presente pueda ser concebido como un ahora infinitesimal y desarrolla una descripción de un presente “espacioso”, que abarca, a la vez que la intención dirigida al ahora (impresión), las intenciones dirigidas hacia lo recién sido (retención) y hacia lo por venir (protención). A la luz de estos trabajos, que ofrecen una descripción de la forma del tiempo interno, se discute la pregunta, para concluir, al cabo, que es justo en la retención que el pasado es originariamente percibido *qua* pasado, pero que éste es un caso completamente excepcional.

En cuanto a la inquisición sobre el pasado lejano, se parte por advertir que, no bien las retenciones dejan de presentar su objeto (lo retenido) y comienzan a “hundirse”, la posibilidad de recuperar aquello que se ha “hundido” no puede ser descrita apelando a la mera forma del tiempo (III.1). Describir cómo es que se recuerda algo “hundido”, cómo un recuerdo “despierta”, supone investigar síntesis que operan con contenidos de conciencia (uno “llama” al otro). Con todo, si bien la mera forma del tiempo no puede bastar para estos fines, las síntesis que se ven envueltas en el despertar de un recuerdo, son, como la primera, síntesis pasivas, esto es, síntesis en las cuales el yo no se encuentra comprometido en una participación activa.

Antes de describir el despertar de un recuerdo, se advierte que toda intuición de posibilidades no puede darse sino en protención, de manera anticipatoria: lo posible sólo es intuido como posible cuando todavía no es acto consumado, con lo cual, un recuerdo posible sólo puede ser intuido (pasiva o activamente), en cuanto tal, esto es, como posible recuerdo, de manera anticipatoria (III.2.1).

Las descripciones que estudian el despertar de un recuerdo reparan en dos aspectos: afección o fuerza afectiva y asociación (III.2.2). Por un lado, se considera el despertar como el estímulo o fuerza afectiva que parte desde el presente y se dirige al pasado, despertando con ello una sedimentación retencional hundida (III.2.2.a). Se estudia aquí cómo una retención que despierta es inicialmente una intención vacía, esto es, una que oculta o implica de momento su sentido, y cómo con ello se inicia, a la par, la tendencia hacia la explicitación. El recuerdo vacío, visto como potencia con vistas a actualizarse, es inicialmente intuitivo (en pasividad) como una posibilidad inconsumada, y en este sentido es, como tal, anticipado pasivamente. Se ve, también, que el tránsito de la esfera pasiva hacia la esfera activa, en que el yo se vuelve hacia lo que “golpea las puertas de la conciencia”, depende justamente de la fuerza con que las sedimentaciones retencionales golpeen, una vez despertadas.

En cuanto a la asociación, a ésta le cabe, por así decir, dirigir o direccionar la fuerza afectiva; de otro modo sería ésta una fuerza ciega y toda retención hundida podría aspirar con igual derecho a ser despertada (III.2.2.b). A la hora de describir esta síntesis asociativa, se defiende que los términos que se ven asociados lo hacen en virtud de su semejanza, pero entendiendo esto en un sentido más amplio que el de Hume: semejanza aquí (en sentido husserliano), comprende también contigüidad en tiempo y espacio y “causalidad” (motivación). Se defiende, también, que la ley de asociación por semejanza es el único principio capaz de unificar el sentido de la vivencia presente con el sentido de una vivencia pasada.

Pero, puesto que todo es, en principio, susceptible de ser asemejado con todo (más aún en esta amplia acepción de semejanza), como sugieren “El lenguaje analítico de John Wilkins”, de Borges, y el prefacio a *Las palabras y las cosas*, de Foucault, la descripción tiene que poder ofrecer algún criterio que permita determinar por qué, en último caso, algún sentido presente en la vivencia actual se ve asociado con algún sentido de una vivencia pasada (III.3.1). En otras palabras, se busca determinar por qué de entre todo el acervo de memorias, hay alguna o algunas vivencias pasadas que son las que se ven *inmediatamente* asociadas. La descripción lleva a concluir que no hay “algo” del presente que se vea asociado con “algo” de alguna vivencia pasada, sino que lo que determina la asociación inmediata entre estas vivencias es la semejanza en cuanto al sentido plenario de ambas. Es el sentido íntegro, total de la vivencia del ahora el que se ve pasivamente asociado con el sentido pleno de alguna vivencia del pasado, y no un aspecto “parcial” de lo uno el que despierta un aspecto “parcial” de lo otro. A pesar de que cuando lo recordado se muestra y el yo lo aprehende, éste advierte a menudo, reflexivamente, que “tal cosa me hizo acordar a tal otra”, defenderé que no puede un elemento singular despertar a otro elemento singular, sino que es la impresión total de la vivencia la que despierta otra vivencia. Hablaré pues de una asociación inmediata entre sentidos

vivenciales plenarios (III.3.2) y discutiré algunas objeciones que pueden levantarse en contra de esta conclusión (III.3.3).

Ahora bien, los pasos dados hasta aquí se han ocupado de cómo el pasado se encuentra disponible en el presente; de cómo, en otras palabras, el pasado es anticipado pasivamente en el presente. Ha quedado pendiente, de momento, la discusión acerca de si *en todo presente vivo* están ya siempre siendo pasivamente anticipadas vivencias pasadas o no. Pero también ha quedado pendiente la descripción acerca, ya no de cómo se encuentra disponible el pasado, sino de cómo *obra* el pasado sobre el presente (III.3.4.1). También aquí se trata de estudiar qué recuerdos, de entre el acervo, tienen un influjo más inmediato sobre el presente, así este influjo sea implícito o mudo. Las descripciones de este apartado buscan hacer ver que un sentido que comparece se muestra tal como es, en parte, porque está siendo tácitamente contrastado con otros sentidos comparables pero ausentes. La diferencia entre el indiferenciado ardor que experimenta un comensal poco avezado en comida tradicional mexicana y las finas discriminaciones que puede hacer un comensal experimentado en estas lides, radica en que el último, a diferencia del primero, consigue discriminar un sinfín de matices: las notas de sabor que prodiga el chile, el modo como las papilas se saturan en el paladar, el modo como crece y decrece el picor, la permanencia, el retrogusto, etc. Todo esto le es posible al comensal avezado porque, *implícitamente*, está comparando su experiencia con experiencias anteriores del estilo y es, en parte, con base en estas tácitas contrastaciones que este chile le sabe justo como le sabe. Pero se trata de contrastaciones implícitas, tácitas, de un mudo influjo que el pasado todavía vigente (vigoroso, afectante) ejerce sobre el presente (III.3.4.2).

Lo que se desea investigar, a esta altura, es si el pasado inmediatamente asociable-disponible, es también el pasado inmediatamente afectante. En otras palabras, si la efectiva comparecencia de un recuerdo (de lo recordado) no es sino el mostrar el rostro de aquel pasado que, no sólo estaba siendo ya pasivamente anticipado, sino también de aquel pasado que estaba obrando sobre el presente con mayor vigor. La dificultad para poder determinar esto es que, en el caso del pasado inmediatamente disponible, hablábamos de sentidos vivenciales plenarios, mientras que en el caso del pasado inmediatamente vigente-afectante, hablábamos de sentidos “parciales” (como en el caso del chile), y no de sentidos vivenciales plenarios. Para que disponibilidad y vigencia afectante fuesen dos caras de una misma moneda, ambas tendrían que entrañar, o bien sentidos “parciales”, o bien sentidos plenarios. Lo que se intenta mostrar, pues, es que el pasado inmediatamente afectante también obra a partir de sentidos vivenciales plenarios (inicialmente de recuerdos vacíos, esto es, de retenciones cuyo sentido permanece implícito), haciendo ver que el modo como un viviente vive originariamente su vida es como una totalidad de sentido, como un todo ya articulado, y no como una articulación. Si estoy comiendo con un amigo, en un restaurante, estando yo bajo cierto estado

de ánimo, yo no vivo mi vivencia como este amigo combinado con este restaurante y este estado de ánimo, en suma, como un agregado de “partes”, sino como una totalidad, y por ello, este encuentro con este amigo, aquí y ahora, será más interesante o más aburrido, afectivamente más cercano o más distante, etc., entre otras cosas en virtud de comparaciones implícitas relativas a vivencias “de este tipo” (comidas con mi amigo, o de manera más mediata, comidas con algún amigo). Implícitamente anticipo este encuentro como anodino, porque antes tuve encuentros con mi amigo que fueron más excitantes, y en este anticipar se ven envueltas, *ante todo*, vivencias pasadas (el sentido plenario de ellas), más bien que “partículas” de sentido. No abundaré aquí en justificaciones; el punto se ha visto necesitado de no poco soporte descriptivo y es, en todo caso, en el apartado correspondiente (III. 3.4.3) donde esto se describe en detalle. La conclusión a la que se arriba es, al fin, que el recuerdo inmediatamente disponible no puede ser sino el recuerdo inmediatamente afectante sobre el presente vivo. Se habla, por ello, de una disponibilidad afectante del pasado en el presente.

Pero queda pendiente, todavía, el asunto relativo a si puede decirse que en *todo* presente vivo están siendo pasivamente anticipados recuerdos del pasado o no. Esto se discute en III.3.4.4; la conclusión es afirmativa.

Habiendo, pues, determinado cómo es que el pasado lejano se encuentra inmediatamente entrañado (por disponible y por afectante) en todo presente vivo, se pasa a la consideración de cómo están entrañadas en el presente vivo las demás vivencias del pasado (III.4). Se advierte allí la desatención que se le había concedido al pasado reciente, y se describe cómo la disponibilidad afectante del pasado en el presente se organiza según dos “líneas maestras” que parten de las dos intenciones adheridas a la intención del ahora (impresión), es decir, de la retención y de la protención. Por el lado de la retención se describe cómo el pasado reciente se encuentra en grados cada vez más mediatos de disponibilidad afectante conforme nos remontamos hacia vivencias más alejadas del ahora (III.4.1). Por el lado de la protención, se describe cómo al ser anticipado en el ahora, aun si vaciamente, el sentido de aquella vivencia del pasado lejano que co-sostiene, de manera inmediata, el sentido de la vivencia actual, cómo, decía, este anticipo debe entrañar, implícitamente, el propio horizonte de pasado lejano y de pasado reciente de esa vivencia pasada, pasivamente anticipada. Con lo cual, así como el sentido del presente vivo se ve co-sostenido (fundado, como aclarará el análisis mereológico), de manera inmediata, por el sentido de esa vivencia del pasado lejano, así también esta última debe estar co-sostenida, en un segundo grado de pasividad, por el sentido de una vivencia pasada lejana, relativamente a ella, y procediendo de este modo es que se abre toda una serie de vivencias, que se remonta hacia pasados más lejanos, en grados crecientes de pasividad y en grados de afectación-influjo más y más mediatos con respecto al

presente vivo (III.4.2) —esto, sin embargo, no determina que las vivencias más remotas de la serie puedan ser tenidas por una mera nada.

En atención a una conveniente analogía, cuyas razones no tiene mayor importancia referir ahora, he llamado escorzo del presente vivo en el pasado reciente, o *escorzo longitudinal*, a la serie de vivencias que inicia del lado de la retención. A la que inicia con la anticipación pasiva de recuerdos del pasado lejano (la que parte del lado de la protención), y que se extiende en grados de pasividad cada vez mayores, la he llamado escorzo del presente vivo en el pasado lejano o *escorzo transversal*.

Un aspecto que mencionaré aquí de manera más que abreviada, pero que tiene importancia en el marco de estas descripciones, es el modo como las vivencias pasadas tienen, potencialmente, en todo momento, un sentido distinto (no un “contenido” distinto) según sea uno u otro el ahora desde el cual se las evoque (pasiva o activamente). Hay aquí una donación de sentido retrospectivo que la evocación le otorga a la vivencia pasada; esto es discutido con algún detenimiento y motiva distinciones y nombres nuevos cuya presentación ahora no haría sino confundir al lector.

El último apartado del capítulo (III.4.3) describe cómo estas dos series se encuentran imbricadas por todas partes, de suerte que cada vivencia pasada tiene su propio escorzo longitudinal y su propio escorzo transversal, en el grado de pasividad que le cabe. Pero puesto que estos escorzos son series de vivencias, de cada una de ellas parte, lo mismo, un doble escorzamiento, con lo cual todas las vivencias pasadas se ven ligadas de acuerdo con la forma de esta urdimbre, trama o malla. Es en estas descripciones finales (III.4 y ss.) cuando se alcanzan los resultados fenomenológicos de mayor relevancia; es aquí donde se ofrece realmente respuesta a las preguntas de inicio. Se trata, por ello, de las descripciones más difíciles y más delicadas. Si esta exposición introductoria no ha alcanzado a hacer ver de manera clara la forma de esta trama, que al final llamaré autobiografía pasiva, deja al menos consignados los resultados más importantes que alcanza este estudio. (En las últimas páginas del apartado el lector puede encontrar una representación gráfica que ilustra los resultados finales del capítulo.)

Hacia el final del capítulo segundo se obtiene, pues, la descripción de cómo es que el pasado está entrañado en el presente, de cómo, en último caso, todo el pasado se encuentra en grados diversos de pasividad y mediatez en relación con el presente vivo, según esta trama, y de cómo, a fin de cuentas, toda vivencia guarda con todas las demás alguna relación, por mediata que ésta sea. Pero tanto en las descripciones finales del capítulo, como en otras, se habían introducido ideas que reclamaban mayor precisión y aun justificación. Al hablar, por ejemplo, del sentido plenario de una vivencia, como aquella impresión afectiva y total, que se funda a la vez en todos los sentidos parciales que la componen, se refería esto con alguna vaguedad, sin introducir todavía los conceptos

de parte y todo, y en fin, prescindiendo de un lenguaje mereológico que le prestara una expresión más precisa a esta idea.

De otro lado, a la hora de describir el doble escorzamiento del presente vivo en el tiempo fenomenológico, se veía que, conforme iban creciendo los grados de pasividad de las vivencias de las series, crecían, a la par, los grados de *mediatez* en que estas vivencias se relacionaban con el presente vivo; se advertía, incluso, que por mediata que fuera la relación entre el presente y las vivencias más remotas de la serie, estas últimas no podían ser tenidas por una mera nada. En el capítulo dos se daba razón de esto último, pero la razón más fuerte recibe apoyo de advertir que todas las vivencias de estas series se *fundan* las unas en las otras (como se dice, al pasar, aprovechando que en el capítulo primero se había hablado ya de relaciones de fundamentación, pero sin estudiar con detenimiento cómo es que unas vivencias se fundan en otras).

El capítulo tercero viene a reparar estas imprecisiones y a ofrecer un apoyo más firme a ciertos puntos fundamentales del capítulo segundo que habían quedado a la espera de una justificación cabal. Se parece, de algún modo, a la segunda mano de pintura que se la da a una pared. A este capítulo último, sin embargo, se le presenta el desafío, no sólo de poder describir en qué sentido las vivencias de un yo son una clase de partes, qué clase y por qué (II.1-II.1.2), y en qué sentido el flujo de vivencias de un yo es un todo (II.1.4), sino que a la par carga sobre sí la tarea de introducir algunos desarrollos y aun pequeñas reformas de que se ve necesitada la mereología husserliana, expuesta en el capítulo primero. Husserl confiaba en que las descripciones de la Tercera investigación lógica, donde él había expuesto su teoría de los todos y las partes, pudieran funcionar como “palancas” para describir la vida de conciencia. Aquí y allí se encuentran dispersas en su obra referencias aisladas que refrendan este propósito, así como reconocimientos posteriores de algunas fallas de su temprana mereología. Pero no hay, hasta donde he podido ver, un tratamiento mereológico sistemático que lleve a término el aliento que él le había concedido a una teoría de este tipo.

El trabajo que se desarrolla en el capítulo tercero no es tampoco un tratamiento sistemático y completo ni una reforma rotunda de la mereología de las *Investigaciones lógicas*, pero intenta restañar ciertas insuficiencias, en la medida en que el propósito principal de este capítulo lo exige. Las descripciones anteriores, que precisaban todavía de aclaraciones y justificación, se abordan en los apartados II.1.1. y II.1.3. En particular, en este último es cuando los resultados más relevantes del capítulo segundo adquieren, a la luz de la precisión que presta el análisis mereológico, un sentido más preciso y un soporte más sólido. En el último apartado de este trabajo, hechas ya todas las precisiones del caso, se enfatiza la conclusión según la cual a todo presente vivo le acompaña esta trama-todo de vivencias, organizada según la forma descrita, y pasa a llamársele a esto último

autobiografía pasiva. Los motivos para este nombre se refieren, someramente, en los párrafos finales.

Estoy consciente de que el laconismo con que he introducido las investigaciones, y la propia aridez del tema puedan haber tornado la lectura morosa y densa. No puedo garantizar que la lectura de las páginas que siguen vaya a ser más ágil y menos abigarrada, pero sí que, así como aquí he prescindido casi enteramente del uso de ejemplos y me he desentendido del placer con que pueda ser leído este texto, en los capítulos que siguen he puesto el mayor empeño en formular ejemplos tan claros como me ha sido posible; por lo demás, no me he abstenido de introducir algunas notas de humor toda vez que me ha parecido oportuno hacerlo.

CAPÍTULO PRIMERO: EL PROBLEMA DE LA TRASCENDENCIA MEREOLÓGICA

I. Motivación para iniciar un estudio del problema

Al percibir una cosa física cualquiera se da un hecho notable: percibo un todo, pongamos, una mesa, pero de hecho sólo intuyo de ella una parte, exactamente aquella que se muestra escorzada de cierta manera en mi acto perceptivo. En el escorzo en que se muestra ahora la mesa, no intuyo, por ejemplo, ni el lado posterior de alguna de sus cuatro patas, ni el reverso de la superficie donde suelo apoyar vasos, platos y libros, ni la juntura entre las patas y ese reverso. Todas estas partes, y varias otras, permanecen ocultas de momento. Y sin embargo, no me es necesario agacharme ni darle la vuelta en torno, es decir, no me es necesario percibirla en nuevos y sucesivos escorzos, en todas sus determinaciones, caso de ser esto posible, para percibirla *como* un todo-mesa —asumiendo, desde luego, que sé, en sentido amplio, lo que es una mesa—; me basta, para ello, este único “punto de vista”. Claro, podría tratarse de una ilusión de algún tipo (estoy viendo un espejo que refleja una mesa, es decir, su imagen reflejada y no la mesa misma, sin darme cuenta de ello) o incluso de una alucinación. Pero dejemos de lado estas otras posibilidades, que por lo demás no parecen afectar *este* problema. Percibo algo como siendo un todo, pero a partir de una percepción que muestra de él tan sólo una parte; parte, al menos, en un sentido pre-teórico, en el sentido de que la cosa se me aparece parcialmente. ¿Qué es esta especie de “señalamiento” de la parte al todo y sobre qué se funda? ¿Se trata de una mera inducción, apoyada en mis experiencias pasadas con mesas, o hay un fundamento *a priori* que justifica este paso mereológico con la fuerza de la necesidad? ¿O se trata, más bien, de un falso problema que quedaría disuelto con sólo mostrar que la parte que se muestra es ya un todo de algún tipo —pero que, se barrunta ya, no puede coincidir con el todo-cosa en todas sus determinaciones, con lo cual el problema no quedaría disuelto?

Este movimiento peculiar, esta “trascendencia mereológica” de la parte al todo, caso de ser tal, es el problema primero de estas investigaciones. Aclararlo con tanta precisión como sea posible será indispensable a la hora de considerar movimientos de trascendencia semejantes, pero en niveles de complejidad superiores, propiamente en vivencias plenas, en que se ven entretajidos actos estimativos (valorativos), de sentimiento, etc. No obstante, es de notar que al afirmar que percibo una mesa, o mejor, al percibir una mesa como siendo una mesa, estoy no sólo implicando que se trata de un objeto intencional, esto es, implicando, en términos husserlianos, la apercepción que interpreta o anima las sensaciones visuales dándoles un sentido objetivo,¹ sino que a la vez percibir la mesa como mesa implica también constituciones de orden superior: percibo el objeto como algo

¹ Cf. *IL V*, sobre todo caps. 2 y 3, e *Ideas I*, § 85.

que sirve para apoyar platos, vasos, botellas, libros, para comer o estudiar o lo que fuere. Como sea, el ejemplo de la mesa ha sido tan sólo eso y el problema debería reformularse en términos que excluyeran los inconvenientes que este caso insinúa. Una formulación mejor sería: *¿En qué sentido al percibir una cosa, siendo que sólo puedo hacerlo parcialmente, por vía de escorzo, se deja ver un todo?* Y si quisiera apelarse a una disolución del problema, aduciendo que la parte que se muestra es ya un todo de algún tipo (por lo pronto, el “contenido” estrictamente percibido como una totalidad unitaria), no queda sin embargo resuelta la relación entre este todo mostrado y las demás partes que permanecen ocultas y que, junto con la parte que se muestra, han de constituir el todo pleno, es decir, el todo en todas sus determinaciones. Esto conduce a una nueva formulación, a saber: *¿Qué determinaciones exhibidas por la parte que se muestra son necesariamente también determinaciones del todo (caso de haber alguna) y cuáles, en cambio, son determinaciones exclusivas de esa parte?* ¿“Informa” la parte que se muestra, en y por su propio ofrecerse, algo acerca del todo, aun de las partes que no están actualmente exhibidas? Aclarar este problema exige, en primera instancia, determinar qué se entiende por todo y por parte, qué clases de partes y todos cabe distinguir, y en qué relaciones se ven envueltas las partes entre sí y las partes con respecto al todo.

II. La teoría husserliana de los todos y las partes

1. Nociones preliminares, alcance y propósito de la teoría

Husserl desarrolla una teoría de los todos y las partes, fundamentalmente, en dos obras: en la tercera de las *Investigaciones lógicas* y en *Experiencia y juicio*, § 29-32.² El sentido de parte que hasta ahora he venido utilizando es un sentido pre-teórico. En el ejemplo de la mesa, al decir que se percibe una parte, se está diciendo pre-teóricamente que percibimos ciertos trozos o pedazos de la mesa o —todavía pre-teóricamente— ciertos pedazos de pedazos. La pata de una mesa es un pedazo de la mesa, que intuitivamente se destaca de la tabla horizontal, y lo que de hecho percibimos es un pedazo de esa pata, no toda ella, pues la parte (el pedazo) que está próxima al reverso de la tabla horizontal permanece oculta. Pre-teóricamente, también, decimos que la mesa es un todo, un todo distinto de otros que pueden o no estar próximos a ella: sillas, tapices, paredes, etc. Pero puestos a considerar el asunto con mayor detenimiento: ¿Qué es lo que hace que un todo sea un todo y que una parte sea una parte? Definirlos de manera circular es, desde luego, estéril, pero alumbrar un

² Referencias sobre otros desarrollos mereológicos, quizá menos prominentes, en la obra de Husserl, y de abordajes ontológicos desde la teoría de los todos y las partes pueden encontrarse en M. García-Baró, *La verdad y el tiempo*, pp. 207-208.

aspecto de la cuestión. Decir que un todo es aquello que está constituido o se compone de partes y que una parte es aquello que co-constituye, junto con otras partes,³ un todo, aun cuando sea inoperante desde el punto de vista lógico, sugiere que aquello que hace, tanto que un todo sea tal, como que una parte lo sea, es *el modo como el todo está constituido* de partes, o desde el lado de la parte, el modo como las partes se integran a un todo. Un ladrón que llegara a su guarida y vaciara el contenido de la bolsa que acaba de birlarle a una mujer, tendría ante sí un *conjunto* de cosas: una agenda, un par de plumas, un lápiz labial, un libro, un pequeño espejo, etcétera. ¿Diremos que eso es un todo al modo como lo es la mesa sobre la que se han desparramado estas cosas? Más bien se trata de una reunión, un *conjunto arbitrario de elementos*, que podrían haber sido otros: pañuelos desechables, desodorante, lo que fuere. En cambio, el modo como las partes de la mesa están integradas en ésta, aunque también es en un sentido contingente, en otro sentido es enteramente necesario. Es contingente si la mesa tiene cuatro patas o una base unitaria, si la tabla horizontal es redonda o cuadrada, si es lisa o rugosa; es contingente el material, el color y en fin, todo lo que determina a esta mesa como siendo esta precisa mesa y no otra. Pero es necesario, por otro lado, que la mesa tenga extensión, color, textura, figura, tamaño y que el color se “realice” sobre una extensión, que la extensión forzosamente sea colorida y que sus confines describan una figura. Y esto, como se barrunta ya, no parece privativo de las mesas: toda cosa física, espacio-temporal, tendrá necesariamente que tener estas “cualidades” integradas entre sí de cierta manera. El énfasis, ahora, más que en las partes que designábamos tales en un sentido pre-teórico, está puesto sobre otra clase de partes. Estas otras partes, al parecer, al menos en cuanto a las cosas físicas y tomadas en su generalidad (no en su realización particular, no el azul cobalto sino la “tenencia” general de color), no sólo no son como los elementos contingentes de un conjunto, sino que las relaciones que guardan entre ellas tampoco parecen ser contingentes.

Pero el ejemplo no debe llevarnos a pensar en una teoría de los todos y las partes (o mereología), válido únicamente para las cosas físicas. La propia mereología husserliana tenía aspiraciones de mayor alcance. En efecto, el propósito de incluir una teoría de los todos y las partes en el marco de una psicología descriptiva, como era la fenomenología de las *Investigaciones lógicas*, no era dar cuenta de una mereología privativamente cósmica. Desde la introducción, se anuncia la necesidad de recoger las distinciones hechas por Stumpf, entre contenidos independientes y contenidos no-independientes, como parte de “*la teoría pura (apriorística) de los objetos como tales*, teoría en la cual son tratadas las ideas pertenecientes a la *categoría de objeto*, como el todo y la parte, el sujeto

³ A menos que hubiese un todo simple, sin partes o tales que él mismo fuese su única parte, como Husserl sugiere en *IL III*, § 1. Esta noción suscita no pocos problemas. Para una discusión relativa a esto, véase García Baró, *op. cit.*, pp. 228-230 y las réplicas que formula A. Serrano de Haro en *Fenomenología trascendental y ontología*, pp. 46-48.

y la propiedad, el individuo y la especie, el género y la especie, la relación y la colección, la unidad, el número, la serie, el número ordinal, la magnitud, etc.”⁴ Aun cuando no explicitemos de momento qué entiende Husserl por categoría, se advierte ya que objeto está tomado en un sentido amplísimo, categorial, precisamente. Y sin embargo, a pesar de que una teoría pura del objeto se inscribe dentro de una ontología formal, como sugiere la cita y como el propio Husserl consigna enseguida, los esfuerzos de la tercera investigación parecen *también* destinados a fijar leyes puras propias de una ontología material, acometiendo el examen preferencial de los todos materiales.⁵ Evidencia de esto no es sólo que los ejemplos ofrecidos por Husserl refieren mayoritariamente a objetos físicos (la cabeza de un caballo, las notas musicales de una melodía); esto quizá pudiese señalar simplemente una elección en aras de la claridad expositiva. Más bien sucede que, a la par de los desarrollos formales, cuya expresión puede advertirse muy claramente en los teoremas mereológicos desarrollados en el § 14, se evidencia el interés concomitante por describir las relaciones entre las partes, y las relaciones entre las partes y el todo, en referencia a todos materiales. A la ontología formal concierne fijar leyes formales o analíticas, esto es, proposiciones constituidas exclusivamente por conceptos formales, como “*algo, uno, objeto, propiedad, relación, enlace, pluralidad, número, orden, número ordinal, todo, parte, magnitud*”, conceptos, pues, a los que les es indiferente “toda ‘materia del conocimiento’”⁶ y que se ven libres de si el algo es una casa o un color, si la pluralidad es de lápices o ladrillos. A la ontología material, en cambio, le es propio fijar leyes cuya necesidad se funda precisamente en “la particularidad de los contenidos” que se ven envueltos. Es necesaria la proposición según la cual “un color no puede existir sin cierta extensión por él cubierta”, pero no es necesaria (de hecho es falsa) aquella otra que dice que una “cualidad sonora no puede existir sin un color”. Que un *a* no pueda existir sin un *b* no es una ley que tiene la validez universal de una proposición analítica; su validez descansa en las esencias peculiares de *a* y de *b*, entendiendo aquí por esencia, no un substrato, sino la fijación del ser de *a* y del ser de *b* según su pertenencia a géneros puros, especies y diferencias. La ley recién invocada prescribe una dependencia bilateral (mutua) entre contenidos de la especie *color* y contenidos de la especie *extensión*, tal que ningún color puede existir (realizarse) como no sea en una extensión y ninguna extensión puede realizarse sin ser colorida. En este sentido, se trata de leyes, no sólo *sintéticas*, por fundar su validez en la naturaleza específica de los contenidos proposicionales, sino que, *para estos*

⁴ *IL III*, p. 385.

⁵ Pero no hay que confundir el sentido de materialidad a que se alude con “ontología material” y aquel otro sentido implicado al hablar de “todos materiales”. El primer sentido quedará explícito unas líneas más adelante; el de todo material refiere a un todo sensible y, en este sentido, físico.

⁶ *IL III*, § 12, p.407, subrayado de Husserl.

contenidos (para ciertos contenidos), son también leyes *a priori*, esto es, necesarias. Son, pues, leyes sintéticas *a priori*.⁷

Pero entonces, ¿debemos considerar la mereología husserliana como parte de una ontología formal o de una material, o de ambas? Serrano de Haro observa al respecto:

cabe afirmar que la teoría husserliana de los todos y las partes pertenece aún a la Ontología formal, pero justo en la medida en que tematiza básicamente la forma general de los todos reales; justo en la medida en que analiza, ante todo, las formas generales de ser parte real de un todo real; justo en la medida en que estudia fundamentalmente las formas supremas de unión entre contenidos reales. Se trata, en una palabra, de una teoría de los todos y las partes dirigida básicamente a la comprensión de la estructura mereológica de los todos reales.⁸

El aspecto formal que señala Serrano de Haro radica en que el estudio mereológico de los todos materiales describe formas relativas a ellos: formas de ser todos materiales, formas de ser partes de todos materiales, formas de ser uniones entre partes de todos materiales. Pero este sentido de forma (de forma material) no es el sentido estricto que mienta una ontología formal, cuyas leyes han de ser formales en cuanto leyes analíticas. Por principio, toda ontología material no es analítica, sino sintética, de donde hablar de una ontología formal de los todos materiales, o más sencillamente, de formas materiales, parece introducir un sentido de “forma” distinto del que se mentaba al considerar una ontología *puramente formal*.⁹ Empero, es irrefutable que, en efecto, la mereología husserliana le concede un señalado privilegio al estudio de los todos materiales, específicamente a los todos físicos, y quizá lo que esté indicando Serrano de Haro es que, aun en las exposiciones mereológicas a las que conviene un sentido estricto de formalidad, como son, por ejemplo, los seis teoremas del § 14, aun así, decía, y más allá del carácter formal de su enunciación,¹⁰ Husserl tenía demasiado presentes los todos materiales y, entre ellos, los todos físicos;¹¹ prueba de ello sería que la

⁷ Cf. *ibid.*, § 10-12.

⁸ *Op. cit.*, p. 16.

⁹ La relación que guardan las ontologías materiales con la ontología formal es, en sí misma, un problema de fondo de la fenomenología. Husserl se ve obligado a revisarlo en *Ideas I*, donde se introduce el concepto de región, distinguiéndose la “región formal” y las regiones materiales. “La llamada ‘región formal’ no es, pues, algo coordinado a las regiones materiales (las regiones, pura y simplemente); *no es propiamente una región, sino la forma vacía de región en general*, que en lugar de tener junto a sí, tiene más bien *bajo sí* (aunque sólo *formaliter*) a todas las regiones con todos sus casos esenciales especiales o dotados de un contenido material. Esta subordinación de lo material a lo formal se denuncia en que *la ontología formal alberga en su seno a la vez las formas de todas las ontologías posibles (scilicet, de todas las ‘verdaderas’ ontologías, las ‘materiales’)*, en que *prescribe a las ontologías materiales una constitución formal común a todas ellas [...]*”, § 10, p. 33, subrayado de Husserl. Cf. § 9-17.

¹⁰ Por poner un ejemplo, el Teorema 6 reza: “*Si a y b son partes independientes de un todo T, serán también independientes relativamente una de otra*”; p. 413, subrayado de Husserl.

¹¹ Ésta es una de las tesis fuertes que Serrano de Haro propone ya desde la introducción. Cf. *op. cit.*, p. 17.

mereología husserliana, animada desde la introducción misma de su planteo para fungir como “palanca” capaz de ser utilizada para describir la vida de la conciencia, se revelara finalmente, a estos efectos, inadecuada. En otras palabras, si estos teoremas probaran ser inaplicables a la hora de describir la intencionalidad, quedaría en evidencia que Husserl no pudo forjar una mereología formal en sentido estricto, esto es, una de validez universal, sino que, aun en las descripciones donde la formalización alcanza su mayor grado, pareciera estar filtrándose, subrepticamente, el caso de los todos físicos y limitándose así el ámbito de validez de su mereología. Serrano de Haro argumenta que, al menos la mereología de las *IL* resulta un fracaso en relación a su propósito y que la reforma que sufre la fenomenología a partir de *Ideas* entraña, aun cuando Husserl no lo haya explicitado, una reforma mereológica.¹² Este punto es decisivo, porque si se trata de poder estudiar ciertos fenómenos de la vida de conciencia, como es el caso aquí, a partir de un abordaje mereológico, será preciso tomar los recaudos necesarios para aplicar la teoría de los todos y las partes, ya no a todos materiales, sino a todos vivenciales (en un sentido todavía por determinar).

Ahora bien, habíamos distinguido un sentido pre-teórico, el de parte como pedazo y se insinuaba otra clase de partes (color, extensión, tamaño, figura, etc.), de la que todavía no se ha dicho casi nada. ¿En qué sentido estamos distinguiendo estas dos clases de partes? Y sobre todo, ¿en qué sentido las de la última clase pueden ser tenidas por partes? Por lo pronto, en un sentido amplísimo. En palabras de Husserl: “Tomamos el concepto de *parte en el sentido más amplio*, que permite llamar parte a todo lo que pueda discernirse en un objeto o, hablando objetivamente, se halle ‘presente’ en ese objeto. Parte es todo lo que el objeto ‘tiene’ en sentido real, en el sentido de algo que *efectivamente* lo constituye.”¹³ (Recuérdese que objeto también está tomado en sentido amplísimo.) En efecto, podemos discernir en un objeto, si es cósmico, color, extensión, tamaño, figura, podemos discernir que hay superficies y bordes; si es una nota musical, que tiene una cualidad sonora y una intensidad. Con las partes, en el sentido pre-teórico, que sugería trozos o pedazos, el discernimiento se vuelve más problemático. Olvidemos la mesa y pensemos en una hoja de papel blanco. ¿Cuáles son sus pedazos? Tal vez estemos tentados de decir: las dos caras, el espesor... Pero si por cara entendemos la superficie, más parece ser ésta una parte de la otra clase (todavía por determinar) que un pedazo concreto de la hoja. El tipo de partes que se destacaba en la mesa —cada una de las patas, la tabla horizontal—, en una hoja blanca no permite ser advertido con tanta facilidad. Se diría que esta hoja de papel blanco está compuesta de todas y cada una de las secciones de papel blanco, y la palabra “sección” es a este respecto ilustrativa. Pues, si seccionáramos la hoja a nuestro capricho, si la despedazáramos, tendríamos pedazos de hoja, partes

¹² Cf. *op. cit.* pp. 20-24.

¹³ *IL* III, p. 388, subrayado de Husserl.

de hoja. La diferencia con el caso de la mesa es que el posible despedazamiento de ésta parecía casi inducido por la disposición de sus pedazos; separaríamos, probablemente, las patas de la tabla horizontal. Pero de partir la mesa al medio, en lugar de hacerlo separando primero las patas, estaríamos lo mismo despedazando la mesa, es decir, obteniendo pedazos, sean éstos secciones de la tabla horizontal, patas, pedazos de patas, secciones de la tabla con alguna pata, en fin, pedazos siempre, más allá de cuáles sean esos pedazos. Es tan pedazo de la mesa aquel que surgiría de rebanar una parte de la tabla de la mesa, como el que surgiría de separar una pata del resto. Los pedazos, y esto se ve más claro en el ejemplo de la hoja blanca, no son realmente discernibles como partes constitutivas de un objeto, porque de hecho sólo se muestran una vez que el objeto ha sido despedazado. Que podamos ver en las patas de la mesa pedazos susceptibles de discernimiento, con respecto a la tabla (en cuanto otro pedazo), responde, en realidad, no a su *carácter* de pedazo, a su ser separable del todo, sino a una distinción de otro orden, relativa a la figura total que presenta la mesa y al modo como en esta figura destacan ciertas partes para un posible despedazamiento preferencial; o, antes todavía, responde a la hechura misma de la mesa, al uso que solemos darle a esta clase de objetos, etc.

2. Exposición crítica de los conceptos más relevantes de la mereología husserliana

a) Partes no-independientes y partes independientes.

Hechas las distinciones preliminares, es hora de introducir definiciones más precisas. El camino para poder distinguir lo que, sin mayor detalle, hemos llamado (con Husserl) “pedazos”, de la otra clase de partes, que surgía como “tenencia” discernible del objeto, de alguna manera ha sido ya entrevisto. De los pedazos destaca un rasgo: al parecer, son, *qua* pedazos, separables del todo. De hecho, sólo son efectivamente pedazos una vez que se ha operado la separación; antes, son pedazos sólo potencialmente. La separabilidad o inseparabilidad de las partes con respecto al todo es un modo de distinguir estas dos clases, aunque, estrictamente, este criterio es seguido por Husserl para caracterizar a las partes como contenidos independientes o no-independientes, que era el modo como Stumpf había dejado sentada la cuestión. (Por “contenidos” se entiende aquí aquello que se ofrece a la intuición.) Así, dice Husserl: “Los contenidos independientes existen cuando los elementos de un complejo de representación [complejo de contenido] pueden, *de conformidad con su naturaleza, ser representados separadamente*; en cambio existen los contenidos no-independientes, cuando no es éste el caso.”¹⁴ El subrayado es crucial: que sea posible representarse

¹⁴ *IL* III, § 2, p. 389.

la cabeza de un caballo separadamente, por sí misma, ella sola y nada más que ella (aunque sobre un fondo) y no sea posible representarse un color separadamente de la extensión que cubre, no responde ni a la capacidad de mis esfuerzos imaginativos ni, en fin, a las posibilidades subjetivas de operar o no una separación entre estos contenidos. Más bien, que sea posible o no representarse contenidos de una u otra manera responde al modo de ser de estos contenidos (objetos, en sentido amplio) y, más precisamente, al modo de ser partes de un todo. Podemos, en efecto, discernir el color y la extensión como dos contenidos distintos (disyuntos, dice Husserl), cada cual con su peculiar naturaleza, pero es justo por su naturaleza que el uno no puede existir sin el otro, y la consecuencia es que no podamos representarlos separadamente. En este sentido, color y extensión son contenidos no-independientes; son partes en un sentido fuerte: el color no puede existir, realizarse, por sí mismo; existe siempre como siendo parte-de, esto es, con necesidad de un complemento para poder ser un contenido siquiera representable. La naturaleza misma de la especie color así lo prescribe: “*objetos no-independientes son objetos de especies puras tales que con referencia a ellas existe la ley de esencia que dice que esos objetos, si existen, sólo pueden existir como partes de todos más amplios de cierta especie correspondiente*”.¹⁵ La especie pura determina, en este sentido, que la coloración, por su esencia, esté “*predestinada a ser parte*”¹⁶. A esta clase de partes le llamará Husserl partes abstractas o momentos; a su íntima interdependencia, compenetración.

Por otro lado, los contenidos independientes, llamados ahora partes concretas o pedazos, no están “predestinados a ser parte”, y su independencia radica en que pueden existir sin necesidad de complemento. Esto, de nuevo, se *verifica* en su separabilidad. Puedo representarme separadamente la cabeza de un caballo y, otra vez, lo que determina esta posibilidad es la esencia del contenido mismo, en el sentido señalado, no un poder-representarme subjetivo. La evidencia de esta separabilidad o independencia es que puedo variar en la imaginación todos los contenidos concomitantes, eliminarlos, hacer aparecer nuevos sin que el contenido independiente se vea condicionado por estas variaciones. Puedo, por ejemplo, representarme la cabeza del caballo conjuntamente con el resto del cuerpo equino “sobre” un fondo de pradera; pero puedo representarme la cabeza del caballo ahora con cuerpo de hombre o de mujer, o sin cuerpo anexo alguno, y ya no sobre un fondo de pradera, sino sobre un desierto, una playa, un plano de color, en

¹⁵ *Ibid.*, § 7, p. 397, subrayado de Husserl. Objeto y contenido aquí se toman por sinónimos.

¹⁶ *Ibid.*, § 7, p. 397, subrayado de Husserl. Aquí me estoy limitando a exponer, sucintamente, el planteo mereológico husserliano. Las motivaciones últimas para poder apuntalar por qué es la esencia misma de la especie pura la que prescribe el carácter de independencia o no-independencia de los contenidos, y no una mera inducción, supondría una digresión demasiado extensa acerca del propio método fenomenológico, de qué se entiende por evidencia, abstracción, ideación, en suma, de la posibilidad misma de una ontología fenomenológica, cosa que excede con mucho las posibilidades y el propósito de esta investigación.

el espacio sideral, en la avenida Insurgentes, en la bahía de Montevideo o en Ciudad Gótica¹⁷ y la cabeza del caballo seguirá incólume: no precisa para existir como contenido de ningún otro contenido.¹⁸ Ciertamente, la cabeza o, en general, cualquier contenido independiente, será intuido sobre un fondo, pero la independencia que aquí se busca caracterizar es de otro orden: no con respecto al fondo donde inevitablemente se aparecen las cosas, sino en relación a la posibilidad de que el contenido aparezca por sí mismo (sobre un fondo), sin necesidad, para ello, de complementos.¹⁹ Las partes abstractas se ven obligadas a integrarse en todos; las partes concretas, en cambio, no tienen esta obligación (son ya todos, como diré más adelante).

Ahora bien, a la clase de dependencia o necesidad de complemento que caracteriza a las partes abstractas, Husserl pasa a llamarle, a partir del § 14, “fundamentación”: “Cuando por ley de esencia un *a* sólo puede existir como tal *a*, si se halla en una unidad comprensiva, que lo enlaza con un *m*, decimos que el *a*, como tal, necesita ser fundado por un *m*, o también que el *a*, como tal, necesita ser complementado por un *m*”.²⁰ Esto vale lo mismo para las especies *a* y *m*, que para los casos singulares, propiamente realizados en un todo, *a*₀ y *m*₀. La introducción de una nueva terminología para designar lo que ya había sido descrito bajo otros nombres parece innecesaria. No obstante, es de notar que este nuevo nombre pone mucho más el acento en el aspecto relacional entre las partes. Si ya quedaba de manifiesto que la mereología husserliana no era substancialista, en el sentido de que las partes no-independientes nunca son tenidas por accidentes que inhiere en una substancia, despojar, por así decir, del sustantivo “parte” su ser independiente o no-independiente y trasladar explícitamente esto a la relación misma, designándola ahora fundamentación, aleja todavía más la posibilidad de “substancializar” la teoría husserliana de los todos y las partes. Y, en efecto, todas las relaciones posibles entre partes, y entre las partes y el todo, serán descritas en adelante valiéndose únicamente de esta noción. La argamasa, por ponerlo gruesamente, que unifica las partes entre sí, y las partes relativamente al todo, está constituida siempre por relaciones de fundamentación.²¹ No en vano el análisis de las vivencias intencionales, de la Quinta investigación, hablará en el § 18 de

¹⁷ Como en algunos video clips de Peter Gabriel de los años ochenta (!).

¹⁸ Con todo, es de notar que el modo como el contenido independiente se aparece sí puede sufrir variaciones según sea uno u otro el fondo. Si se trata de la cabeza de un caballo blanco, destacará más sobre un fondo negro que sobre uno blanco, y si el fondo se puebla de cabezas de caballo exactamente similares, acabará por pasar como una cabeza más entre otras. La independencia estriba en la posibilidad de que el contenido pueda existir por sí mismo sin necesidad o auxilio de otros contenidos; permanece inalterada, pues, no su apariencia, sino la posibilidad misma de su aparecer, de su existir.

¹⁹ Cf. *IL* III, § 6.

²⁰ *Ibid.*, § 14, p. 411, subrayado de Husserl.

²¹ “*Lo que verdaderamente unifica —diríamos sin vacilar— son las relaciones de fundamentación*”, *ibid.*, § 22, p. 424, subrayado de Husserl.

actos fundamentantes (o quizá sería mejor traducir “fundantes”) y actos fundados.²² De ahí que este concepto resulte clave para la fenomenología toda.

Lo dicho sobre partes independientes o concretas, y no-independientes o abstractas, queda ahora expresado en términos de fundamentación, pero resta por ver qué relaciones mereológicas pueden distinguirse y cómo puede determinarse lo que sea un todo a la luz de este concepto. Haré de esto una exposición sucinta, soslayando algunas precisiones y casos particulares en los que Husserl se detiene, a fin de contar únicamente con las herramientas necesarias para acometer el problema que aquí nos ocupa. Si durante el estudio del problema se revelara necesario introducir precisiones, éstas serán hechas en su momento.

b) Relaciones mereológicas: discusión sobre una aporía y aclaración sobre la independencia de las partes concretas.

Antes de proseguir es preciso notar que las partes abstractas y las partes concretas, desde luego no se excluyen. Un pedazo puede tener partes abstractas (en los todos materiales esto se deja ver claramente) y una parte abstracta puede tener pedazos, como serían pedazos de extensión o pedazos de duración. En cuanto a las relaciones entre partes, según su modo de estar fundadas, surge, o bien que no exista entre ellas relación de fundamentación (serán, pues, partes independientes entre sí), o bien que exista, en cuyo caso podrá ser ésta bilateral o unilateral. Así, el color y la extensión se fundan bilateralmente porque el color no puede representarse sin (o separadamente de la) extensión y la extensión no puede representarse —visualmente— sin color. Pero el caso de la unilateralidad, esto es, de que una parte sea fundante y otra fundada, pudiendo ser la primera independiente y no pudiéndolo la segunda, es más problemático. El ejemplo que propone Husserl permite advertirlo enseguida, aun cuando él no lo tematice: “Así, en una extensión, la figura de un pedazo está fundada en el pedazo; es decir, que un contenido no-independiente relativamente al todo de la extensión está fundado en uno independiente”.²³ Digo que esto es problemático por lo siguiente: que la figura, parte abstracta o no-independiente, esté fundada en el pedazo, o inclusive en la extensión del pedazo, es admisible; pero, el pedazo, aun cuando sea independiente con respecto a contenidos concomitantes, ¿no depende necesariamente para existir de sus partes abstractas, entre ellas la figura y la extensión? ¿No sería éste, pues, otro caso de fundamentación bilateral? Y mucho más

²² Es significativo que Husserl advierta allí, expresamente, que “fundamentación” debe entenderse en el sentido de la Tercera investigación. Cf. nota 29, p. 516. Y puesto que este concepto surge de la descripción mereológica, queda, a mi entender, señalada una evidencia no menor a favor de la mereología husserliana en su aspiración de fungir como “palanca” para el estudio de la vida conciente.

²³ *Ibid.*, p. 414.

importante: ¿no quedaría inmediatamente puesto en entredicho el estatuto de independencia que caracterizaba a los pedazos como tales, esto es, como partes independientes? Pues, en efecto, pareciera que los pedazos necesitan, para existir, de sus partes abstractas. Entre los “problemas acerca de la naturaleza de los objetos independientes y de los objetos simples”, García-Baró ha señalado precisamente éste: “[...] un objeto independiente no podrá existir más que si existen sus partes (será él no-independiente respecto de la existencia de cualquiera de ellas)”.²⁴ Y con esto parece desdibujarse, si acaso, la posibilidad de una fundamentación unilateral (aunque esto requeriría mayor examen), pero más grave, la posibilidad de seguir distinguiendo partes abstractas de partes concretas en virtud de su no-independencia o dependencia, respectivamente. ¿Se revela estéril todo el camino recorrido?

Traer a colación esta aporía es oportuno por lo que toca, no sólo al aspecto que veníamos exponiendo (la fundamentación unilateral), sino a la mereología husserliana en general. El problema del ejemplo que propone Husserl es que, al parecer, el pedazo está fundado en su extensión y su figura (y demás cualidades), tanto como la extensión y la figura lo están en el pedazo. Ahora bien, sin contar todavía con una determinación rigurosa de qué es un todo, es posible advertir que un pedazo es un todo en potencia. Que es un todo se verifica en el hecho de que por ser una parte independiente, no necesita de otras partes para formar parte de un todo. No está “predestinado a ser parte”, sino que puede sostener su existencia por sí mismo, lo mismo que un todo cualquiera. El caballo íntegro, o su cabeza separada son, en este sentido, uno tan independiente como el otro, uno tan todo como el otro. Pero los pedazos sólo se revelan tales una vez que se ha consumado el despedazamiento del todo del que forman parte. Y no hay razones objetivas para despedazar de una u otra manera. Todo posible despedazamiento comparte las mismas posibilidades de ser llevado a cabo.²⁵ Los pedazos, antes del despedazamiento, son, pues, todos en potencia; una vez separados, se vuelven todos efectivos, aunque se ha roto ya el enlace que los vinculaba con el todo original. Así, el efectivo despedazamiento de una hoja de papel daría pedazos de hoja, y cada uno de estos pedazos sería un todo, cada cual determinado por las relaciones peculiares que adquirirían sus partes abstractas. En algún caso, la figura acabaría determinándose de una manera, en otro, de otra, y lo mismo con el tamaño, mayor para unos pedazos, menor para otros; todos ellos estarían dotados de extensión y, si la hoja era homogénea en cuanto a su color, estarían determinados por la misma diferencia ínfima de color, por ejemplo, azul cobalto. Pero mientras no se opere el despedazamiento no habrá efectivamente pedazos separados, todos efectivos, sino pedazos o todos potenciales del

²⁴ *Op. cit.*, p. 228. “Objeto” aquí es sinónimo de “contenido” y de “parte”.

²⁵ Enseguida desarrollaré más este punto.

todo superior, esto es, la hoja de papel.²⁶ Volviendo, entonces, al ejemplo de Husserl, tenemos que la figura está fundada en el pedazo y con esto no hay inconvenientes. ¿Pero qué sucede con la proposición conversas, que es en verdad la problemática?

Vamos a considerar un pedazo, una vez consumado el despedazamiento, para mayor claridad del ejemplo (valdría lo mismo para pedazos en el estricto sentido de todos potenciales, pero en tal caso algunas cualidades determinadas por el despedazamiento quedarían tan sólo potencialmente determinables, por ejemplo, la figura, el tamaño, etc.). Pongamos que ha sido separado, con toda pulcritud, un pedazo de hoja, de figura cuadrada, cada uno de cuyos lados mide cinco centímetros, y que es parejamente de color azul cobalto. Figura y extensión se hallan compenetradas, fundadas bilateralmente, al igual que color y extensión, figura y color, tamaño y extensión, tamaño y figura, y en fin, todas las parejas de partes abstractas identificables según todas sus posibles combinaciones. La imbricación, el entretrejimiento de todas estas compenetraciones de partes abstractas a nivel de sus diferencias ínfimas determina exactamente el pedazo que es este pedazo, o el todo que es este todo. Pero si esto es así, entonces no es preciso introducir una dependencia *adicional* del todo hacia las partes. Las relaciones de dependencia entre las partes fijan por sí mismas y *sólo por sí mismas* cómo es este todo, lo agotan en todas sus determinaciones sin necesidad de añadir, como dice Serrano de Haro, una “nueva dependencia, por así decir, de sentido inverso” (del todo hacia las partes).²⁷ ¿Basta reparar en esto para negar que el pedazo, o el todo que él es, dependa para existir de sus partes abstractas?

Tal vez la manera más clara de verlo sea la siguiente. Si decimos que *a* depende de *b* para existir, damos por sentado que *a* y *b* no coinciden, al menos no enteramente. Decir, pues, que el todo depende para existir de sus partes, relacionadas de cierta manera, es suponer que el todo es algo distinto de las partes envueltas en estas relaciones. ¡Pero esto es falso! El todo *es* exactamente la

²⁶ La idea de pedazos como todos potenciales no aparece, hasta donde alcanzo a ver, explícitamente formulada por Husserl, aunque hay al menos dos fragmentos donde esto queda sugerido. Se lee en el § 7 (*II* III), p. 397: “Estos objetos [independientes] pueden incorporarse a todos más amplios, pero no están obligados a ello” (los corchetes y el subrayado son míos). También hay una referencia, aunque algo oscura, a “todos parciales” en el § 13, p. 409. La formulación explícita de todos potenciales pertenece a Serrano de Haro.

²⁷ Hasta aquí estoy siguiendo la respuesta que Serrano de Haro ofrece a la aporía planteada por García-Baró. Cf. Serrano de Haro, *op. cit.*, pp. 46-48. Las líneas que siguen recogen, creo, el espíritu de la respuesta, aunque con un giro propio. El ejemplo de un pedazo de hoja de papel, es decir, de un todo cuyas partes abstractas están determinadas en su especie ínfima (azul cobalto, cuadrado, cinco centímetros de lado, etc.) es sólo para ilustrar con mayor claridad el punto. Pero estrictamente hablando, el interés mereológico del asunto radica en que según sean unos u otros los contenidos de las partes abstractas (p. ej. color, extensión, figura, pero no cualidad sonora, intensidad, etc.), quedan ya determinadas, por ley de esencia, sus relaciones de dependencia y, en consecuencia, la necesaria forma genérica del todo de que se trata. Las determinaciones ínfimas son, en cambio, contingentes; ellas determinan el concreto particular, p. ej., esta hoja y no otra. Hablo de concreto y no de individuo, pues la individuación, según la fenomenología husserliana, viene dada por el lugar temporal. A esto último me referiré más adelante.

totalidad de sus partes, relacionadas según todas estas compenetraciones (que no constituyen una mera suma o agregado de partes). Y esto, esta absoluta coincidencia, formulada en términos de dependencia, sería tanto como decir que a (el todo) depende de a (todas sus partes compenetradas) para existir, esto es, que a depende de sí mismo. Pero no hay otras dependencias que puedan ser señaladas, con lo cual a sólo depende de sí mismo o, lo que es lo mismo, es independiente de todo otro contenido. Luego, a (el todo o el pedazo) es una parte independiente. De donde se ve que, en efecto, el pedazo o el todo no se funda, no puede fundarse en su figura, extensión o en cualquier otra parte abstracto, ni en la totalidad de ellas, pues él es justo esa totalidad envuelta en esas relaciones de fundamentación. Con esto, el ejemplo y la posibilidad de una fundamentación unilateral quedan, al parecer, a salvaguarda, y sobre todo, se mantiene indemne la independencia propia de las partes concretas.

Tenemos, pues, dos posibles relaciones de fundamentación entre partes: bilateral o unilateral. Otra distinción surge al considerar, con Husserl, la mediatez o inmediatez de las partes, ya sea con respecto al todo²⁸ o de las partes entre sí. De nuevo, esta distinción se asienta sobre las relaciones de fundamentación. Con respecto a la “distancia” de las partes en relación al todo, los ejemplos que ofrece Husserl son iluminadores. Consideremos el caso de un despedazamiento. Para volverlo más entretenido pongamos que he estado revisando mis cajones y me sale al encuentro una carta de amor de la mujer que acaba de abandonarme (¡por otro!). Furioso, no lo pienso dos veces antes de hacer trizas la carta. Sólo ha quedado un puñado de pedazos. Pero no quiero siquiera ver su caligrafía, de modo que tomo cada uno de los pedazos surgidos de mi primer arrebato de furia y los despedazo a su vez. Tengo, pues, pedazos de pedazos. ¿Es que estos últimos están más “lejos” del todo que los primeros? ¿Es más inmediata la relación de los primeros pedazos con el todo que la relación de los últimos con éste? En el orden del despedazamiento, ciertamente surgieron primero un montón de pedazos y sólo luego los pedazos de pedazos. Pero este orden ha sido enteramente caprichoso (y lo sería con o sin ira de por medio). El pedazo de pedazo, que resulta ser un fragmento pequeño de la carta, que tiene una figura vagamente triangular, y en el que se alcanza a distinguir (¡ay!) la palabra “luna”, podría haber surgido lo mismo de un primer despedazamiento. En tanto pedazo, es tan pedazo del todo el que surge de un primero, segundo, tercero o enésimo despedazamiento. O como lo expresa el teorema 3: “*La parte independiente de una parte independiente es parte independiente del todo*”.²⁹ No hay, en otras palabras, fundamentos objetivos, razones relativas a la naturaleza misma de los posibles pedazos, para fijar despedazamientos

²⁸ Nótese que la “dirección” es (o será) siempre de las partes hacia el todo y nunca del todo hacia las partes.

²⁹ *IL* III, § 14, p. 412, subrayado de Husserl.

preferibles y primeros con respecto a otros y, en consecuencia, para determinar que ciertos pedazos estén más estrecha o lejanamente relacionados con el todo.³⁰

En cambio, otros ejemplos enseñan genuinas posibilidades de mediatez o inmediatez. El que propone Husserl es el de una melodía considerada como un todo. De ella, distinguimos sonidos singulares, que serían sus pedazos. Pero cada sonido tiene, a su vez, partes, como la cualidad sonora y la intensidad. Son, pues, partes (abstractas) de partes (concretas). Y aquí, a diferencia del ejemplo anterior, sí se verifica un fundamento objetivo para distinguir la mediatez e inmediatez de las partes con respecto al todo. El pedacito de carta con la palabra “luna” no precisaba, para ser parte del todo-carta, ser parte de un pedazo que la contuviera. En cambio, la cualidad sonora sólo puede ser parte de la melodía, del todo, siendo parte del sonido (con la “mediación” del sonido, por así decir). He aquí que el sonido sería, relativamente a la melodía, una parte inmediata, mientras que la cualidad sonora sería, en referencia a la misma melodía, una parte mediata. En términos de fundamentación, esto puede ser descrito así: cualidad e intensidad se fundan bilateralmente, lo mismo que altura, duración, y todas las partes abstractas discernibles de un sonido, compenetradas entre sí. Queda determinada así la parte concreta *sonido* (que, como se ve, es ya un todo). Cada sonido de la melodía, si es una melodía determinada, queda enteramente decidido por la compenetración entre los contenidos de las diferencias ínfimas de las especies intensidad, cualidad, altura, duración, etc. Estas compenetraciones son los únicos enlaces necesarios —fundamentación no quiere decir sino enlace necesario—. El enlace entre sonidos es, en cambio, contingente, como conviene a las partes concretas (pueden o no estar en todos más amplios). Los sonidos que se suceden en la melodía no están, pues, fundados los unos en los otros.

Habría aquí muchas precisiones que hacer en relación a la posibilidad de partes absolutamente inmediatas, partes absolutamente mediatas, etc., pero por ahora baste con haber introducido la distinción general entre partes mediatas e inmediatas con respecto al todo o, como Husserl prefiere llamarlas, partes remotas y partes próximas relativas al todo.

¿Qué sucede con la proximidad o la lejanía de las partes entre sí? El acento aquí está puesto sobre la “vecindad” entre las partes. Si la parte *a* está relacionada con la parte *b* y la parte *b* con la parte *c*, de tal manera que se dan los enlaces *ab* y *bc*, pero no *ac*, entonces *a* y *b*, y *b* y *c* están inmediatamente relacionadas, mientras que *a* y *c* lo están sólo mediatamente. Y si prosiguiéramos con las letras del alfabeto, en enlaces por parejas (*cd*, *de*, *ef*...), según el patrón anterior, se vería que la distancia va adquiriendo progresivamente más y más grados de mediatez, de suerte que la

³⁰ “Las partes deben su gradación en todo caso a la gradación de las divisiones; y esta última sí que carece de fundamento objetivo [...] Podemos empezar por cualquier división sin desdeñar ninguna preferencia interna. Cualquier parte mediata puede, según el modo preferido de división, ser considerada como inmediata; cualquier parte inmediata puede ser considerada como mediata”, *ibid.*, § 19, p. 418.

parte *a* estaría más próxima a la parte *g* que a la parte *r*. Ésta es la manera más simple de considerar el tipo de enlace que Husserl llama encadenamiento,³¹ y que, como se ve, es de suyo complejo: es preciso que haya al menos dos enlaces involucrados (*ab* y *bc*) y también, que entre los enlaces envueltos haya al menos una parte común a ambos (*b*), a la vez que partes no comunes (*a* y *c*). Podrían, desde luego, concebirse casos tan complejos como se desee.

Ahora bien, es de notar que estos enlaces median entre partes concretas y que, en este sentido, no son enlaces necesarios, a diferencia de las relaciones de fundamentación. Aquí no hay fundamentación entre las partes, no puede haberla siendo que éstas son independientes. Que a cierto sonido le suceda tal o cual otro sonido en una melodía es contingente, como había sido ya señalado, pero ahora esto se deja ver desde la perspectiva del enlace llamado encadenamiento: los sonidos de una melodía no se fundan unos en otros; se encadenan.

Otro señalamiento que conviene hacer es que los ejemplos de la melodía y de las letras del alfabeto, ordenadas en una secuencia, no deben inducir a confinar los posibles encadenamientos sólo en progresiones “lineales”. Una malla, una red, ejemplifica también posibles encadenamientos más complejos, en varias “direcciones a la vez”. Pero esto plantea, a mi juicio, un problema con respecto al otro tipo de enlaces que Husserl distingue para las partes concretas y que llama, con Stumpf, “fusión”. El enlace que se da aquí es tal que los concretos enlazados forman una “unidad indistinta”, es decir, son intuitos sin que pueda advertirse discontinuidad alguna entre ellos, como sería el caso de dos secciones contiguas de una hoja parejamente blanca. La una “fluye” en la otra: “todos los momentos inmediatamente constitutivos del uno [del concreto] se vierten ‘continuamente’ en momentos constitutivos correspondientes del otro”. (Por “momentos”, aquí, se entiende partes abstractas.) El preciso blanco de esta sección de hoja, su aspereza o lisura, y en fin, todas sus partes abstractas constitutivas, se “vierten” sobre todas las secciones aledañas, “fluyen”, se “funden” entre sí sin solución de continuidad. Parece haber una diferencia notoria entre las dos formas de enlace, una diferencia en su ofrecerse a la intuición. Ciertamente, diríamos que la manera como las partes concretas de la superficie de la pared están enlazadas entre sí difiere de la manera como están enlazados los sonidos de una melodía y que esto se verifica en el ofrecerse a la intuición de ambas situaciones objetivas. Y esta diferencia, diríamos, estriba en que en el primer caso los contenidos están enlazados entre sí “por todos lados”, sin solución de continuidad, mientras que en el último, como observa Serrano de Haro, “cada contenido únicamente se enlaza de inmediato con un número reducido de contenidos ‘vecinos’”.³²

³¹ Cf. *ibid.*, § 20.

³² Serrano de Haro, *op. cit.*, p. 59.

Ahora bien, supongamos que en una pared blanca, homogénea en sus cualidades, hay tres puntos a , p y q y que quiero saber si a está más cerca de p o de q . Los puntos p y q están ambos a la derecha de a , el primero casi contra el techo y el segundo casi contra el piso, y no me es claro, de buenas a primeras, cuál de los dos estará más próximo de a . De modo que trazo dos segmentos de recta, ap y aq , los mido y con esto queda aclarado el asunto. Resulta que q estaba más próximo de a que p . Resulta, también, que los puntos de los segmentos, que a la postre son puntos de la superficie de la pared, pueden ser vistos ahora como puntos que están encadenados entre sí a lo largo de los segmentos ap y aq . Estas rectas han sido trazadas de modo artificioso, desde luego; no eran rectas que destacaran intuitivamente en la superficie de la pared, sino que yo las he, por así decir, impuesto. Son tan sólo dos de las muchas, muchísimas rectas que pasan por a . Supongamos, ahora, que empiezo a trazarlas, girando ínfimamente cada nueva recta en sentido horario. Así, trazo una primera recta perpendicular con respecto al piso. En esta recta hay dos puntos inmediatamente relacionados con a ; uno queda por “encima” y otro por “debajo”; los llamo a_1' y a_1'' , respectivamente. Luego trazo una segunda recta, tan próxima a la primera como me sea posible, pero con un ligerísimo giro en el sentido de las agujas del reloj. Tengo así dos nuevos puntos inmediatamente contiguos a a : a_2' y a_2'' . Y así podría seguir hasta completar todas las rectas que, como rayos (o radios), acabarían por cubrir un círculo de puntos inmediatamente enlazados con a . El punto a , lo mismo que cada punto de la superficie de la pared, está inmediatamente enlazado con los puntos del círculo que surgiría de identificar puntos inmediatos en todas las rectas que contuvieran a a y que pudieran ser trazadas girando en un sentido (podría ser antihorario también) hasta los 180 grados. Si quisiéramos ahora identificar los puntos que se enlazan mediatamente con a , tales que sólo haya un punto de por medio (necesariamente un punto del círculo inmediato), tendríamos que afinar el trazo y obtendríamos otro círculo concéntrico a a , aunque con un radio apenas mayor al del primero. Y así podríamos seguir hasta cubrir la pared entera. De cada punto de la superficie de la pared puede distinguirse, pues, un círculo de puntos inmediatos, así como grados crecientes de mediatez, que coinciden con radios cada vez mayores de posibles círculos concéntricos. Pero el círculo inmediato está conformado por todos los puntos inmediatamente *encadenados* al centro, según todas las rectas que pasan por él. Y con respecto a los puntos de círculos más lejanos, se trata de puntos que se encadenan con el centro de manera mediata, con tantos grados de mediatez como puntos median entre el centro del radio y el punto en cuestión. ¿No es, entonces, la fusión un *caso límite del encadenamiento*? ¿No se trata, en suma, de un encadenamiento plurirradial, vastísimo, un encadenamiento que involucra muchísimas cadenas a la vez pero encadenamiento al fin? O dicho de otro modo: ¿Hay una genuina diferencia de naturaleza

entre estas dos formas de enlace entre partes concretas, o se trata más bien de una diferencia de grado?

Todo este asunto de puntos y círculos concéntricos podría parecer artificioso, antifenomenológico, incluso, pues, se dirá, nadie va a negar que *intuimos* de modo muy distinto el modo como las partes de la superficie blanca están enlazadas entre sí del modo como se enlazan los sonidos de una melodía, o de los ahora sucesivos en el tiempo, etc. Y la diferencia intuitiva estaría dada porque en el encadenamiento cada contenido se enlaza únicamente con un “número reducido de contenidos ‘vecinos’”. Pero este criterio parece apoyar todavía más que se trata de una mera diferencia de grado y no de naturaleza. Decir que un contenido se relaciona con un número “reducido” (lo que quiera que esto sea) de contenidos vecinos, en un caso, y con un número “no-reducido”, llámese vastísimo, en el otro caso, nada dice del carácter intrínseco del enlace, de su naturaleza, de qué *forma* de relación establece entre contenidos, sean éstos inmediatamente muchos o pocos; más bien dice algo sobre grados de cantidad de vecinos. Pero de lo que se trata aquí es justamente de describir formas de enlace³³ y con este criterio no veo cómo se estarían señalando dos formas de enlace distintas.

¿Qué quiere decir, por lo demás, “reducido”? En una melodía parece obvio que cada sonido se relaciona en la secuencia únicamente con dos sonidos vecinos, uno anterior y otro posterior,³⁴ en una red de pesca, también, aunque de los nudos de la red ya parten varias cadenas. ¿Pero qué diremos de un tejido mucho más denso, uno que a primera vista nos resultara casi una superficie homogénea, pero que, viéndolo más de cerca, quizá auxiliados de lentes de aumento, revelara ser una malla densísima, un entramado en el que cada parte se relacionara con una enorme cantidad de partes aledañas, por vía de encadenamiento? ¿Hablaríamos de un número “reducido” de contenidos vecinos para cada parte? Y volviendo a la ambigüedad que introduce la palabra “reducido” a la hora de considerar el ejemplo de la pared: ¿Es o no es reducido el número de puntos que componen el círculo inmediatamente relacionado con *a*? Se dirá: estrictamente, es infinito. Pero si se dice esto, también ha de concederse que entre dos puntos de una recta, que considerábamos puntos vecinos, también median infinitos puntos (por aquella propiedad llamada densidad que dice que entre dos puntos de una recta siempre hay un punto).³⁵ Y con ello, la vecindad quedaría infinitamente

³³ “Consideramos los miembros exclusivamente según las *formas* de las relaciones compuestas, que vienen determinadas por los enlaces elementales”, *IL* III, § 20, p. 420, subrayado de Husserl.

³⁴ Antonio Ziri6n me sugiere considerar un acorde. En efecto, sería una fusión, pero también podría considerarse una suerte de encadenamiento “vertical”, como 6l me ha se6alado, o, como tal vez sea m6s elocuente, “transversal”.

³⁵ De hecho, el ejemplo paradigm6tico que Husserl utiliza para describir los encadenamientos es el de los puntos de una recta. “Naturalmente, la consideraci6n de esas formas [de encadenamientos elementales del tipo *ab* y *bc*] tendr6 significaci6n especial en esa clase privilegiada de casos, que tanto teor6tica como

postergada y no podría hablarse siquiera de encadenamientos, no digamos ya entre puntos de una recta, sino entre los ahora sucesivos en el tiempo, entre las notas de una melodía (al haber siempre un ahora entre dos ahora sucesivos, habría a la par siempre un ahora intuitivamente “lleno de sonido” que postergaría *in infinitum* el enlace entre los sonidos, al modo como Aquiles nunca alcanzaría la meta en la aporía de Zenón). La objeción no es menor y de hecho Husserl la aborda, aunque a raíz de otras motivaciones que discutiré más adelante. Pero si dejamos de lado la densidad infinita de los puntos de una recta, lo mismo que la densidad infinita de los puntos de una circunferencia, si nos atenemos a una vecindad tal como se da en la intuición, diremos que para un punto cualquiera de la recta habrá dos puntos, dos contenidos vecinos, y con este mismo criterio diremos que, para un punto de la pared, tendríamos un círculo inmediato de puntos vecinos enlazados con éste, a la postre, un número también “reducido”, en este sentido lato, de contenidos vecinos. En otras palabras, si cada punto es un contenido intuitivo de la superficie de la pared, no hay en principio nada que vuelva imposible advertir, intuitivamente, que los contenidos vecinos se *reducen* a esa circunferencia, constituida por los puntos inmediatamente encadenados al centro, a partir de todas las rectas trazadas según se ha dicho. Y si no fuese posible hacer esto, no habríamos siquiera podido determinar que q estaba más cerca de a que p ; no habría, en suma, manera de determinar qué partes concretas de la superficie de una pared se encuentran entre sí más próximas o más lejanas. Pues hacer esto supone volver patentes grados de mediatez o immediatez y esto sólo es posible considerando la relación entre las partes de acuerdo con el modo como éstas están encadenadas. Así, pues, a mi juicio la distinción entre estas dos formas de enlace entre partes concretas es tan sólo una distinción de grado y no de naturaleza.³⁶ Esto no impide que podamos, en virtud del grado, hablar de fusión para unos casos y de encadenamiento para otros, pero teniendo en cuenta que la fusión no es sino un caso límite del encadenamiento.

c) El problema de la unidad: fundamentaciones unitarias y momentos figurales

Tenemos por el momento partes abstractas y partes concretas. Tenemos, también, relaciones que conviene a esta altura identificar de manera más ordenada. Hemos distinguido las siguientes:

prácticamente es la que más se ofrece, y cuya índole es fácil de poner en claro en los enlaces de puntos dentro de una recta”; *IL* III, § 20, p. 420, los corchetes son míos.

³⁶ Una evidencia suplementaria a favor de este punto es que el propio Husserl, en la *Filosofía de la aritmética*, advierte que, entre los grados variables de fusión, “el continuo de puntos ofrece el mayor grado de fusión” [*the point continuum gives the highest degree of fusion*], cuando, por otro lado, este continuo era considerado (en las rectas) la “clase privilegiada de casos” en que se ofrecían encadenamientos elementales. Cf. *Philosophy of Arithmetic*, XI, pp. 218-219.

- i) Compenetración o fundamentación bilateral, únicamente entre partes abstractas.
- ii) Fundamentación unilateral.
- iii) Relaciones de proximidad y lejanía de las partes con respecto al todo, según grados de mediatez o inmediatez.
- iv) Relaciones de proximidad entre las partes, según grados de inmediatez o mediatez.
- v) Encadenamientos, únicamente entre partes concretas (un caso límite de esto es la fusión).

La forma genérica de un todo, como se ha dicho antes, queda determinada por las partes abstractas que lo componen. El sólo hecho de que un todo tenga por parte abstracta, pongamos, el color, impone de suyo que ese todo tendrá *necesariamente* y por ley de esencia (esto es, *a priori*) ciertas partes abstractas compenetradas con el color, como la extensión, la figura, el tamaño, etc. y que quedarán excluidas, con igual necesidad, otras partes abstractas como la cualidad sonora, la intensidad sonora, etc. Sabemos que, en un caso así, el todo tendrá la forma genérica *cosa física*. En la determinación de las diferencias ínfimas, se determinará la cosa como siendo esta cosa y no otra; esta forma específica ínfima de la cosa, su determinación concreta, es, como se ha dicho ya, contingente. Pero a la hora de considerar un todo, determinado en sus diferencias ínfimas —si es una cosa, *esta* cosa— he aquí que los pedazos de la cosa, siendo partes independientes, se hallan, sin embargo, unidos. Unos no pueden fundarse en otros, pues el tipo de enlace que los vincula no es necesario. De acuerdo con lo anterior, diríamos que los pedazos están encadenados (o bien, fundidos) y que es la forma como están encadenados lo que determina la proximidad o lejanía entre las partes concretas. El tipo de unidad bajo la que se encuentran los pedazos enlazados no es como la unidad que existe entre partes abstractas compenetradas. No es posible romper la unidad de la compenetración sin eliminar, a la vez, la aparición misma de los contenidos compenetrados. Si quisiera representarme la extensión sin color o el color sin extensión, resulta que simplemente no puedo hacerlo. Cancelar esta unidad es cancelar la existencia misma de las partes así unidas. En cambio, al romper la unidad que guardan los pedazos entre sí, al despedazar una cosa, los pedazos “sobreviven”; ya no tengo el todo original, esa cosa tal como se me aparecía originalmente, pero el despedazamiento no ha comprometido la existencia misma de las partes de la cosa; simplemente, las ha separado y ahora son pedazos separados (todos desintegrados del todo original). Parece evidente que estamos ante dos tipos de unidad distintos. ¿Cómo podríamos ver esto en términos de fundamentación? Para la compenetración es claro: las partes compenetradas se fundan unas a otras

recíprocamente, sin requerir de un enlace suplementario: son, por su propia esencia, inseparables.³⁷ Pero en el caso de las partes concretas, éstas no pueden estar fundadas unas en otras. Sólo queda, pues, la posibilidad de que éstas funden juntas un contenido unificativo. Y este contenido, esta forma de unión, es precisamente el enlace.

Pensemos en a y b como dos contenidos concretos. Juntos fundan el contenido unificativo u . Las partes no están fundadas en u , no precisan de u para existir. En cambio, u sí se funda en a y b , depende para existir de a y b , pero su dependencia, por ser unilateral, no es tan fuerte como la dependencia entre contenidos compenetrados. Aquí no hay tal grado de necesidad. Los contenidos a y b son separables; u es el contenido que se funda en la unión contingente de estas partes concretas y como tal, es también contingente. Pero con esto surge una nueva clase de parte abstracta y se revela que las formas de unión, los enlaces, son, de hecho, partes abstractas. Pues de no ser así, estaríamos como en el regreso infinito de los puntos de la recta. La forma de enlace entre dos partes concretas no puede ser otra parte concreta, otro pedazo, porque así como el pedazo a y el pedazo b fundarían el “pedazo unificativo” u , así también, entre a y u sería necesaria la fundación de otro pedazo unificativo u' y los pedazos unificativos se multiplicarían *in infinitum*.³⁸ El enlace, la forma de unión entre partes concretas, no puede ser sino una parte abstracta, aunque diferente, como se ve, de las partes abstractas que hasta ahora veníamos considerando. Estas primeras partes abstractas, color, extensión, etc., habían surgido como tenencias reales, presentes en el objeto, como partes discernibles de éste. Eran partes abstractas, pero a la vez, predicados reales del objeto. En cambio, el contenido unificativo entre partes concretas no es algo —dice Husserl— que pueda ser destacado como elemento del todo; no puede ser, pues, un predicado real: “La *unidad* es justamente un *predicado categorial*”.³⁹ Y es sólo considerándolo de esta suerte que se evita el regreso infinito de contenidos unificativos.

Tenemos, pues, una nueva clase de partes abstractas (la forma de unión entre partes concretas) y quizá, ahora sí, un panorama más claro del papel que juega la fundamentación en la mereología husserliana, en el sentido en que se había anticipado antes: como “argamasa”. Toda posible unidad descansa necesariamente, para Husserl, en relaciones de fundamentación. Con base en esto, se alcanza, al fin, la determinación de qué es un todo.

Por *todo* entendemos un conjunto de contenidos, que están envueltos en una *fundamentación unitaria* y sin auxilio de otros contenidos. Los contenidos de semejante conjunto se llaman partes. Los términos

³⁷ “Allí donde no tiene sentido hablar de separación tampoco ha de tener sentido el problema de cómo deba ser superada la separación”, *IL* III, § 22, pp. 423-424.

³⁸ *Cf. ibid.*, III, § 22, p. 424.

³⁹ *Ibid.*, § 22, p. 424.

de *fundamentación unitaria* significan que *todo contenido está, por fundamentación, en conexión directa o indirecta con todo otro contenido*.⁴⁰

Husserl distingue posibilidades distintas de fundamentación unitaria que caracterizarían distintos todos. A los efectos de esta apretada exposición no es preciso detenerse en ello. Pero sí en una cierta clase de todo, que presenta una cierta clase de unidad. Ésta última es lo que Husserl llama “momento de unidad” o, en la *Filosofía de la aritmética*, donde la idea aparece más desarrollada, momento figural. Se trata de aquel contenido o parte abstracta que está fundado, no ya en ciertos pedazos (éste era el enlace o *forma* de unidad), sino en la totalidad conjunta de contenidos que comparecen ante la sensibilidad. En la aprehensión sensible de un todo, se muestra este momento como aquel que enlaza todas las partes, que muestra al todo como una unidad con una figura propia. Pero esto precisa ser descrito con mayor detenimiento.

El problema de un momento de unidad había surgido en la *Filosofía de la aritmética*, no en el seno de una teoría mereológica, sino como hipótesis para responder cómo es que podemos, de un solo vistazo, en una única intuición, asir unitariamente una pluralidad de contenidos y cómo es que se presenta esa pluralidad unitaria en la intuición. “Nos paramos en un amplio cuarto lleno de personas. Un solo vistazo es suficiente, y juzgamos: Un grupo de personas. Miramos hacia arriba el cielo estrellado, y en un solo vistazo juzgamos: Muchas estrellas. Lo mismo se mantiene verdadero para grupos de objetos totalmente irreconocibles. ¿Cómo son estos juicios posibles?”⁴¹ El problema primero radica en el carácter instantáneo de este asir, en su posibilidad de ser llevado a cabo en una única intuición. Husserl piensa que si no tuviésemos a mano un concepto de pluralidad, bajo el cual subsumir las aprehensiones de elementos individuales, jamás se conseguiría una auténtica intuición unitaria de lo plural en un solo acto. Pues sería necesario llevar a cabo para cada elemento un acto de aprehensión, esto es, tantos actos como elementos, y todavía un acto de segundo orden que uniera todos estos elementos de la pluralidad. Sería necesaria, en otras palabras, una *secuencia* de actos. Y en el caso de pluralidades más amplias, conformadas por muchísimos elementos, “la captación sucesiva de los elementos de la pluralidad uno a uno es todavía posible, pero no ya su aprehensión colectiva”.⁴² Así, para poder asir en un único acto instantáneo las múltiples estrellas que destellan en el cielo, es preciso valerse de una *representación simbólica*, para el caso, del concepto mismo de pluralidad (o grupo o conjunto).⁴³ Pero esto no agota el asunto. Con esto

⁴⁰ *Ibid.*, § 21, p. 421, subrayados de Husserl.

⁴¹ *Philosophy of Arithmetic* (en adelante *PhA*), p. 208. Todas las traducciones al español, de la versión inglesa que utilizo, son mías.

⁴² *Ibid.*, pp. 207-208.

⁴³ Husserl distingue, al inicio del capítulo XI, representaciones simbólicas o inauténticas de representaciones auténticas. Las primeras ofrecen el contenido indirectamente, por medio de signos que lo caracterizan; las

quedaría, en principio, explicada la posibilidad de asir una pluralidad en una intuición unitaria, pero “pluralidad”, “grupo”, “conjunto” son unidades categoriales, indiferentes a la materia, esto es, a cuáles sean los elementos (no hablo todavía de partes) de esa pluralidad.⁴⁴ Es tan plural una bandada de pájaros como una arboleda de árboles o una columna de soldados. Y lo son, lo mismo, esta o aquella constelación de estrellas. Pero la Cruz del sur y la Constelación de Orión, siendo ambas pluralidades de estrellas, presentan, como pluralidades asidas unitariamente, un “aspecto” distinto (por decirlo toscamente). ¿Cómo caracterizar este aspecto de conjunto? Es a esto a lo que Husserl llama, en la *Filosofía de la aritmética*, momento figural. “[H]ay expresada una cierta *propiedad característica* de la intuición total unitaria de la pluralidad, que puede ser captada de un solo vistazo”.⁴⁵ Todos los contenidos particulares y todo el complejo de relaciones bajo las cuales éstos se hallan aparecen *fundidos* unitariamente, confiriéndole a la pluralidad una suerte de cualidad unitaria, una cuasi-cualidad, ya no de la pluralidad, sino del *todo*. La designación del momento figural como cuasi-cualidad, o cualidad de segundo orden, deriva de que, para Husserl, un momento figural es una representación simbólica o inauténtica⁴⁶ que reemplaza las representaciones auténticas que deberían ser explicitadas en una secuencia de actos para captar la pluralidad (aprehender cada elemento en un acto y luego aprehender su coligación en otro acto). Las cualidades que pueden ser llamadas tales se presentan, en cambio, en representaciones auténticas. Por eso, el momento figural es *cuasi-cualitativo*. Pero a la vez, comparte con las cualidades su carácter unitario y, dirá Husserl, simple.

La simplicidad que aquí se señala no tiene que ver con la “composición” del momento figural. Desde luego, tratándose de algo que se levanta sobre una pluralidad de contenidos, envueltos en un complejo de relaciones, se diría que un momento figural es complejo. Y lo es en este sentido. Pero la simplicidad apuntada tiene que ver con su captación misma; se lo capta como algo simple. Para hacer ver esto último, Husserl propone considerar una cierta distribución de objetos en el campo visual. Advertimos la configuración de esta distribución de un solo vistazo, como se capta una cualidad. Este captar instantáneo no ha necesitado de un análisis de los contenidos particulares ni de las relaciones que constituyen la figura. Más todavía: aun cuando las variaciones de contenidos

últimas, lo ofrecen directamente: “Tenemos, por ejemplo, una representación auténtica del aspecto exterior de una casa cuando miramos realmente la casa”, p. 206. El concepto de pluralidad sería, pues, una representación inauténtica. Por otra parte, quisiera señalar que estoy apenas consignando el contexto en el que surge la idea de momento figural y no discutiéndolo. Pero es de observar que el “conceptualismo” que aquí defiende Husserl es hoy en día un asunto fuertemente discutido, sobre todo en filosofía analítica, bajo la pregunta general de si percibir (y en especial percibir visualmente) entraña o no un contenido conceptual. A favor del conceptualismo, véase J. McDowell, *Mind and World*, cap. 5; a favor del no conceptualismo, F. Dretske, “Simple Seeing”, en D. F. Gustafson y B. L. Tapscott (eds.), *Body, Mind and Method*, pp. 1-15.

⁴⁴ Cf. *IL* III, § 23, p. 426.

⁴⁵ *PhA*, p. 216, subrayado de Husserl.

⁴⁶ Cf. *supra*, nota 43.

particulares y de relaciones entre estos contenidos introducirían variaciones en la figura toda, lo primero que observaríamos, primera e inmediatamente, sería la variación de la figura misma; sólo después advertiríamos los cambios particulares que dieron origen a semejante variación. “El momento figural nos salta a la vista inmediatamente, y sólo en una reflexión subsecuente notamos las relaciones condicionantes, cambiando como lo hacen de caso a caso.”⁴⁷

Ahora bien, a partir del hallazgo de los momentos figurales, Husserl pasa a hablar en la *Filosofía de la aritmética*, ya no de pluralidades, sino de totalidades o todos. Sin contar todavía con el concepto de fundamentación de las *IL*, lo que señala una totalidad y no un mero agregado o suma de elementos es la fusión unitaria en que se muestran los contenidos y sus relaciones, aprehendidos en el momento figural. Lo que se muestra así fundido, en una configuración unitaria, no es una mera multiplicidad, sino un complejo de partes enlazadas. A esa altura, Husserl todavía no había desarrollado su teoría de los todos y las partes, pero contando ya con este desarrollo vemos que, en efecto, si hay fusión hay enlaces de partes concretas (y desde luego, de todas las partes abstractas constitutivas de las concretas). Aquí se trata de un momento que unifica, no ya a ciertos pedazos, sino a todas las partes objetivas que comparecen ante la sensibilidad, confiriéndoles un aspecto, por así decir, total.

La figura a que se alude bajo el nombre “momento figural” no debe asociarse únicamente con el sentido “geométrico” de la palabra. Si se trata de un objeto físico, el momento figural no queda sólo determinado por la forma en que éste se extiende en el espacio, sino que intervienen todas las otras determinaciones que afectan su aspecto total: el tamaño, la posición con respecto a otros objetos, la textura, el contraste con el fondo, etc. Y, como aclara Husserl, esto puede trasladarse a ámbitos que no sean propios del campo visual. Más complicado es ver, sin embargo, cómo puede hablarse de momentos figurales para casos tales como una melodía, o en fin, casos que imponen una sucesión en el tiempo, con lo cual la posibilidad de una captación instantánea parece imponer dificultades adicionales. Pero a los efectos de esta exposición, no es necesario de momento discutir estos casos.⁴⁸ Lo que tal vez sí sea importante señalar es que, así como una cosa física tiene un momento

⁴⁷ *PhA*, p. 217.

⁴⁸ Para sucesiones temporales, Husserl sostiene que es posible abstraer un momento figural atendiendo al mero estar-juntos [*togetherness*”, según el traductor] de los miembros sucesivos en una única representación; *ibid.*, p. 229. El punto, así formulado, resulta bastante oscuro. Aunque no es difícil pensar ejemplos: la trayectoria de una pelota, el vuelo de un ave, la ejecución de una coreografía. Y este otro: cuando a lo lejos vemos avanzar a una persona que nos parece conocida y conjeturamos que quizá sea tal o cual persona, y luego, viéndola avanzar un poco más cerca, descartamos la hipótesis porque su modo de caminar es distinto del modo de caminar de la persona que teníamos en mente, estamos allí comparando dos momentos figurales. Pero dejo esto como meras sugerencias. Aron Gurwitsch describe casos de momentos figurales en melodías, en *El campo de la conciencia*, p. 95.

figural, así también la totalidad que llena el campo visual tiene, en cada caso, un momento figural, un rasgo total de, por así decir, “la escena”. Más adelante esto será abordado con mayor detalle.

Ahora bien, en las *IL* Husserl pasa a llamar al momento figural, momento de unidad. El problema que lo ocupa ahora no es ya la posibilidad de aprehender intuitivamente, en una intuición unitaria (e instantánea) una pluralidad, sino el problema de la unidad de los todos. Más que en el aspecto cuasi-cualitativo que exhibe la fusión de todos los contenidos y relaciones de un todo, en una única intuición, se enfatiza ahora el aspecto unificador de este momento. Por eso dirá Husserl: “Por *momento de unidad* entendemos un contenido que está fundado por una pluralidad de contenidos; y no por algunos de ellos, sino *por todos juntos*”.⁴⁹ El momento de unidad es un rasgo distintivo, no de algunas de sus partes concretas, como las formas de unión (o enlaces), sino del todo.

Para concluir con este apartado, importa consignar por último un señalamiento que Husserl hace en relación a los momentos de unidad y es que no cualquier todo tiene, necesariamente, un momento de unidad. “Si, por ejemplo, la unidad se produce por encadenamiento, de tal manera que cada pareja de miembros vecinos funde un nuevo contenido, estará satisfecha la exigencia de nuestra definición [de todo], sin que exista un momento propio, fundado en todas las partes *juntas*, un momento de unidad”.⁵⁰ Es difícil imaginar un todo como el que aquí se describe, y Husserl mismo lo admite, pero ello no debe eliminar de antemano su posibilidad (que, en cuanto posibilidad lógica, no se ve amenazada). Lo que sí cabe señalar, a este respecto, es que en un caso como el que aquí se plantea, el encadenamiento que enlaza las partes no alcanza el grado de “plurirradialidad” (el caso límite) de la fusión. Y un momento figural se presentaba como una fusión de contenidos y relaciones.

Con esto se barrunta ya qué clase de todos son aquellos que tienen —que tienen que tener— un momento de unidad. Decir que sus contenidos deben estar fundidos es tanto como decir que deben fundar juntos una extensión en la que fundirse, y una, no sólo en el sentido espacial, sino también temporal. Se trata, pues, de “todos extensivos” o también, todos despedazables. En efecto, un todo extensivo se define porque su despedazamiento daría pedazos “del mismo género ínfimo que el determinado por el todo indiviso”.⁵¹ Así, una extensión espacial, de ser dividida, daría pedazos de extensión espacial, una duración, pedazos de duración, etc.

Con esto, queda hecha una exposición de los elementos más destacados de la mereología husserliana, con vistas a discutir el problema de inicio. A riesgo de ser quizá redundante, creo conveniente enumerar las herramientas con que contamos para abordar lo que sigue.

Tenemos, de momento, entre las clases de partes las siguientes:

⁴⁹ *IL* III, § 22, p. 425.

⁵⁰ *Ibid.*, § 21, p. 422; el subrayado es de Husserl; los corchetes son míos.

⁵¹ *Ibid.*, § 17, p. 416.

- Partes abstractas “reales”.
- Partes abstractas “categoriales”: a) formas de unión; b) Momento de unidad o momento figural (sólo para todos extensivos).
- Partes concretas o independientes, también llamadas pedazos.

Entre las relaciones, se cuentan:

- Compenetración o fundamentación bilateral (sólo para partes abstractas)
- Fundamentación unilateral: una parte es fundante y otra fundada.
- Grados de mediatez e inmediatez con respecto al todo.
- Grados de mediatez e inmediatez con respecto de las partes entre sí.
- Encadenamientos y fusión como caso límite (que son partes abstractas).
- Momento de unidad (que es una parte abstracta del todo extensivo)

Y de los todos, distinguimos de momento entre:

- Todos extensivos.
- Todos no-extensivos.

III. Abordaje del problema inicial

Recordemos el problema, tal como estaba formulado al comienzo, todavía de manera vaga. *¿En qué sentido al percibir una cosa, siendo que sólo puedo hacerlo parcialmente, por vía de escorzo, se deja ver un todo?* Estamos, por ahora, limitando el problema a la esfera de los actos perceptivos y, en particular, al hablar de escorzos, a aquellos actos de percepción que se dirigen a cosas físicas. La ampliación de los resultados a actos de otra índole, así como la discusión sobre la relación de esos actos con respecto a actos perceptivos queda reservada para más adelante. En cuanto al problema actual se imponen dos análisis distintos. Uno de ellos, que podríamos llamar análisis estático, consiste en la descripción mereológica del problema. Será preciso, pues, determinar qué clase de parte es la que se muestra en el escorzo, qué relaciones guarda con el todo, qué clases de partes permanecen ocultas, qué relaciones guardan con la parte que se muestra y con el todo, etc. En este apartado no entran en consideración ni mis experiencias previas con las cosas físicas ni las expectativas que puedo forjarme a partir de ellas en relación a la cosa que se me presenta escorzada. Todas estas cuestiones son, justamente, las que debe abordar el segundo análisis, que llamaré

análisis genético. El primer análisis se moverá en una esfera enteramente apriorística, sobre la base del ser mismo de la cosa, considerado como un todo con partes; también cabría llamarlo, por ello, análisis ontológico. El segundo análisis introducirá, en cambio, el encuentro, por así decir, con el objeto y las posibilidades de ir explicitando sus horizontes sobre la base del ser del objeto descrito en el análisis primero.

1. Análisis ontológico

Tenemos, pues, una cosa que se presenta por “uno de sus lados”. Lo que intentamos determinar es qué del todo exhibe *necesariamente* la parte que se muestra; en este caso, la parte del todo-cosa. O, para decirlo con mayor precisión, el problema ahora podría formularse como se había anticipado al comienzo (pero con un camino recorrido que permitirá dar alguna respuesta): *¿Qué determinaciones exhibidas por la parte que se muestra son necesariamente también determinaciones del todo y cuáles, en cambio, son determinaciones exclusivas de esa parte?*

Ahora bien, lo primero es poder determinar qué clase de parte de la cosa es la que se me aparece a través del escorzo. Salta a la vista, de inmediato, que Husserl casi nunca propone que una cosa se muestra por una de sus *partes*, sino por uno de sus *lados*, como si quisiera evitar deliberadamente hablar aquí de partes (“lados”, desde luego, tampoco señala las caras “geométricas”). Hay una buena razón para decir que una cosa se muestra por uno de sus lados y no por una de sus partes. Consideremos el siguiente ejemplo. Miro hacia lo lejos y veo un árbol. Mido con mi mano, como hacen los dibujantes valiéndose del lápiz, y veo que el árbol “cabe”, tan alto como es, entre mi pulgar y mi dedo índice, apenas separados entre sí. En otras palabras, tal como se me muestra el árbol, éste tiene una altura de cinco centímetros. Pero no puedo considerar esto como una determinación “real” del árbol, como la parte abstracta que determina su tamaño en cuanto a la altura que realmente tiene y que podría medir llegándome hasta él y desplegando *in situ* un complicado operativo; y complicado, justamente porque la altura del árbol rebasa con mucho la mía.⁵² Lo que se aparece no puede, pues, ser considerado una parte de la cosa, sino un aparecer que exhibe partes de la cosa (y con ello, a la cosa misma). De ahí, quizá, que Husserl haya preferido hablar de “lado”. Por tanto, al preguntar qué clase de parte o partes es la que se me aparece, o la que

⁵² En general, cuando hable de algo como objeto real, ya sea de una determinación o parte abstracta, o de una cosa, me referiré a ello entre comillas, señalando con esto dos aspectos: i) que no estoy comprometiéndome con alguna forma de realismo ingenuo; y ii) estrechamente relacionado con lo anterior, que el objeto es tenido por real únicamente en cuanto a su ser objeto intencional, esto es, habiendo ya puesto entre paréntesis la tesis de existencia propia de la actitud natural. No abundaré aquí en ello, que es por lo demás vasto y complicado. Cf. *Ideas*, sección segunda, sección tercera, caps. II, III y IV, y sección cuarta, cap. I. Aclaro, también, que al proponer por ejemplo un árbol, no estoy sugiriendo que considero a los árboles como meras cosas; tan sólo estoy tomando en consideración el aspecto cósmico de ellos y soslayando su aspecto extra-cósmico: su ser vivo.

se exhibe en este aparecer, la respuesta no debe confundir el modo de exhibirse la parte con la parte misma así exhibida.

Consideremos la percepción de una mesa. Al reflexionar sobre ella advierto que la superficie de su tabla se me aparece con forma de trapecio, que las dos patas posteriores se me aparecen más pequeñas que las dos delanteras, etc. Esto que así se aparece, tal como se me aparece, no es parte “real” de la mesa, sus determinaciones no son determinaciones de la mesa misma (p. ej. la forma de la superficie de la tabla misma es rectangular, no trapezoidal), pero exhibe algunas de sus partes y oculta otras. Exhibe, por ejemplo, partes que discernimos como distintas: la tabla, su superficie, su espesor, parte de las patas; oculta, en cambio, el reverso de la tabla, la parte posterior de su espesor, las partes posteriores de las patas, etc. O, en el caso de la hoja blanca, exhibe la continua superficie blanca de una de sus caras. La pregunta se dirige, en suma, a determinar qué clase de partes *de la cosa* son las que exhibe el escorzo. Pero, como había sido ya anticipado hacia el comienzo, será mejor hacer a un lado ejemplos con mesas o cosas del estilo que nos son bien conocidas, pues esto introduce problemas que de momento conviene mantener aislados. Sólo me valdré de estos ejemplos cuando puedan ser invocados sin complicar más el análisis. Hablaré, pues, de cosas en general.

Una cosa es percibida y esto, necesariamente, por vía de escorzo. El escorzo exhibe partes reales de la cosa. ¿Qué clase de partes son éstas? Parece evidente que no pueden ser sino partes concretas, independientes. No importa bajo qué escorzo se muestre la cosa, ni de qué cosa se trate: el lado por el que se muestra la cosa, ya sea desde arriba, desde abajo, desde la derecha o la izquierda,⁵³ exhibe invariablemente pedazos de la cosa, que no precisan, en ningún caso, de contenidos concomitantes, de “socorro exterior” para poder ser representados. (Desde luego, estas partes concretas se aparecerán inevitablemente sobre un fondo, pero ya se ha aclarado que su independencia no es relativa a este fondo.)

Ahora bien, sea cual fuere la cosa y sea cual fuere el escorzo, las partes que así se exhiben, siendo partes concretas enlazadas unitariamente, constituyen de suyo un todo. En efecto, se trata de un conjunto de contenidos que se hallan envueltos en una fundamentación unitaria y que no precisa de socorro exterior para existir (tales los requisitos de un todo). Llegados a este punto podríamos suponer que el problema no se ha reducido sino a señalar que las partes concretas son por sí mismas todos y que con esto queda resuelto el asunto. Se diría: el problema de la trascendencia mereológica

⁵³ Arriba, abajo, derecha, izquierda siempre son relativos a quien percibe la cosa o, como diré más adelante, al cuerpo que percibe y que es a la vez el centro de orientación o punto cero, como le llama Husserl. Que la cosa se muestre “desde arriba” implica que sea percibida desde arriba por mí, esto es, que yo esté, relativamente a ella, espacialmente más arriba que la cosa.

ni siquiera tiene razón de ser planteado; una cosa se presenta ya como un todo porque el lado que se muestra exhibe partes concretas unitariamente enlazadas, esto es, un todo.

La solución es tan tentadora como insuficiente. Pues lo que aquí está en cuestión es qué determinaciones de las partes que se exhiben por vía de escorzo son necesariamente también determinaciones de las partes que quedan ocultas en ese escorzo y *cuáles no*. El todo que se muestra en el escorzo no agota la totalidad de las determinaciones del todo-cosa. Aun cuando a esta altura del análisis no estemos en condiciones, todavía, de darle la vuelta al objeto, sabemos sin embargo que, de hacerlo, podríamos descubrir determinaciones que no estaban presentes en las partes primeramente vistas. Por ejemplo, al mirar la mesa desde abajo descubrimos que la superficie es rugosa y no lisa como en la cara que veíamos desde arriba, que hay clavos o que hay pegamento, que tiene marcas trazadas a lápiz, presumiblemente del carpintero que la hizo, etc. Todas estas determinaciones pertenecen también a la mesa, al todo-mesa, de hecho, a ciertas partes concretas de la mesa que permanecían ocultas en el primer escorzo. En él se mostraba un todo, cierto, pero un todo parcial, si cabe el oxímoron, o si se prefiere, una o unas partes concretas del todo-cosa. Tenemos que distinguir, pues, entre dos clases o niveles de todos. Hay un todo constituido por la totalidad de las determinaciones ínfimas de la cosa y éste es el todo en sentido propio. Mas este todo nunca se ofrece adecuadamente, sino por lados, en escorzos. En este sentido, el escorzo exhibe, con respecto al todo-cosa, un todo parcial.

Ahora bien, la parte que se muestra exhibe ya en su mostrarse su ser cósmico.⁵⁴ Exhibe, en otras palabras, la forma general del todo del que ella es parte concreta. No sabemos cómo lucirán las partes concretas que ahora se ocultan, pero sabemos en cambio que necesariamente son también pedazos de una cosa y, en este sentido, que comparten la forma general de ser de la parte que se muestra. Hasta no recorrer el objeto no nos enteraremos qué color o colores tienen esas otras partes, ni cómo es su textura, ni cómo están dispuestos los pedazos, ni cuáles son sus tamaños, distancias entre sí, etc. Pero por tratarse de una cosa, necesariamente tendrá ésta, en todas sus partes concretas, algún color, alguna figura, alguna textura, y no tendrá, en cambio, partes abstractas como intensidad ni cualidad sonora. En suma, las partes abstractas implicadas en los pedazos ocultos no pueden sino ser aquéllas que se integran *con necesidad* en una cosa: extensión, color, tamaño, figura (aunque también peso y otras tantas), y también forma de unión; su integración, sus relaciones, serán

⁵⁴ Aquí no estoy discutiendo a fondo en qué reside, en último caso, el ser de una cosa. Un examen detallado de esto excede el propósito de este apartado y, por lo demás, postergaría excesivamente la investigación. La discusión más sofisticada que, hasta donde he podido ver, emprende Husserl en este sentido se encuentra en *Ideas II*, sección primera. Son de especial interés los esfuerzos de Husserl por diferenciar las cosas de meros fantasmas, a través de la introducción de las “circunstancias” en que se halla envuelta la cosa, muy especialmente de las relaciones causales. También se analiza la relación entre la cosa y el cuerpo vivo que la percibe.

necesariamente compenetraciones en el caso de las cualidades, y fundamentaciones unilaterales en el caso de las formas de unión o enlaces. Permanece indeterminado cómo estarán dispuestas las partes concretas ocultas, pero es necesario que estén encadenadas, y por tratarse de un todo extensivo, que haya pedazos fundidos; y en esa fusión, pedazos más próximos y más remotos entre sí. Y en cuanto a la mediatez e inmediatez con respecto al todo, si bien esto también queda indeterminado para los pedazos ocultos, hay un repertorio de posibilidades que está de antemano establecido. Si resulta que un pedazo no visto ahora destacase intuitivamente por tener su superficie coloreada de manera distinta a los pedazos aledaños, *entonces* el color de ese pedazo será parte inmediata de éste y parte mediata del todo (es un color del todo en la medida en que es un color de ese pedazo, como con la cualidad sonora y el sonido de la melodía). Y, en fin, aunque a esta altura no podamos determinar los momentos figurales que mostrará la cosa cuando le demos la vuelta, cada escorzo posible presentará necesariamente un momento figural, pues estamos ante un todo extensivo y esto queda ya determinado con la mera exhibición de la parte que ahora se muestra.

Lo anterior señala un hecho bastante notable y es que la indeterminación en que se encuentran los pedazos ocultos de la cosa, por no estar de momento exhibidos, es una *indeterminación determinada*. O dicho con mayor precisión: el repertorio de todas sus posibles determinaciones está limitado y establecido de antemano por las leyes ontológico-materiales (leyes sintéticas *a priori*) que prescriben la forma de ser de una cosa. Esta prescripción, su necesidad, comprende a los contenidos abstractos a nivel de sus especies, pero ya no a nivel de sus diferencias específicas ínfimas. Es necesaria la implicación de contenidos de las especies color, extensión, tamaño, etc., y también, forma de unión, momento de unidad⁵⁵, así como es necesaria la no implicación de contenidos de otras especies como intensidad sonora, cualidad sonora, etc.⁵⁶ También son necesarias las formas de relación según los contenidos que se vean envueltos: las cualidades necesariamente estarán compenetradas y las formas de unión, así como el momento de unidad, necesariamente estarán fundados unilateralmente, en el primer caso, en los contenidos concretos enlazados, y en el último, en la totalidad de los contenidos de la cosa que se muestren a la intuición.

⁵⁵ “Los momentos de unidad, como todos los demás contenidos abstractos, se ordenan en géneros y especies. Así, el género *figura espacial* se diferencia en *figura triangular* y ésta, a su vez, en la especie ínfima *triángulo determinado* [...] Estos ejemplos dan a conocer claramente que el género de los ‘momentos de unidad’ está unívocamente determinado por el género de los contenidos que lo fundan; como también la diferencia ínfima de los primeros está determinada unívocamente por la de los últimos”, *IL III*, § 22, p. 425, subrayados de Husserl.

⁵⁶ De momento, y a fin de simplificar el análisis, no estoy introduciendo la temporalidad, esto es, la cosa como objeto temporal, aun cuando ésta sea, quizá en primerísimo lugar, la forma de ser de todo objeto espacio-temporal, su marca de individuación, y, en último caso, lo que la distinguiría de un objeto de la fantasía. No adelanto nada a este respecto, tan sólo mi deliberada y provisional omisión, que, confío, será restañada a lo largo del capítulo segundo.

Es contingente, en cambio, si el contenido abstracto determinado *color* es verde esmeralda o naranja en tal o cual pedazo, etc.

Pero a esta altura es preciso anticiparse a una posible objeción. Podría parecer que este nivel del análisis no es tan “puro” como se pretende. Pues, aun cuando todo lo dicho pertenece a un análisis ontológico-material, pareciera estar filtrándose subrepticamente la experiencia efectiva con la cosa. En efecto, hablamos de actos de percepción, de partes de la cosa que se muestran en esos actos, de partes que permanecen ocultas, y todo esto supone el “encuentro” con la cosa que, en principio, se anunciaba reservado para el segundo análisis. Pero a esto hay que decir lo siguiente. Es tan propio del ser de la cosa todo lo que se ha señalado hasta el momento —su estructura ontológico-material—, como su modo de darse. De hecho, su modo de ser impone su modo de darse (un número y, en general, cualquier entidad ideal no se muestran por vía de escorzo). Que una cosa sólo pueda darse a la intuición por vía de escorzo no es un mero hecho empírico; responde al modo mismo de ser de la cosa, a su esencia. Observa Husserl:

No es una caprichosa obstinación de la cosa o un capricho de “nuestra humana constitución” el que “nuestra” percepción sólo pueda acercarse a las cosas mismas a través de meros matices o escorzos de ellas. Es evidente, antes bien, y derivable de la esencia de la cosa espacial (incluso en su sentido más amplio, el que abraza la “cosa visual”), que un ser de tal índole sólo pueda darse, por principio, en percepciones, a través del matiz o el escorzo.⁵⁷

Con esto, estamos en condiciones de dar una primera respuesta al problema. Efectivamente, hay algo así como una “trascendencia mereológica”. Las partes cósmicas que se muestran en un escorzo, señalan a la par ciertas determinaciones del todo y, por ende, ciertas determinaciones de todas las partes concretas que permanecen ocultas. Estas determinaciones fijan, a nivel de las especies, los contenidos abstractos necesariamente implicados en cualquier pedazo del todo; fijan, además, las formas de relación en que se ven envueltos estos contenidos. No fijan, en cambio, las determinaciones específicas ínfimas y es esto lo que permanece indeterminado. Si algún sentido tiene decir que “la parte expresa al todo”, en cuanto a las cosas físicas, éste es, hasta donde alcanzo a ver, el único modo de describir qué pueda querer decir una expresión tal.

Pero, en todo caso, lo que aquí ha sido examinado es qué “expresa” *necesariamente* la parte del todo. Y esto no agota la cuestión. Pues aun cuando todo lo demás que pueda señalarse haya de ser contingente, es de hecho en la contingencia que nos movemos con las cosas y con tantos otros objetos. Anticipamos con mayor o menor fortuna partes no vistas de un todo, actuamos con base en

⁵⁷ *Ideas I*, § 42, p. 96.

la confianza que le conferimos a nuestros anticipos; unas veces acertamos, otras no y puede sobrevenir la frustración, pero también la sorpresa, el asombro: no habríamos adivinado que esa parte oculta acabara revelándose como ahora se muestra. Se trata, pues, de un ámbito más lábil, de un ámbito propiamente empírico.

2. Análisis en la esfera empírica

El análisis anterior tuvo en cuenta sólo el ser de la cosa, según dos aspectos: (1) sus determinaciones mereológicas o, lo que es lo mismo, su forma general de ser un todo cósmico, y (2) su modo de darse. Al decir que toda cosa se da necesariamente por uno de sus lados, no se estaba implicando con ello que al percibirla yo percibiera, no sólo uno de sus lados, sino además, uno de sus lados como siendo justamente uno de sus lados. Afirmar ahora que esta cosa que está enfrente de mí se me aparece efectivamente por uno de sus lados, implica introducir dos elementos que eran ajenos al análisis anterior. Por una parte, la reflexión sobre mi acto perceptivo⁵⁸ y, por otra, mi experiencia con cosas. En efecto, pre-reflexivamente, aun cuando perciba la cosa por uno de sus lados, no estoy dirigido hacia el percibir mismo sino a la cosa. Sólo al reflexionar sobre mi acto caigo en la cuenta de este peculiar mostrarse de las cosas por vía de escorzo. Por otra parte, esta posibilidad reflexiva y su invariable conclusión —que la cosa se me muestra por uno de sus lados, con lo cual no sólo intuyo el lado, sino que lo percibo justo como lado de la cosa— implican que he tenido experiencias con cosas (y que conservo memoria de esas experiencias), y experiencia en un sentido fuerte, constituyente.⁵⁹ Pero, como se ha señalado repetidas veces, la forma general del ser-cosa, así como su modo de darse, aun cuando sean conocidos a partir de mi experiencia, no afincan su validez en ella. Todo juicio a este respecto es *intético a priori*, no *a posteriori*. Mi reflexión sobre el acto perceptivo no puede sino confirmar lo que el análisis ontológico había ya fijado.

Pero ahora puedo decir, tras haber reflexionado sobre mi acto, que el lado por el que se muestra la cosa es sólo uno de sus lados y que, por lo mismo, hay tantos otros lados no vistos como escorzos

⁵⁸ La expresión en singular es sólo para simplificar la exposición. Desde luego, se trata de una compleja síntesis temporal de actos perceptivos dirigidos a la cosa, tenida y mantenida en todos ellos como una y la misma cosa, aun cuando los actos sean múltiples. El capítulo segundo se ocupará de la síntesis temporal.

⁵⁹ Es difícil imaginar la clase de “vida de conciencia” de un bebé recién nacido. Jean Piaget observa en sus *Seis estudios de psicología*: “En el punto de partida de la evolución mental no existe seguramente ninguna diferenciación entre el yo y el mundo exterior, o sea, que las impresiones vividas y percibidas no están ligadas ni a una conciencia personal sentida como un ‘yo’, ni a unos objetos concebidos como exteriores: se dan sencillamente en un bloque indisociado [...]”, p. 24. Más allá de acuerdos o disensos respecto de “objetos concebidos como exteriores”, el interés del pasaje estriba en señalar que el bebé recién nacido no tiene siquiera diferenciado el yo del otro, con lo cual, es imposible que pueda tener experiencias de cosas *qua* cosas. Que la conciencia sea constituyente de cosas (y más aun, de objetos de índole más compleja) implica, al parecer, un cierto desarrollo biológico, psicológico, etc. Experiencia de cosas ha de entenderse, pues, como aquella que se tiene una vez alcanzado este estadio.

pueda ofrecerme el objeto —y esto *in infinitum*, pues descubrir nuevos lados impone siempre a la par la ocultación de otros—. O, para decirlo husserlianamente, la cosa co-presenta, a una con el lado que se ofrece, un horizonte que le es propio y que puedo penetrar con sólo moverme en torno de ella (o mover a la cosa, caso de ser esto físicamente posible). De acuerdo con el análisis anterior, todo lo que permanece ahora indeterminado de esta cosa, las determinaciones de los lados no vistos, cae dentro de un repertorio limitado de posibilidades que alcanza hasta el grado de las especies y sus relaciones, mas no abarca el grado de las diferencias ínfimas. Mis anticipaciones, pues, acerca de lo que vaya mostrándose de la cosa, una vez iniciado el recorrido en torno a ella, están garantizadas sólo hasta este grado. Pero la esfera de las diferencias ínfimas, que es lo propiamente contingente, también tiene sus grados variables de previsibilidad. No es lo mismo estar por primera vez frente a una pieza tridimensional de arte de vanguardia, cuyo vistazo inicial no permite fácilmente anticipar cómo lucirá la pieza por los lados no vistos, que estar ante un árbol cualquiera. Y no es lo mismo anticipar lados no vistos de un árbol cualquiera que del árbol cuyo follaje asoma en la ventana de mi estudio, el mismo árbol que me sale al paso cuando abro la puerta de mi casa, que veo desde otro de sus lados cuando regreso, el mismo, en suma, que veo cada día desde múltiples perspectivas. Y análogamente, este árbol, aun cuando me es muy conocido, no lo es tanto como mis manos (aunque probablemente, al menos en sentido visual, lo es más que mi espalda). Mis anticipaciones son, en este sentido, inducciones;⁶⁰ como tales, su capacidad de anticipar con éxito es sólo probable, y lo que los ejemplos anteriores insinúan es que el grado de probabilidad responde (aunque de manera falible) a un cierto grado de regularidad en el que pueda apoyar mis inducciones. Dedicaré el siguiente apartado a describir tipos y grados de regularidad.

2.1 La regularidad como base de las anticipaciones relativas a diferencias ínfimas ocultas

Hay que distinguir, en primer lugar, dos tipos de regularidad, aun cuando la distinción no sea aporomática. Una concierne al aspecto general del objeto, a la regularidad que se exhibe a través de su momento figural. Llamo a esto *regularidad intrínseca*. La otra concierne a semejanzas que han ido confirmándose en mis experiencias previas con cierta clase de cosas o bien con cierta cosa

⁶⁰ Husserl mismo lo expresa así en *Experiencia y juicio*: “[...] cada experiencia de una cosa particular tiene su horizonte interno; y ‘horizonte’ significa aquí la *inducción* que pertenece esencialmente a toda experiencia y es inseparable de ella en toda experiencia misma”, § 8, p. 34, subrayado de Husserl. Pero este sentido de inducción no implica, ni que la anticipación sea expresamente formulada ni que su formulación se avenga a la forma más o menos típica de una inducción. Si, por ejemplo, al ver el árbol desde una de sus caras, anticipo explícitamente el hueco que he visto cada día y que ahora está oculto a mí en el escorzo, tal vez simplemente tenga un destello imaginativo de ese hueco y tan sólo esto. No me digo algo así como: “Siempre que he visto el otro lado del árbol he visto un hueco. Me apresto a ver el otro lado del árbol. Luego, es altamente probable que vea un hueco.”

en particular. Se trata, pues, de una *regularidad empírica*. El ejemplo siguiente pondrá de manifiesto la motivación para hacer este distingo, así como su carácter problemático, que radica en la imbricación de ambos tipos de regularidad.

Pongamos que veo una pelota de fútbol. Lo que estrictamente intuyo de ella es que es esférica, de cuero y que su superficie está distribuida parejamente en hexágonos blancos y pentágonos negros. Cada pentágono negro limita por cada lado con un hexágono blanco y cada hexágono blanco limita por tres de sus lados con pentágonos negros y por los otros tres con otros hexágonos blancos, como muestra la figura.



Supongamos que no sé qué es una pelota y que desconozco por completo que existe un juego llamado fútbol. Tan sólo veo una esfera que presenta un *diseño regular*. Pero decir que veo una *esfera* es ya anticipar una regularidad de la cosa, es suponer de antemano que la esfericidad se mantendrá como tal en los lados no vistos. Y desde luego, las razones que tengo para inducir esto es que una buena parte de las cosas que he visto como esféricas lo eran por todos los lados desde los cuales iba percibiendo la cosa. De donde se ve que esta primera nota de regularidad intrínseca sólo puede servir para apoyar mis anticipaciones si, además, está apoyada en una regularidad empírica. De ahí que la distinción sea algo farragosa.

Ahora bien, el carácter falible de la inducción se deja ver al considerar que esta esfera blanquinegra bien podría presentar una hendidura en uno de los lados no vistos, con lo cual mi anticipación sobre la plena esfericidad de la cosa se verá frustrada.

En cuanto al diseño, él mismo presenta varias notas regulares: todos los pentágonos que veo son negros, todos los hexágonos que veo son blancos, la medida de los lados es siempre una y la misma para ambas formas, la distribución o alternancia entre pentágonos y hexágonos se muestra siempre de acuerdo con un mismo patrón, etc. La organización regular, homogénea que enseñan las partes concretas exhibidas por este lado, según sus determinaciones abstractas ínfimas de color, tamaño, forma, posición relativa, etc., se extiende sin solución de continuidad a lo largo de toda la superficie esférica que me es dado intuir y alcanza los límites mismos de la esfera; casi se diría que lame las secciones no vistas inmediatamente contiguas a las secciones vistas en el límite. Así, si viéramos realmente una esfera (no la figura de arriba sino una esfera), y los pedazos negros que en la figura aparecen exhibidos más abajo y más arriba se exhibieran de manera semejante, induciríamos que, si bien éstos no se muestran como pentágonos, pues sólo alcanzamos a ver de ellos tres de sus lados,

muy probablemente lo fuesen. Apoyaríamos nuestra inducción en las notas de regularidad intuitivas (sin necesidad, por lo demás, de haberlas desglosado, siquiera vuelto demasiado explícitas), especialmente en que los pedazos negros que sí se exhiben por completo —aun cuando aparezcan escorzados— tienen la forma geométrica de pentágonos y que los tres lados que se dejan ver de estos pedazos negros limitan, al igual que los pentágonos, con pedazos blancos, que, si bien tampoco se muestran plenamente como hexágonos, por una analogía del estilo serían tenidos por tales.⁶¹ Todo esto apoya nuestra inducción. Además, habría que agregar, quizá, la conciencia (explícita o no) de que sería demasiada “coincidencia” que justo el patrón de regularidad se rompiera en las secciones no vistas inmediatamente contiguas a las vistas, siendo que este escorzo es tan “fortuito” como cualquier otro que pudiéramos tener de la esfera. Lo dicho sobre las manchas negras vale de igual modo con respecto a todas las partes concretas que se hallan en los límites visibles de la esfera. Y esto es tanto como decir que, para todas las partes concretas no vistas e inmediatamente próximas (contiguas, aledañas) a las partes concretas vistas, nuestra inducción es, merced a las razones de regularidad descritas —y a la no menor razón de “mala coincidencia”—, tan buena como puede ser una inducción. El grado de previsibilidad sobre las determinaciones ínfimas de esas partes concretas, limítrofes y ocultas, es inmejorable en estas circunstancias.⁶²

Se diría, pues, que la regularidad intrínseca de la cosa proporciona un grado máximo —aunque falible— de previsibilidad para nuestras anticipaciones relativas a las partes concretas ocultas que limitan con las partes concretas visibles. Con respecto a las determinaciones ínfimas de las partes concretas ocultas, pero *no limítrofes* con las partes concretas vistas, nuestras anticipaciones también echan mano de las notas de regularidad que están a la vista. Quizá el grado de previsibilidad sea algo menor (estas partes no “laman” los límites), pero aun así nos vemos todavía inclinados a preferir hacer extensible al resto de la esfera la organización homogénea del diseño exhibido, que a preferir otras posibilidades. Y aquí se denuncia, por segunda vez, una cierta imbricación en nuestra distinción entre regularidad intrínseca y regularidad empírica. Pues que nos veamos inclinados a preferir esta alternativa sobre otras posibles obedece, con toda seguridad, entre otras motivaciones, a que aquellas cosas de las que hemos tenido experiencia, que presentaban una regularidad tan patente por uno de sus lados, han exhibido, las más de las veces, presentar las mismas notas de regularidad por los demás lados percibidos. De no haber tenido estas experiencias, simplemente no nos veríamos inclinados a optar por hacer extensiva la organización regular del diseño al resto de la

⁶¹ Husserl repara en esto, de pasada, en el § 10 de sus *Análisis sobre síntesis pasiva*. En la paginación de *Husserliana XI*, esto se halla en la página 40; en la edición inglesa de que me valgo (*Analyses Concerning Passive and Active Synthesis*), en la 79.

⁶² “En estas circunstancias” significa que no he visto antes la esfera desde los lados que ahora se ocultan. Contar con ese tipo de “evidencia” nos pondría, desde luego, en una posición todavía mejor para hacer anticipaciones.

esfera.⁶³ En otras palabras, la regularidad que llamamos intrínseca sólo puede servir como apoyo inductivo si se ve apuntalada por una regularidad empírica.

Pero de nuevo, no debemos perder de vista que se trata de una inducción, al parecer de una inducción altísimamente probable, sobre todo con respecto a las partes no vistas limítrofes, pero inducción falible al fin. Así, el pedazo negro que aparece más arriba podría tener, apenas “del otro lado” escrita la marca de la pelota (ingenuos de nosotros, ignorantísimos en relación al fútbol, no veríamos en esto sino una palabra escrita en una esfera) o podría tener un agujero (por donde se infla la pelota) o la cabeza de un clavo o, en fin, con respecto al diseño general, las partes no vistas, aun las limítrofes, podrían, como se dijo, presentar una abolladura, una oquedad, fango cubriéndolo todo, o algún pentágono de otro color, o ni siquiera pentágonos y hexágonos, sino un caprichoso cambio de diseño que justo ahora no alcanzamos a ver.

Pero, por otra parte, si supiéramos que es una pelota de fútbol, nuestra inducción adquiriría mayor fuerza todavía. Las posibles “frustraciones” anteriores, con respecto a nuestras expectativas, no quedan canceladas por este saber, pero ya no es sólo que esta esfera y su diseño regular hacen pensar que el diseño continuará por los lados no vistos, sino que todas las pelotas de fútbol que hemos visto han presentado justo esta clase de regularidad. Más todavía: sabiendo que se trata de una pelota de fútbol, la posibilidad de prever irregularidades también es mayor. Tenemos ahora buenas razones para suponer, aun sin tocarla, que no se trata de una esfera maciza sino hueca, que con esto queda abierta la posibilidad de abolladuras, que es susceptible de ser ponchada por objetos filosos como clavos o pedazos de vidrio, que se utiliza en campos de fútbol cuyo suelo es terroso, que por ello mismo podría estar embarrada por el lado no visto y así. Todas estas posibilidades de anticipar se ven ahora reforzadas por una regularidad propiamente empírica, por nuestras experiencias previas con pelotas de fútbol, por todo aquello que en ellas se ha mostrado como posibilidades más o menos recurrentes. Interviene, en efecto, una cierta *regularidad* empírica, en el sentido de que los casos que se toman en cuenta para basar posibles anticipaciones son aquellos que

⁶³ Los análisis genéticos de *Experiencia y juicio* consideran de cerca lo que aquí llamo regularidad empírica. El interés allí es describir cómo el objeto dado tiene un horizonte, no sólo espacial, sino temporal, en el que quedan pre-señaladas las determinaciones objetuales no vistas, a partir de objetos semejantes (o con notas de semejanza) asociados pasivamente con el objeto percibido. “Con cada objeto de una nueva especie (genéticamente hablando) que se constituye por primera vez, está pre-señalado permanentemente un nuevo tipo de objeto, de acuerdo con el cual se aprehenden de antemano otros objetos que le son parecidos [...] Desde luego, en ocasiones algo que afecta puede carecer de tipificación particular, pero al menos es captado como objeto y, si es un dato sensible, como objeto espacial y ello incluso dentro de la forma más general y absolutamente necesaria de ‘objeto en general’”, pp. 40-41. Cf. también § 26, p. 135, y § 41 pp. 194-195. Husserl dedica copiosos esfuerzos en esta dirección en los *Análisis sobre síntesis pasiva*, de momento no traducidos al español. La edición inglesa de que me valgo, *Analyses Concerning Passive and Active Synthesis*, ordenada y titulada de manera algo distinta a la de Husserliana, presenta estos análisis en la parte segunda, pp. 39-274.

se han dado más o menos regularmente, y entre mayor sea el número de veces que se hayan dado, mayor será la atención que prestemos a ellos.

Aunque éste no es el único criterio a tomar en consideración. Si, por ejemplo, años atrás nos habíamos topado con una pelota que parecía perfectamente normal, pero que en verdad era maciza, toda ella de plomo, y que estaba echada al descuido en la acera por obra de algún bromista; si viéndola allí, tan tentadora, nos habíamos llegado corriendo a ella para darle un puntapié con la misma vivacidad con que fantaseábamos en ese momento fulminar la red y vencer al imaginario portero, y si, como es de suponer, los vencidos en verdad acabaron siendo los huesos de nuestros dedos, bueno, por más que haya sido ésta una experiencia única y excepcional, difícilmente la haremos a un lado a la hora de percibir una pelota de fútbol (sobre todo si esta experiencia nos granjeó una renguera crónica o algún efecto físico que se mantiene vigente hasta hoy). Pero, en términos generales, lo que entra como posibles determinaciones empíricas de una pelota de fútbol y sirve de base para anticipar determinaciones de los lados no vistos es, ante todo, aquello que se ha visto confirmado en diversas ocasiones: la posibilidad del fango, de la rúbrica del dueño de la pelota, de la abolladura, etc.

Mayor grado de previsibilidad cabe esperar, todavía, si la cosa que percibimos, en lugar de ser una cosa que nunca antes habíamos percibido pero que reconocemos como miembro de una clase conocida (pelotas de fútbol, árboles, mesas, etc.), es la misma cosa con la que ya nos hemos relacionado en el pasado.⁶⁴ No una pelota cualquiera, sino mi pelota, con la que juego cada fin de semana, que guardo en mi clóset, transporto en mi mochila, etc. En un caso así, mis experiencias con esa cosa son mucho más numerosas, probablemente mucho menos espaciadas en el tiempo entre sí, es una cosa que, se diría, conozco “como la palma de mi mano”. Pero aun la palma de mi mano (que no es una mera cosa), a la que veo regularmente cada día, no está exenta de mostrarse con alguna determinación que no habría podido anticipar. Me despierto y veo un rasguño que parece salido de la nada, probablemente uno que yo mismo me he infligido durante las horas de sueño, en fin, un rasguño que frustraría todas las posibles anticipaciones que hiciera sobre algo tan íntimamente conocido por mí como la palma de mi propia mano.

Todo esto, desde luego, es lábil. Nos movemos ahora en un ámbito contingente. Pero aun así, y por incipientes que sean estas descripciones, indican criterios conforme a los cuales, si no determinar, al menos señalar grados de previsibilidad (pre-visibilidad) en nuestras anticipaciones con respecto a las determinaciones ínfimas de los lados no vistos de la cosa.

⁶⁴ En atención a los propósitos de esta investigación debo hacer a un lado la discusión sobre la identidad de la cosa a través del tiempo. El capítulo segundo rozará este tema.

En relación al problema de inicio, el de la trascendencia mereológica, lo que cabe concluir es que las partes concretas, exhibidas por el lado visto en el escorzo, apoyan en grados variables nuestras anticipaciones relativas a las determinaciones ínfimas de las partes ocultas del todo en sentido pleno y propio; también, que estos grados responden, aunque sin la fuerza de la necesidad, a la posibilidad de reconocer regularidades intrínsecas en las partes que se muestran y a la posibilidad de reconocer en la cosa ciertas posibilidades que han sido antes exhibidas regularmente por cosas de la misma clase o por esa cosa en particular.

2.2 Grados de idoneidad de los escorzos para anticipar diferencias ínfimas ocultas

Puesto que lo que intentamos indagar es qué condiciones empíricas favorecen la posibilidad de anticipar diferencias ínfimas de las partes que permanecen ocultas en el escorzo, a partir de las partes exhibidas en el lado visto, cabe preguntarse si hay escorzos más “reveladores” que otros. ¿Hay, en otras palabras, escorzos preferibles para anticipar diferencias ínfimas de las partes ocultas del todo?

Consideremos la misma mesa de madera vista a través de dos escorzos distintos y reflexionemos sobre estos actos perceptivos. Uno de los escorzos muestra a la mesa desde arriba, desde una posición cenital relativa a ella; vemos una extensión circular llena, una coloración más o menos pareja, el diseño de las vetas de la madera, etc. El otro escorzo muestra la mesa desde una altura y una distancia que permiten advertir sus cuatro patas, la tabla, su espesor. Ahora la superficie de la tabla se muestra elíptica, las dos patas más distantes algo más pequeñas que las dos más próximas. Pareciera, en principio, que en el primer escorzo la indeterminación es mucho mayor que en el segundo. En efecto, valiéndonos únicamente de percepciones cenitales de la mesa, permanece indeterminada la cantidad de patas que sostienen la tabla, por no hablar de si las patas tendrán forma de prismas o de cilindros o de si la tabla es más o menos delgada. Todo esto, en cambio, se deja ver a través del segundo escorzo: barruntamos ya, por ejemplo, que las patas, que sabemos exactamente cuatro, serán parejamente cilíndricas y parejamente negras, tal como se muestran desde este lado. Casi estamos prestos a dar esto por hecho, y en todo caso, lo que parece quedar más abierto al error de nuestras anticipaciones es si habrá rasguños o no, o en fin, pequeñeces de este estilo.

Pareciera, además, que todo cuanto se muestra en el primer escorzo también se muestra en el segundo. Pues también en este último se exhibe la circularidad de la tabla, por elíptica que ahora se aparezca, y en fin, el color de su superficie, el diseño de las vetas. Y, por otro lado, lo que en este segundo escorzo permanece oculto, tampoco era revelado en el primero, como el reverso de la tabla. Desde luego, también aquí hay ocultamiento, el reverso de las patas y varias otras partes concretas

de la mesa permanecen invisibles. ¡Pero en el primer caso ni siquiera veíamos patas! Puestos a hacer anticipaciones acerca de cómo lucirán los lados ocultos de las patas o el lado oculto del espesor de la tabla, parece notorio que encontramos muchos más elementos en qué basarnos en el segundo escorzo que en el primero.

¿Podríamos, sin más, proponer que hay escorzos más reveladores que otros, escorzos que, por el modo como exhiben la cosa, ofrecen una mejor o peor base empírica para inducir determinaciones ínfimas de los lados ocultos? Y, sobre todo, ¿cuál sería el criterio para decidir qué escorzos son más o menos idóneos en este sentido?

Lo primero es delimitar la esfera de cosas que admiten ser exhibidas en escorzos más o menos reveladores. Quedarían fuera, por principio, aquellas cosas que presentaran “plena” regularidad intrínseca, como el caso de las bolas chinas (de las que no traen dragones ni estampas de guerreros, sino de las que son parejamente de metal). En casos como éstos sería indistinto percibir la cosa por uno u otro lado: todo escorzo posible ofrecería el mismo apoyo empírico para anticipar determinaciones ínfimas de los lados no vistos. (Claro que confirmar esto, para cada cosa en particular, supondría percibirla en escorzos sucesivos por tantos lados como permitiera nuestra paciencia.) Así, pues, las cosas para las que vale una distinción como la que buscamos explorar han de ser cosas, en algún sentido, irregulares; cosas, pues, cuyas notas no sean parejamente homogéneas en todas sus partes.

Hecha esta delimitación general es preciso regresar a la pregunta. De hecho, han sido formuladas dos preguntas: (1) Si es posible la distinción entre escorzos más reveladores y menos reveladores y (2) si hay un criterio que respalde esta distinción. La primera pregunta se decide a partir de la segunda. Si hay, en efecto, un criterio —o más de uno— que permita distinguir con generalidad, y dentro de la esfera de cosas consideradas, grados de idoneidad de los escorzos, la distinción no sólo se manifiesta como una mera posibilidad que pueda ser tenida en cuenta, sino que el criterio decide el sentido mismo de la distinción. Si, como intentaré mostrar enseguida, el criterio remite al propósito, al interés que guía mi dirigirme hacia la cosa, la distinción tendrá un sentido general teleológico; el criterio habrá decidido, no sólo la posibilidad de formular este distingo, sino la ocasión en que será significativo hacerlo: su aplicabilidad, su ámbito de pertinencia.

Para abordar la pregunta que nos ocupa, pongamos que soy carpintero y que quiero determinar de qué madera está hecha la tabla de la mesa. Avezado como soy en carpintería, me ha bastado echar tan sólo un vistazo para determinar que esta madera sólo puede ser del tipo *A* o *B*. Las maderas *A* y *B* son engañosamente semejantes y el único modo de decidir de cuál de las dos se trata es examinando detenidamente el dibujo que describen las vetas. Ciertas vetas de la madera *A*, aquellas que no bordean inmediatamente nudos, se extienden a lo largo de la superficie con un ligerísimo

mayor paralelismo entre sí (sin ser, por supuesto, exactamente paralelas) que las vetas de la madera *B*. Por decirlo toscamente, las vetas de la madera *B* son apenas más “díscolas” que las de la madera *A*. No puedo estudiar esto en el espesor de la tabla pues éste ha sido pintado de negro. Sólo puedo decidir la cuestión fijándome en la superficie de la tabla o en su reverso, pero esta última alternativa es más incómoda: hay menos luz, debo agacharme, etc.

Ahora consideremos los dos escorzos “ejemplares” que se habían planteado al comienzo con respecto al exhibirse de la mesa. Ciertamente es que en cualquiera de los dos se dejan ver la tabla y sus vetas, pero sólo a partir del primero, el “cenital”, podría yo estudiar y decidir si la tabla es de la madera *A* o *B* (tendría que estar, por lo demás, no sólo en una posición cenital con respecto a la mesa, sino a una distancia que me permitiera advertir los rasgos que es requerido advertir para despejar la duda). Al decidir esto estoy reparando en una determinación figural ínfima de la superficie de la tabla; se trata de una parte abstracta que es inmediata con respecto a la parte concreta tabla (a su superficie, de hecho), pero mediata con respecto al todo-mesa; pues es parte de la mesa en la medida en que es parte de una parte concreta de la mesa (la superficie de la tabla). Pero, sobre todo, que la tabla esté hecha de la madera *A* o *B* concierne, no sólo a su superficie, que es lo propiamente exhibido, sino a la tabla toda, a todas sus partes concretas no vistas, a todos sus lados ocultos. (Si se tratara de una “chapa” de madera que ha sido puesta sobre un encofrado, concerniría, análogamente, a toda la chapa y a todos sus lados no vistos.) Así, pues, si *mi interés* está dirigido a anticipar determinaciones ínfimas de los lados no vistos de la tabla, por ejemplo del reverso, a partir de la identificación del tipo de madera, resulta que el escorzo que exhibe mejores posibilidades de hacer esto es el escorzo “cenital”. La exhibición que presenta el otro escorzo, o en general cualquier otro escorzo posible, es, a estos efectos, insuficiente, pobre. El segundo escorzo, que parecía en principio ofrecer muchas mayores posibilidades de anticipación es *a este respecto* inadecuado; el primero, en cambio, era inadecuado en las situaciones consideradas más arriba, pero en cuanto al *propósito* que se persigue ahora, no sólo es adecuado: es seguramente el más idóneo.

El ejemplo anterior, lejos de sugerir una relatividad estéril que haría naufragar la posibilidad de proponer escorzos más o menos reveladores, esto es, exhibiciones que proporcionen una base empírica mejor o peor para anticipar determinaciones ínfimas de los lados ocultos de la cosa, sugiere, en cambio, que la “riqueza” o “pobreza” del escorzo queda primeramente decidida por el interés,⁶⁵ el propósito que guía mi dirigirme hacia la cosa. La distinción se vuelve, pues, significativa, adquiere sentido, como distinción teleológica.

⁶⁵ He estado permanentemente tentado de escribir “interés práctico” o “finalidad práctica”, explicitando a la par que habría que entender “práctico” en un sentido tan amplio que comprendiera bajo sí el interés teórico. Pero tengo presente que la relación entre teoría y práctica es en sí misma problemática, y por ello me he

Desde luego, esto no agota la cuestión. Al *thelos* se suman otros factores, como por ejemplo mis competencias para discernir y anticipar. Si, en el ejemplo, no fuese yo carpintero o si lo fuese pero desconociera el modo de distinguir la madera *A* de la *B*, aun cuando mi propósito guiara mi dirigirme hacia la mesa, tanto daría verla desde arriba o desde cualquier otro lugar. Simplemente no dispondría de uno de los requerimientos necesarios para poder llevar a cabo la distinción; y hacerlo era justo mi propósito.

Podemos decir, en suma, que hay escorzos más reveladores que otros; escorzos que favorecen en grados variables la posibilidad de anticipar diferencias ínfimas de las partes del todo que permanecen ocultas, a partir de las partes exhibidas en el lado visto. Y que esta idoneidad está sujeta al propósito particular que guíe mi dirigirme hacia la cosa, así como a la satisfacción de las condiciones necesarias para poder llevar a término ese propósito.

2.3 Exhibición de trayectos posibles para penetrar en el horizonte de la cosa

Pero es preciso admitir que hay algo artificioso en lo anterior. Salvo en casos excepcionales, uno no está físicamente impedido como los esclavos de la caverna de Platón; no está uno atado de pies y manos, imposibilitado de mover la cabeza en torno, no le es dado a uno tener una única perspectiva visual de una única cosa en el mundo (la pared sobre la que se proyectan las sombras). Yo no he estado desde mi nacimiento mirando una misma mesa desde arriba. Para poder hacer la distinción que guiaba mi interés y decidir, al cabo, si la madera era *A* o *B*, he tenido que *desplazarme* por el camino que conducía hasta la mesa, deteniéndome, acaso, en medio para descorrer las cortinas y dejar entrar luz suficiente; he debido, todavía, apartar dos sillas que estorbaban, asomarme por encima de la tabla y mover la cabeza hacia abajo. Y este camino no ha sido decidido enteramente por mí. Hay paredes entre las que moverse, tal vez puertas que abrir, sillas que apartar, eventualmente obstáculos que sortear.

El propósito que me guiaba acabó por determinar una perspectiva preferente, un escorzo idóneo: debí llegar a mirar la mesa desde arriba. Pero debí *llegar*. No estaba yo allí desde siempre. Estaba en algún lugar del espacio, y entre esa posición inicial, fijada por la posición de mi cuerpo en el espacio, y la meta, fijada por la corporeidad de la mesa en el espacio, mediaba un trayecto. Pero un trayecto para mí, a partir del *aquí* fijado por mi cuerpo y del *allí* de la mesa (y en general de las cosas todas) relativo también a mi cuerpo. Todo lo que en cada instante del trayecto se me iba apareciendo —paredes, cuadros, ventanas, la mesa misma, allí al fondo— lo hacía en una secuencia

abstenido de hacerlo. Con todo, creo necesario hacer este señalamiento acerca de qué quiero decir con “interés”, por vago y marginal que sea lo dicho.

de escorzos, que mostraba en cada caso las cosas en una orientación relativa a este aquí corporal mío, este punto cero, para decirlo con Husserl.⁶⁶ A medida que mi cuerpo avanzaba por el corredor, el cuadro que en principio estaba adelante a la derecha, iba presentándose cada vez más cerca, hasta quedar exactamente a mi derecha, y alejarse luego a mis espaldas, también por la derecha, como podría haber yo comprobado si hubiese seguido caminando y mirando hacia atrás.

Para cada percepción mía a lo largo del trayecto, había, no sólo siempre un punto cero fijado por mi cuerpo, al que estaban referidas las orientaciones de todo aparecer en el espacio, sino que, además, a cada movimiento de mis órganos de percepción las apariciones de las cosas iban mudando, y mudando coherentemente: aquello a lo que me iba acercando se aparecía progresivamente más grande, aquello de lo que me iba alejando, más chico y así. Estas series motivadas de apariciones, que Husserl llama cinestesis, están de antemano fijadas en sus posibilidades: “En la esencia de la aprehensión misma radica la posibilidad de dejar que la percepción se deshilvane en ‘posibles’ series de percepciones, que tienen todas el tipo: si el ojo se vuelve de tal modo, ENTONCES la ‘imagen’ se muda de tal modo; si se vuelve de alguna otra manera determinada, entonces la imagen se muda correspondientemente de otra manera.”⁶⁷

Por un lado, todo trayecto posible inicia necesariamente en el punto cero, en la posición actual de mi cuerpo. Desde aquí percibo inicialmente la cosa, que puede estar más lejos o más cerca, arriba o debajo de mí, a mi derecha o a mi izquierda. Pero mi dirigirme hacia la cosa está guiado por un cierto interés, que puede ser más o menos determinado. Puedo querer simplemente “echarle un ojo de cerca” o, como en el ejemplo anterior, determinar si una parte suya está hecha de tal o cual madera. Vamos a suponer que mi interés es este último. Viendo la mesa desde aquí, advierto ya que el borde de la tabla está pintado de negro y anticipo, en consecuencia, que sólo podré decidir si la madera es *A* o *B* fijándome en la superficie de la tabla. Hay, pues, una diferencia ínfima de una parte de la mesa que desde aquí no me es dado determinar con plena precisión. Pero, en cambio, sé, aun estando aquí, desde dónde podré hacerlo. Tengo, pues, una posición final relativa a la mesa, que no es ni verla desde abajo, ni desde la derecha o la izquierda, sino llegar a verla desde arriba. Mi posición inicial, este aquí, y mi posición final, determinada por el interés que persigo, delinearán ya

⁶⁶ Cf. *Ideas II*, § 41 a).

⁶⁷ *Ibid.*, § 18 a), p. 90. Enseguida agrega Husserl que esto vale lo mismo para todo palpar, pero podría también añadirse: para todo oír y olfatear. A medida que voy acercándome a la sala de conciertos, los sonidos van haciéndose cada vez más audibles, fuertes, claros; a medida que voy acercándome al incensario, el olor va volviéndose más penetrante. También vale esto para todo paladear. En las papilas de la lengua puede reconocerse que las sensaciones gustativas responden a series motivadas. Esto queda sugerido, quizá, en cómo los sabores se potencian o anulan entre sí según el orden de su alternancia. No se *siente* igual paladear algo dulce después de haber gustado algo amargo, que hacerlo después de haber gustado algo salado, o algo muy dulce. Las sensaciones gustativas se ven motivadas de modo distinto según la secuencia de sabores. Pero admito que esto último exigiría un examen más detenido.

posibles trayectos. Puedo escoger el más directo, o puedo no hacerlo, demorarme dándole la vuelta por otros lados, etc. Como sea, cada posible trayecto coincide con una posible serie cinestésica, esto es, con una posible secuencia ordenada de escorzos (de la mesa y de su entorno inmediato). Y estas posibilidades no son cualesquiera. Han quedado confinadas dentro de aquellos trayectos posibles desde este aquí hasta ese allí, en este espacio, con la presencia o ausencia de obstáculos en medio.

¿Pero qué relación guarda todo esto con el problema de la trascendencia mereológica? Estamos interesados en investigar en qué medida las partes de una cosa, exhibidas en el lado visto del escorzo, permiten anticipar mejor o peor determinaciones ínfimas de las partes que permanecen ocultas. Hasta el momento, sólo habíamos considerado el problema bajo una circunstancia un poco artificial, percibiendo la cosa desde una única posición espacial. Pero al percibir una cosa, no sólo queda co-dado su horizonte, sus lados no vistos (en tanto que no vistos), sino que quedan determinadas también las posibles trayectorias que yo debería recorrer si estuviese interesado en penetrar ese horizonte. El lado visto de la cosa, su mero aparecerse, no sólo señala, por su ser-cosa, determinaciones específicas necesarias de las partes ocultas; no sólo permite anticipar mejor o peor —ya por la regularidad de su aspecto, ya por la experiencia que yo haya tenido con cosas de esa clase o con esa cosa en particular— diferencias ínfimas de las partes no vistas; este mero aparecer, por ser justo un aparecer espacial orientado relativamente a mi cuerpo, *señala también los trayectos posibles que debería yo recorrer para descubrir diferencias ínfimas de las partes actualmente ocultas*. O, para decirlo en otras palabras: lo que en la exhibición actual del todo-cosa se muestra como potencia, como posibilidad, no es sólo la posible determinación de diferencias ínfimas de sus partes ocultas, sino también los posibles movimientos que mi cuerpo debería llevar a cabo para poder hacer esto. Más aún: la posibilidad de determinar en la cosa lo que ahora permanece indeterminado depende de que yo pueda llevar a cabo alguno de los trayectos que quedan fijados como posibilidades. Llegar a determinar ciertas indeterminaciones impone ciertos posibles trayectos; si el interés se dirige a conocer otras indeterminaciones, los trayectos posibles podrán ser otros. En todo caso, no serán nunca cualesquiera; sus límites están fijados según se dijo más arriba.

Así, pues, las partes de la cosa exhibidas en el escorzo, en tanto partes que se muestran en un espacio orientado relativamente a mi cuerpo, dejan ver también, además de todo lo dicho hasta el momento, los trayectos que es preciso recorrer para poder aprehender nuevas determinaciones del todo pleno.

2.4 El horizonte externo y la posibilidad de anticipar determinaciones relacionales entre las partes ocultas y su entorno inmediato

Hasta ahora el análisis ha considerado la cosa y su horizonte, esto es, el *horizonte interno* de la cosa. Nuestro interés ha estado dirigido a describir el modo como las partes exhibidas del todo-cosa, permiten, por un lado, saber, y por otro, anticipar con distintos grados de previsibilidad, determinaciones internas de la cosa que actualmente permanecen ocultas; y esto antes de penetrar propiamente en el horizonte, de darle la vuelta a la cosa, de percibirla desde otros lados. En cierto sentido, hemos permanecido inmóviles ante ella. Incluso en el apartado anterior, los trayectos eran considerados en cuanto a la posibilidad de ser llevados a cabo, pero sin realizar efectivamente alguna de estas posibilidades.

Estando todavía inmóviles, vemos también, como quedaba ya sugerido en el apartado anterior, que la cosa presenta, a su vez, determinaciones relacionales. Muy especialmente, toda cosa se aparece en el espacio orientada relativamente a mí, pero también *junto a* otras cosas, la mesa *sobre* el piso, *entre* cuatro sillas, *al costado de* la ventana y así. Explorar esta esfera de relaciones es penetrar, ya no en el horizonte interno, sino en el *horizonte externo*. Con todo, se trata del horizonte externo *de esa cosa* y no de sustituir la percepción que tenemos de ella por la percepción de otros objetos aledaños. Observa Husserl:

Si se han de captar tales determinaciones relativas, el interés de la percepción no se reparte uniformemente sobre la mayoría de los objetos que se encuentran en el campo; los demás se incluyen únicamente en la medida en que sus relaciones con él contribuyen a determinarlo más de cerca. Este aumento de determinaciones externas relativas depende, pues, de que otros objetos estén juntamente dados en el horizonte externo de la percepción, en el *campo* presente, y de su agregación o desaparición, mientras que las determinaciones internas se mantienen intactas por este cambio del medio circundante, en la pluralidad de los objetos que también afectan.⁶⁸

¿En qué medida la exploración del horizonte externo contribuye en la investigación de la trascendencia mereológica? Por principio, las relaciones extrínsecas de la cosa no son

⁶⁸ *Experiencia y juicio*, § 22, p. 114; subrayado de Husserl. Aquí estamos tomando en consideración, en primera instancia, el horizonte externo en un sentido restringido, que involucra únicamente las determinaciones relacionales co-presentes, simultáneas, y sin incluir actos de otra índole que pudieran ser tenidos en cuenta, como las objetividades de la libre fantasía que, por alguna semejanza con la cosa, fuesen asociadas con ella (*Cf. ibid.*, § 33 y ss.). Con todo, siendo ésta una restricción artificiosa, la investigación misma exigirá tener en cuenta el horizonte externo pleno y propio, esto es, tomando en cuenta la temporalidad, las experiencias pasadas con cosas semejantes a las actualmente presentes. Para no complicar el análisis, no me detendré de momento en la descripción misma del horizonte externo.

determinaciones mereológicas, es decir, no son partes reales de ésta en cuanto todo. Las partes de que se compone el todo-cosa, todas sus diferencias ínfimas, sus compenetraciones y enlaces, permanecen “íntactos” aun cuando varíen el horizonte externo y todas las relaciones que la cosa mantenga con otras cosas dentro de éste. Justo por esto es un todo en cuanto concreto independiente. Pero que las determinaciones internas permanezcan intactas, *qua* determinaciones, no quiere decir que la variación del horizonte externo de la cosa deje intacto el *exhibirse* de estas determinaciones. Un libro negro sobre una mesa negra destacará menos que el mismo libro sobre una mesa blanca. Y, en general, la homogeneidad o heterogeneidad entre alguna de las diferencias ínfimas de la cosa (p. ej. el color) y su análoga en el entorno de la cosa, condicionarán exhibiciones de la cosa que destaquen en ese respecto más o menos en relación con el fondo, o que hagan que la cosa aparezca de maneras distintas. El libro aparecerá como pequeño en relación a un libro considerablemente mayor en tamaño, pero como grande en relación a un minilibro que estuviese al lado, etc.

En la investigación del horizonte externo de la cosa, todo lo que cae en el campo intuido es considerado relativamente a ella, lo más lejano y lo más cercano, lo que está arriba o abajo, lo que es más grande o más pequeño, etc. Todo esto está presente y todas estas relaciones pueden ser percibidas y explicadas en relación a la cosa. Pero, de hecho, percibimos estas relaciones con respecto a las partes exhibidas de la cosa y, desde luego, a su horizonte co-dado.

Percibimos, por ejemplo, que el libro está sobre la mesa. Su estar-sobre radica en que una mayoría de momentos de extensión de la contratapa se tocan con otros tantos momentos de extensión de la superficie de la mesa en que se apoya el libro. Ningún escorzo, salvo quizá (y esto con reservas) el que pudiera ofrecérsenos mirando una mesa de vidrio desde abajo, permite percibir estrictamente el contacto entre ambas cosas. Sea cual sea el lado por el que percibamos el libro, vemos a lo sumo que sus caras perpendiculares a la mesa, constituidas por la acumulación de páginas parejamente guillotizadas, “caen” verticalmente hasta un límite que se toca con la superficie de la mesa. Vemos del contacto, del estar-sobre, tan sólo esto. Y sin embargo, inducimos, con buen criterio empírico, que ha de haber una contratapa cuya superficie será rectangular y que este rectángulo ha de tocar en toda o casi toda su extensión la superficie de la mesa, que, barruntamos, ha de ser una extensión continua, incluso en la parte cubierta ahora por el libro y, por tanto, actualmente oculta. Al anticipar que el libro está sobre la mesa, anticipamos a la par el modo como el libro está sobre la mesa, presumiendo que las superficies en contacto han de ser extensiones rectangulares. Hay que notar, pues, que, teniendo en consideración el horizonte externo de la cosa, *podemos anticipar, ya no sólo posibles diferencias ínfimas de sus partes ocultas, con base en sus partes exhibidas, sino también*

RELACIONES que estas partes ocultas guardan inmediatamente con partes de otras cosas, y hasta modos particulares bajo los cuales se dan estas relaciones.

También es de notar que la posibilidad de que nuestra anticipación relacional se vea frustrada, en el ejemplo anterior, no puede obedecer a que la relación misma sea, en su naturaleza, contingente, al modo como son contingentes las diferencias ínfimas. En otras palabras, si resulta que nos hemos equivocado al anticipar que el libro *estaba sobre* la mesa, esto no puede deberse a que el propio estar-sobre admita en algunos casos ser de un modo y en otros casos ser de otro. Las determinaciones relativas, siendo predicados categoriales, prescriben con necesidad las condiciones que debe observar todo objeto que aspire a relacionarse de esta manera con otro. Es categorial la determinación estar-sobre, lo mismo que cualquier otra determinación relacional, porque es indiferente qué sea lo que esté-sobre y sobre qué esté lo primero: el libro está sobre la mesa, la botella está sobre el mostrador, el pájaro está sobre la rama, tanto da. Pero para cualesquiera objetos espaciales relacionados de este modo, todo estar-sobre, en el sentido de estar-apoyado-en (no en el sentido de un pájaro que está sobre mi cabeza volando —que sobrevuela mi cabeza—) exige, necesariamente, contacto entre las superficies de los objetos así relacionadas; al cancelar el contacto se cancela *eo ipso* la relación. Si hemos fallado al anticipar que el libro estaba sobre la mesa, esto ha obedecido a que nuestra inducción se basaba en dos inducciones falsas concernientes, cada una, a las partes ocultas de los respectivos objetos. Consideremos un ejemplo para ver esto.

Supongamos que el libro que en principio vemos como estando sobre la mesa no es realmente un libro, a pesar de su apariencia. Se trata de un prisma hueco, al que falta su cara posterior (la que haría las veces de contratapa). La mesa tampoco es una mesa ordinaria. El rectángulo donde presuntamente se apoya el libro ha sido escrupulosamente sustraído junto con todo el espesor de la tabla, de modo que, si el prisma fuese ubicado justo en ese hueco, caería irremediamente. Para que esto no suceda, se ha colocado un soporte que parte del piso, atraviesa el hueco rectangular de la mesa y sostiene al prisma “desde dentro”, desde el reverso de lo que sería la tapa del libro. El prisma queda así sostenido de tal suerte que las partes inferiores de sus caras verticales limitan exactamente con los límites que delinearían el hueco en la mesa. Cualquiera que viera esto, desde perspectivas que no denunciaran el soporte oculto, percibiría que hay un libro sobre la mesa y juzgaría, en consecuencia: “Hay un libro sobre la mesa”; cualquiera que dijera esto afirmaría algo falso. ¿Pero en dónde ha residido el engaño?

Aquí el caso es más extremo que si sólo el libro fuese un prisma hueco, pero la mesa fuese una mesa ordinaria. En un caso así, estaríamos equivocados al anticipar que una superficie plana y rectangular (la presunta contratapa) habría de estar, toda o casi toda ella, en contacto con la superficie de la mesa. Lo que estaría-sobre no sería una contratapa de un libro, pero en todo caso el

prisma hueco estaría sobre la mesa, aun cuando este estar-sobre fuese distinto del que habríamos anticipado. En el ejemplo extremo, sin embargo, el libro no está sobre la mesa, no sólo porque no hay tal libro, sino porque tampoco hay una mesa como la que habríamos esperado. Al ver cómo las caras laterales del libro se tocan con las partes de la mesa que lo bordean, inducimos que la superficie de la mesa continuará parejamente, como en el resto de la tabla. (Si no es una mesa, si es cualquier otra cosa, la regularidad intrínseca de esa superficie y la apariencia de estar-sobre nos moverían a hacer una inducción en este sentido.) E induciríamos esto porque hemos tenido experiencias con muchos otros libros y todos ellos han sido prismas más o menos regulares, una de cuyas caras, la contratapa, ha sido siempre una superficie aproximadamente plana, y lo mismo con las mesas y sus superficies. Así, pues, nuestra inducción sobre la determinación relativa, el estar-sobre, se ha apoyado en dos inducciones falsas sobre determinaciones internas. En una de ellas anticipamos determinaciones internas de las partes no vistas del “libro”; en otra, de las partes no vistas de la mesa.

El ejemplo ha de considerarse tan sólo como un ejemplo, pero, a los efectos del propósito más amplio que persigue la investigación, es suficiente para dejar sentadas ciertas posibilidades; desarrollar una morfología minuciosa de estas posibilidades rebasaría con mucho el interés que nos guía a esta altura.⁶⁹ El ejemplo ha mostrado: (1) cómo con base en las partes exhibidas de una cosa y de su entorno físico-espacial inmediato es posible anticipar determinaciones relacionales entre partes ocultas de la cosa y del entorno; (2) cómo estas anticipaciones, por certeras que parezcan, están sometidas a la misma falibilidad que a que estaban sometidas aquellas otras anticipaciones que hacíamos a la hora de inducir diferencias ínfimas de las partes ocultas de la cosa; y (3) cómo, en último caso, la falibilidad de estas anticipaciones obedece a los yerros que podamos cometer anticipando, justamente, diferencias ínfimas de esas partes ocultas (pues la relación misma, considerada en cuanto tal, prescribe necesariamente ciertas condiciones *a los objetos* que aspiren a relacionarse de tal modo, con lo cual el “problema” estará siempre del lado de los objetos, de si éstos se ajustan o no a las condiciones impuestas por la relación).

2.5 El horizonte externo y la posibilidad de anticipar determinaciones de las partes ocultas a partir de las relaciones entre la cosa y su entorno inmediato

Pero cabría, todavía, considerar el asunto de otro modo. En lugar de explorar la posibilidad de anticipar *relaciones* entre las partes ocultas de la cosa y su entorno inmediato, sobre la base de

⁶⁹ Así como un contraejemplo es capaz de demostrar la imposibilidad de que algo sea universalizable, así también un ejemplo puede dejar, por sí solo, sentada una *posibilidad* (la que el ejemplo muestra).

relaciones intuitivas categorialmente⁷⁰ entre partes vistas de la cosa y de su entorno, podríamos, en cambio, dirigir nuestros esfuerzos a estudiar la posibilidad de anticipar diferencias ínfimas de las partes ocultas de la cosa, aprovechando la “información” que nos provee su entorno inmediato; y en particular, aprovechando las relaciones que este entorno presenta con las partes exhibidas de la cosa. Los ejemplos nos serán de ayuda también aquí para dejar manifiesta esta posibilidad. Consideremos el siguiente.

Vemos dos monedas, una al lado de la otra. Ambas son del mismo tamaño y forma, tienen la misma altura y están hechas del mismo metal. Jamás hemos visto esa clase de monedas. La cara vista de una de ellas presenta un número cinco y algunos detalles más; la cara vista de la otra enseña el diseño de un hombre montado a caballo. Puestos a anticipar cómo será la cara oculta de la moneda que presenta el número cinco, diremos sin vacilar que ha de tener el diseño de un hombre montado a caballo; y en cuanto a la que presenta este diseño ecuestre, que su cara oculta tendrá grabado un número cinco y los detalles adicionales. La base con que contamos en un caso así para formular nuestros anticipos estriba justo en la posibilidad de percibir las relaciones de exacta semejanza que fueron consignadas al exponer el ejemplo, semejanzas que permitirían establecer una analogía entre ambos objetos.⁷¹ Induciríamos, analógicamente, que se trata de una misma clase de monedas, sólo que una muestra una cara y otra, la otra. (Aunque para poder hacer esta analogía, sería preciso, de otro lado, que supiéramos que regularmente las monedas tienen dos caras, una que suele enseñar su valor y otra que suele exhibir alguna otra cosa, etc.)

Queda así expuesta la posibilidad de anticipar diferencias ínfimas de las caras ocultas de una cosa (en este caso, de dos cosas a la vez y sólo a la vez) con base en la intuición de semejanzas entre las cosas percibidas. La complejidad del razonamiento analógico denuncia, sin embargo, que la mera intuición de relaciones de semejanza, siendo necesaria para poder hacer las anticipaciones de interés aquí, no es, sin embargo, suficiente; estas relaciones deben, a su vez, ser articuladas de cierta manera —no importa si explícita o implícitamente—, esto es, del modo como exige el razonamiento analógico. Y con ello el asunto parece complicarse, porque los confines de la intuición categorial parecen ser rebasados (¿o acaso es posible percibir, categorialmente, la propia analogía?). Pero no

⁷⁰ He hablado de percibir relaciones sin discutir cómo es posible hacerlo, qué clase de actos son necesarios para ello, si son fundados o fundantes, etc. Asumo tácitamente las descripciones husserlianas de la intuición categorial, desarrolladas en *IL VI*, § 40-66.

⁷¹ De explicitarse, el razonamiento analógico funcionaría así. Sean M y M' las dos monedas. Sean C_1 y C_0 las caras vista y no vista de M , respectivamente, y C'_1 y C'_0 las caras vista y no vista de M' , respectivamente. Sean, finalmente, t , f , a y m , las determinaciones tamaño, forma, altura, tipo de metal, y las determinaciones d_5 y d_E el diseño con el número cinco y el diseño ecuestre, respectivamente.

1. Tenemos que: $M [t, f, a, m, C_1(d_5), C_0(d_?)]$ y $M'(t, f, a, m, C'_1(d_E), C'_0(d'_?))$
2. Además, siendo que se trata de cilindros regulares: $C_1(t, f) = C_0(t, f) = C'_1(t, f) = C'_0(t, f)$
Luego, $C_0(d_?) = C'_1(d_E)$ y $C'_0(d'_?) = C_1(d_5)$.

es preciso discutir esto ahora. Baste con haber mostrado cómo, a partir del entorno y de las relaciones entre el entorno y las partes exhibidas de una cosa, es posible anticipar (eventualmente, valiéndonos también de analogías) diferencias ínfimas de sus partes ocultas. No era otro el propósito de este apartado.

Muchos otros ejemplos podrían ser invocados (la sombra que un objeto proyecta sobre otro y que permite adivinar algo del primero, algo que sin embargo no está a la vista en el escorzo actual), pero no harían sino insistir sobre lo que el caso de las monedas dejaba ya sentado.

Como breve apéndice, quisiera por último sugerir, sin mayor rigor, cómo las relaciones entre los objetos que se presentan en una misma “situación objetiva” se vuelven más “significativas” en actos superiores. Si, pongamos por caso, vemos un cuchillo de cocina cuya hoja está manchada de un líquido rojo oscuro, juzgaremos (en sentido lato) ese cuchillo de modo muy distinto si a su lado vemos una lata de salsa de tomates y una cebolla que si, en cambio, hay una fotografía de alguien, ella misma salpicada por el líquido rojo. El líquido rojo será juzgado probablemente como salsa de tomates en la primera situación, y como sangre, en la segunda; el cuchillo, como utensilio de cocina en el primer caso, y como arma homicida, en el segundo. Desde luego, aquí se ven envueltos actos más complejos que la mera percepción (más complejos también que el acto fundado por medio del cual se intuye categorialmente la relación espacial entre los objetos); y, por lo demás, nos hemos salido del problema, tal como estaba planteado, pues en este ejemplo el asunto no ha estado dirigido a anticipar determinaciones ocultas a partir de las partes exhibidas de las cosas o de las relaciones que guardan entre sí. Pero el ejemplo deja ver, en todo caso, cómo una misma cosa puede ser tenida por esto o aquello, juzgada, valorada y emocionalmente sentida de modo diverso según sea la situación objetiva en la que ella se aparezca. Esto será retomado más adelante.

IV. Sinopsis del capítulo primero y tránsito hacia el capítulo segundo

La cuestión que aquí hemos dado en llamar el problema de la trascendencia mereológica, y que suele ser formulado ambiguamente en términos de que una parte *expresa* al todo de que es parte, ha exigido un desarrollo doble. Por un lado, ha sido preciso exponer someramente la teoría husserliana de los todos y las partes; una vez munidos de las herramientas necesarias, ha sido preciso llevar a cabo un análisis con vistas a determinar qué quiere decir que la parte expresa al todo y cómo es que esto se da al percibir una cosa física, del único modo en que es esto posible: por vía de escorzo.

En primera instancia, hemos fijado el problema en términos de la *posibilidad* de determinar, con base en las partes exhibidas de la cosa que se muestran en el escorzo, aquello que el escorzo oculta de momento. Hemos visto que, en tal situación, es posible determinar *a priori* una forma general del

todo en sentido pleno, con lo cual todas sus partes ocultas y las relaciones en que éstas se ven envueltas quedan indeterminadas sólo a nivel de sus diferencias ínfimas. El mero aparecer de la cosa señala ya que los contenidos ocultos han de pertenecer a ciertas especies, señala ya cuáles son esas especies y también que estos contenidos no pueden sino estar compenetrados entre sí; señala, también, que los pedazos han de estar encadenados (fundidos, como caso límites) y, en fin, que, tratándose de un todo extensivo, las partes ocultas necesariamente han de presentar un momento de unidad o momento figural.

Por otro lado, puesto que las diferencias ínfimas de toda cosa son contingentes, la posibilidad de determinarlas en relación a las partes ocultas, con base en las partes exhibidas, no goza ya de la aprioricidad anterior. Se trata ahora de la posibilidad de *anticipar* o *inducir* diferencias ínfimas ocultas a partir de lo que la cosa exhibe. Siendo que nos movemos a esta altura en un ámbito inductivo, el grado de previsibilidad con que contamos en cada caso es variable; ciertos factores lo incrementan, como la regularidad intrínseca que presenta la cosa en sus partes exhibidas, y la regularidad empírica, la semejanza que la cosa presenta con cierta clase de cosas de que hemos tenido experiencia en el pasado. El caso inductivamente más favorable es, en este sentido, haber tenido experiencias previas con la misma cosa que ahora percibimos. Como se ha dicho antes, la posibilidad de reconocer una regularidad intrínseca hace entrar en juego un reconocimiento en el orden de la regularidad empírica.

En este punto ha sido preciso introducir, sin entrar en detalles, la temporalidad, la posibilidad de hacer asociaciones con el pasado, etc. Era imposible soslayar este aspecto, pero era a la vez inconveniente abordarlo con toda la profundidad que reclama. Esto será desarrollado con amplitud en el capítulo siguiente.

Siempre dentro de esta esfera *a posteriori*, nos hemos preguntado si hay escorzos más idóneos que otros para anticipar diferencias ínfimas de las partes actualmente ocultas. Hemos concluido que sí, pero que los escorzos son más o menos idóneos, no en términos absolutos, sino de acuerdo con el interés o propósito que guíe nuestro dirigirnos hacia la cosa (además del mero percibirla).

Se ha sacado a luz, también, cómo la exhibición de la cosa en un escorzo muestra, además de lo anterior, los posibles trayectos que debería yo recorrer para poder aprehender efectivamente las determinaciones del todo-cosa que ahora permanecen ocultas. Los trayectos, se ha dicho, quedan fijados en sus posibilidades según: (1) la orientación que la cosa presenta con respecto a mi punto cero actual; (2) la posición final de la cosa con respecto a mí, que barrunto ya como idónea de acuerdo con el interés que guía mi dirigirme hacia ella; (3) los eventuales obstáculos que haya en medio (amén, desde luego, de los caminos físicamente trazados por el escenario donde me halle).

Por último, se ha considerado el horizonte externo de la cosa, a fin de dejar sentado: (i) que las partes exhibidas de la cosa y de su entorno inmediato permiten anticipar relaciones entre las partes ocultas de la cosa y su entorno inmediato (y aquí ha sido otra vez necesario introducir, implícitamente, la temporalidad), y (ii) que las partes exhibidas de la cosa y de cosas aledañas, así como las relaciones que es posible intuir entre ellas, permiten anticipar diferencias ínfimas de las partes ocultas de la cosa (o de ésta y de otra u otras cosas co-presentes).

Con esto queda concluido un primer estudio cuyo interés es, en verdad, servir a las investigaciones que siguen. El problema de la trascendencia mereológica, considerado aquí de la manera más simple posible, nos saldrá al paso nuevamente y con una complejidad muy superior, cuando nos preguntemos en qué sentido una vivencia cualquiera “expresa” la totalidad de las vivencias de un yo, si es que esto es efectivamente así.

CAPÍTULO SEGUNDO: TRASCENDENCIA DE LAS VIVENCIAS EN SENTIDO TEMPORAL

I. Consideraciones pre-teóricas

En los análisis anteriores examinamos el problema de la trascendencia mereológica sin tematizar los aspectos relativos a la temporalidad. Haber soslayado esto obedeció al afán de no complicar más las cosas, pero aun así la temporalidad estuvo tácitamente presente a lo largo del análisis. Por un lado, el acto perceptivo mismo, que invocábamos permanentemente, no era un acto individual, único (no sería siquiera concebible la posibilidad de percibir en estas condiciones), sino una sucesión sintética de actos de percepción dirigidos a un mismo objeto, conciente como uno y el mismo en los distintos ahora sucesivos.¹ Por otro lado, a la hora de anticipar determinaciones ínfimas de las partes cósmicas no vistas, nos valíamos de una base empírica que había sido abonada en nuestro pasado, y que estaba, sin embargo, disponible para ser tenida en consideración en el presente; y esto a fin de anticipar lo que podría acabar por confirmarse o verse frustrado una vez que le diéramos la vuelta al objeto, esto es, en actos de percepción ulteriores, futuros.

Lo que ocupará nuestra atención ahora será, precisamente, la temporalidad. Pero comenzaremos por plantear el asunto sin introducir de momento nociones teóricas, ni siquiera valiéndonos de las nociones mereológicas de que disponemos, pues no sabemos si el giro que toma ahora la cuestión se aviene con la teoría de los todos y las partes tal como ha sido desarrollada, o si ésta resultará inadecuada y se verá necesitada de reformas. De modo que el punto de partida será tan pre-teórico como sea posible. De lo que se trata en este estadio incipiente es de hacer notar la motivación del problema y las posibilidades que la pregunta, así motivada, sugiere; introducir un aparatage teórico viciaría más bien que ayudaría en la consecución de esta identificación primera.

Habíamos explorado antes el modo como la parte “expresa” al todo, y considerábamos para ello la o las partes *exhibidas* de un objeto físico, corpóreo, espacio-temporal. En otras palabras, considerábamos el asunto desde una perspectiva primeramente espacial: cómo una parte de un objeto espacial, una parte extendida y exhibida en el espacio, “expresa” el todo de que es parte, y esto en cuanto a sus determinaciones ocultas también espaciales. Ahora nuestra atención se dirige de modo preferente al aspecto temporal, a *cómo la cosa que se me aparece ahora, y ya no sólo como una mera cosa que se aparece, sino como algo con tal y cual valor, que se presenta como agradable o desagradable a la contemplación, atesorable o rechazable, etc., cómo, en fin, la cosa con todas estas notas más o menos explícitas expresa “sus” apariciones pasadas (con sus previas*

¹ En las páginas siguientes haré una exposición sumaria de algunos aspectos de la fenomenología husserliana de la conciencia del tiempo immanente.

notas de valiosidad, emotividad, belleza, etc.). Por ponerlo en términos muy rudimentarios: cómo una cosa exhibe su historia —más bien, mi historia con esta cosa—. O de modo más sugerente, aunque también harto impreciso: cómo en el presente en que se exhibe una cosa se expresa “su” pasado. De momento, dejamos de lado el futuro.

Examinemos, pues, tan pre-teóricamente como sea posible, el problema que nos ocupa ahora. Voy a hablar impropriadamente —pero en aras de facilitar la exposición— de la “historia de un objeto”. Se entiende que esto es impropio o cuando menos problemático: ¿Tiene historia una piedra? ¿Tiene temporalidad ella misma por sí misma? ¿O es temporal la forma de existir de la piedra en cuanto a su aparecerse a una conciencia en fases sucesivas de ahora? Dejaré de lado esto, pero se ve que hablar de la historia de una cosa, como si la cosa misma, por sí misma, tuviese historia, no parece apropiado. Con todo, hacerlo es cómodo: ahorra permanentes aclaraciones, expresiones largas y artificiosas (a pesar de su ventaja en precisión teórica) y por ello, si se tienen presentes los recaudos necesarios, resulta preferible a esta altura.

Además de la reserva que acaba de sugerirse, es preciso aclarar, también, que al hablar de la historia de un objeto estamos refiriéndonos, no al curso de sucesos que podrían ser rastreados, desde el origen mismo de la cosa hasta ahora, sino a la historia de la cosa para-mí, o si se prefiere, a mi historia con esa cosa. Consideremos, pues, la historia de un objeto cualquiera que nos ha acompañado algún tiempo.

¿Cuándo comienza la historia de este objeto-cosa para mí? Puedo identificar con certidumbre el origen de su historia y, en general, de la historia de toda cosa que me ha acompañado algún tiempo. Pongamos que en este caso se trata de un adorno. Su historia comienza exactamente en el instante en que lo adquirí (lo anterior necesariamente me llegará, si acaso, por testimonios de otros y será una especie de pre-historia del objeto en relación a mí). Es ésta una circunstancia cuya descripción puedo desarrollar contestando a ciertas preguntas básicas: ¿Dónde lo adquirí? ¿Cuándo? ¿Por qué? ¿Me lo ha regalado alguien? ¿Quién? ¿Con qué motivo? ¿En qué etapa o circunstancia general de su vida? ¿En qué etapa o circunstancia general de la mía? ¿Y dónde coloqué este adorno inicialmente? ¿Lo hice en el primer lugar que se me ocurrió o medité con algún detenimiento su ubicación? ¿Y por qué en ese lugar, qué motivo, si alguno, me di entonces? Y considerándolo ahora: ¿es un lugar de qué tipo: uno que permite ver al objeto en una fugaz ojeada de camino a otro objeto, o se trata, en cambio, de un lugar singular, una especie de cotidiano pedestal que le otorga visibilidad? Y si lo último, ¿me he detenido, de hecho, en la contemplación del objeto o más bien el sitio acabó siendo una elección desacertada?... Una vez descritas todas estas circunstancias de relación más o menos inicial con el objeto es posible que haya habido grandes períodos de “vida muda”, inadvertida, los días y días que pasaron en que el adorno era apenas parte de un trasfondo entre otros objetos. Acaso

volvió, en algún momento, a cobrar fugaz importancia a causa del juicio de alguien que vino a mi casa y lo vio; quizá en alguna limpieza, a la hora de desempolvarlo, me detuve de nuevo a observarlo y hasta descubrí detalles que no había atendido antes. En alguna mudanza, el adorno, lo mismo que casi todos mis pertrechos, volvió a ser de algún modo atendido de manera preferencial, reubicado en el nuevo hogar, reconsiderada su posición relativa a otros objetos, así como la visibilidad que intencionadamente le quería yo dar o no. El objeto lucía distinto en el nuevo espacio, destacaba más o menos en el paisaje de objetos. Y un día vino por vez primera a mi casa una mujer que yo secretamente amaba y dijo del adorno: “Ah, qué simpático” y yo sentí como una complicidad con el objeto, una absurda gratitud hacia él, porque ella me gustaba y yo estaba nervioso y...

La historia podría continuar indefinidamente. Y esto es justo lo interesante. Porque ahora el objeto está enfrente de mí, lo miro, y obviamente no está ya en el mercado donde lo vi y exclamé yo mismo: “Ah, qué simpático” y un amigo que me acompañaba decidió regalármelo; no está ahora ese amigo aquí, como tampoco está aquella mujer que para mi asombro dijo exactamente “Ah, qué simpático”. Pero este objeto, este nimio ornamento está indisolublemente ligado a mi vida; su sola presencia es testimonio de ello y la prueba es que puedo desplegar una enorme cantidad y variedad de vivencias pasadas entretejidas con él, o, en otras palabras, vivencias distintas en las que él se me aparece como el mismo objeto que ahora comparece ante mí. Más todavía: a partir de estas vivencias pasadas puedo remontarme casi inadvertidamente hacia otras vivencias, ligadas al objeto de manera más indirecta, vivencias en que el objeto no aparece expresamente cuando las rememoro: otros encuentros con aquel amigo, los días de romance con aquella mujer, otros paseos por el mercado. Y estas vivencias, a su vez, podrían conducirme, análogamente, a evocar otras todavía más lejanas con respecto al objeto y así, prácticamente *in infinitum*. El punto de partida no ha sido sino este objeto inerte, este inmóvil elefantito de cerámica apoyado en su lugar de siempre; algo, en verdad, tan consabido en el paisaje de mis días que apenas si reparo en ello.

Ahora bien, si considero que la vivencia actual que tengo en relación al objeto —estamos, ahora, del lado noético y ya no noemático-objetual—, y que desde luego no se agota en el mero percibirlo sino que entraña de manera integral todas las capas intencionales fundadas sobre la presentación del objeto;² si, pues, considero esta vivencia actual en que el objeto, además de aparecérseme, me resulta agradable o desagradable, entrañable o repudiable, estéticamente bello o no, amable u odioso, en fin, y todo esto quizá sin que yo lo advierta de manera patente (aun cuando mi atención

² Cf. *IL V*; también *Ideas I*, § 93-95. Una buena interpretación del modo como las capas “superiores” se fundan en actos básicos, en la fenomenología temprana de Husserl (precisamente en *IL* y en *Ideas I*), se encuentra en: Agustín Serrano de Haro, “Actos básicos y actos fundados. Exposición crítica de los primeros análisis husserlianos”, *Anuario Filosófico* (28), pp. 61-89.

esté dirigida al objeto y lo destaque de entre el campo de lo intuido); y si, por otro lado, tomando como punto de partida esta vivencia actual me es posible re-reproducir una serie de vivencias pasadas ligadas de manera más o menos directa con esta vivencia presente, cabe preguntarse cómo es que mi vivencia actual se liga con mi pasado o cómo mi pasado está disponible en la vivencia actual. Que existe esta liga, esta disponibilidad, queda de manifiesto en el hecho de que en todo instante puedo, si lo deseo, traer a presencia mi pasado partiendo de mi presente vivo. La posibilidad de dirigirme concientemente hacia mi pasado es una posibilidad de que gozo en todo momento de mi vigilia,³ siempre que mis facultades no estén dañadas. ¿Pero cómo “sé” de esta posibilidad en todo momento, de modo de poder servirme de ella y dar el paso hacia la rememoración efectiva? ¿Está ella misma exhibida en el presente vivo? ¿Es que puedo intuir la posibilidad, o si se prefiere, la disponibilidad del pasado en el presente vivo? (Del lado noemático: ¿Cómo es que ciertos recuerdos tienen, por así decir, la preferencia para ser primeramente recordables a partir del presente vivo? ¿Qué condiciones determinan que tales recuerdos y no otros sean los que comparecerían en cada caso si yo llevara a cabo actos de rememoración a partir de una vivencia cualquiera? ¿Bajo qué leyes, si cabe hablar de este modo, se ligan el sentido de la vivencia actual y el sentido de vivencias pasadas?)

Una vivencia pasada ligada con la vivencia actual no parece poder ser intuible *ella misma en la propia vivencia actual* sin que el yo haya llevado a cabo un acto de rememoración. Toda vivencia pasada es, justo por ser pasada, inactual; reactualizarla, revivirla, implica reproducirla en el recuerdo. Antes de la rememoración esa vivencia no puede estar presente. Y sin embargo, para que el yo pueda llegar a ella, para que sea posible reactualizarla a partir de la vivencia presente, tiene que haber algo que encadene el punto de partida, mi vivencia actual, con el “punto de llegada”, la vivencia pasada. ¿Qué es este algo? Al parecer, del lado noético es la posibilidad misma de evocación. Pues, aunque la vivencia pasada no pueda coexistir actualmente con la vivencia presente, evocarla es una posibilidad, y una que necesariamente debo poder captar de alguna manera ahora: si no pudiese yo intuir siquiera esta posibilidad, esta *potencia* en mi vivencia actual, tampoco llegaría jamás al *acto* de rememoración necesario para traer la vivencia pasada al presente. Al parecer, pues, debo poder intuir, a una con la vivencia presente, ciertas *posibilidades* rememorativas que están co-dadas con lo actualmente intuido.⁴

³ “Vigilia”, no en sentido husserliano, sino en sentido lato, por oposición al sueño en el sentido más ordinario.

⁴ Quizá sea preciso insistir en que aquí estamos reparando en el lado noético, que había quedado sin tematizar en el capítulo anterior. Este intuir posibilidades rememorativas tiene como correlato noemático ciertos posibles recuerdos (*i.e.* memorias). Pero mientras que la mera intuición de posibilidades rememorativas es indiferente a cuáles sean los posibles recuerdos (obedece, como se dirá más adelante, a la mera forma del tiempo inmanente), del lado noemático se verá luego que los posibles recuerdos quedan fijados según síntesis que envuelven contenidos, o más propiamente, sentidos. En otras palabras, se verá que la liga entre presente y

Lo anterior recuerda al horizonte co-dado con la cosa, un horizonte que traía consigo, aunque de manera indeterminada, cierto repertorio de posibilidades; en rigor, de posibles determinaciones para los lados no vistos del objeto percibido. En el capítulo primero estábamos ocupados en el aspecto noemático de la cuestión y no reparamos, entonces, en el lado noético, al que corresponde investigar cómo es que el yo puede intuir posibilidades, qué clase de intuición es ésta, cómo funciona, etc. Esto último ha sido desarrollado en las líneas precedentes apenas a modo de descripción preliminar; carece, de momento, del soporte descriptivo necesario y, por tanto, no debe concedérsele todavía un carácter firme. Se trata, más bien, de una indicación, una dirección que se ofrece a ser explorada y que lo hace reclamando para sí el primer lugar en la investigación. Pues si queremos investigar cómo es que el pasado está ligado o disponible en todo momento, en toda vivencia actual, debemos ante todo estudiar si en efecto es posible intuir posibilidades de este tipo (posibilidades rememorativas), cómo es que esto se da, si hay, para que esto sea posible, condiciones todavía previas, etc.

Para acometer este asunto contamos con cierto desarrollo hecho en la dirección temporal “opuesta”. En efecto, en el capítulo anterior hablábamos de *anticipar* aspectos de los lados no vistos de la cosa. El *qué* de estos anticipos, las determinaciones concretas que inducíamos, eran justo posibilidades intuitas (incluso unas más probables que otras), o si se quiere, el correlato noemático del intuir posibilidades. Ahora es preciso abordar el aspecto noético de la investigación, y en primera instancia, de cara al pasado.

Pero todas estas líneas de continuidad entre el capítulo anterior y éste no dejan ver con plena claridad, sin embargo, en qué medida seguimos todavía dentro del problema de la trascendencia mereológica. Pedir plena claridad a esta altura es prematuro; no obstante, aun con todas las opacidades, ambigüedades e imprecisiones que de momento se levantan, tal vez pueda adelantarse lo siguiente. Una cosa espacial se muestra en un escorzo y en éste se exhiben ciertas partes. Estas partes “expresan” el todo según las investigaciones desarrolladas en el capítulo anterior; exhiben una forma general de ser un todo cósmico, y constituyen, a la vez, una base empírica que permite realizar ciertas anticipaciones sobre sus determinaciones ínfimas ocultas, algunas con mayor grado de previsibilidad que otras, etc. LO QUE AQUÍ QUEREMOS EXPLORAR ES SI UNA VIVENCIA CUALQUIERA DEL YO, ENTENDIDA COMO UNA PARTE (QUE DEBE SER RIGUROSAMENTE CARACTERIZADA) DEL FLUJO TOTAL DE VIVENCIAS “EXPRESA” TAMBIÉN LA TOTALIDAD DE ESTAS VIVENCIAS; Y SI ESTO ES ASÍ, CÓMO, EN QUÉ GRADOS DE MEDIATEZ E INMEDIATEZ, Y SI ES POSIBLE INTUIR ESTE FENÓMENO PECULIAR, ESTÁ EXPRESIÓN DEL TODO EN LA PARTE, O AL MENOS

pasado, en términos noemáticos, se realiza en virtud de una síntesis de asociación por semejanza entre el sentido de la vivencia actual y el o los sentidos de vivencias pasadas.

ATISBARLO REFLEXIVAMENTE ANTES DE CUALQUIER CONSIDERACIÓN PROPIAMENTE FILOSÓFICA,⁵ etc. Puede que la apuesta parezca descabellada, sobre todo que una vivencia “exprese” *todas* las demás vivencias del yo, su vida entera, pero así como por ahora no hay evidencia concluyente para apuntalar este aserto, tampoco veo que la haya para rechazarlo. Y parte de la imposibilidad de decidir ahora algo sobre esta cuestión radica en la (por ahora conveniente) ambigüedad que la palabra “expresa” (y sus conjugaciones) toma en este caso. Bien vistas las cosas, el capítulo anterior no estuvo sino destinado a determinar los modos como las partes espaciales que se exhiben en el escorzo *expresan* el todo cósmico-espacial. Y esto era, de alguna manera, equivalente a describir el sentido de “expresar” en cuanto trascendencia mereológico-espacial. El esfuerzo de este capítulo estará destinado a una tarea análoga, a saber, a describir el sentido de este “expresar” (pero ya no cósmico sino concienical o vivencial), en cuanto trascendencia mereológico-temporal, aunque para ello sea preciso dar unos cuantos pasos previos. En este sentido, el primero de los desafíos es ver lo que muy toscamente podríamos enunciar en términos de cómo el presente “expresa” el pasado, o para comenzar ya a desambiguar la formulación, cómo es que el pasado se muestra en el presente, si es que tal es el caso.

II. ¿Es que percibimos el pasado inmediato?

¿Cómo es que un objeto se aparece a la conciencia como duradero? Ésta es una de las motivaciones que recogen las *Lecciones de fenomenología de la conciencia interna del tiempo*⁶ ofrecidas por Husserl entre 1905 y 1910. El problema había sido abordado ya por Brentano, cuya teoría Husserl recoge y critica. De acuerdo con la exposición que Husserl hace de la doctrina brentaniana, al expirar el estímulo que ha dado lugar a la sensación, esta última produce una representación imaginativa idéntica a ella, pero modificada en su determinación temporal bajo el carácter de inmediatamente pasada. Y esta representación imaginada suscita a su vez otra, también idéntica, pero también modificada, de tal modo que adquiere el carácter temporal de inmediatamente pasada a la inmediatamente pasada y así. Es, pues, merced a estas asociaciones imaginativas que podemos percibir la sucesión de algo que dura.⁷ Una de las críticas fundamentales de Husserl (no la única) es que, de acuerdo con Brentano, tenemos que aceptar que no percibimos realmente la duración sino

⁵ Tengo en mente lo que Antonio Ziri6n ha venido llamando, de un tiempo a esta parte, el “colorido de la vida” y yo, en escritos dispersos e inéditos, cuya direcci6n coincide en lo sustancial con las investigaciones de Ziri6n, he llamado para m6 “luz” y a veces “soslayos autobiogr6ficos”. En el cap6tulo tercero aludir6 con mayor detalle a esto.

⁶ En adelante, *LFCIT*.

⁷ Aqu6 he hecho una exposici6n extremadamente breve de la doctrina de Brentano, seg6n Husserl (los an6lisis brentanianos del tiempo no han sido publicados). La presentaci6n de Husserl y las cr6ticas que 6ste formula figuran en los § 3-6 y § 19 de *LFCIT*.

que la representamos a través de la “fantasía”: “En coherencia con su teoría, Brentano viene a negar la percepción de la sucesión y del cambio. Creemos oír una melodía, creemos oír aún, por tanto, también lo que acaba de pasar, mas ello es sólo una ilusión, que proviene de la viveza de la asociación originaria.”⁸

La crítica que Husserl dedica a Brentano no impide, sin embargo, que la idea brentaniana sobre las modificaciones temporales sea recuperada. Pero estas modificaciones, en lugar de ser tenidas por obra de la imaginación, son consideradas ahora como modos peculiares del recuerdo. Y en el recuerdo, como insiste a menudo Husserl, vuelve a hacerse presente —se re-presenta o reproduce—, aunque de manera no originaria, aquello que se había aparecido originariamente en un presente que ya ha pasado: lo entonces percibido. En este sentido, el recuerdo goza de un carácter veritativo de que carece la imaginación: lo recordado, si es tal, necesariamente trae a presencia (algunas veces con mayor claridad que otras) justo lo que fuera percibido en el pasado;⁹ la imaginación no tiene por qué avenirse a esta constrictión. Pero aquí se trata de un recuerdo peculiarísimo, recuerdo primario, como dirá Husserl, pues no opera con referencia a un pasado lejano, sino con referencia al pasado inmediato. No se habla por eso de una rememoración (o recuerdo secundario) sino de una retención: lo inmediatamente pasado es retenido por la conciencia, de suerte que el objeto conserva su identidad cualitativa con respecto a como había sido percibido en el instante anterior, en el ahora estricto, pero aparece modificado temporalmente, gravado, por así decir, con el carácter de *lo que acaba de pasar, lo recién sido*. En el ejemplo del sonido que propone Husserl: “El sonido es el mismo, pero el sonido ‘en el modo como’ aparece es siempre distinto.”¹⁰ “El mismo” alude, no a la eventual prolongación del sonido en el tiempo, a una misma nota que sigue sonando, sino al sonido puntual, que suena en un ahora, y que se mantiene cualitativamente idéntico en el curso de las retenciones: este sonido ahora, ese mismo sonido hace un instante, ese mismo sonido hace un instante algo mayor y así. Pero si cualitativamente es el mismo, modalmente es *siempre* distinto, porque la modificación temporal opera en forma incesante: lo retenido es en cada momento modificado como más y más pasado (retención de retención de retención...) hasta hundirse por completo.

⁸ *Ibid.*, p. 36.

⁹ Repárese en que Husserl no sólo advierte que la esencia de un acto rememorativo radica en dirigirse al pasado y traerlo a presencia, sino que la confianza que él deposita en el testimonio de la memoria es absoluta: el acto *reproduce lo que (originariamente) había sido percibido*. Y aunque Husserl aborda en el § 21 los grados de claridad o falta de ella con que comparece el recuerdo, jamás pone en entredicho la fidelidad testimonial que le cabe, cuando menos, a aquello que ha sobrevivido a la falta de claridad. En los *Análisis sobre síntesis pasiva* (§ 42-45 y muy especialmente en el Apéndice 8 sobre la apodicticidad del recuerdo), Husserl discute la posibilidad de confundir recuerdos con ilusiones, pero aun así su confianza en que al cabo pueda alcanzarse claridad y acabar distinguiendo qué es recuerdo y qué ilusión se mantiene indemne.

¹⁰ *LFCIT*, § 8, pp. 47-48.

Pero entonces, de acuerdo con esta apretadísima exposición,¹¹ ¿cómo es que intuimos la duración de un objeto? Pues no parece, a la luz de lo anterior, que sea posible decir que percibimos la duración. Más bien queda sugerida la posibilidad de que propiamente percibamos de ella tan sólo una fase, la fase de cada ahora, mientras que de las fases restantes, las que van modificándose como más y más pasadas, sólo cabría decir que son recordadas, si se quiere retenidas con claridad decreciente. Pero incluso en el caso de la retención más íntimamente adherida al ahora, la que en cada instante modifica lo percibido imprimiéndole el carácter de recién sido, por fuerte que sea esta intimidad, por muy adherida que esté esta fase al ahora, no parece lícito admitir que en ella *percibimos* lo que acaba de pasar; esto sería nada menos que decir que *percibimos el pasado*.¹² Sin embargo, percibir, estrictamente, se percibe el presente; el pasado se reproduce, se recuerda.

No obstante, la distinción anterior se apoya en la posibilidad de trazar un límite; uno que permita distinguir lo recién sido del ahora estricto, infinitesimal; que habilite a distinguir la retención de la impresión, el recuerdo primario de la percepción. Pero este límite sólo es concebible como un límite ideal; no hay manera de trazarlo *realmente*, de poder determinarlo intuitivamente, y esto por la inasibilidad misma del ahora, por la imposibilidad de siquiera concebirlo como una extensión de tiempo. Lo advertía ya Agustín de Hipona: “Si se concibe un punto de tiempo que no pueda dividirse en partes de momentos, por pequeñísimas que sean, este es el único tiempo que ha de llamarse presente; el cual, sin embargo, tan rápidamente vuela de futuro a pasado, que no se extiende ni con la mínima duración; porque si se extiende, es divisible en pasado y futuro; mas el presente no tiene espacio alguno.”¹³ Es la naturaleza misma del tiempo, tal como éste se muestra a la conciencia (primero, a través de los objetos temporalmente constituidos, luego en la constitución misma del tiempo) la que impide trazar un límite *fenomenológicamente real*, uno que permita distinguir lo propiamente presente de lo inmediatamente pasado, sin que el presente se haya escurrido ya. Poder hacer una cosa así —si es que cabe siquiera concebirlo— cancelaría la fluencia, aboliría el tiempo mismo (y con esto, toda conciencia posible). El modo de ser del tiempo tal como éste se muestra, es decir, como una fluencia incesante, necesariamente exige, y *justo por su modo*

¹¹ Una de las consecuencias de esta extrema brevedad es no haber referido las etapas que sigue Husserl en sus lecciones, etapas que abordan asuntos estrechamente relacionados entre sí, aunque distintos. El orden que siguen las *LFCIT* describe, en primera instancia, aquello que se muestra en el tiempo inmanente, es decir, los objetos temporales y cómo se constituyen justo *qua* objetos temporales. Sólo una vez descrito esto, se aborda el estudio de la constitución misma del tiempo fenomenológico (o inmanente). La distinción es importante, aunque yo no la haya puesto de relieve. En todo caso, siempre que sea pertinente señalar esta diferencia no dejaré de hacerlo.

¹² Podría sostenerse que al mirar el cielo nocturno se está mirando el pasado, como enseña la física. Pero, aun cuando la estrella que miramos se haya extinguido quién sabe hace cuántos años luz, *la impresión* que tenemos de ella al percibirla es actual para la conciencia en cada ahora en que ésta es percibida. Estamos considerando aquí el tiempo inmanente, no el tiempo de la física.

¹³ *Confesiones* XI, 15, 22.

de ser, que sea imposible trazar una distinción real entre el ahora y lo recién sido. Dice Husserl: “[...] tenemos siempre sólo —y de acuerdo con la esencia de la cosa [i.e., de un objeto temporal, como una melodía], solamente podemos tener— continuidades de aprehensiones, o más bien un único continuo que constantemente se modifica.”¹⁴ Aprehender un continuo significa que en lo aprehendido no es posible identificar la menor cesación, discontinuidad, como exigiría intuir un límite en el que el ahora dejara de ser tal y se transformara en pasado reciente. Por eso se trata de un límite ideal, sobre cuya base toda distinción que quepa hacer no puede por menos de ser también ideal. Y lo mismo vale, tanto para la conciencia en que se constituyen los objetos temporales, como para la conciencia en que se constituye el propio tiempo fenomenológico.

En sentido ideal sería entonces percepción (impresión) la fase de conciencia que constituye el puro ahora, y recuerdo toda otra fase de la continuidad. Pero esto no es más que un límite ideal, algo abstracto que nada puede ser por sí. Y además sigue siendo cierto que este ahora ideal tampoco es algo *toto coelo* distinto del no-ahora, sino que de continuo entra en mediación con él. A lo que corresponde el tránsito continuo de la percepción a recuerdo primario.¹⁵

Ahora bien, la imposibilidad de distinguir realmente percepción (impresión) de retención abre la posibilidad de que la intención constitutiva de una fase se extienda hacia la otra fase adherida e indiscernible de ésta. En otras palabras, si la intención propia de la fase del ahora es impresional o perceptual, siendo que no es posible distinguir el pasado inmediato del ahora, quedaría abierta la posibilidad de que el pasado inmediato también fuese “cubierto” por esta intención, es decir, que el pasado inmediato fuese percibido. Y, a la inversa, siendo que la intención propia de la fase inmediatamente pasada es el recuerdo primario, se abriría la posibilidad de que el ahora, adherido al pasado reciente, fuese recordado. Surgen, pues, estas dos posibilidades: (1) percibimos realmente el pasado reciente; (2) recordamos realmente el ahora. Esta última es obviamente una contradicción en términos, pues recordar presupone, por su propia esencia, un haber percibido y éste, a su vez, supone el ahora como fase temporal que le es propia. Cancelar la intención perceptiva es cancelar la posibilidad de intuir actualmente algo y, por tanto, de re-presentarlo luego en el recuerdo; el punto no merece mayor discusión.

¿Percibimos, pues, el pasado inmediato? Hay dos pasajes de las *LFCIT* en los que, a mi parecer, Husserl muestra con mayor lucidez y claridad expositiva cómo debe responderse a esta pregunta. Los citaré íntegros y luego haré un breve comentario. Se lee en el § 11:

¹⁴ *LFCIT*, § 16, p. 61; el subrayado y los corchetes son míos.

¹⁵ *Ibid.*, p. 62.

Pero cuando la conciencia del sonido-ahora, la impresión originaria, pasa a retención, esta misma retención viene a ser por su parte un ahora, algo en existencia actual. Mientras la retención misma es actual (aunque no es sonido actual), ella es retención del sonido que ha sido. Un rayo de mención intencional puede dirigirse al ahora: a la retención; mas puede dirigirse también a lo que es consciente en la retención: al sonido pasado.¹⁶

Y en el § 17:

[...] la conciencia de pasado, la conciencia primaria de pasado, no era percepción, ya que se tomaba como percepción el acto que constituye originariamente el ahora; y la conciencia de pasado no constituye un ahora sino un “recién sido”, algo que ha precedido intuitivamente al ahora. Pero si llamamos percepción al *acto en que todo “origen” se halla*, al acto que *constituye originariamente*, entonces el *recuerdo primario* es percepción. Pues sólo en el recuerdo primario *vemos* lo pasado; sólo en él se constituye el pasado y por cierto no vicaria sino presentativamente. El “acaba de ser”, el antes en oposición al ahora, sólo puede intuirse directamente en el recuerdo primario.¹⁷

El primer pasaje advierte que lo retenido es inactual, mientras que la retención misma sólo puede ser actual. Y esto por su propia esencia: retener es tener todavía, para el caso, *tener todavía presente* (literalmente) lo que ha pasado. Todavía tengo, es decir, en este instante retengo aún lo pasado, a la vez que percibo lo estrictamente presente, la impresión que se aparece en el ahora; ambas intenciones coexisten en el mismo instante con la misma actualidad.¹⁸

El segundo pasaje va todavía más allá. El recuerdo primario o retención no sólo es actual, sino que es tenido ahora por un acto perceptivo, sobre la base de que la percepción constituye originariamente. Más allá de lo intrincado y denso que sería describir qué es lo que Husserl entiende por constituir originariamente (o por lo originario en general), el punto que aquí se señala es el siguiente: en la percepción lo percibido se aparece en persona. Veo una taza. Allí está ella y se me aparece como estando efectivamente allí, es decir, como estando en persona. Cuando recuerdo la taza, en cambio, ésta no se me aparece como estando allí, en persona, sino como habiendo aparecido en persona en el pasado, justamente cuando la había percibido. Y cuando imagino la taza, tampoco este aparecer imaginario (a menos que alucine y no sepa que estoy teniendo una alucinación) ofrece la taza como estando en persona, sino justamente como estando en mera

¹⁶ *Ibid*, p. 51.

¹⁷ *Ibid.*, § 17, p. 63

¹⁸ Debe considerarse también el futuro inminente. Me abstengo ahora de abordar el ámbito de las protenciones; lo haré un poco más adelante.

imagen.¹⁹ Lo que Husserl señala aquí es que en el recuerdo primario se aparece en persona el pasado mismo. Puesto que, como ya indicaba el primer pasaje citado, la retención misma es actual y mantiene todavía en el ahora justo aquello que es inactual, entonces percibo actualmente lo inactual, es decir, percibo propiamente el pasado. Helo allí, en persona, lo que ya no es.

El caso es notable y único, porque, a pesar de ser un recuerdo, no re-presenta el pasado, al modo como lo hace la rememoración (el recuerdo secundario), no trae a presencia algo que se había dado antes; el recuerdo primario presenta originariamente lo que acaba de ser, así como la percepción presenta lo percibido en el ahora.

Sin embargo, se levanta enseguida una objeción en contra de lo anterior y es la siguiente. Antes se había afirmado que no era posible distinguir *realmente* la impresión de la retención, el ahora del “acaba de ser”. Pero decir, de otro lado, que percibimos el pasado inmediato y que lo hacemos, según sostiene Husserl, como “el antes en oposición al ahora”, parece implicar justo la distinción que previamente se había rechazado. Pues, ¿cómo percibiríamos el pasado inmediato como pasado inmediato si no fuese posible distinguirlo del ahora?

En este punto es preciso ser extremadamente cuidadosos. Es cierto que no podemos determinar realmente un límite y esto porque hay una continuidad incesante, un incesante verterse del presente en pasado y del pasado en pasado más lejano. Y sin embargo, que no pueda distinguirse entre dos fases inmediatamente sucesivas A y B no quiere decir que no pueda distinguirse un continuo de fases sucesivas. El sonido-ahora (en la fase temporal A) y el sonido-inmediatísimamente-pasado (en la fase temporal B) no son realmente distinguibles en ningún sentido, ni en sus cualidades ni en la fase temporal de cada uno. La gradualidad con que se da la sucesión de la fase temporal intuitivamente llena A a la fase temporal intuitivamente llena B, siendo que ambas son infinitesimales y sucesivas, vuelve imposible distinguirlas realmente entre sí, y hablamos de A y B sólo en términos ideales; y lo mismo entre B y C, C y D, y así. Pero podemos distinguir, sin

¹⁹ La posibilidad, epistemológicamente relevante, de distinguir entre percepción e imaginación, encuentra apoyo, en último análisis, en que lo percibido adquiere una localización temporal que guarda relaciones temporales con lo percibido antes y después. Lo imaginado, aunque se me presenta con determinaciones temporales (cuasi-temporales, al decir de Husserl), no tiene conexiones que puedan ser adscritas entre tal objeto imaginado y tal otro en un tiempo único. Sí, por supuesto, puedo localizar si he imaginado esto o aquello antes o después, pero no se habla aquí de los actos de imaginar sino de las relaciones temporales entre los propios objetos imaginados. Por eso dice Husserl: “El centauro que me estoy imaginando ahora y un hipopótamo que me había imaginado antes y, por otra parte, la mesa que estoy percibiendo ahora mismo, no guardan conexión alguna entre sí, es decir, no tienen *unas respecto de otras ninguna situación temporal*. Si todas las experiencias, las presentes y las pasadas, se integran para el nexo de *una* experiencia; y si tienen ahí un orden temporal claro del antes, del después y del simultáneamente en el tiempo absoluto, eso no es válido de las objetividades de la fantasía; el centauro no es ni antes ni después que el hipopótamo o que la mesa que percibo ahora”, *Experiencia y juicio*, § 39, p. 184, subrayados de Husserl. El ejemplo no es todavía suficiente, pero da una idea de la dirección que toma la descripción. Cf. *ibid*, § 39-41; también, Serrano de Haro, *Fenomenología trascendental y ontología*, pp. 196-203.

embargo, *realmente*, las fases temporales A y, pongamos, J (asumiendo que la sucesión de las letras del abecedario designa la sucesión de fases temporales). Lo que aparece en cada una de estas fases se muestra idéntico en sus cualidades, pero se ha vuelto intuible un ligerísimo desfasaje temporal: J aparece como siendo inmediatamente pasado. Claro, para que esto sea posible A y J no pueden ser inmediatas en sentido estricto (ideal); son, de hecho, fases lo suficientemente mediatas como para poder ser distinguidas entre sí, y, a la vez, lo suficientemente próximas en el tiempo como para poder ser comparadas, es decir, intuitas ambas *simultáneamente* pero como fases temporalmente heterogéneas.

Y es de notar que, precisamente porque no es posible trazar un límite que determine un presente puntual, infinitesimal y lo distinga del pasado inmediato; precisamente porque aprehendemos, no un punto sino una continuidad, nos hemos visto obligados a abandonar la idea de un punto temporal ínfimo que fuese única y exclusivamente originario, es decir, capaz de originar por sí solo la fluencia del tiempo; a cambio de ello, la descripción ha sido reconducida según el testimonio de la intuición —para el caso, el testimonio de que percibimos realmente la continuidad—, desembocando así en un *campo temporal originario*, cuya descripción permite, ella sí, dar cuenta de la duración y de la sucesión, de la fluencia, en suma, de la temporalidad misma. *Sólo en este campo de presencia, en este presente dilatado que comprende lo recién sido, lo que es ahora y lo inminente, es posible intuir a la par, y de manera originaria, el ahora y el acaba de ser*²⁰ (A y J, en el ejemplo). Mas esto no significa que podamos trazar un límite que fije con extrema precisión cuándo el ahora ha dejado de ser ahora y comenzado a ser pasado reciente; la gradualidad misma del continuo impide trazar este tipo de límite. Pero no por ello nos vemos impedidos de afirmar que, en efecto, intuimos, en cada momento, tanto el ahora como lo que “acaba de ser”, y que en la intuición de lo que se muestra en este campo de presencia *tiene que haber fases temporales heterogéneas* (así no podamos trazar el límite entre ellas con plena claridad), como A y J, pues de no ser éste el caso, simplemente no intuiríamos ni la duración del objeto como duración, ni el decurso mismo del tiempo, con lo cual no intuiríamos siquiera el tiempo: no habría, en suma, temporalidad.²¹

Así, pues, para responder a la objeción de manera más ordenada habría que decir que no nos estamos valiendo de una distinción que antes habíamos rechazado, sino que estamos aceptando en

²⁰ Y lo inminente, aunque en una intención “vacía”, como se determinará más adelante.

²¹ La inexistencia del tiempo puede o no ser concebible para el tiempo objetivo, pero nunca para el tiempo inmanente, porque, pase lo que pase con los objetos trascendentes, es evidente para cada quien, en todo momento, que los objetos temporales *aparecen a la conciencia* como duraderos y que el tiempo inmanente aparece como decursivo. En cuanto a la inexistencia del tiempo objetivo, la prueba más célebre (e interesantísima) ha sido propuesta por J. M. E. McTaggart. Cf. su “The Unreality of Time”, en *The Philosophy of Time*, pp. 23-34.

realidad la indistinción primera con todas sus consecuencias. Lo que se había rechazado primeramente era la posibilidad de distinguir una fase de ahora estricto, infinitesimal, de la fase inmediatamente pasada. Este rechazo recondujo la descripción hacia lo realmente intuido: la continuidad misma del flujo. No estamos diciendo todavía que percibamos el pasado, sino que estamos partiendo de la evidencia intuitiva de que percibimos la continuidad, la duración de un objeto, la sucesión del tiempo. Pero intuir la continuidad, que es la evidencia de que partimos, nos obliga a concebir el presente, ya no como un punto, sino como un campo de presencia, como un presente dilatado. En este campo “cabén”, por decirlo muy toscamente, lo recién pasado adherido al ahora (e incluso la intención dirigida hacia el futuro inminente o protención). No es que podamos determinar quirúrgicamente con un escalpelo dónde el ahora deja de ser ahora y muda en pasado reciente, pero nuestro campo comprende, con necesidad, a la par el ahora y lo que “acaba de ser” en un *continuum* permanente. Y es, ahora sí, en este sentido que percibimos el pasado reciente, más allá de que no podamos distinguirlo con claridad del presente: el campo temporal originario al que nos ha conducido la descripción comporta el pasado (retenido) en el presente, lo implica siempre, si es que queremos dar cuenta de cómo es que intuimos lo que realmente intuimos del tiempo: la continuidad.

Remontada, como creo que ha sido, la objeción anterior, ahora sí cabe concluir esto: percibimos en todo momento el pasado reciente. Pero nótese una consecuencia notabilísima de todo esto. Nos hemos visto conducidos hacia un campo temporal originario en el que se exhiben siempre el pasado reciente, el presente y el futuro inminente. Y hemos venido a dar aquí para poder dar cuenta de la duración de los objetos, o si se quiere, en un estadio correlativo (aunque posterior), de la continuidad o sucesión continua del tiempo inmanente. El esfuerzo descriptivo ha estado orientado hacia la descripción de cómo intuimos la sucesión. Pero la posibilidad de intuir la, *qua* sucesión, ha exigido una aprehensión que la captara en sus fases sucesivas, pero *simultáneamente*. De otro modo no habría posibilidad de aprehender la sucesión. Si mi aprehensión misma fuese corriendo sucesivamente a la par que la sucesión que intento captar, simplemente quedaría cancelada la sucesión misma (y el tiempo). Estaría como alguien que va andando en bicicleta a la misma velocidad que el tren que corre paralelo. La persona en el vagón, que el ciclista observa mientras pedalea, le parece a él inmóvil. Debería detener su paso (o relentecerlo o acelerarlo), para advertir el movimiento. Aquí estamos en un caso análogo; mi intuición debe poder captar, no sucesiva, sino simultáneamente la sucesión para poder aprehenderla como sucesión.

El hecho es notabilísimo. En el corazón de la génesis del tiempo inmanente —que es, como diré un poco más adelante con Husserl, la génesis de toda génesis posible— LO SUCESIVO SE DA SIMULTÁNEAMENTE.²² ¿Hasta qué punto es posible llevar esto *in extremis*?

Hay una idea popular muy sugerente que es la versión hiperbólica de este punto. Cuando alguien muere —se dice—, en ese instante postrero (¿instante vivo todavía?), toda su vida desfila ante sus “ojos”: la sucesión de una biografía entera se ofrece en un solo instante, en cierta extraña simultaneidad.²³

Entre la modestia de la constitución del tiempo inmanente como tiempo fluyente, como continuidad sucesiva intuita simultáneamente, y la aparatosa idea de que toda mi vida se me muestra en un instante, hay infinidad de matices. El tipo de preguntas que interroga por ellos es: ¿cómo mis vivencias pasadas están en todo momento dadas (si es el caso) en cada vivencia que tengo? Hacia allí se dirige este estudio. El problema admite una formulación en términos de un todo sucesivo que se ofrece a una parte, pero todavía es prematuro reintroducir el abordaje mereológico.

III. Disponibilidad y vigencia del pasado lejano en el presente vivo

1. Insuficiencia de una descripción puramente formal para acometer el problema

La conclusión anterior —que percibimos el pasado inmediato a una con el presente— responde a la propia *forma de ser* del tiempo interno. Esta forma fluyente, veíamos, se constituye en fases de ahora siempre nuevos, que discurren manteniendo intacto el sentido objetivo de la impresión, pero que se ven modificados temporalmente como más y más pasados, mudando, pues, en fases retencionales que se alejan cada vez más del nuevo ahora. Por otro lado, en las fases de futuro —de las que apenas he dicho nada—, adheridas también al ahora, se anticipa lo por-venir, se es conciente del futuro inmediato que discurre y se vuelve presente, de suerte que aquello que hacía un instante ínfimo era inminente se plenifica intuitivamente en la impresión del presente.

²² Esto se deriva, según se ha dicho, de la percepción “simultánea” del ahora y lo recién sido, es decir, de la percepción simultánea de una mínima sucesión temporal. Si bien Husserl mismo afirma que percibimos el pasado inmediato, no llega a conceder explícitamente la necesidad de que una sucesión deba ser percibida simultáneamente para poder ser percibida *qua* sucesión. No veo, sin embargo, cómo podría concluirse algo distinto.

²³ Aunque la idea verdaderamente hiperbólica es la que propone Boecio sobre el conocimiento divino como *totum simul*: todo lo que ha sucedido, sucede y sucederá, la totalidad del tiempo y sus acontecimientos están copresentes en una única percepción divina. Cf. Boecio, *La consolación de la filosofía*, Libro V, 6. Hay una discusión interesante sobre esta idea como modo supremo de comprensión histórica en Paul Ricoeur, *Tiempo y narración*, vol. 1, p. 266. El tema es traído a colación en la discusión que Ricoeur desarrolla sobre algunas ideas de Louis O. Mink.

Ahora bien, siendo ésta una pura forma decursiva le es indiferente cuáles sean los contenidos que discurren en ella; más aún, los propios contenidos pueden también ser concebidos de manera puramente formal, en su puro carácter decursivo, haciendo abstracción de cuáles sean sus rasgos particulares. Es así que se habla de *objetos temporales*, como aquello que discurre en el tiempo fenomenológico, haciendo caso omiso de si se trata de una nota musical, un lápiz que es percibido, un gato que se aparece saltando de un árbol o una estrella que vemos en la noche.²⁴ Este carácter formal determina, por una parte, que la conciencia del tiempo sea una conciencia absolutamente originaria, la “*subjetividad absoluta*”, como llega a declarar Husserl en el § 36 de las *LFCIT*, la condición necesaria de toda posible constitución para la conciencia. Por otro lado, sin embargo, es justo por tratarse de una mera forma que su sola descripción no permite ver el modo como el tiempo inmanente opera cuando tomamos en consideración contenidos de conciencia. En otras palabras, bastándonos tan sólo con los análisis formales sobre la conciencia originaria del tiempo no podríamos decir cómo es que la percepción de tal o cual cosa *despierta* en mí un recuerdo, pues en ello se ve involucrado que esta cosa, por sus propios contenidos, despierte —por ahora, en sentido coloquial— otra cosa percibida en el pasado, y esta otra cosa habrá sido así despertada justo por ciertos rasgos que se vieron convocados en virtud de alguna afinidad con la cosa percibida ahora.

En relación con el interés que perseguimos aquí, sucede precisamente que, si bien la forma de ser del tiempo inmanente o de la conciencia constituyente del tiempo,²⁵ nos ha permitido determinar un caso excepcionalísimo en el que el pasado es propiamente percibido (el caso del pasado inmediato), esto no puede bastarnos para dar cuenta del modo como, a partir del presente, accedemos a nuestro pasado no inmediato, es decir, a nuestro pasado más o menos lejano. Y esto porque en ese acceso se ven involucrados contenidos de conciencia cuya síntesis no queda explicada por la mera forma del tiempo inmanente.

La insuficiencia del análisis puramente formal ha sido abordada por Husserl en las lecciones que ofreciera inicialmente en 1920-21, lecciones recogidas en *Husserliana XI* bajo el nombre de *Analysen zur passiven Synthesis (Análisis sobre síntesis pasiva)*.²⁶ Observa allí Husserl:

²⁴ Aquí consideramos a los objetos temporales en sentido amplio, como “unidades en el tiempo”. Husserl precisa una acepción diferente para los *objetos temporales en sentido especial*; son “objetos que no solamente son unidades en el tiempo, sino que también contienen en sí la extensión de tiempo” (*LFCIT*, § 7, p. 45). De acuerdo con esto, pues, la nota musical, el lápiz, el gato, o la estrella no serían objetos temporales en sentido especial, aunque sí el salto del gato, la duración de la nota e incluso la persistencia en el tiempo (fenomenológico) de la estrella.

²⁵ Al hablar de la conciencia constituyente del tiempo enfatizo la conciencia originaria del presente, pasado y futuro, conciencia que se da según la forma protención-impresión-retención, es decir, según la forma del tiempo inmanente que fue esbozada en el apartado anterior. De ahí que use ambas expresiones como sinónimas.

²⁶ La edición inglesa de que me valdré, *Analyses concerning Passive and Active Synthesis*, a cargo de Anthony J. Steinbock, compendia las siguientes obras pertenecientes a distintos volúmenes de *Husserliana*

En el fluyente presente vivo, concretamente lleno, tenemos presente, pasado y futuro ya unidos en un cierto modo de dación. Pero este modo en que la subjetividad es conciente de su vida pasada y futura, junto con sus contenidos intencionales inherentes, es incompleta. Este modo carecería de significación para el yo si no hubiera despertar alguno, pues las retenciones son vacías e incluso se hunden en un trasfondo retencional indiferenciado. Nuestra conciencia del futuro protencional es especialmente vacía. Por otro lado, no habría progreso sin este comienzo. En el ABC de la constitución de toda objetividad dada a la conciencia y de la subjetividad como existente para sí misma, he aquí la “A”. Ella consiste, como podríamos decir, en un marco de trabajo universal, formal, en una forma sintéticamente constituida en la que toda otra posible síntesis debe participar.²⁷

Hay que notar aquí varias cosas. En primer lugar, Husserl habla, no apenas del presente, cual si fuese una mera fase temporal vacía, sino de un “presente vivo, concretamente lleno” y luego de la “vida pasada y futura, junto con sus contenidos intencionales inherentes”. La *vida* de la subjetividad no es, no puede ser tan sólo tiempo fluyente, sino tiempo lleno. Claro, la propia noción de tiempo vacío casi parece una contradicción en términos: si no hubiese nada que fluyese en el tiempo inmanente no habría cambio de ningún tipo y, en consecuencia, no sería posible intuir fluencia alguna, con lo cual no habría evidencia que permitiera hablar de tiempo. Pero podemos, sin embargo, abstraer la forma del flujo y separarla de lo que en ella fluye, y remitirnos así a una pura forma temporal. En este sentido, lo que a mi parecer intenta poner de manifiesto el pasaje anterior es que esa abstracción, desprovista de contenidos, no es capaz por sí misma de explicar la constitución de sentido para el yo, no puede dar cuenta de la *vida* subjetiva en sentido propio. Y esto porque la constitución de sentido a lo largo del tiempo, empezando por la constitución de la identidad misma de cualquier sentido objetivo, no puede ser cabalmente constituida por la mera forma del tiempo inmanente. El sentido objetivo que se presenta en el ahora, bajo la intención impresional de lo que percibo, es retenido, cierto, se conserva idéntico como una huella recientísima, y con ello, como se había dicho antes, es posible dar cuenta de la duración del objeto temporal y de la fluencia misma del tiempo. Pero la retención continúa modificándose en más y más pasada hasta hundirse, y el sentido de lo aprehendido acaba pronto por desaparecer. Y lo que aquí

(Hua): *Formale und transzendentale Logik*, (Hua XVII), *Analyses zur passiven Synthesis* (Hua XI), *Aktive Synthesen* (Hua XXXI) y *Zur Phänomenologie der Intersubjektivität* (Hua XIV). En general, mi investigación estará en este apartado concernida con los análisis de Hua XI, que citaré como *ACPAS*. Puesto que hay una primera versión del texto principal de los *Análisis sobre síntesis pasiva*, aclararé expresamente cuando esté valiéndome de ella. A los efectos de citar con precisión, además del número de página de la edición inglesa, referiré entre corchetes el volumen de Husserliana y la página correspondiente; por ejemplo: *ACPAS*, § 18, p. 115 [Hua XI, p. 73]. Las traducciones al español de la edición inglesa serán, en todos los casos, mías.

²⁷ *ACPAS*, § 27, pp. 170-171 [Hua XI, p. 125].

está en verdad en juego es que a partir de esta mera forma del flujo no se ve *cómo es que podemos traer a la intuición otra vez aquello que fuera percibido en el pasado y traerlo como ello mismo*; no se ve, en suma, cómo es posible rescatarlo del inexorable hundimiento en el olvido. En otras palabras, la unidad originaria y formal entre presente, pasado y futuro ha permitido dar cuenta de la duración de un objeto y de la fluencia misma del tiempo inmanente, pero, si bien la instantaneidad inasible del presente se ha visto así dilatada, por la adhesión de retenciones y protenciones aledañas al ahora, las meras retenciones por sí mismas apenas prolongan por un breve lapso lo que de todos modos acabará hundiéndose; de donde, si no fuese posible volver a traer a la intuición lo antes retenido, si no fuese posible, en otras palabras, *recordar* algo que se ha sumergido, entonces no habría manera de que el sentido objetivo se preservara idéntico: tras haberse hundido sería enteramente olvidado.

Husserl mismo, al señalar la imposibilidad de tachar la validez de lo que se ofrece en sí mismo en el presente vivo, se pregunta: “¿Pero de qué sirve esto si su validez es sólo momentánea? Lo [que se ha presentado en persona en la esfera] inmanente fluye y se ha ido.” Y responde enseguida:

Pero cuando hablamos de un algo en sí mismo [*a true self*] y de una representación que es verificada definitivamente, entonces nos remontamos más allá de la conciencia momentánea mediante el recuerdo, en el que regresamos repetidamente a la misma representación y a su mismo objeto mentado; y en el que, por otro lado, podemos asegurarnos repetidamente para nosotros y potencialmente asegurarnos del sí mismo verificado como idéntico a sí, y no susceptible de ser tachado [en su validez].²⁸

El recuerdo adquiere así una importancia decisiva: sin recuerdos no sería posible la constitución de sentido objetivo (de objetos), pues la evanescencia con que éstos se presentarían y desaparecerían impediría la posibilidad de una constitución estable, disponible a ser revisada y verificada y, en último caso, susceptible de ser tenida por idéntica. Por eso Husserl sugiere en el penúltimo pasaje citado la necesidad de un *despertar* para que haya siquiera significado. Despertar en el sentido de recordar, pues un recuerdo “no es sino el fenómeno de despertar formaciones objetivas pasadas constituidas en el presente vivo originario, que se hundieron en la retención y acabaron al fin completamente faltas de fuerza”.²⁹

En cuanto al problema que nos ocupa de manera primaria, a saber, investigar el modo como el pasado está disponible en (y obrando sobre) el presente, se ve ya que el giro que ha de tomar la descripción concierne a las maneras en que el pasado puede ser “despertado” por y en el presente. Y

²⁸ *Ibid.*, Primera versión, § 21, p. 412 [Hua XI, p. 277]; los corchetes son míos.

²⁹ *Ibid.*, p. 244 [Hua XI, p. 193].

para ello la mera forma del flujo temporal no puede sernos ya de ayuda, aunque todo lo que en adelante sea desarrollado haya de levantarse necesariamente sobre esta “forma sintéticamente constituida en la que toda otra posible síntesis debe participar”. Al dirigir el análisis hacia el recuerdo, en el sentido señalado, el interés se orienta hacia aquellos *contenidos de conciencia* que fueron vividos en el pasado y de cuya disponibilidad tenemos noticia precisamente por la posibilidad de que se vean despertados y convocados a comparecer en el presente vivo. La descripción debe dirigirse hacia este despertar y hacia las síntesis que este despertar supone.

Los análisis husserlianos sobre síntesis pasiva son justamente una exploración, por un lado, del alcance descriptivo que se obtiene en el análisis de la forma del tiempo inmanente, que pasa a ser llamada *síntesis trascendental del tiempo*. En ella se constituye, no sólo la forma del flujo y la condición necesaria —pero no suficiente— de unidad e identidad de un objeto³⁰ (mediante la retención del sentido objetivo dado a la conciencia en la impresión), sino que se constituyen también las relaciones de coexistencia y sucesión entre los objetos inmanentes.³¹ Pero por otro lado, estas lecciones apuntan a describir “las síntesis más generales, especialmente, como dijimos, las síntesis que conciernen a contenidos que se extienden por encima de la síntesis trascendental del tiempo, y que, como tales, son discernibles y trascendentalmente necesarias”.³² Estas síntesis pasivas³³ son las que permiten dar cuenta del modo como, potencialmente, el pasado siempre está

³⁰ “Pero lo que le da unidad a un objeto particular con respecto a su contenido, lo que determina las diferencias entre cada uno de ellos en cuanto a contenido (y específicamente para la conciencia y desde su propia constitución), lo que hace posible la división y la relación entre partes en la conciencia, y así sucesivamente, el solo análisis del tiempo no puede decirnoslo, porque éste abstrae precisamente los contenidos. Por ello, no nos da ninguna idea de las estructuras sintéticas necesarias del presente en fluencia y de la corriente unitaria de los presentes —que de alguna manera concierne a la particularidad del contenido”; *ACPAS*, § 27, p. 174 [Hua XI, 128].

³¹ No desarrollaré aquí este aspecto, aunque en el apartado anterior yo mismo hice algunas indicaciones en este sentido, al advertir sobre el hecho notable de que lo sucesivo se diera, de acuerdo con la forma originaria del tiempo, simultáneamente. Cf. *ACPAS*, § 27, pp. 170-174 [Hua XI, pp. 125-129].

³² *Ibid.*, § 27, p. 171 [Hua XI, p. 126].

³³ En la introducción a la edición inglesa, Anthony J. Steinbock apunta que Husserl no sólo no determina explícitamente los significados bajo los cuales habla de pasividad en las lecciones recogidas en Hua XI, sino que se trata de una idea utilizada de modo polivalente, con ambigüedad, a veces de manera vaga, a veces de manera críptica. Por este motivo, Steinbock toma sobre sí el trabajo de entresacar cinco acepciones interrelacionadas para la palabra “pasividad”. Del trabajo de Steinbock, hay tres acepciones especialmente relevantes a tener en consideración aquí. De manera resumida (reordenada y con algunos complementos entre paréntesis), se entiende, pues, por pasividad: (1) “Una esfera de la experiencia en la cual el ‘ego’ no es activo, es decir, no participa creativamente o se orienta activamente en la constitución de sentido” (como sucede en un acto egoico, por ejemplo, en un acto perceptivo en que se constituye un sentido objetivo: lo percibido en cuanto tal). “Aquí, ‘síntesis pasiva’ se refiere a producciones de sentido formadas a través de conexiones asociativas que tienen lugar antes de la ocurrencia de ‘actividades más altas’” (como, por ejemplo, la apercepción que “interpreta” los datos hyléticos, según se describe en la quinta investigación lógica). “Pasividad no significa que el yo no esté presente, sino que no está comprometido en una participación activa” (pp. xxxix-xl). (2) “Es la esfera de la pre-dación y de las objetividades [*objectlike formations / Gegenständlichkeit*]”. “Algo está pre-dado en la medida en que ejerza sobre mí una excitación afectiva sin ser asido por mí en cuanto tal, receptiva o egoicamente”. “Por otro lado, se dice que algo está dado cuando el ego

presto a ser activamente traído a presencia por obra de alguna semejanza entre lo actual y lo ya vivido. A esta síntesis originaria y pasiva, Husserl le llama síntesis asociativa y, como se ve, si lo asociado es tal por guardar alguna semejanza con lo que lo “convoca”, se trata, desde luego, de una asociación por afinidad entre contenidos. Describirla es, en este sentido, de especial importancia para nuestro propósito.

La descripción estará dividida en dos partes; en la primera, expondré de manera apretada el modo como Husserl se ve llevado a la necesidad de desarrollar una fenomenología de la afección y la asociación pasiva; en la segunda, plantearé algunos problemas entrañados por esta fenomenología y presentaré algunos desarrollos personales que permitirán, espero, describir el modo como la totalidad del pasado acompaña y afecta en grados diversos de pasividad/potencialidad cada vivencia actual. Esto permitirá, a su vez, reintroducir finalmente el análisis mereológico, que sin embargo permanecerá suspendido a lo largo de este capítulo.

2. Hacia una fenomenología de la afección y la asociación pasiva

2.1 Síntesis temporal entre intenciones llenas y vacías, determinadas e indeterminadas

Estamos ya familiarizados con lo que sigue aunque esto no haya sido sistematizado desde la perspectiva teórica que cobra relieve ahora. Cuando, en el capítulo primero, nos ocupábamos de describir cómo a partir del lado visto de la cosa podíamos anticipar determinaciones ínfimas de sus lados no vistos, estábamos, de hecho, articulando aquello que era propiamente intuitivo (el lado

responde a la excitación afectiva y se vuelve a ello atentamente [...].” Lo que está pre-dado no es un objeto constituido sino una *objetividad*; exhibe la estructura básica de un objeto pero es más elemental o no ha sido todavía exhibido objetivamente (pp. xli-xlii). (3) “Una regularidad legal fundamental en el modo como el sentido es constituido” en primera instancia. Husserl habla por ello de una pre-constitución de sentido, de una génesis primordial. Del lado del sujeto, noéticamente, la primera de estas regularidades legales es la conciencia originaria del tiempo; ella “provee la forma primordial de la constitución de la unidad e identidad de un objeto, así como las formas de conexión, coexistencia y sucesión”. Del lado noemático, el correlato de ello estriba en si las series sucesivas de apariencias van siendo concordantes o discordantes entre sí, en el modo como éstas se relacionen sintéticamente unas con otras, ya sea llenando intuitivamente lo que se había pre-figurado en la expectativa protencional o frustrando dicha expectativa (pp. xxxviii-xxxix). Pasividad es, en términos generales, “aquel reino en el cual, a través de leyes fundamentales de asociación, las fuerzas afectivas estimulan una atención egoica hacia objetos, permitiendo actos de recuerdo y expectación para constituir objetos como tales, *i.e.*, como ellos-mismos-para nosotros” (p. xxxviii).

Por otra parte, es importante consignar que la pasividad, como “subsuelo” de la actividad, es también fundante de la receptividad misma, que es tenida como el nivel ínfimo de actividad del yo; véase *Experiencia y juicio*, § 17; también hay alguna referencia a ello en Steinbock, *op. cit.*, p. lix. En las páginas que siguen haré una breve alusión al tema. Otros apuntes importantes para determinar el ámbito de la pasividad se hallan en *Ideas II*, sobre todo en el § 26, en que se distingue la conciencia en vigilia de la conciencia sorda (nociones que, hasta donde veo, son equivalentes a las de actividad y pasividad) y en el Anexo XII, sobre todo en los § 2-3; véase también el § 38 de *Meditaciones cartesianas*, sobre génesis activa y pasiva.

visto) con intenciones vacías (hacia los lados no vistos), para el caso, con anticipaciones relativas a lo que nos encontraríamos del otro lado si le diéramos la vuelta a la cosa. Eran éstas intenciones vacías porque lo que anticipábamos no se ofrecía por sí mismo a la intuición, sino que aquellos lados no vistos, “coasumidos”, como dice Husserl, eran “sólo anticipados por vía de expectativa, e inicialmente en un vacío no intuitivo, como ‘los que vienen’ ahora en la percepción”.³⁴ Pero contamos ahora con la descripción de una forma temporal originaria que nos permite entender la articulación entre intenciones llenas y vacías en términos de una síntesis temporal —una que no es ya la síntesis trascendental del tiempo, sino que sintetiza contenidos, a saber, contenidos presentes, intuitivos, con contenidos no presentes, no intuitivos (aunque en el caso de la pre-figuración o presentificación [*Vergegenwärtigung*], en que la anticipación ofrece imaginativamente lo por-venir, se trataría de una síntesis entre lo que se ofrece intuitivamente en persona con aquello que se ofrece intuitivamente, pero no en persona: lo presentificado o pre-figurado).

En el capítulo anterior, el horizonte al que concedíamos nuestro interés teórico era el horizonte de la cosa co-dado en el espacio, aquello de la cosa que se ofrecía como indeterminado junto con los lados exhibidos. Veíamos, entonces, que se trataba de una indeterminación determinada (no sabemos qué color pero sí que el lado no visto ha de ser coloreado, que ha de contar con la especie color aunque permanezca indeterminada la diferencia ínfima) y esto con absoluta necesidad por el modo mismo de ser de la cosa. Pero entonces habíamos soslayado, hasta donde era posible, la tematización del horizonte temporal, en el que también se ofrece una combinación de determinación e indeterminación, y de lo que ahora llamamos intenciones llenas y vacías. Podemos verificar esto a nivel de la percepción misma, considerándola ahora en su decurso temporal.

Percibimos algo. El tiempo discurre lleno, pero lo que está siendo en todo momento llenado, intuitivamente, es el ahora; una vez que la impresión es modificada y pasa a ser retención, lo retenido no está presente, no es actual (no así la retención misma) y en este sentido se trata de una intención vacía. A diferencia de la impresión, que, en cuanto intención, ofrece intuitivamente a la conciencia aquello a que se dirige, la retención ha dejado ya de dar intuitivamente su objeto; y conforme se va modificando en retención de retención, y alejándose del ahora, su vaciamiento crece, el contenido de lo retenido se va disipando hasta desaparecer por completo “en un trasfondo retencional indiferenciado”. Y lo mismo con respecto al futuro inmediato: el futuro inminentísimo, que ya es casi presente, es anticipado por mí en una protención³⁵ que enseguida pasa a ser

³⁴ *Meditaciones cartesianas*, § 19, p. 93.

³⁵ He referido en todo momento a las protenciones como la conciencia del futuro inmediato sin abundar en detalle y asumiéndolas como un dato evidente. Esta asunción acrítica es antifenomenológica y no me deja satisfecho. ¿Cuál sería, en todo caso, la evidencia de la protención, la evidencia de que tenemos una conciencia de futuro inmediato? No puedo aquí desarrollar este asunto. Creo que la mayor motivación para

impresión; lo anticipado en forma de intención vacía³⁶ se llena, o, más exactamente, se va llenando en todo momento de manera incesante.

Pero el carácter vacío del horizonte pasado no es idéntico al del horizonte futuro. Lo recién sido se conserva todavía fresco, es retenido en la conciencia y, en este sentido, el contenido que fue lleno en el ahora y que ha pasado a ser retentivo, si bien con ello ha pasado a ser vacío, no por ello es indeterminado; de hecho, está tan determinado como la impresión del ahora, sólo que de modo inactual. En cambio, que la intención dirigida hacia el futuro inminente sea “especialmente vacía” radica en el hecho de que ésta sí es indeterminada, con lo cual se ve sometida a la posibilidad de que lo anticipado en ella acabe por revelarse falso; en caso de que esta posibilidad se haga efectiva, el anticipo que hacemos acerca de lo que habrá de presentarse enseguida (por ejemplo, si hacemos un movimiento en torno a una cosa que estamos percibiendo, un movimiento a cuyo término se exhibe un lado que un instante atrás permanecía oculto) termina por ser refutado: lo que finalmente percibimos no era como habíamos barruntado. Esto, desde luego, nunca puede suceder con el contenido retenido, que ya ha sido, por así decir, fijado en la impresión.

Así, pues, en cuanto al horizonte temporal, cuyas fases conocíamos ya, ahora hemos avanzado en relación al modo como estas fases operan respecto de los contenidos. Podemos representar esto de la siguiente manera:

adherir al ahora puntual, no sólo lo inmediatamente pasado, sino también lo inmediatamente futuro, viene impuesta, por un lado, por la fluencia misma del tiempo (el tiempo debe “advenir”) y, por otro, por la evidencia de que tenemos conciencia del futuro cuando nos forjamos expectativas, cuando planificamos, etc. En relación a lo primero, si no fuésemos en todo momento concientes del futuro inmediato adherido al presente, ¿cómo podría siquiera el tiempo *venir* a ser? Parece indispensable que haya una conciencia de futuro perpetuamente abierto para que haya fuente de donde surja la fluencia misma del tiempo fenomenológico. En relación a lo segundo, toda conciencia de futuro en la que anticipo algún episodio de mi vida (conciencia, por ejemplo, de cuando sea muy viejo, de cuando viaje a tal lugar, de cuando acabe este trabajo), debe encontrar fundamento en una conciencia originaria de futuro. Y por lo anterior, esta conciencia es del futuro inminentísimo, del futuro adherido al ahora necesario para dar cuenta de la fluencia del tiempo. Pero estos son apenas apuntes que no pretenden haber explicado cabalmente el asunto, sino apenas restañar mínimamente las omisiones hechas de momento. Como sea, las páginas que siguen complementarán, espero, este punto.

³⁶ De nuevo: se trata de un intención vacía porque lo por venir es anticipado “inicialmente en un vacío no intuitivo”, como la mera mención significativa de “lo que viene”. No hay que olvidar, sin embargo, que también es posible pre-figurar o presentificar el futuro en la imaginación, figurándose, justamente, una vivencia futura. En casos así, se trataría de intenciones de futuro intuitivas (por tanto, llenas y no vacías), que efectivamente dan, ofrecen, aquello que se pre-figura, aunque no lo den originariamente, en persona, como sucede con la percepción. Como quiera, aquí estamos considerando el caso más básico y general de la mera protención vacía.

Protención	Impresión	Retención
intención vacía indeterminada	intención llena determinada	intención vacía determinada

Lo anticipado de manera vacía se llena y con ello se determina; luego, vuelve a vaciarse, pero ya ha quedado fijado “para siempre”. Pero indeterminación, aquí (en protención), no designa sino posibilidad, o si se prefiere, un repertorio de *posibilidades determinadas*, tan sólo una de las cuales será la que acabará confirmándose si de lo que hablamos es de percibir un objeto o un paisaje de objetos y de ir anticipando en todo momento cómo irán haciéndose presentes los lados no vistos (mientras vamos dándole la vuelta a los objetos) o cómo persistirán invariables en el tiempo los lados vistos. *Estamos, de hecho, intuyendo en todo momento posibilidades, adhiriendo anticipos a presentaciones en sentido propio*. Y toda intuición de posibilidades no puede darse sino en esta fase que es la intención dirigida hacia el futuro; EN ESTE SENTIDO, TODA INTUICIÓN DE POSIBILIDADES ES NECESARIAMENTE ANTICIPATORIA.

El presente vivo, el ahora lleno, comprende sintéticamente, no sólo la vivencia inmediatamente pasada, sino también una anticipación del futuro inminente, una intención vacía que permanentemente se dirige hacia alguna de las posibilidades que la vivencia misma fija dentro de ciertos límites. En la percepción de un objeto físico, los límites de lo posible-anticipable, veíamos, quedaban ontológicamente determinados a nivel de las especies e indeterminados a nivel de las diferencias ínfimas. Pero una vivencia es compleja, no se agota en el mero percibir; yo juzgo lo que se me presenta, lo valoro, rechazo, atesoro, me alegro por ello, decido, imagino, y todo esto forma parte de la vivencia también. Si toda intuición de posibilidades es anticipatoria, entonces las posibilidades judicativas, valorativas, emotivas, las posibilidades prácticas, etcétera, han de ser intuidas de modo anticipatorio.

En efecto, yo tengo ante mí cierto objeto físico, y no sólo anticipo, protencionalmente —o aun por vía de una expectativa más o menos explícita—, el mismo objeto que voy percibiendo en cada ahora; ese objeto está allí también presto a ser utilizado para ciertos fines; admite, pues, usos posibles que de alguna manera ya me son conocidos, que puedo anticipar también aunque no tenga presentes ahora, de manera expresa, cuáles son esos usos posibles. La formulación que la hermenéutica ha instituido como “ya siempre”, como pre-comprensión, es justo un modo de describir la incesante anticipación de posibilidades en que vivimos, así no nos hayamos vuelto temáticamente hacia ellas. Pero siendo que nuestro interés aquí está dirigido hacia el modo como el pasado lejano se vuelve accesible a partir del presente vivo, la anticipación, la intuición de posibilidades que nos interesa en primera instancia, es aquella relativa a las posibilidades rememorativas que se abren en toda vivencia actual; o, para decirlo en clave hermenéutica, a cómo

toda vivencia actual está “ya siempre” proporcionando posibles accesos a nuestro pasado lejano, anticipando posibles retrospecciones “autobiográficas” que podemos tomar o no, atender o desatender, que nos pueden pasar enteramente inadvertidas o destellar como fulguraciones efímeras o, al contrario, acabar por imponerse a tal punto que la posibilidad rememorativa se haya vuelto recuerdo actual antes de que podamos reconocer cómo es que esto ha sucedido.

¿Pero cuál es la evidencia de que esto es así, de que siempre, en cada vivencia, hay un acervo de posibles recuerdos, prestos a ser evocados? Parece inobjetable que cada quien puede, *si se lo propone*, desatar una cadena de recuerdos a partir de una vivencia cualquiera. Veo, por ejemplo, este libro azul y me propongo recordar lo que quiera que aflore a partir de él. Recuerdo, pues, el mismo libro descansando en el anaquel de otra biblioteca, en otra casa en que viví mucho tiempo atrás; recuerdo la casa, los espacios, la disposición de los muebles. Recuerdo, también, el momento en que compré el libro, la lectura de las primeras páginas, la silla en que me sentaba y la mesa en que apoyaba el volumen mientras sus páginas iban desfilando ante mis ojos; recuerdo el té que bebía para acompañar aquellas horas morosas, el cuaderno donde tomaba notas, las perplejidades que me asaltaban, las pequeñas alegrías, las frustraciones, el hastío. O, al mirar el libro, recuerdo la fachada de una casa, cuyo azul era muy semejante al azul de la portada del libro. Todos estos eran tan sólo algunos de los muchísimos recuerdos posibles que podía yo evocar a partir de ese libro. Que eran recuerdos posibles ha quedado en evidencia por haber sido actualizados a través de rememoraciones efectivas (lo actual debió ser antes posible). Correlativamente, que los propios actos rememorativos eran posibles también ha quedado en evidencia por haber sido éstos consumados (antes debieron ser rememoraciones posibles). Y así podría uno suponer que con esto se ha ganado ya evidencia suficiente como para decir que, en efecto, en todo momento nuestros recuerdos, o más bien, los recuerdos primeramente asociables al punto de partida que hemos escogido para desencadenar la serie, deben estar disponibles. ¿Cómo, si no, podríamos recordar?, se dirá. Es preciso que haya “materia” presta a ser evocada.

Pero la evidencia por la que preguntamos no es para poder dejar sentada la mera recuperabilidad de recuerdos a través de un *activo* esfuerzo memorístico (si tal fuera nuestro propósito, ciertamente bastaría con reparar en lo anterior), sino para justificar *un determinado modo de estar los recuerdos disponibles*; un modo que ha sido caracterizado preliminarmente en términos de un acervo o un subsuelo, y no un subsuelo de recuerdos, sino de recuerdos posibles, es decir, de potenciales recuerdos que no alcanzarán estatuto de recuerdos en sentido propio hasta tanto no sean traídos a presencia; un subsuelo, pues, de memoria potencial que acompaña “silenciosamente” cada vivencia. En otras palabras, no se trata de justificar que podemos recordar, sino de justificar que NUESTRA POSIBILIDAD DE RECORDAR, O LO QUE ES LO MISMO, DE TENER RECUERDOS POR OBRA DE UN

ESFUERZO ACTIVO DE MEMORIA, SE APOYA SOBRE UNA ESFERA PASIVA, EN LA QUE EL YO NO INTERVIENE, NO DECIDE; QUE FUNCIONA, POR ASÍ DECIR, MÁS ALLÁ DE LA VOLUNTAD DEL YO, Y EN LA CUAL REGURGITAN *EN TODO MOMENTO* POSIBILIDADES DE ACCEDER AL PASADO A PARTIR DEL PRESENTE. Esto es lo que hay que justificar, es decir, esto es lo que hay que poder describir fenomenológicamente.

Como se ve, el asunto es especialmente complicado por no estar esto “a la vista”, por tratarse de algo pasivo, “inconciente”. ¿Cómo, pues, describir lo que yace en sombras?³⁷ (Aunque, por otro lado, ¿no es justo ésta la tarea de la fenomenología aun en la esfera activa? ¿No se trata, a fin de cuentas, de dejar hablar a las cosas mismas a partir de sí mismas, de otorgar la voz a lo que de otro modo permanecería mudo, oculto, en sombras?)³⁸

Pero bien miradas las cosas, parte de este desafío ya ha sido acometido. Cuando describíamos, con Husserl, la síntesis trascendental del tiempo, estábamos, de hecho, describiendo la síntesis más básica, la síntesis fundante de toda síntesis posible y, en consecuencia, describíamos una síntesis pasiva. El yo no decide nada acerca de la forma del flujo del tiempo interno; éste viene ya dado. Para poder llevar a cabo esa descripción, la estrategia husserliana consistía en comenzar por describir, primero, lo que se da a la conciencia en el tiempo, los objetos temporales, y sólo después abordar la constitución del tiempo mismo. Esta síntesis, veíamos, ofrecía una forma en la que se esbozaba ya una fenomenología del recuerdo y el olvido. El lenguaje para ello era metafórico; conforme las modificaciones retencionales se sucedían se hablaba de un “hundimiento”. Por otro lado, la rememoración, el traer a presencia algo “hundido” no podría ser consistentemente concebida sino como un “emerger”, “reflotar”, “deshundir”. El lenguaje metafórico, con toda su riqueza expresiva, permite figurarse la forma del tiempo interno y el modo como los contenidos que se integran en esa forma discurren desde el punto fuente del ahora, con plena vivacidad, hasta el olvido, en términos de un hundimiento; el recordar, pues, es concebido como “emergencia”, “deshundimiento”, ganancia de vivacidad, aunque esto de momento diga poco.

Pero la consideración de la síntesis entre contenidos ha dado un paso más en esta dirección. La metáfora del “deshundimiento” ha ganado con ella alguna precisión. En particular, la consideración

³⁷ Husserl se lo pregunta en el § 22 de *Ideas II*, donde describe dos modalidades del yo puro, una en que éste vive como yo ejecutante, la conciencia en vigilia, y otra en que éste se ausenta, la conciencia sorda o durmiente. Confiesa allí que tener evidencia sobre esta última es problemático pues “es difícil enviar miradas reflexivas al reino de las oscuridades y llegar a estar seguro de lo que en esta esfera se da” (p. 144).

³⁸ Tengo presente un pasaje del artículo de Antonio Ziri6n titulado “¿Será posible una fenomenología de lo inefable?”. Allí escribe: “En alguna ocasi6n Merleau-Ponty recordaba una frase de Husserl que, seg6n dijo, siempre lo haba impresionado. La frase, seg6n la cit6 de memoria Merleau-Ponty, dice: ‘Es la experiencia muda a6n lo que se trata de llevar a la expresi6n de su propio sentido’ [Varios 1968, 142]. En ella se le asigna a la fenomenolog6a, seg6n Merleau-Ponty, una tarea ‘dif6cil, casi imposible’: ‘entre el silencio de las cosas y la palabra filos6fica’ [*Ibid.*]; en *Devenires VI*, N°12, 2005, pp. 71-72.

de aquella síntesis que integra las intenciones llenas del ahora con las intenciones vacías dirigidas hacia el futuro, a modo de anticipación de posibilidades, nos ha llevado a la conclusión de que *toda posible rememoración no puede sino iniciar como un anticipo de posibles recuerdos*.

Para que haya comunicación entre presente y pasado es preciso que el acceso al pasado esté “ya siempre” disponible, prestemos o no atención a ello. “Disponible” sugiere justamente que es *posible* disponer de algo (y a la vez, que no estamos disponiendo efectivamente de ello). “Estoy disponible para lo que precises”, “Mi casa está disponible”, todas estas expresiones sugieren la posibilidad de contar con algo, sin hacer, de momento, uso de esta posibilidad. En el caso que nos ocupa se trata de una posibilidad rememorativa que seguirá siendo tal, es decir, posibilidad (disponibilidad), hasta tanto no la tomemos y actualicemos, o bien, hasta tanto ella no se imponga por sí misma. Pero hablar de tomar la posibilidad, volverse hacia ella y actualizarla, o bien de su imposición por sí misma, no es sino una descripción algo más afinada (aunque todavía insuficiente) de lo que antes llamábamos el “emerger” o “deshundirse” de un recuerdo; ahora estamos considerando el modo en que se da ese deshundimiento en términos de una intención primeramente vacía, anticipatoria, que podrá o no ser llenada, es decir, en términos de un posible pasaje del tipo potencia-acto (posible recuerdo/recuerdo efectivamente traído a presencia).

Así y todo, tanto la descripción primera, metafórica, en términos de deshundimiento o emergencia, como esta última, algo más precisa (un modo todavía general de describir el deshundimiento), en términos de una necesaria disponibilidad del pasado en el presente a modo de posibilidades rememorativas (y correlativamente, de posibles recuerdos), no dan cuenta del modo como se da el deshundimiento, el pasaje de la posibilidad rememorativa al recuerdo efectivo. ¿Qué es, en último término, lo que provoca que un recuerdo emerja, que una mera posibilidad rememorativa acabe siendo un recuerdo que comparece? Otro modo de preguntar, valiéndose de una expresión husserliana ya utilizada, es: ¿Qué y cómo los recuerdos se ven *despertados*? Ésta es la pregunta que, a mi juicio, conduce la descripción hacia una fenomenología de la afección y la asociación pasiva, razón por la cual la atención se centrará, a partir de ahora, en estos dos aspectos.

Con todo, la descripción de este acceso al pasado, del despertar de un recuerdo en el que se ven envueltas síntesis pasivas, no bastará todavía para apoyar la tesis más fuerte según la cual en todo momento hay un subsuelo de posibles recuerdos (algunos con mayores posibilidades de aspirar a ser efectivamente evocados que otros). Esta cuestión será abordada una vez que reciban respuesta las preguntas anteriores.

2.2 El despertar de los recuerdos por obra de la afección y la asociación por semejanza

a) La afección como condición necesaria del despertar

“Deshundimiento”, “Emergencia”, “Potencia-acto”, todas estas expresiones sugieren un proceso, ya más gradual, ya más intempestivo.³⁹ Cualquier pescador (*amateur*) ha atestado las etapas de un proceso que se parece mucho al que resta por describir. Permítaseme una licencia literaria que, además de eventualmente amenizar la exposición, ilustrará lo que sigue.

He allí un pescador avezado con su caña. Entre el anzuelo, en el fondo del mar, oculto bajo la carne de una almeja, y el ril, median unos cuantos metros de línea; algo así como diez descienden bajo la superficie y el resto planea como un hilo apenas visible sobre el oleaje, se inmiscuye entre los anillos de la caña, presiona el dedo calloso del pescador y sigue todavía dándole varias vueltas al carrete. Si un pez muerde el anzuelo, el pescador sentirá el tirón en la yema de su dedo. Pero ahora él *no está atento a ello*. Fuma mansamente, silba un tango, mira las nubes que se apiñan en el horizonte, y hace todo esto ignorando si allí abajo habrá peces merodeando la carnada o no. Piensa en esto y aquello, le da una nueva calada a su cigarrillo, sigue silbando. Entonces la línea da un tironeo apenas perceptible, tanto así que al pescador, ocupado en su silbatina, le pasa inadvertido. Acaso, como la línea se tensa y se relaja según la cadencia del oleaje, este tironeo menor no haya conseguido destacarse como uno prominente y haya quedado oculto entre los vaivenes. Sigue, pues, nuestro pescador con su tango, cantando alguna estrofa que lo conmueve especialmente, discurren sus pensamientos, contempla el horizonte, cuando siente, esta vez sí, un ligerísimo tironeo. Pero es tan débil que bien podría ser un alga que ha quedado adherida a la línea o un pez demasiado pequeño, en fin, nada digno de ser atendido con especial diligencia. Tralararará, el pescador continúa cantando inmovible.

Esta vez la yema de su dedo siente una presión algo mayor, y esta nueva presión hace que el pescador le conceda, ahora sí, alguna atención a lo que sucede con su caña; el tironeo anterior parece ahora, retrospectivamente, un anuncio de este último, pero aun así no se trata de un pique franco, claro, algo que merezca un estado de alerta exacerbado. La paciencia, se sabe, es la virtud de todo buen pescador y no hay que precipitarse; si hay algo allí abajo, por ahora no está haciendo otra cosa que coquetear. Bien podría no ser nada. No es nada, al menos, que amerite interrumpir lo que nuestro hombre está haciendo. Ahora tararea, se acaricia el bigote (su dedo huele a almeja, pero él

³⁹ Dice Husserl en *Experiencia y juicio*: “De lo dado intuitivamente (percepción o recuerdo) parte una intención, la gradualidad de una tendencia intencional, en la que el estar sumergido [*Versunkenheit*] no vivo parece pasar constantemente hacia uno vivo y cada vez más vivo, hasta que, a un ritmo ora más lento ora más rápido, lo sumergido hacia atrás emerge bajo la forma de intuición”, p. 195, los corchetes son del traductor.

no presta atención a esto). Entonces lo siente. Esta vez es claro que algo en el fondo del mar está “interesado” en la carnada; ha sido un tironeo tímido pero contundente. Viejo lobo, el pescador recoge un poco la línea para provocar al bicho. Y entonces muerde, sí, y el pescador no vacila en levantar y empezar a recoger.

Por el modo de picar, discreto, casi prudente, se diría, no ha de ser un pez demasiado grande. Los peces grandes suelen confiarse. Tampoco ha de ser de los peces pequeños pero vehementes, como la palometa o el burel. Podría ser un pejerrey, tal vez una burriqueta. No percibe resistencia mientras recoge la línea; más pareciera ser un pejerrey. Entonces comienza a divisar una mancha plateada que se agita ya próxima a la orilla, un pez mediano que el pescador todavía no puede identificar con precisión (¿brótola pequeña? ¿merluza pequeña?). La lucha que ofrece el bicho es casi nula. Tal vez sea una sardina. Ya puede ver más. La forma de la mancha no es alargada sino oblonga y destella una franja de un verde tornasolado que echa por tierra la posibilidad de que se trate de un pejerrey (el lomo de los pejerreyes está surcado por una línea doble, azul y plateada). Es, con toda seguridad, una sardina. Sí, de hecho ya puede decirlo con plena certidumbre; el pez se halla apenas a unos metros y avanza. No está mal para ser sardina; puede verla con toda claridad, ya ha sido sacada del agua y da coletazos entre sus manos. El pescador siente ahora, victorioso, la lisura de la piel de su presa, la temperatura del cuerpo todavía vivo. Todo el detalle de las escamas está a la vista. Helo allí, un hermoso ejemplar de sardina en persona.

Ahora bien, se diría que el pescador ha atestiguado el proceso de un cierto emerger, en este caso de la sardina que ha acabado entre sus manos (acabará, horas más tardes, entre sus tripas). Pero para que el pez emergiera, o más bien, para que fuese forzado a emerger a la superficie, a fin de ser traído hasta la orilla, fue necesario antes, por un lado, que hubiese algo que sacar del fondo del mar (y que el pescador tuviese conciencia de una cosa así), pero también que el pescador se volviera hacia ello, que prestara atención a esos “llamados”. El primero de ellos hasta le había pasado inadvertido, tan ocupado estaba el hombre en sus meditaciones. El segundo tironeo ya había concitado en él algún interés, aunque todavía muy débil y no fue sino hasta los tironeos subsiguientes que el pescador se sintió lo suficientemente excitado por el hecho como para volverse a ello y dar inicio a la fase de provocación, primero, y de recogimiento de la línea, luego. Y en esta segunda etapa, *algo* estaba siendo traído, algo que aún no se mostraba, aunque quedaban descartadas, desde luego, unas cuantas posibilidades (tiburones, ballenas, pulpos, pero también, habida cuenta de la pericia de nuestro héroe y de su conocimiento de la fauna submarina rioplatense, bureles y otras especies). Lo que inicialmente era tan sólo *algo*, que como tal ameritaba ciertas especulaciones —no exentas de la posibilidad de que se tratara de un zapato viejo o de imprevistos del estilo—, iba descubriéndose conforme la línea se acertaba. Ya era palmario, al

menos, que se trataba de un pez; la mancha platinada que se dejaba ver cerca de la superficie daba cuenta de ello. Su forma, conforme iba volviéndose más visible, permitía descartar ciertas posibilidades e inclinarse por otras, hasta que finalmente ya se dejaban ver ciertos rasgos distintivos de las sardinas. Al final, con el pescado entre las manos, ya estaba a la vista (y al tacto, al olfato, al oído; horas después, al gusto) no una sardina, sino *esta* sardina.

Estos devaneos pesqueros, además de ser, si acaso, expresión de las inclinaciones hemingwayanas de quien escribe (por la escritura, por la pesca, pero también por el tango), intentan ilustrar algo que se parece mucho al modo como Husserl describe el pasaje de un contenido de conciencia de la esfera pasiva a la activa. En algunos trabajos de fenomenología genética, muy especialmente en los *Análisis sobre síntesis pasiva* y en *Experiencia y juicio*, al repertorio de metáforas habituales para dar cuenta del modo como los recuerdos “emergen”, salen de su “inmersión”, etcétera, se suma de manera fundamental la noción del “despertar” de los recuerdos. Los esfuerzos fenomenológicos, pues, se dirigen a describir cómo es que se da este despertar. Algo del presente “despierta” un recuerdo. ¿Cómo es esto? Salvando las distancias, se trata de un proceso semejante al modo como el pez muerde el anzuelo y es traído por el pescador, aunque, como sucede con toda analogía, también ésta debe ser tomada con algunos recaudos.

Traeré a colación algunos pasajes de Husserl tomados de las obras recién mencionadas, a fin de que la analogía con el ejemplo del pescador pueda arrojar una descripción teórica más rigurosa, haciendo ver aquellos aspectos en que ambos casos son analogables, y señalando las diferencias toda vez que la analogía pruebe ser insostenible. Citaré los pasajes en bloques, de acuerdo con una ordenación tal que unos complementen a otros; luego los comentaré.

- (1) Qué puede significar aquí despertar sino esto: lo que está implícito se vuelve explícito otra vez. E inicialmente no hay trazado aquí otro camino que la transformación de una retención [= recuerdo] vacía (en la cual poco o nada es afectante con respecto al sentido objetivo) en otra retención vacía en la cual más es afectante ahora, esto es, más “emerge” desde la “niebla” [...] y es asido.⁴⁰
- (2) Sin embargo, el recordar vacío no es realmente recordar, sino un despertar o un estímulo afectivo de una sedimentación retencional que está emergiendo como prominente de la inmersión en la memoria.⁴¹

⁴⁰ *ACPAS*, § 36, pp. 223-224 [Hua XI, p. 174]; los corchetes son míos.

⁴¹ *Ibid.*, § 25, p. 159 [Hua XI, p. 113].

- (3) Un influjo de fuerza afectiva, que naturalmente tiene su fuente primordial en la esfera impresional [*i.e.* en el presente] puede habilitar a una retención (que es pobre o completamente vacía de contenido afectante particular) a restituir lo que está oculto en ella [...]⁴²

Así pues, el despertar es concebido como un estímulo afectivo que parte del presente (3) y se dirige hacia el pasado, habilitando con ello que una sedimentación retencional vuelva a ser, ella misma, afectante (2). Pero se trata, en principio, de una intención vacía, es decir, de una retención o recuerdo que, en su fase de deshundimiento inicial, no muestra todavía su “contenido”; éste aún permanece oculto (3), implícito (1). Es el mero *algo* que tironea desde las profundidades submarinas. Pero desde que hay despertar, recuerdo vacío, se inicia también la tendencia hacia la explicitación del sentido encerrado en el recuerdo, hacia el llenado intuitivo, cuyo “término” es el activo asimiento del recuerdo que comparece. Análogamente, desde aquel mero algo que tironeaba desde el fondo del mar, hasta el mostrarse pleno de la sardina, se daba un progresivo descubrimiento de aquello que había tironeado (algo, mancha platinada de tamaño mediano (¿pejerrey o sardina?), sardina, esta sardina).

La diferencia entre el ejemplo del pescador y el modo como un recuerdo despierta y emerge estriba en que, en el primer caso, la emergencia del pez depende de que el pescador se vuelva hacia lo que llama desde las profundidades, mientras que en el caso de un recuerdo, la tendencia hacia la intuitivación, a partir de su inicial carácter vacío, y aun la emergencia misma del recuerdo, pueden ocurrir sin que el yo intervenga, es decir, todo esto puede darse pasivamente. La actividad del yo, en este caso, radica, o bien en un activo esfuerzo de memoria, como cuando uno intenta acordarse de algo, o bien, para el caso de un recuerdo que ha emergido involuntariamente, en que el yo se ocupe de éste, que lo aprehenda activamente (bien puede el recuerdo emerger y el yo no asirlo, al modo como en el campo perceptual hay cosas que se exhiben y que sin embargo no estamos aprehendiendo activamente —el pescador no alcanzó a aprehender el olor a almeja de sus dedos, mientras se acariciaba el bigote).

En cambio, es común a ambos casos que el paso hacia la actividad dependa de la fuerza de los “llamados”. En el caso del pescador, no fue sino hasta que los tironeos fueron lo bastante fuertes que éste se volvió hacia lo que llamaba y dio inicio a la provocación y al recogimiento de la línea. El paso de la pasividad a la actividad del yo también depende de la fuerza afectiva de lo que llama, de si ésta consigue producir una respuesta, un volverse del yo hacia ello. Señala Husserl: “En la medida en que el yo, al orientarse al objeto, capta lo que le es pre-dado por los estímulos que lo

⁴² *Ibid.*, § 36, p. 222 [Hua XI, p. 173], los corchetes son míos.

afectan, podemos hablar aquí de la *receptividad del yo*.⁴³ El yo capta lo que le es dado en pasividad, pero al orientarse hacia los estímulos que lo afectan, el yo ya ejerce una actividad, aunque, como observa Husserl a continuación del pasaje citado, ejerce “el nivel más bajo de la actividad”, que es el de la receptividad.⁴⁴ El pasaje de pasividad a actividad se da, pues, cuando el yo se vuelve hacia los estímulos afectivos que han sido despertados y golpean las puertas de la conciencia. Y este volverse u orientarse depende de la fuerza con la que esos estímulos golpeen.

Ahora bien, en estrecha relación con este último punto se halla lo que antes habíamos referido en términos de un tránsito del tipo potencia-acto. Consideremos estos otros pasajes:

- (4) una representación vacía en general es sólo la potencialidad de lo que reside en la correspondiente intuición como actualidad. El proceso de traer a la intuición misma (descubrimiento), la transición de representación vacía en su correspondiente intuición, es la actualización de la potencialidad de constitución que yace en la representación vacía, precisamente como mera potencia. En la última, el sentido no era un sentido dado, un sentido que aparecía.⁴⁵

- (5) La vivencia presente del recuerdo vacío mienta, intenciona más allá de sí misma de manera pre-apresante [*anticipatory/vorgreifend*], sólo que ahora hacia algo que reside en el pasado y que vendría a la dación impletiva [plenificante] en la intuición rememorativa que da el pasado mismo. Generalmente, y sin más, vemos que toda intención, cualquiera que ésta sea, es pre-apresante, y esto obedece precisamente al esfuerzo que, como tal, es dirigido hacia algo que sólo puede ser en principio alcanzado mediante una realización.⁴⁶

El recuerdo vacío es potencia, es todavía recuerdo inconsumado y no recuerdo en sentido propio (no es todavía “el pasado mismo” que se muestra en “la intuición rememorativa”); en la medida en que no sea efectivamente traído a presencia, es de momento un posible recuerdo. Pero aquí “posible recuerdo” no se refiere a que podría, por ejemplo, hallarse en pugna con otros posibles recuerdos, sino a su propia posibilidad de alcanzar estatuto de recuerdo efectivo, de transformarse, pues, en

⁴³ *Experiencia y juicio*, § 17, p. 86, cursivas de Husserl.

⁴⁴ La mera orientación del yo hacia el estímulo (receptividad) no es todavía el interés del yo, por medio del cual Husserl caracteriza su actividad en niveles superiores. Así, se lee en el § 19 de *Experiencia y juicio*: “Pero en esta firme orientación hacia el objeto, en la continuidad de su experiencia, existe una intención que tiende, más allá de lo dado y de su momentáneo modo de darse, hacia un *plus ultra* progresivo. No se trata tan sólo de un ‘tener conciencia’ progresivo, sino de un afán permanente de nueva conciencia como un interés por el enriquecimiento de la ‘mismidad’ [*Selbst*] objetiva, el cual se produce *eo ipso* con la prolongación de la aprehensión. Así, la tendencia de la orientación se prolonga como tendencia al cumplimiento [*Erfüllung*] total”, p. 89, corchetes del traductor.

⁴⁵ *ACPAS*, Primera versión, § 10, p. 378 [Hua XI, p. 244-245].

⁴⁶ *Ibid.*, § 20, pp. 129-130 [Hua XI, p. 86]. Antonio Zirión me ha ayudado en la traducción de este pasaje, cuya versión inglesa revestía algunas dificultades; de ahí los corchetes en que se consignan las expresiones inglesa y alemana respectivamente.

recuerdo en acto. Mientras esto no suceda, mientras sea tan sólo una intención vacía (o incluso llena, pero en pasividad), será, en este preciso sentido, posibilidad con vistas a ser realizada, potencia con vistas a ser actualizada.

Esto también puede ser ilustrado analógicamente con el ejemplo del pescador. Una vez que el pez muerde el anzuelo, hay algo que anuncia la posibilidad de ser traído. Ese algo no es cualquier cosa que yace en el fondo del mar: es exactamente el pez que ha mordido el anzuelo. Pero hasta tanto no se deje ver, no muestre su tamaño, el diseño de sus escamas, el color de su cuerpo, etc., el “ello mismo” permanece implícito para el pescador; a la par, sin embargo, se ha abierto la posibilidad de que se vuelva explícito.

De estas consideraciones se desprenden dos conclusiones de relieve. En primer lugar, antes habíamos insistido en que la intuición de posibilidades sólo puede darse en protención, de manera anticipatoria. Y esto porque sólo en protención-anticipación lo posible puede intuirse en cuanto tal: una vez que se muestra, ya deja de ser posibilidad: es acto consumado. Decíamos, así, que esto debía valer también, necesariamente, para posibles recuerdos; que toda intuición de posibilidades rememorativas no podía darse sino a modo de anticipo. Pero ahora la noción de “posibles recuerdos” ha adquirido un sentido preciso, a saber, el de aquellos recuerdos que han sido despertados, inicialmente de manera vacía, y que, justo por ello, se ven dotados de la posibilidad de transformarse en recuerdos en sentido propio. Para que esto suceda, es preciso, no sólo que “lo vacío se llene”, es decir, que el recuerdo llegue a mostrar lo recordado (su sentido por ahora implícito), sino también que el yo se vuelva hacia ello. De esto último, de la actividad del yo, depende que la rememoración sea finalmente acto; el proceso pre-apresante que, a partir del recuerdo vacío, anticipa su plenificación intuitiva, bien puede darse en pasividad. (El último pasaje citado es incluso más radical en este aspecto: según Husserl, toda intención, todo dirigirse entraña un carácter pre-apresante, que anticipa una *posible realización* a la que la propia intención tiende.)

En segundo lugar, el hecho de que un recuerdo que es despertado tenga ya implícito, en su ser vacío, lo recordado en cuanto tal, debe movernos a preguntar por qué ha sido despertado ese preciso recuerdo, con ese preciso sentido implícito, y no otro. Hasta ahora hemos visto, tan sólo, que es merced a algo tan vago como un estímulo o fuerza afectiva que es posible la comunicación entre presente y pasado. Pero con esto no queda explicado por qué es que lo vacío se llena como lo hace, ni por qué a partir de cierta vivencia presente hay candidatos preferibles a ser recordados con respecto a otros. Y mientras no demos cuenta de esto, la descripción del modo como están relacionados presente y pasado será insuficiente.⁴⁷

⁴⁷ La exposición que he hecho de este asunto ha sido apretada. Se han soslayado un sinfín de problemas y temas aledaños. El lector puede encontrar en los *Análisis sobre síntesis pasiva*, de Husserl, descripciones

Por otro lado, los análisis anteriores han tenido en cuenta el acceso al pasado a partir del despertar de una retención vacía por obra de un estímulo afectivo (con la vaguedad provisional que esto sugiere). Pero esto no dice nada acerca de si en todo momento, en cada vivencia presente, hay posibles recuerdos que podrían ser traídos a presencia, si siempre, en todo momento, hay algún pasivo despertar o no, así como tampoco alcanza a describir de qué manera estaba disponible un recuerdo antes siquiera de ser recuerdo vacío, es decir, antes de ser despertado. También esto exige ser analizado. No obstante, antes serán abordadas las insuficiencias consignadas en el párrafo anterior.

b) La asociación por semejanza como síntesis determinante de los contenidos despertados

Los ejemplos anteriores, salvando el del pescador, presuponian lo que a continuación debe ser justificado. A partir del libro azul se desataban ciertos recuerdos, uno a uno, y en la serie siempre era posible identificar un nexo entre recuerdos sucesivos. El libro podía recordar, ora otras vivencias en las que él mismo hubiese estado presente, ora vivencias pasadas que se vieran despertadas por alguna otra clase de *semejanza*, como era el caso del azul de la fachada de la casa, similar al azul de la portada del libro. Pareciera, en principio, que lo que determina que algo del presente vivo (o de un recuerdo traído a presencia) despierte cierto otro algo del pasado responde a que entre ambos algos hay semejanzas que los vuelven susceptibles de ser asociados.

A favor de esto, aunque a un nivel más general, hablan los ejercicios de libre asociación que cualquiera puede hacer. Si se reflexiona luego sobre la cadena de asociaciones, se verificará que los términos contiguos de esa cadena guardan alguna afinidad entre sí. Y con esto, al parecer, quedaría justificada una razón suficiente que daría cuenta de cómo es que unos contenidos conducen a otros: por semejanza, por alguna semejanza, así sea ésta sutilísima.

La ley de asociación parece un dato casi evidente de suyo. El propio Hume, tan mordaz para hacer notar la falta de fundamento de ideas especialmente caras para la filosofía de su tiempo (substancia, causalidad, identidad personal), daba este principio por bueno, soslayando la posibilidad de que las ideas se viesan asociadas entre sí por accidente, sin un fundamento que justificara su unión. “Si las ideas estuviesen enteramente desligadas y desconectadas, sólo el azar [*chance*] las uniría; y es imposible que las mismas ideas simples caigan regularmente en ideas complejas (como comúnmente hacen), sin un lazo de unión entre ellas, una cualidad asociativa a través de la cual una

mucho más meticolosas. En particular, para el tema de que me he ocupado aquí, véase *ACPAS*, cap. 3, sobre todo § 36-38 [Hua XI, pp. 172-182].

idea naturalmente introduzca otra.”⁴⁸ Para Hume, estas cualidades asociativas son tres: semejanza, contigüidad en tiempo o lugar, y causa y efecto. En otras palabras, aquellas ideas que son, o bien semejantes, o bien contiguas en el tiempo o el espacio, o bien, pensadas bajo una relación causal, son aquellas susceptibles de ser asociadas. Con todo, Hume tiene la precaución de decir que no se debe concluir sin más que sin este principio de unión la mente [*mind*] no sería capaz de reunir dos ideas. Más bien, un principio tal debería ser considerado como una fuerza que suele prevalecer; prueba de ello —dice— es la correspondencia que se da entre las lenguas del mundo, como si la Naturaleza hubiese señalado a todos “aquellas ideas simples que son más apropiadas para ser unidas en una idea compleja”.⁴⁹

Pero hay dos problemas distintos concernientes a la justificación de este principio unificativo. Uno es dejarlo sentado como algo que se da. Y otro es dejarlo sentado como *el único* principio que hace posible la unión entre ideas. En cuanto a lo primero, a Hume le parece que se trata de un principio que no precisa mayor fundamentación. Dice:

Creo que *no será necesario probar* que estas cualidades [semejanza, contigüidad, causalidad] producen una asociación entre ideas, y que la aparición de una idea naturalmente introduce otra. *Es claro* que, en el curso de nuestro pensamiento, y en los constantes giros [*the constant revolution*] de nuestras ideas, nuestra imaginación corre fácilmente de una idea hacia cualquier otra que se le parece, y que esta sola cualidad es para la imaginación [*fancy*] una asociación y liga suficientes.⁵⁰

El tipo de apelación que hace Hume al considerar que no es necesario probar una cosa así es un modo más amable —pero en el fondo, la misma estrategia— de formular sus habituales desafíos al auditorio a encontrar algún contraejemplo a lo que él está proponiendo. La evidencia, pues, para dejar sentadas estas cualidades asociativas entre ideas no precisa ulterior desarrollo.

El segundo problema queda en suspenso. Por un lado, Hume rechaza la posibilidad de que la unión entre ideas quede librada al azar; por otro lado, sin embargo, no limita las posibles asociaciones a las cualidades asociativas que él consigna, y deja abierta la cuestión. En otras palabras, *si* hay semejanza, contigüidad o causalidad (pero causalidad en un sentido débil, *a posteriori*, a la luz del ataque que luego desata contra el fundamento de esta idea), entonces, *necesariamente*, habrá

⁴⁸ *A Treatise of Human Nature*, Libro I, sección IV, en *British Empirical Philosophers*, p. 305; la traducción es mía. Recuérdese que Hume distingue impresiones de ideas (las primeras son sentidas y más vivaces; las segundas, son reflexiones de las primeras; son, pues, pensadas y menos vivaces) y para ambos casos, entre simples y complejas; las impresiones e ideas simples, como una cualidad gustativa, olfativa, etc., no admiten división; las complejas, al contrario, pueden disgregarse en partes simples.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 306.

⁵⁰ *Ibid.* p. 306, los subrayados y corchetes son míos. El pasaje continúa dando por igualmente evidente la asociación entre ideas, ya no sólo semejantes, sino contiguas o en relación de causa y efecto.

asociación de ideas. Pero, por otro lado, si hay asociación de ideas, esto *no necesariamente* (pero sí muy probablemente) ha de obedecer a alguna de estas tres cualidades asociativas.

Husserl va más allá en este asunto, tanto en la descripción de las síntesis de asociación, como en el aserto más fuerte de que no puede haber síntesis asociativa entre contenidos de conciencia si no hay una síntesis por semejanza (pero en un sentido muy amplio, como veremos) o, como él también le llama, por homogeneidad. En los *Análisis sobre síntesis pasiva*, observa que la mera semejanza no puede, por sí misma, forjar ningún tipo de conexión entre objetos reales, en el sentido de objetos trascendentes. “Que dos personas sean similares entre sí, por ejemplo, con respecto a sus narices, no produce ninguna liga real entre ellas”, apunta. Pero enseguida agrega:

Sin embargo, estamos hablando de datos inmanentes, por ejemplo, de los datos de color concretos en la unidad del presente que corre, por tanto, que están dados a la conciencia en coexistencia inmanente bajo cierta duración constitutiva más larga. Pero éstos [los datos de color concretos] necesariamente tienen una unidad en la conciencia, una unidad de parentesco como similares el uno al otro o como uniformes entre sí.⁵¹

Estamos ante un típico movimiento husserliano —y no me refiero a la exigencia fenomenológica de reducir el análisis a una esfera de inmanencia—: el estudio del modo como opera la conexión de contenidos por semejanza es realizado, primero, estáticamente, pero, más importante ahora para nosotros, al nivel más básico posible: el de los meros datos de sensación.

A la hora de examinar la estructura de los campos sensoriales, Husserl se pregunta en *Experiencia y juicio* “cómo es posible en él [en un campo sensorial], en general, la conciencia de algo particular destacado” y “qué condiciones esenciales se deben cumplir para que se produzca la conciencia de una pluralidad destacada de objetos iguales o semejantes”.⁵² Si nada se destacara como prominente a este nivel, simplemente no habría jamás nada que pudiésemos distinguir con los sentidos. Que hay prominencia, ya de un objeto singular, ya de una pluralidad de objetos fuertemente semejantes entre sí, es obvio. Lo que hay que estudiar es, pues, cómo se produce la prominencia en un nivel tan básico como el de las sensaciones. Y es aquí donde Husserl, a mi parecer, va más allá que Hume (sin restarle, por ello, mérito a este último). Pues, si ya en el nivel de pasividad pura y fundante de las sensaciones, resulta que el modo como éstas están organizadas en sus respectivos campos sensoriales responde *exclusivamente* a leyes de asociación por semejanza, no queda, pues, lugar, ni para asociaciones accidentales ni para cualquier otro principio unificativo que aspire a sintetizar contenidos de conciencia. Escribe Husserl:

⁵¹ *ACPAS*, § 28, p. 175 [Hua XI, p. 129]; los corchetes son míos.

⁵² § 16, pp. 79-80; los corchetes son míos.

Una cosa particular en él [un campo sensorial] se destaca al ser *contrastada* con algo, por ejemplo, manchas rojas sobre un fondo blanco. Las manchas rojas contrastan con la superficie blanca, pero, unas con otras, se hallan fundidas sin el menor contraste, si bien no de tal manera que fluya la una en la otra, sino en una especie de fusión a distancia: se las puede hacer coincidir como iguales. Desde luego, también en todo contraste permanece algo de afinidad y fusión; las manchas rojas y la superficie blanca son originariamente afines entre sí como datos visuales. Y esta homogeneidad se distingue de la heterogeneidad de datos de naturaleza diferente, por ejemplo, acústicos. Así, *en cuanto a su contenido, las síntesis más generales de datos sensibles destacados* —los cuales se amalgaman en la presencia viva de una conciencia en cualquier momento— son las que se establecen por *afinidad (homogeneidad) y extrañeza (heterogeneidad)*.⁵³

No es posible que datos visuales que se aparecen como coexistentes y semejantes permanezcan indiferentes el uno al otro. Ya a este nivel de pasividad pura, los contenidos homogéneos son asociados entre sí, sintetizados como *una* pluralidad prominente que contrasta con un fondo heterogéneo. El caso límite de la semejanza, que Husserl llama uniformidad o igualdad indiferenciada, puede ejemplificarse, a nivel de sensaciones, con la percepción visual de una pared blanca. Los datos que llenan el campo visual son entre sí tan semejantes que no hay contrastes. Cada sección de la pared está, ahora sí, propiamente fundida con las secciones aledañas (“fluye la una en la otra”) y esto hace que veamos, no una pluralidad de datos uniformes, todo ellos contiguos por todos lados entre sí, sino una *única*, continua extensión blanca. La multiplicidad de datos de color que llena el campo visual, siendo uniforme, es sintetizada, ya a nivel de la sensación, como una única extensión blanca. Cuando el grado de semejanza es menor, entonces la homogeneidad entre los datos es sólo parcial; hay, a la par, grados de heterogeneidad o contraste entre ellos. El caso de las manchas rojas sobre el fondo blanco da cuenta de ello, pero pueden considerarse ejemplos más complicados; en todos ellos, sin embargo, queda invariablemente de manifiesto que entre contenidos semejantes, en la medida en que la semejanza sea prominente, queda establecida una asociación por afinidad.

En el fondo, esto es algo bastante obvio —reconocer alguna semejanza entre contenidos diversos es *eo ipso* unificar en algún respecto dichos contenidos—, y Hume no estaba descaminado al sugerir que no había necesidad de probar una cosa así. Pero, en todo caso, lo que posibilita haber descrito esto a nivel de las sensaciones es dar respuesta a la pregunta incómoda que Hume prudentemente dejaba sin contestar: si hay algún otro principio capaz de unir contenidos (ideas, en el caso de Hume) que no sea el de asociación por semejanza, contigüidad, o causalidad.

⁵³ § 16, p. 80; los subrayados son de Husserl, los corchetes son míos.

Dejando de lado la cualidad asociativa de la causalidad, que es un problema aparte,⁵⁴ y considerando que la contigüidad de tiempo o lugar es un tipo de semejanza,⁵⁵ el problema, en términos fenomenológicos, es si toda asociación entre contenidos se da necesaria y *exclusivamente* por semejanza, siendo el caso límite de esto la identidad, lo absolutamente semejante consigo mismo, o si hay lugar para otros principios unificadores, o aun para asociaciones accidentales.

Para Husserl, que *toda* asociación descansa en parentescos o semejanzas es algo irrevocable y el fundamento de ello radica, precisamente, en haber sido esto advertido a nivel de la estructura misma de los campos sensoriales.

La unidad de un campo sensible es unidad, por lo tanto, sólo gracias a la fusión asociativa (asociación homogénea), del mismo modo que su ordenamiento y estructuración, así como toda formación de grupos e igualdades, se constituyen en él mediante el efecto de la asociación: lo semejante es evocado por lo semejante y contrasta con lo desemejante. *Esto se puede descubrir, por lo pronto, en la estructura de un campo sensible homogéneo; pero después es válido también del mismo modo para todos los datos, incluso los más complejos.*⁵⁶

El pasaje es rotundo. La asociación por semejanza —que implica, necesariamente un contraste sobre el que ejercer el nexo—, es la que determina exclusivamente, al nivel más general posible, orden, estructura, prominencia plural o singular, igualdad entre contenidos sensibles. No hay lugar para principios de otra índole y mucho menos para una organización azarosa.⁵⁷ Lo semejante, ya a

⁵⁴ Lo es, desde el momento en que en la esfera de inmanencia fenomenológica no tiene sentido hablar de una causalidad psicofísica (que tal objeto causa en mí la percepción de éste); y en cuanto a la “causación” dentro de la esfera de inmanencia, puesto que no es causalidad en sentido fuerte, Husserl habla, a mi parecer atinadamente, de *motivación*. Cf. *Ideas II*, sección tercera, cap. II. Pero incluso las, así llamadas por Husserl, asociaciones motivadas, son, a su modo, asociaciones por semejanza (o similitud). Dice Husserl: “¿Qué quiere decir el hecho general de la ‘motivación pasiva’? Si una vez se ha presentado en una corriente de conciencia un nexo, entonces en la misma corriente subsiste la tendencia de que un nuevo nexo que se presenta, similar a un fragmento del primero, se continúe en el sentido de la similitud y aspire a completarse en un nexo total que sea similar al anterior nexo total”; *Ideas II*, § 56 b), p. 270.

⁵⁵ Dos contenidos que se presentan a la conciencia como contiguos en el espacio (fenomenológico), son semejantes, cuando menos, en presentarse simultáneamente; de hecho, *en este respecto*, son idénticos: ambos comparten *uno y el mismo lugar temporal* desde el momento en que, en la impresión con que ingresan a la conciencia, lo hacen juntos, en un mismo instante. Por otro lado, la contigüidad o sucesión en el tiempo que le interesa a Hume es la de un mismo contenido de conciencia (idea, en sentido empirista), para así poder plantear su ataque contra la ideas de substancia. Pero fenomenológicamente, un mismo contenido que discurre en el tiempo es aprehendido como idéntico, la validez de su identidad se mantiene incólume como conciencia de identidad (no puedo abordar aquí este problema), que es justo el caso límite de la semejanza. En el apéndice 18 al § 28 de los *Análisis sobre síntesis pasiva*, Husserl desarrolla esto en términos más o menos similares y explícita que la contigüidad es un tipo de similitud. Cf. *ACPAS*, pp. 505-512 [Hua XI, pp. 405-411].

⁵⁶ *Experiencia y juicio*, § 16, p. 82; el subrayado es mío.

⁵⁷ “[T]oda asociación inmediata es asociación por semejanza”, declara rotundamente Husserl (*ibid*, p. 82). Una asociación mediata se daría, por ejemplo, en el caso en que el libro azul evoca la casa de fachada azul y

nivel de las sensaciones, señala a lo semejante. Por otro lado, es cierto que la semejanza aquí está considerada en un sentido tan amplio que comprende, cuando menos, lo que, en términos humanos, era la cualidad asociativa de contigüidad en tiempo y lugar (véase nota 55), así como la causalidad, entendida ahora como motivación (véase nota 54).

Pero, por muy básico que sea el nivel de las sensaciones, por muy afincada que haya quedado la ley de asociación por semejanza para todo nivel fundado en estos pre-datos pasivos, el análisis ha sido estático, dejando de lado lo que en verdad es el centro de nuestro interés: las asociaciones entre contenidos presentes y pasados, entre aquello que despierta (que ejerce la función de despertar) en el presente vivo y aquello sedimentado, hundido en el pasado, que se ve despertado. ¿Se determina, en último caso, también el contenido de lo despertado por guardar afinidad con aquello que lo despierta? En otras palabras, ¿se mantiene válida la ley de asociación por semejanza a la hora de tomar en consideración la temporalidad de la conciencia?

Habíamos visto antes que lo que primeramente era considerado en términos de una vivencia que se hunde en el pasado podía describirse con mayor precisión como una vivencia que, en su incesante modificarse retentivamente como más y más pasada, perdía fuerza afectiva, vivacidad, hasta perderse de vista. Y sucedía lo contrario con el emerger de un recuerdo (como ganancia de fuerza afectiva). Pero el tipo de modificación que impone la retención no afecta cualitativamente al contenido, sino, justamente, a la vivacidad con que ese contenido se muestra.⁵⁸ Recuerdo, por ejemplo, cuando mi padre me llevaba a la escuela; recuerdo la lluvia de la mañana, el parabrisas yendo y viniendo, el rostro atribulado de mi padre conduciendo el carro, el modo como las calles iban avanzando hacia la escuela, que entonces yo odiaba y temía, y cómo cada cuadra recorrida era vivida por mí como un avance inexorable hacia aquel martirio. Todo esto lo recuerdo con mayor o menor claridad en cuanto al detalle. Por ejemplo, no recuerdo cómo lucía el tablero del carro, ni siquiera qué carro era; tampoco puedo representarme con plena claridad el rostro de mi padre entonces, pero no abrigo la menor duda de que su expresión, al menos tal como yo la sentía, rezumaba una cierta severidad que me perturbaba. Esto ha sido retenido por mí a lo largo de años,

esa casa evoca en mí, a su vez, al señor que solía yo ver mirando por la ventana de esa casa. Entre el libro azul y el rostro del señor no hay, de manera inmediata, semejanza alguna que sea destacada, prominente. Pero la casa guarda semejanzas con ambos términos de la cadena (ambos, términos inmediatos, a uno y otro “lado”, de la cadena asociativa): la casa es semejante en el azul de la fachada con el libro, por un lado, y, por otro, en su presentarse simultáneamente con el señor que mira por la ventana; es decir, en este último caso, casa y señor tienen en común (son-semejantes-en) el darse a la conciencia a la vez.

⁵⁸ Pero esto no implica, por otro lado, que los recuerdos que se hunden puedan ser reproducidos de tal suerte que yo experimente exactamente lo mismo, a todo nivel, que había experimentado al tener esa vivencia originariamente. Esto es de todo punto de vista imposible desde el momento en que el yo que recuerda, con respecto al yo que había vivido o que ahora es recordado, no coinciden; el primero es más viejo que el segundo, median entre ambos vivencias, experiencias, creencias que han sido revisadas, etcétera. Por ahora soslayaré los problemas que se dejan ver a la luz de esta constatación y que no son menores para una fenomenología del recuerdo. Más adelante, abordaré esto.

lustros, décadas. Puede haberse borrado el detalle; puede, con los años, haber cambiado inadvertidamente el recuerdo, pero creo estar cierto de la vigencia de los aspectos que he señalado; y esto porque recuerdo, también, haber evocado en muchas ocasiones previas justo esos aspectos de ese recuerdo (muy singularmente el parabrisas y la lluvia de la mañana, y el rostro de mi padre), y la repetición los ha ido confirmando. No puedo, es cierto, asegurar que no haya algo de ilusorio en todo ello;⁵⁹ que, además del desdibujamiento de aquellas vivencias de infancia, los años hayan condensado algunos detalles, exagerado otros, inventado esto o aquello. Pero aun así, cuando menos puedo decir con plena certidumbre que un cierto “qué” del recuerdo, más allá de algunas “adulteraciones” del “cómo”, se ha mantenido invariable: esas mañanas eran para mí desdichadas, y por muchos y muy diversos que sean los matices de ese recuerdo, hay, por así decir, un “núcleo duro” cuyo contenido ha sido retenido (“desdicha de mis mañanas de infancia de camino a la escuela”).

Ahora bien, antes de que emergiera este recuerdo, ya sea porque me hubiese propuesto deliberadamente recordar mi infancia o porque el recuerdo se hubiera impuesto, no era sino un recuerdo en potencia, un recuerdo vacío. Y vacío, *no porque careciese de contenido*, sino porque carecía de la fuerza afectiva necesaria para poder *destacar* del fondo de todos mis recuerdos y “emerger”, actualizarse, es decir, *mostrar el contenido que implícitamente ya tenía*, volverlo explícito. Pero todo destacar, *toda prominencia de contenidos* (desde las sensaciones a datos más complejos), respondía, según habíamos visto más arriba, a una síntesis por afinidad u homogeneidad. Claro, esto valía estáticamente, para contenidos coexistentes. El asunto, sin embargo, no es distinto en el caso que nos ocupa ahora. Intentaré justificar por qué.

Cuando describíamos, con Husserl, la forma del tiempo inmanente, veíamos que el presente no podía ser concebido como un presente puntual, infinitesimal, sino como un presente espacioso, dilatado, en el cual a la impresión del estricto ahora le estaban adheridas las intenciones de lo inmediatamente pasado (retención) y del futuro inminente (protención). De otro modo, no era posible dar cuenta de la duración de los objetos temporales. Pero luego veíamos, por otra parte, que toda anticipación de posibilidades, incluidas, desde luego, las posibilidades rememorativas, sólo podía tener lugar como protención. Y sólo en este sentido era posible dar cuenta de la disponibilidad del (o acceso al) pasado en el presente: como una potencia que está siendo *anticipada pasivamente en el ahora*. Aquello que llena el presente y aquello que subyace o se anticipa vacíamente en él, en este caso las posibilidades rememorativas, no coexiste en el sentido de

⁵⁹ Dejo de lado la discusión sobre la posibilidad de “recuerdos” de algo que nunca sucedió o de recuerdos que son ilusorios por sintetizar en una única amalgama partes de distintas vivencias pasadas (una especie de recuerdos frankensteinianos). Sobre esto último, véase sobre todo *ACPAS*, § 42 y 43 [Hua XI, pp. 192-204]. Tampoco abordaré aquí las posibles asociaciones por afinidad con objetos de la fantasía.

dos contenidos que están dados simultáneamente a la conciencia en la esfera activa (allí ambos forman parte de la impresión); pero, en cambio, coexiste, sí, al modo como protención e impresión, futuro inminente y ahora estricto constituyen juntos el presente vivo; se integran, en otras palabras, en una síntesis, que, formalmente, veíamos, era la síntesis trascendental del tiempo, pero que a la hora de considerar contenidos, opera sintetizando, en todo momento, la intención vacía dirigida hacia el futuro con la intención llena que impera en el presente vivo. A nivel de la percepción, donde esto resulta más sencillo de ver, los anticipos adheridos a la percepción de una cosa (anticipos, pues, que mientan en todo momento esa cosa como una y la misma y, si me muevo, como una y la misma cosa que se presenta de tal o cual manera según el sistema de las cinestésias) van siendo llenados incesantemente en el ahora en que propiamente percibo la cosa; el futuro anticipado va vertiéndose y llenándose en el presente. De idéntico modo, el recuerdo presto a emerger que, en principio, es tan sólo una posibilidad rememorativa, pasivamente anticipada, es, lo mismo, un recuerdo vacío que va llenándose (de manera gradual o intempestiva) hasta ser recuerdo traído a presencia —si es que el despertar se consuma. De donde se ve que, ya en el estadio inicial de ese emerger, la impresión llena del ahora coexiste, en el sentido señalado (*i.e.* es sintetizada) con la protención en que se anticipan posibilidades rememorativas, recuerdos vacíos. (Si no hubiera un cierto grado de coexistencia, perderíamos, por así decir, el eslabón que más inmediatamente liga el presente con el pasado y no habría, pues, comunicación entre lo uno y lo otro.) Por lo tanto, siendo que se trata de una síntesis entre contenidos coexistentes, necesariamente, debe ser una síntesis por afinidad u homogeneidad.

Así, pues, para que un recuerdo se vuelva prominente, destaque como heterogéneo del resto de los posibles recuerdos, sea despertado y acabe por hacerse presente, *es necesario* que algo en el contenido retenido y sedimentado, que yace inmerso en el pasado, se vea convocado por alguna afinidad con algo del presente vivo que llama, evoca, despierta.

Todo esto no es, sin embargo, tan sólo un argumento desprovisto de evidencia descriptiva. Lo que he intentado mostrar es cómo, partiendo de la descripción de la síntesis trascendental del tiempo, considerando luego la síntesis entre intenciones vacías y llenas, y considerando, finalmente, a la par, las síntesis por afinidad entre contenidos coexistentes, se ve cómo es que el pasado se vuelve disponible en el presente vivo de acuerdo con una ley. Las posibilidades rememorativas que son pasivamente anticipadas no pueden ser, indistintamente, unas u otras; antes bien, queda en evidencia que los anticipos se dirigen, aunque inicialmente de manera vacía, hacia aquellos recuerdos que son susceptibles de ser asemejados en algún respecto con algo del presente vivo. Presente y pasado están ligados, pues, por una síntesis pasiva de asociación por semejanza.

Pero sólo ahora se entiende de manera más cabal qué quiere decir que algo en el presente despierta un recuerdo. Pues describir el despertar de un recuerdo en términos de una afección que gana fuerza, si bien da cuenta del tránsito entre pasividad y actividad, nada dice de cómo obra la fuerza misma, de por qué, en suma, algo que yacía hundido en el pasado ha vuelto a ser afectante en el presente. En este sentido, contábamos, todavía, con una descripción incompleta. Las consideraciones previas acerca de la asociación pasiva por semejanza viene a completar, casi se diría, a direccionar esa fuerza afectiva que, de no responder a ley ninguna, sería una fuerza ciega.

Por otro lado, antes de abordar problemas específicos relativos a asociación y afección, quisiera destacar que la conclusión —que hasta donde he conseguido ver, Husserl no justifica con su acostumbrada minucia—⁶⁰ sobre asociación por semejanza para contenidos presentes y pasados se ve refrendada de manera muy notoria por los propios usos del lenguaje. Cuando se dice que “tal cosa recuerda a tal otra” no se está diciendo sino que lo primero es en algún respecto semejante a lo segundo. También es elocuente la expresión: “Esto me recuerda a algo, pero no sé a qué”, donde se sugiere el estadio primero, vacío, de un despertar que no consigue consumarse cabalmente: la conciencia apunta hacia el pasado, sin conseguir determinar *activamente* cuál es, precisamente, el nexos, la semejanza, cuyo descubrimiento traería a presencia lo que se resiste a terminar de despertar.

Los esfuerzos anteriores han estado orientados a describir cómo es que el pasado está disponible en el presente, y esto nos ha conducido hacia dos aspectos centrales: la afección y la asociación o síntesis pasiva por homogeneidad entre contenidos presentes y pasados. Es momento, ahora, de considerar esto último con mayor detenimiento.

3. Asociaciones inmediatas y mediatas

3.1 La arbitrariedad de lo semejante y la mirada fenomenológica

Lo despertado, según lo dicho, debe ser en algún respecto semejante a aquello que despierta. ¿Pero hasta qué punto esto es algo realmente determinante? Pues entre dos objetos cualesquiera, y por amplísimo que sea el sentido que le demos a la palabra “objeto”, siempre parece posible establecer

⁶⁰ Más bien, se encuentra uno con afirmaciones que señalan la validez de la ley de asociación por semejanza entre contenidos pasados y presentes, pero sin recibir cabal justificación (aun cuando todo está dado para ello y sugerido por el contexto en que son formuladas tales afirmaciones). Así, se lee por ejemplo en *ACPAS* § 37, p. 229 [Hua XI, p. 179]: “Despertar la oscura distancia es inicialmente un despertar vacío. Donde el contenido se ve involucrado, el despertar se hace posible de acuerdo con el principio que hace posible una unificación con respecto a contenido y comunicación afectiva en cada presente: La condición fundamental es la ‘similitud’ de materias [*matters*] discretas que contrastan y todo lo perteneciente a ellas [...] En esta estructura descansan todas las precondiciones asociativas entre contenidos.”

entre ellos alguna semejanza. La enciclopedia china a que refiere Borges en el texto titulado “El lenguaje analítico de John Wilkins”,⁶¹ donde los animales son clasificados según criterios tan extravagantes como ser “pertenecientes al Emperador”, “embalsamados”, “amaestrados”, “que de lejos parecen moscas”, etc., pone esto de manifiesto. De acuerdo con esta enciclopedia, por encima de las diferencias que guarden, pongamos, un toro y una abeja, si ambos pertenecen al Emperador o si de lejos parecen moscas, o, en fin, si se ajustan a la taxonomía de la enciclopedia china, entonces son ya asociables por ser semejantes en ese respecto.

La perplejidad filosófica que desata el texto de Borges condujo a Foucault a desarrollar una “historia de la semejanza”. En el prefacio a *Las palabras y las cosas*, Foucault se pregunta: “¿a partir de qué *a priori* histórico ha sido posible definir el gran tablero de las identidades claras y distintas que se establece sobre el fondo revuelto, indefinido, sin rostro y como indiferente, de las diferencias?”⁶² El problema que nos ocupa ahora, no es, sin embargo, el de Foucault. No obstante, asumamos con él que nuestras operaciones de semejanza, aquí y ahora, responden a un cierto *a priori* histórico que decide, clasifica, ordena los sentidos posibles; asumamos la crítica de la hermenéutica en contra de la fenomenología husserliana: estamos ya siempre “a mitad de una conversación que ya ha comenzado”.⁶³ Pero esto no debe hacernos perder de vista la mirada fenomenológica en primera persona. Inmersos, pues, en este *a priori histórico*, este gran tablero, esta conversación iniciada en la que ya se ha dejado sentado “que el gato y el perro se asemejan menos que dos galgos, aun si uno y otro están en cautiverio o embalsamados [...]”⁶⁴, es posible todavía preguntar: ¿En qué estriba que ciertas semejanzas, *de entre las prescritas por el gran tablero*, se vuelvan más prominentes que otras *para el yo*?

Tal vez la pregunta se vea con más claridad a la luz de un ejemplo. Pongamos por caso el ejemplo del libro azul. Al mirarlo, ciertos posibles recuerdos están ya siendo anticipados.⁶⁵ Puede tratarse de vivencias pasadas en las cuales haya estado presente el libro azul o bien, como se había sugerido, de la posibilidad de recordar una casa cuya fachada estaba pintada de un azul muy parecido al del libro, etc. Pero el caso, así considerado, resulta artificioso. Porque, por una parte, el libro no levita en el vacío, sino que se apoya sobre una mesa donde descansan, a la par, un lápiz, una taza de café, un cuaderno con notas, hacia el fondo hay una pared y así; la luz que ingresa desde la ventana y que baña el volumen es, ya más pálida, ya más restallante. Y yo no sólo *miro* el libro. Aunque no me lo

⁶¹ El texto se encuentra en *Otras inquisiciones*, incluido en el vol. II de las *Obras completas* de Borges, pp. 84-87.

⁶² p. 9.

⁶³ Paul Ricoeur, *Del texto a la acción*, p. 48.

⁶⁴ Foucault, *op. cit.*, p. 5.

⁶⁵ Esta afirmación entraña la tesis según la cual la anticipación pasiva de recuerdos se da *en forma permanente*, cosa que todavía no ha sido examinada. Lo haré en la sección 4 de este capítulo.

diga de manera expresa, ese libro tiene para mí un cierto valor; lo estimo como interesante o aburrido, árido, amable de leer, lo que fuere. Puedo, incluso, haberme “encariñado” con él. Además, mientras estoy mirando el libro puedo sentir apetito (aun cuando no preste atención a ello): algo en mí está insatisfecho, tanto así que hasta puede esto estar relacionado con cierto malhumor que vengo arrastrando desde hace algunas horas. Y si no fuese éste el caso, como quiera, estoy bajo algún estado de ánimo. Por lo demás, siento mi cuerpo, ora más cansado, ora más enérgico, lo esté ahora constatando explícitamente o no. La vivencia plena, que desde luego no se agota en esta somera descripción, es complejísima, y ese “algo” que fungiría como despertador de algún recuerdo podría, en principio, ser cualquiera de estos “aspectos” de mi vivencia, acaso varios relacionados de tal o cual manera. Desde luego, ese algo no está solo, forma parte de la vivencia total, y su ser-despertador es tal en cuanto “parte” de este “todo” vivencial. Tenemos, pues, una primera pregunta: ¿Qué determina que el “despertador” sea esto o aquello de mi vivencia? (Enseguida se verá que lo que despierta no puede ser reducido a lo que se reconoce luego, reflexivamente, como el desencadenante más patente de la asociación.)

Por otro lado, lo despertado en el acervo de mis recuerdos, si nos atenemos a lo dicho, es semejante a ese algo que despierta. Claro, las semejanzas posibles no son cualesquiera. Por una parte, el gran tablero al que alude Foucault ya impone de suyo qué es susceptible de ser tenido por idéntico y por semejante en algún período histórico y en algún lugar; pero, por otro lado, yo, ente finito, no puedo abarcar el tablero entero, conocer cada una de las referencias en que esas semejanzas ya prescritas se justifican y realizan. Si, pongamos por caso, nunca he leído *La Divina Comedia*, al ver en algún “semanario de lo insólito” un perro bicéfalo que enseñara sus fauces, no voy a asociar esta criatura con las puertas del infierno (aquí no hablamos de recuerdos), por más que en la cultura en la que vivo esté disponible y vigente la posibilidad de asemejar este monstruillo con el can Cerbero. En último caso, de todo lo susceptible de ser asemejado entre sí, prescrito por el *a priori* histórico, yo sólo dispongo de un repertorio muy limitado de experiencias (en sentido amplio); y mis posibilidades de asociar dependen, en último caso, de este repertorio. Pero aun así, las posibles asociaciones individuales, disponibles a mí aquí y ahora, siguen siendo vastísimas. ¿Por qué el azul del libro me ha recordado el azul de la fachada de la casa y no el azul de un carro que he visto en alguna ocasión en el pasado? Segunda pregunta, pues: ¿Qué determina que lo despertado sea esto o aquello? Pues se ve que hablar de mera semejanza es decir, en verdad, algo tan amplio que resulta, a la postre, de escaso provecho teórico. Pero por otra parte, ¿hay siquiera posibilidad de dar respuesta a las dos preguntas anteriores o es que ellas interpelan por algo de una complejidad tan vasta que cada caso no puede ser sino “único en su especie”?

3.2 Semejanza inmediata entre sentidos vivenciales plenarios

Las preguntas anteriores interrogan, en verdad, por algún criterio que permita determinar por qué, de entre todos los “despertadores posibles”, y de todo lo que puede ser despertado, se dan tales y cuales asociaciones *inmediatas*. Es cierto que el azul del libro puede asociarse con un sinfín de cosas azules. También podría asociarse con cosas de un azul distinto. Pero ni siquiera debe haber “algo azul” en un recuerdo que es despertado por la visión del libro. Puedo recordar que el color favorito de mi mejor amigo es azul, y entonces el azul del libro me conduce a recordar a mi amigo, y en este recuerdo no hay nada que se presente, figurativamente, de color azul. Y cualquiera de estos casos, entre otros muchísimos, puede aspirar con igual derecho a ser el recuerdo inmediatamente asociado con el azul del libro que miro.

Ahora bien, no se puede ignorar que aquello que decide que yo recuerde la fachada de la casa o a mi amigo no se agota en el mero azul del libro que miro. Es *la vivencia toda, plena, en toda su complejidad*, la que determina que la asociación acabe determinándose en tal o cual dirección, por más que, reflexivamente, se advierta luego que un cierto aspecto (el azul del libro) ha funcionado de manera más notoria como despertador. Pues, si hemos de dar crédito al poder de la semejanza en toda su dimensión, debemos decir que un estado de ánimo alegre “convocará”, en principio, recuerdos alegres, y uno triste, recuerdos tristes.⁶⁶ Y, por otro lado, si tengo sed, quizá al mirar el azul del libro, que no se parece ni al azul oceánico ni al de las aguas de ninguno de los mares, de todos modos se desate en mí una cadena de asociaciones del tipo /mar-agua-sed/ y esto me “recuerde” (pero aquí en un sentido distinto) que tengo sed y me mueva a ir por un vaso de agua.

Y a lo anterior se suma el grado de frescura de tales o cuales vivencias. Las más “sumergidas” parecen, en principio, *si consideráramos tan sólo este aspecto*, con menos capacidad de volverse afectantes que aquellas vivencias de mi pasado menos lejano. Pero, desde luego, no podemos considerar esto por sí solo, es apenas un factor que puede quedar “sojuzgado” por otros. Por

⁶⁶ El papel creciente que el estado de ánimo [*Stimmung*] juega en la fenomenología de Husserl, conforme éste avanza en sus investigaciones, ha sido estudiado por Nam-In Lee en “Edmund Husserl’s Phenomenology of Mood”, *Alterity and Facticity. New Perspectives on Husserl*, pp. 103-118. En los *Manuscritos M*, redactados por Husserl entre 1900 y 1914, se advierte ya el carácter co-originario, omnicomprendido que cobra el estado de ánimo, considerado allí “una unidad de sentimiento que le presta a todo lo que aparece un color, pero un *color unitario*, un unitario destello de alegría, una oscura coloración unitaria de tristeza” (citado en alemán por Lee, *op. cit.*, p. 115; la traducción al español de este pasaje fue generosamente hecha a petición mía por Antonio Ziri6n. Dejo aqu6 constancia de mi gratitud. Las cursivas son m6as). Con Heidegger, esto se radicaliza de manera ostensible. El estado de 6nimo (6ltimamente traducido como “disposici6n afectiva” en la edici6n de Jorge E. Rivera) es, en t6rminos heideggerianos, uno de los modos co-originarios de ser del Ah6; un co-originario abrir el mundo, a una con la comprensi6n. Cf. *Ser y tiempo*, § 29 y ss. Estudio esto con alg6n detenimiento en: “Origen y radicalizaci6n de la fenomenolog6a de los estados de 6nimo: Husserl y Heidegger”, *Contribuciones desde Coatepec*, N6 11, 2006, pp. 11-39.

ejemplo, me preparo para mudarme y al revisar cajones encuentro un objeto que me conduce, inmediatamente, a una vivencia de infancia que yacía hundida desde hacía varios años.

Otro factor es la presencia que gana algo en mi vida por comparecer con mayor o menor *frecuencia o recurrencia*, por presentarse de manera más reiterativa o menos. Tiene, en principio, mucho mayores probabilidades de ser asociada la fachada de la casa con el azul del libro si es una casa que veo y en la que reparo cada mañana que si la he visto fugazmente alguna vez. (Y si hablamos del poder de las repeticiones, no pueden ignorarse los hábitos asociativos, en los que el conductismo ha creído ver poco menos que la razón de todo comportamiento humano.) Pero de nuevo, este factor es apenas uno entre muchísimos que aquí sólo pueden ser esbozados.

Todavía puede considerarse este otro factor: entre mayor es el grado de semejanza entre dos cosas, también es, en principio, mayor la probabilidad de asociarlas. Asocio el azul del libro con la fachada de la casa porque ambos azules son muy semejantes entre sí y, considerando esto, la casa se verá “convocada” a comparecer de manera más inmediata que el océano (el azul oceánico se parece menos al del libro que el de la fachada de la casa). Pero el ejemplo de la sed muestra que otro factor bien puede imponerse sobre éste.

Así, pues, la asociación por semejanza entre pasado y presente es el resultado de una coalescencia de semejanzas posibles, a varios niveles, que pugnan con fuerza diversa, siendo algunos factores más prominentes que otros. Pero *todos ellos juntos* (cualidades físicas según grados de semejanza, estado de ánimo, frecuencia o repetición, “frescura” en el tiempo, etc.) son los que determinan que, finalmente, ciertos recuerdos se vuelvan afectantes antes que otros y que tan sólo uno del acervo total de mis memorias sea el que pueda acabar compareciendo de manera inmediata.

Por eso al hablar de “algo” del presente vivo que despierta un recuerdo lejano hablábamos de manera imprecisa. Es cierto que, puestos a reflexionar sobre qué ha sido lo que ha despertado un determinado recuerdo, podemos reconocer un factor prominente: el azul del libro o lo que fuere. Pero que éste sea el factor más inmediatamente reconocible como desencadenante no significa que sea el único (ciertamente, no lo es) y ni siquiera asegura que sea el más determinante. Veo el libro azul y esto despierta en mí el recuerdo (el triste recuerdo) del vestido azul que llevaba puesta una mujer que yo amaba. Obviamente, no se despierta tan sólo la figuración del vestido azul sino la vivencia que tuve cuando ella portaba ese vestido: era la última vez que la vería. Me pregunto entonces: “¿Por qué me he acordado de ella?” Y enseguida me digo: “Claro, llevaba un vestido de un color muy parecido al de este libro.” Mi reflexión inmediata, dirigida a elucidar las razones por las que he recordado a aquella mujer, destaca ese factor. En cambio, no surge en la reflexión, *de manera inmediata*, que cuando miro el libro y despierta en mí aquel recuerdo yo estoy algo taciturno. Tal vez, de haber estado más alegre habría recordado la fachada azul de la casa que tanto

placer me daba contemplar cuando iba de camino a mi trabajo. Por otro lado, en la determinación de que haya sido despertado ese recuerdo bien puede haber tenido algo que ver el desasosiego efímero que me produjo en la mañana un comentario de mi actual pareja —una mujer que amo ahora—, dicho como al pasar, algo a lo que quizá apenas atendí entonces, algo que quizá jamás recordaría si no me detuviera a reflexionar sobre este recuerdo de vestido azul, algo, en fin, que ha quedado latiendo en sombras, ejerciendo su pasivo influjo, su pasiva contribución para direccionar la asociación hacia el preciso recuerdo que ha acabado por comparecer. También este factor, originado algunas horas atrás, pero operante todavía (pasivamente), ha sido “despertador” a su modo, aunque esto pueda pasar completamente inadvertido. ¿Pero cómo? Este último factor no es estrictamente presente. De hecho no se trata de algo siquiera inmediatamente pasado; más que algo que oficia como despertador, parece ser también algo que es despertado. Y, sin embargo, por otro lado motiva el recuerdo, contribuye en su despertar. Y así deberíamos concluir que, más que el presente despertando el pasado, estamos considerando aquí el pasado despertando el pasado.

Pero no hay, en verdad, contradicción. Mi estar taciturno ahora, en este preciso instante, obedece a un sinfín de motivaciones; una de ellas es el desasosiego que ese comentario ha desatado en mí. Entre las notas de este estar taciturno actualmente se cuenta, cuando menos, una de “desasosiego amoroso”. Mi estado de ánimo ha llegado a ser tal como es ahora en parte por eso y su ser-así, su incluir ahora esa nota de desasosiego, “expresa” la vigencia de la vivencia desasosegante, por más que la vivencia misma ya no sea actual. La vivencia ejerce, por así decir, un influjo mediato sobre el ahora (no sólo en mi estado de ánimo) y es a partir de ese influjo mediato, de lo que de ella “queda”, casi como un retrogusto, que ella contribuye en el despertar del recuerdo “vestido azul”. Ciertamente, *el pasado obra con grados de mediatez diversos sobre el presente, que obra, a su vez, sobre el pasado.*

En el último apartado de este capítulo abordaré esto con mayor detalle. Baste, de momento, haber descrito someramente cómo es que el “algo” que despierta no puede ser un factor único del presente vivo, sino que es la vivencia actual total, con todo lo que ella “carga” del pasado —de manera más patente del pasado inmediato, y de manera más débil, del pasado mediato—,⁶⁷ según se ha esbozado.

Ahora bien, correlativamente, del lado del recuerdo, de *lo despertado*, sucede algo similar. Que el azul del vestido sea lo que reconozco como nexo de semejanza, como el “algo” que se ha visto despertado, no explica por qué ha comparecido este recuerdo y no otros (p.ej. el de la casa). La tristeza que para mí conserva ese recuerdo también ha sido determinante para que justo éste se

⁶⁷ Aunque a veces uno siente parecerse más al que fuera años atrás que al que ha sido en las semanas anteriores (piénsese en las, así llamadas, “segundas adolescencias”). Claro, este parecerse es en muchos sentidos ilusorio.

hiciera presente. Y así como *lo que despierta* era una coalescencia de posibles semejanzas en pugna, algunas de las cuales se imponían sobre otras, así también, el recuerdo que es despertado en primera instancia, el que se asocia de manera más inmediata, queda determinado por asemejarse al presente vivo según la articulación total de similitudes que éste impone a modo de “requisitos”. Y “requisitos” en un orden que el recuerdo despertado debe observar. Así, en el ejemplo del libro azul, hay un sinfín de posibles semejanzas que pueden ser hechas. El azul de su portada puede despertar, en principio, *cualquier recuerdo* que muestre superficies azules; lo mismo, la blancura de la taza de café que está a su lado, *cualquier recuerdo* que exhiba “blancura”; la luz pálida que ingresa por la ventana, *cualquier recuerdo* “bajo una luz pálida”. Y si hay cuatro cosas sobre la mesa, pueden comparecer, por qué no, *todos aquellos recuerdos* en que esta cantidad se vea expresada, desde un viaje en que éramos cuatro, hasta algo que he visto en televisión en canal 4. Pero también estoy taciturno y entonces, *todo* “recuerdo taciturno” puede comparecer con igual derecho en primera instancia. Pero por la atención que presto al libro, el azul tiene preeminencia sobre el blanco de la taza de café y así los “recuerdos azules” tienen preeminencia sobre los “blancos”. Y de todos los “recuerdos azules”, algunos se muestran bajo una luz pálida, otros no, pero esto no es tan decisivo como mi ánimo taciturno. El recuerdo que comparezca se ha determinado ya algo más: debe “ser azul y taciturno” en primera instancia, porque estos son aspectos más fuertemente afectantes, más prominentes en mi presente. Y así, otros factores acabarán por decidir que, de todo el acervo de mi pasado, sólo este recuerdo es *a la vez azul y taciturno y desasossegante* en relación al amor, etcétera.

Ciertos factores se imponen como sentidos primeros cuyas posibles semejanzas determinan, primeramente, los posibles recuerdos. De todos los recuerdos que observan estos sentidos primeros, sólo algunos se asemejan al presente vivo en ciertos sentidos “secundarios”; tal vez ya a este nivel sólo hay un recuerdo que puede ser asociado; si no, de todos los recuerdos que son a la vez tal y tal, sólo unos pocos o uno solo será semejante en ciertos sentidos terciarios y así. Esquemáticamente, esto podría verse como (pero el orden que sigue es arbitrario y el modo de avanzar en la determinación, especialmente esquemático: sólo debe tomarse a modo de ilustración):

1. Azul
2. Azul y taciturno
3. Azul y taciturno y desasosiego amoroso
4. Azul y taciturno y desasosiego amoroso y...

Desde luego, este modo de describir la determinación del contenido de un recuerdo por las semejanzas que guarda con el presente vivo *no debe confundirse con el deshundimiento*

eventualmente gradual del recuerdo, como si en un principio fuesen despertados todos los “recuerdos azules” y luego los “recuerdos azules y taciturnos” y así. Lo que aquí se está describiendo es enteramente otra cosa; es la urdimbre del *sentido total* del presente (y esto es justo el nóema del presente vivo), en el que algunos sentidos constitutivos son más prominentes que otros, y donde la mayor o menor prominencia de unos sentidos por sobre otros es el resultado de una articulación complejísima que aquí apenas se ha sugerido de manera más bien tosca. El recuerdo que es despertado por asemejarse al presente vivo, no lo hace ni por asemejarse en este respecto ni en este otro aisladamente, sino porque, más allá de las ostensibles diferencias que median entre ambos, presente vivo y pasado son semejantes en cuanto a sus sentidos plenarios, totales, que no pueden ser reducidos a una mera suma de sentidos parciales (esto se aclarará en el análisis mereológico). Ejemplo: Ahora yo estoy trabajando. Tengo el libro azul enfrente de mí. Me han sucedido tales y cuales cosas en la mañana y tengo algunas preocupaciones con respecto al futuro inmediato y al futuro menos inmediato. Por otro lado, la tarde en que vi a la mujer (*no al libro*) del vestido azul *no estaba trabajando*, mis vivencias de esa mañana *no se parecían demasiado* a las de esta mañana; mis preocupaciones y esperanzas en relación al futuro eran *muy diferentes*. Pero aun así, la impresión afectiva total del ahora se parece más a la que retengo de esa tarde que a cualquier otra de mi pasado. De otro modo, sería otro el recuerdo que comparecería.

3.3 Digresión: Respuesta a una posible objeción

Ahora bien, en contra de lo que acaba de decirse pueden levantarse contraejemplos, al parecer, bastante rotundos. Se diría que cuando una determinada cosa (en sentido amplio) muy puntual le hace a uno acordarse de otra cosa semejante, también muy puntual, entonces no parece posible hablar de sentidos totales que se asemejan; más bien, se trata de sentidos enteramente puntuales. Pongamos por caso que caminando por una calle de una ciudad que no es la ciudad en que vivo veo un sauce llorón. No abundan los sauces llorones ni en esta ciudad ni en mi ciudad. En la ciudad en que vivo también hay un sauce llorón, aislado, en una esquina; lo he visto en algunas pocas ocasiones. Así que veo este sauce y enseguida destella ante mí el recuerdo del sauce llorón de mi ciudad. En un caso así, al parecer no hay nada especialmente “holístico”, nada de sentidos plenarios, impresiones afectivas totales y cosas del estilo. Veo el árbol y recuerdo el árbol de mi ciudad. Punto. Ni estado de ánimo así o asá ni cualquier otro factor. Los árboles, casi por sí solos, o más bien, por la rareza de encontrar uno de esa especie aquí y por la rareza de hallar otro de su especie en mi ciudad, se ven inexorablemente asociados. Y es concebible todavía un caso más extremo: Si sólo he visto una y solo una vez un sauce llorón en mi ciudad (y en mi vida), y paso caminando

ahora y atiendo a este otro sauce, no sólo no importa si ahora estoy alegre, triste, furioso o sereno, si me siento un semidiós o una cucaracha: *sólo puedo recordar, desde que atiendo al árbol, a esa única vivencia del árbol de mi ciudad*, y no importa tampoco si cuando lo vi en el pasado estaba exultante o hecho un harapo: el nexo, la semejanza que asocia ambas vivencias —se concluirá— es aquí enteramente puntual.

Pero pregunto, contra esta objeción, en qué sentido el ejemplo es incompatible con lo dicho anteriormente y si no será, al contrario, un caso enteramente consistente con la descripción que se intenta objetar. Veo el árbol y recuerdo un árbol semejante, al modo como al ver el azul del libro recordaba un azul semejante de un vestido. En el segundo caso, lo “azul” no era tan prominente que determinara, casi exclusivamente por sí mismo, el recuerdo a despertar; más bien, se veían entretreídos varios factores prominentes sobre otros que no eran determinantes de manera primaria, secundaria ni terciaria (como la blancura de la taza de café). Se trataba, por así decir, de una orografía de sentidos más parejamente prominentes (azul, tristeza, desasosiego amoroso), una especie de meseta con varias protuberancias de altura similar que se alzaba sobre el resto. En el caso de los árboles, se trata, igualmente, de una orografía, sólo que aquí hay un pico que sobresale del resto de la cadena montañosa con especial notoriedad. El sentido /sauce llorón/ destaca y destaca porque lo atiendo y reparo en ello, pero esto, a su vez, porque todos los demás sentidos constitutivos de mi vivencia están más retraídos, ya porque no concitan tanto mi atención (la ventana de la casa, al costado del árbol), ya porque simplemente no están pesando tanto. Si pasara caminando reconcentrado en mis pensamientos, aun cuando viera el árbol, aun cuando éste fuera una rareza y el de mi ciudad otra rareza, seguramente, aunque lo viera, no repararía en él; estaría “tomado por mis pensamientos”; el sauce llorón, en lugar de ser ese pico de sentido prominente, ese Everest descollante que destaca sobre todo fondo visual, sentimental, valorativo, etc., sería un pliegue menor en la penillanura de mi vivencia.

Así, pues, en el ejemplo de los sauces llorones, *estamos, como en cualquier otro caso, ante dos sentidos plenarios asemeados*. En el sentido plenario del presente destaca a tal punto la percepción del sauce llorón y se impone con tanta “distancia” por sobre otros sentidos constitutivos de la vivencia, que el recuerdo despertado, correlativamente, deberá observar con notable prioridad este “requisito” de semejanza. Si hay varios recuerdos “de sauces llorones” en mi acervo, entonces (sólo entonces), decidirán otros factores cuál de ellos es despertado; pero si hay sólo uno, como era el caso en el ejemplo “extremo”, éste y sólo éste será el recuerdo que comparecerá, más allá de si es un recuerdo triste, alegre o, en fin, si es en todo —menos en la exhibición del sauce llorón— heterogéneo con respecto a la vivencia actual. El sentido plenario, total de la vivencia actual y de la vivencia recordada se asemejan, en este caso, justo por ser ambos “orografías de un pico de sentido

(/sauce llorón/)” que se impone, que concentra, se diría, mucho más fuerza afectiva que los demás sentidos entretejidos.

Pero la objeción y su refutación nos han distraído por un momento del camino que veníamos siguiendo. Todo esto no ha sido sino un intento por describir con mayor detalle cómo es que se da la asociación *inmediata* entre presente y pasado, tomando en consideración, ya no la forma del tiempo, sino los contenidos de las vivencias, los sentidos constitutivos que hacen que unas recuerden inmediatamente a otras. La descripción ha mostrado que estas asociaciones inmediatas (no por ello “instantáneas”, intempestivas)⁶⁸ asemejan sentidos vivenciales totales, plenarios, pues ni lo que despierta ni lo despertado son aspectos aislados que se ven asociados, sino que es la vivencia toda, el entretejido de *todos los sentidos que juntamente la constituyen* el que despierta un sentido total semejante.⁶⁹ Con todo, hay modos más precisos de determinar qué se entiende por sentido plenario o sentido vivencial total. Esta mejor determinación se alcanza, justamente, considerando la vivencia

⁶⁸ De acuerdo con lo que veíamos antes, el despertar del pasado lejano inicia con una intención vacía. Se apunta ya a ese recuerdo semejante al presente vivo en su sentido plenario, aunque el recuerdo todavía no haya comparecido. Así, pues, no necesariamente una asociación inmediata, en el sentido del recuerdo primeramente asociable con el ahora, es instantánea; el despertar puede ser gradual e inclusive quedar truncado, ya sea porque la memoria no alcanza a despertarlo cabalmente, ya porque alguna perturbación (un ruido estridente o lo que fuere) se impone y corta el proceso de evocación pasiva.

⁶⁹ Otra objeción como la que recién se había planteado sería considerar un caso así: Voy caminando por la calle, con mi hijo en andas, y él menciona algo sobre pulpos. Entonces recuerdo la canción *Octopus's Garden*, de los Beatles. Aquí no es sólo que el nexa asociativo parece ser puntual (pulpo-*octopus*) y no plenario, sino que pareciera que más que hablar de una vivencia que recuerda otra vivencia deberíamos hablar de una palabra que “despierta” una canción. Pero también aquí vale el “argumento orográfico” anterior. En mi estar caminando con mi hijo en andas, destaca como un pico prominente esa palabra, cuyo sentido podría haberme hecho evocar un sinnúmero de cosas (el pulpo que vi colgando de un arpón, los pulpos que cociné alguna vez, un dibujo animado, lo que fuere). Algunas de las posibles evocaciones traerían sentidos imaginarios y otras no; los primeros no son los que están en cuestión aquí: no son recuerdos (a menos que sean recuerdos de haber imaginado esto o aquello, en cuyo caso el recuerdo no señala un sentido imaginario, sino el haber vivido en la imaginación tal o cual cosa). Pero que justo esta canción haya sido la “despertada” por la palabra “pulpo”, siendo que “pulpo” podría haber despertado un sinnúmero de otras cosas, tiene que recibir explicación a partir de todos los otros sentidos vivenciales implicados en el estar caminando con mi hijo, en un día tal, bajo un estado de ánimo cual, etc. Todos estos sentidos (incluido también el de la palabra pulpo), juntamente, determinaron que emergiera esa canción. Pero lo determinaron porque *Octopus's Garden*, de algún modo, entrañaba también otros sentidos —además de lo que mienta “pulpo” (*octopus*)—, asemejables con mi vivencia actual (de nuevo: ¿por qué, si no, esta canción y no el pulpo del arpón?). Ahora bien, si la canción entrañaba estos otros sentidos, o cuando menos algunos de ellos (candor o lo que fuere), además de “pulpo”, es porque *Octopus's Garden* se instituyó y sedimentó en mi vida como una canción cándida, melodiosa, entrañable, etc. Y esto es tanto como decir que en las vivencias en que esta canción se me dio originalmente, lo hizo también imprimiendo estos sentidos estimativos y afectivos. De donde, el haber recordado la canción estaba señalando estas vivencias, alguna de ellas, por más que con la mera evocación de la canción yo “me diera por satisfecho”, pasase, de hecho, a cantarla, y truncara con ello el despertar pleno, que habría traído consigo alguna vivencia en que estuvo presente *Octopus's Garden* (aquella canción cándida y entrañable que solía escuchar). Bien observa Husserl: “Cuando el despertar progresa, sólo adquirirán relieve en la vacuidad momentos de sentido individualizados, especialmente fuertes del presente distante en cuestión [...]”, *ACPAS*, § 38, p. 323 [Hua XI, p.182]. “Momento” quiere decir aquí parte abstracta. Los momentos de sentido serán abordados en el capítulo tercero.

como un todo constituido por partes, es decir, considerándola mereológicamente (el sentido plenario, según se verá, es lo que en la teoría de los todos y las partes llamábamos, con Husserl, “momento figural” o “momento de unidad”).

Pero antes de dar este paso, es preciso todavía considerar problemas previos.

3.4. *El escorzamiento temporal del sentido*

3.4.1 Permanencia del pasado como disponibilidad y como vigencia

Las descripciones anteriores han surgido de la necesidad, asentada en el comienzo del capítulo, de estudiar cómo es que el pasado está disponible en el presente. Concluíamos que el sentido total de la vivencia actual es asociado pasivamente con algún sentido plenario retenido, y que el manifestarse de ello en un recuerdo que comparece efectivamente no es sino el emerger de algo que estaba ya siendo anticipado de manera vacía en el “subsuelo” de la conciencia; aun cuando el recuerdo no fuera despertado cabalmente, la intención vacía ya se estaba dirigiendo hacia él; la asociación, la síntesis ya estaba teniendo lugar pasivamente. Así como aquel que, yendo en busca de un cofre que ha enterrado en el pasado, dirige sus pasos hacia el cofre aunque éste no esté de momento a la vista, así también la anticipación rememorativa se dirige hacia aquel recuerdo que más se asemeja en su sentido plenario con la vivencia actual.⁷⁰ Pero hay, cuando menos, tres consideraciones que no pueden ya ser postergadas:

(1) Por una parte, todo lo anterior ha sido acotado, para el análisis, en cuanto a la disponibilidad del pasado *lejano* en relación con el presente, sin atender al pasado reciente. Es obvio que el sentido plenario de la vivencia inmediatamente pasada ha de ser el más semejante al de la vivencia actual; también, que el sentido plenario de la vivencia inmediatamente pasada a la inmediatamente pasada al ahora, ha de ser íntimamente semejante con respecto a ésta y apenas menos semejante con respecto al ahora; y así cabe concebir, dentro de los vagos confines del pasado fresco, una gradación

⁷⁰ Pero habría que considerar también el caso en que varios recuerdos observaran, en principio, con similar “aptitud” el “requisito” de la semejanza plenaria con el presente, siendo tanto unos como otros candidatos igualmente buenos a ser asociados inmediatamente. Si esto es así, la anticipación vacía debe abarcar —también en principio— esta pluralidad de recuerdos posibles. “Varios pasados” están potencialmente prestos a ser despertados, pero hay un recuerdo entre ellos que acabará por imponerse. No me detengo en estas posibilidades, en parte porque no veo que afecten de manera sustantiva lo que sigue, en parte porque tratándose de casos que suceden en pasividad no puedo por menos de confesar que no alcanzo a tener claridad sobre este asunto.

que parte de lo absolutamente semejante consigo mismo —el presente vivo con respecto a sí— y va perdiendo notas de semejanza plenaria conforme vamos remontándonos más y más hacia atrás.⁷¹

Pero haber dejado de lado el pasado reciente, en el estudio de las asociaciones por semejanza, no ha obedecido únicamente a una decisión metodológica. Obedece, antes, a que las asociaciones por semejanza, en cuanto ley del despertar, sólo pueden realizarse como anticipos en intenciones vacías *de futuro* (protenciones) que son sintetizadas con la intención llena del ahora. Lo retenido, en cambio, no está asociado con el ahora por un despertar que sintetiza lo que despierta y lo despertado en virtud de su ser semejantes; la síntesis entre la intención retentiva y el ahora obedece a la forma del tiempo interno, no a leyes de asociación,⁷² de modo que el pasado reciente no tenía lugar en el análisis precedente. No por ello, sin embargo, debe dejarse de lado la consideración sobre la íntima semejanza (fusión) entre presente y pasado inmediato. Más adelante esto cobrará mayor relieve.

(2) Haber acotado la investigación a la esfera de los recuerdos no debe hacernos ignorar el papel de la imaginación y las imbricaciones que pueden darse entre recuerdo e imaginación, desde recuerdos enteramente imaginarios hasta recuerdos “deformados” por la imaginación o recuerdos constituidos por partes de distintos recuerdos (una suerte de recuerdos “frankensteinianos” a los que Husserl concede especial consideración).⁷³ Así como en el presente vivo se anticipan, en pasividad, recuerdos de sentido plenario semejante al de la vivencia del ahora, así también la ley de asociación por semejanza debe hacerse extensiva a la imaginación, concediendo, cuando menos, la posibilidad de que en el subsuelo de la conciencia estén obrando síntesis de asociación por semejanza entre el presente vivo y sentidos imaginarios asociados. (Al ver la forma abombada del jarrón, asocio pasivamente la figura de Sancho Panza.) Pero, puesto que esto no ha sido adecuadamente descrito, se trata de momento de un mero recaudo a tener en cuenta, a saber: que además de lo recordable, la síntesis pasiva (y activa, desde luego, cuando es el caso) obra también sobre lo imaginable.⁷⁴

⁷¹ Aunque no debería dejarse de lado una vivencia “parteaguas”, que instituyera “un antes y un después”. Por ejemplo, alguien se ha enterado hace unos segundos de una terrible noticia. Inmediatamente antes de esa notificación, la persona del caso bebía café, trabajaba como siempre en sus cosas. Entre el plácido beber café y el ahora, apenas posterior a haber sido informado sobre el terrible episodio, media un lapso de tiempo de unos pocos segundos. Y sin embargo, el sentido plenario de ambas vivencias (pre y post noticia, respectivamente) guarda un abismo entre sí. La expresión “parteaguas” resulta apropiada, pues casa bien con la idea de una especie de “ruptura” en el “río” de las vivencias. Aunque la ruptura no atañe a la forma de la conciencia del tiempo, sino a los sentidos de las vivencias, cuyo decurso gradual, “armónico”, se ve abruptamente violentado.

⁷² Observa Husserl: “[...] pero esta síntesis propia de la conciencia originaria del tiempo no es una síntesis de asociación; las retenciones no surgen de un despertar asociativo, hacia atrás, a partir de la impresión [...]”, *ACPAS*, § 18, p. 119 [Hua XI, p. 77].

⁷³ Cf. *ACPAS*, Primera versión, “Conciencia de la ilusión de la memoria”, § 42-43, pp. 402-404 [Hua XI, pp. 268-270].

⁷⁴ Paul Ricoeur ofrece un recorrido panorámico del modo como algunos filósofos, desde Platón a Bergson, han abordado las complicadas relaciones entre memoria e imaginación. Cf. *La memoria, la historia, el olvido*,

(3) Hemos estado considerando la disponibilidad del pasado en el presente, en el sentido de la evocación pasiva del pasado a partir del presente. El pasado se encuentra disponible. Esto indica que el pasado ha permanecido. Pero hay dos sentidos distintos en que esta permanencia puede ser entendida: (i) En el sentido señalado, de la disponibilidad; pero también (ii) en el sentido de la vigencia del pasado en el presente. Este libro azul que miro, del que soy conciente activamente al percibirlo, no es apenas un mero libro azul, ni apenas un libro y mucho menos un prisma. No estoy ahora activamente conciente de *todo* el sentido que este libro encierra para mí, con todas sus notas, y menos, acaso, del sentido que tienen para mí los libros en general (si es que es posible ser conciente de algo así). Yo he leído este libro, a veces con fastidio, a veces con entusiasmo, en tal y cual sitio, acompañándome de él durante una cierta etapa de mi vida en la que primaban ciertos intereses, temores, vacilaciones. Este libro ha estado literalmente presente en ciertas vivencias mías. Tengo una “historia” con este libro, una historia entrelazada con todo lo que ha acompañado su presencia en mi vida (y mediatamente, con toda mi vida). Y antes y después y a la par que él hubo otros libros que concitaron en mí mayor o menor interés; alguno me cambió la vida, otro fue abandonado en las primeras páginas, otro me lo regaló un amigo querido, otro me hizo ver lo mal que escribo, abrigar envidia y frustración (otro, contrariamente, acicateó mi vanidad literaria). He anhelado y anhelo escribir libros que aún aguardan y he recelado también de ello. He amado y odiado algunos libros. Me he enterado de libros de otros que no he leído, he sabido de libros quemados, ocultos, de libros que cambiaron las vidas de otras personas que admiro. He conocido personas y personajes a través de libros. Y todo esto, estas vivencias personales con los libros, entrelazada en mi corriente de vivencias, ha ido abonando y sedimentando en mí un sentido denso, multiforme, complejo: exactamente el sentido que tienen para mí los libros hoy, ahora, por más que, de toda la vastedad que este sentido encierra, yo esté conciente ahora, mientras estoy vuelto hacia el libro azul, tan solo de unas pocas notas.

Pero aun estas pocas notas han llegado a ser, a constituirse tal como se me muestran ahora, en mi pasado, y el hecho de que yo sea ahora conciente de ellas significa que *han permanecido, que aún están vigentes*. Estimo este libro como interesante y refrendo con ello la posición que he ido abonando en el pasado acerca de su interés para mí. Horas más tarde, cuando ya no esté yo aquí trabajando con el libro, y me encuentre absorbido por otras ocupaciones o entregado al ocio, mi estimación del libro, en principio, no quedará anulada ni se habrá visto tachada. El sentido estimativo que el libro tiene para mí seguirá disponible y presto, aunque, desde luego, abierto a

cambios —e incluso a ser revocado: lo que hoy concita mi interés puedo estimarlo mañana como anodino.

Pero aun con el libro aquí, a la vista, no estoy activamente conciente de todas las notas de sentido que éste encierra para mí. No estoy conciente, pongamos, de la irritación que en varias ocasiones me produjo leerlo y que ha ido abonando, habida cuenta de la regularidad con que he experimentado irritación por sus páginas, el sentido /irritante/. No estoy activamente conciente, tampoco, de que me lo regaló un amigo en una circunstancia especial, de que es un objeto que testimonia la vigencia de una amistad. Pero la amistad está vigente y el carácter testimonial que el libro ofrece de ella también, y también el ser un libro irritante para mí (dejará de serlo, si acaso, cuando alcance una comprensión más fluida de sus páginas y la irritación se torne placer de algún tipo). Mi no estar activamente conciente de estas notas de sentido no implica que hayan desaparecido o perdido vigencia;⁷⁵ implica, tan sólo, que no son las que ahora comparecen. Este libro es para mí *todo* ello (interesante, irritante y un largo etcétera), todos los sentidos referidos a él que se han instituido y sedimentado a lo largo de mi historia, aunque a veces el libro se me muestra como siendo esto o aquello.

Al decir que el sentido se ha instituido y sedimentado se está señalando, que, más allá de las oscilaciones del temple anímico, esa nota de sentido permanece estable,⁷⁶ como una posición que el

⁷⁵ Pero, desde luego, ésa es también una posibilidad.

⁷⁶ El ejemplo anterior podría inducir a pensar en lo contrario. ¿Qué estabilidad de sentido tiene un objeto cualquiera cuando en algunas ocasiones se muestra de una manera y, en otras, de la manera exactamente contraria? Y si interés e irritación no son sentidos diametralmente opuestos, bien pueden considerarse casos más extremos: en un arrebató de fastidio maldigo el libro (llego a lanzarlo contra la pared); en un arrebató de entusiasmo, lo considero una de las obras más grandiosas que ha dado el pensamiento humano. ¿De qué estabilidad hablamos cuando una misma cosa puede despertar lo mismo un franco rechazo que una alabanza superlativa? Es bastante obvio, sin embargo, que estas violentas oscilaciones del sentido atribuido a uno y el mismo objeto obedecen más al estado de ánimo que está a la base, y a la exacerbación que en estos casos adquiere el temple anímico, que al sentido mismo que el libro tiene para mí. Pues en el fastidio, no sólo el libro, sino también el trabajo en general, las personas que están a mi lado y, en fin, mi circunmundo entero se mostraría fastidioso; en la exultación, exultante. El estado de ánimo, dado su carácter originario, “abre” o muestra ya el mundo de cierta manera; “tiñe” todo aparecer. En este caso, como se trata de estados de ánimo especialmente exacerbados, mi circunmundo todo se mostraría también exacerbado.

Difícilmente podría uno ver el reflejo de la luna en un lago cuyas aguas se agitaran con violencia; vería más bien agitación y todo reflejo estaría, también él, agitado. Con las aguas más serenas, el reflejo de la luna se dejaría ver de manera más clara. Así, también, con el sentido del libro: si el estado de ánimo no se encuentra exacerbado, si no afecta tan intensamente todo aparecer, el sentido del libro o de cualquier objeto se dejará ver en algunas de sus notas más estables. Más allá de la particularidad del ejemplo, presumo que es bastante aceptable decir que, una vez pasado el arrebató de fastidio, se *retiraría* la maldición (expresamente o no); pasada la exultación, quizá se moderaría la grandiosidad de la obra (quizá no, pero en tal caso porque ya era estimada como una obra así de grandiosa y la estabilidad de esta nota de sentido probaría, justamente, estar más allá de la exultación o de cualquier arrebató del ánimo).

yo sigue refrendando con respecto al modo de ser de algo, concediéndole con ello vigencia, aun cuando ésta no se haga manifiesta compareciendo en actos.⁷⁷

Ahora bien, el hecho de que algo que se presenta lo haga a veces de cierto modo (irritante), a veces de otro (estimulante/interesante) no contradice la estabilidad y unicidad de su ser para mí tal como es, de la misma manera que, el hecho de que unas veces la mesa se me presente en este escorzo, por este lado, y otras veces en otro escorzo, por este otro, exhibiéndose, ya la rugosidad del reverso de la tabla, ya la lisura de su anverso, no contradice en nada que se trate de una y la misma mesa.

Se diría, siguiendo la analogía, que EL SENTIDO TOTAL DE ALGO QUE HA LLEGADO A CONSTITUIRSE GENÉTICAMENTE⁷⁸ EN LO QUE ES AHORA, *TAMBIÉN SE ESCORZA*, VOLVIÉNDOSE PROMINENTES CIERTAS NOTAS CONSTITUTIVAS DE ESE SENTIDO TOTAL Y QUEDANDO OCULTAS OTRAS. Las notas prominentes refrendan su vigencia mostrándose; las que permanecen ocultas, todo el sentido no expreso de esto que se me presenta, queda replegado, disponible (pero sólo en la medida en que siga vigente: el libro no se me presentaría en adelante como interesante —el interés no sería ya una nota de sentido disponible para ese libro— si lo hubiera yo tachado como no interesante). Pero aun en su replegamiento, el sentido no expreso obra, se diría que sostiene las notas de sentido que comparecen, codeterminando que éstas se presenten a mí como lo hacen.

Describir este escorzamiento del sentido total, constituido genéticamente en una corriente de vivencias, demanda, pues, estudiar cómo es que obran los sentidos vigentes, aunque no expresamente manifiestos, sobre el presente vivo. Sólo entonces podrán quedar aclarados los grados de vigencia (más inmediatos y más mediatos) con que el pasado afecta el sentido de una vivencia actual.⁷⁹

⁷⁷ Esta idea es cercana al modo como Husserl da cuenta de la permanencia de ciertos “temas de experiencia” o “menciones” que han sedimentado en el yo. El problema se desarrolla sobre todo en el § 29 de *Ideas II*, donde se lee: “Y así también es ley que toda ‘mención’ sea una institución que sigue siendo posesión del sujeto mientras no se presenten en él motivaciones que exijan un ‘cambio’ de la toma de posición, un abandono de la antigua mención, o bien que exijan, tratándose de sus componentes, una renuncia parcial, tratándose del todo, una alteración”, p. 150. Véase también el § 32 de *Meditaciones cartesianas* sobre las “habituales” del yo. No he querido seguir enteramente las investigaciones de Husserl a este respecto, porque ellas están referidas al yo puro, tema singularmente problemático cuyo abordaje reclamaría una investigación aparte. Tampoco estoy desarrollando una fenomenología genética destinada a describir el modo como se instituyen y sedimentan los sentidos. Entrarían aquí factores como la regularidad con que comparece una nota de sentido, la fuerza afectiva con que se instituye el sentido de algo —p. ej., el caso de algo normal y regularmente inocuo (el perro de la vecina) que revelara de golpe una faceta insospechadamente violenta *por una única vez, pero suficiente para causar una impresión profunda*—, etc.

⁷⁸ Por el momento, estoy evitando deliberadamente referir a la historia, a la constitución histórica, pues esto traería aparejado un vasto abanico de problemas, cuya discusión rebasa con mucho este trabajo.

⁷⁹ Me estoy refiriendo, en general, a sentidos tales como los estimativos, emotivos, relativos al agrado o el desagrado, al deseo, la voluntad, etc.; en suma, a aquellos que, en fenomenología husserliana, constituyen las “capas superiores” de sentido de una vivencia. La “superioridad” estriba en que estos sentidos se fundan —de acuerdo con la estricta definición mereológica de *IL III*— en sentidos más básicos, como el mero sentido objetivo que hace posible percibir, no un puñado de sensaciones, sino propiamente un objeto en carácter de

3.4.2 El influjo de la muda vigencia

Se han utilizado diversas metáforas y nociones para ilustrar el influjo del sentido ausente sobre el sentido presente. Husserl habla de horizonte y pasividad; Hemingway, de un *iceberg*.⁸⁰ ¿Cómo obra el sentido ausente? Pues hasta el momento el análisis ha estado dirigido a describir cómo es que el pasado está disponible en el presente, y la “dirección”, por así decir, iba del presente hacia el pasado: describíamos el modo como el presente despierta el pasado, sin reparar en el modo como el pasado obra sobre el presente. Pero de ese pasado que permanece vigente, ahora estamos interesados, ya no en aquel cuya vigencia queda en evidencia, a la vista, cuando vuelven a comparecer ciertas notas de sentido previamente instituidas y sedimentadas, sino en el obrar de las notas de sentido ocultas, replegadas; reparamos ahora en el influjo de la muda vigencia.

Esto se ve con alguna claridad en el lenguaje. Si alguien me dice: “Tengo sueño; beberé una taza de café”, no me está diciendo, de manera expresa, que preferiría no caer dormido (“Tengo sueño, pero no quiero dormir”). Y sin embargo, yo sé que el café inhibe el sueño y que lo que me están diciendo es tanto como: “Tengo sueño; voy a hacer algo para inhibir el sueño”, expresando con ello la voluntad de resistir el sueño. Pero nada de esto estaba “a la vista”. El mensaje explícito da por sentado que el oyente dispone de un cierto conocimiento tácito que le permite interpretar el sentido de la frase como un deseo de resistir el sueño. Si, en lugar de ser un estimulante, yo tuviera para mí que el café es un sedante, entonces interpretaría la frase como una expresión de deseo, ya no de permanecer despierto, sino de tener un sueño plácido o algo del estilo. En otras palabras, el sentido

objeto percibido. (Véase *IL V*, § 18, pp. 515-516, aunque aquí se habla de actos “fundamentantes y fundados” y no de sentidos; recuérdese que a esa altura, Husserl no había trazado, todavía, la distinción entre la nóesis y el nóema. Con todo, una vez trazada esta distinción, siendo que nóesis y nóema son correlativos, los sentidos superiores o fundados no pueden ser sino correlatos de actos fundados; los básicos, de actos básicos. Véase *Ideas I*, § 95, pp. 231-233, y § 116-117, pp. 276-283.) También son básicos aquellos sentidos que Husserl llama dóxicos o caracteres de ser, correlativos de los caracteres de creencia. Entre ellos se cuentan, del lado noético, la conciencia en que *se afirma el ser de algo* (“Enfrente hay un hombre”); del lado noemático, el sentido de ese algo se muestra, dóxicamente, como “real”. Pero la “certidumbre” puede verse modificada; puede asaltarnos la *duda* acerca de lo que teníamos por cierto. Nuestra posición acerca del ser de ese algo sufre una modificación y con ello, el “objeto” se muestra como dudoso (“¿Será un hombre o un maniquí?”) Si, finalmente, advertimos que era un maniquí, entonces la certeza con que era conciente el objeto de enfrente, como siendo hombre, se ve tachada; el sentido con que ahora se muestra es el de la negación: “Lo de enfrente *no es* un hombre”. Así, también son caracteres de creencia, y noemáticamente, modos dóxicos de ser, la sospecha (el sentido de lo sospechoso), la posibilidad (el sentido de lo posible), la probabilidad (el sentido de lo probable), la negación (el sentido de lo tachado), la suspensión del juicio o conciencia neutralizada (el sentido de algo cuyo ser ni se afirma ni se tacha), etc. Al respecto, véase *Ideas I*, § 103-114, pp. 249-273.

⁸⁰ Un buen relato, al decir de Hemingway, ha de ser como un *iceberg*: lo que verdaderamente sostiene la narración (lo dicho) es lo que no está a la vista (lo no dicho), al modo como el pico visible del *iceberg* es una parte mínima en relación a la enorme masa de hielo que lo sustenta bajo la superficie del agua. Probablemente la expresión literaria más radical de esta consigna minimalista la haya desarrollado el agudo narrador Raymond Carver. (Se barrunta ya el problema mereológico: la parte visible señala un todo trascendente y mayoritariamente oculto.)

que tiene para mí la expresión obedece, no sólo a lo que ella dice de manera expresa, sino a ciertos sentidos que permanecen implícitos (que el café inhibe el sueño, pero también que lo que en la versión escrita se manifiesta como punto y coma hace las veces de nexos motivacionales: *como* tengo sueño, *entonces* voy a beber un inhibidor del sueño). Y si el sentido implícito cambiara (estimulante/sedante), por más que la frase, lo que está expreso, permaneciera inalterado, la interpretación que haríamos de ella sería otra.

El ejemplo debería, cuando menos, inclinarnos a examinar si es posible advertir algo análogo en el caso que nos ocupa. ¿Cómo es que las notas de sentido ausentes afectan el modo de ser de las notas de sentido que comparecen? Esto, desde luego, sin olvidar que los sentidos presentes también son como son por la imbricación que se da entre todos los que coexisten de manera patente en la vivencia. En la percepción misma se ve con toda claridad que el azul de una baldosa azul no se muestra de la misma manera al lado de una baldosa verde que al lado de una anaranjada.⁸¹ Y más allá de la esfera meramente perceptual, un cuchillo bañado en sangre, al lado de una tabla sobre la que descansa un pedazo de carne vacuna no se muestra de la misma manera que el mismo cuchillo bañado en sangre clavado en el retrato de una persona. En el primer caso el cuchillo es —se muestra como— un instrumento de cocina; en el segundo, sugiere más bien haber sido utilizado como —haber sido, pues—⁸² un arma homicida (aunque no habría que descartar otras posibilidades: el cuchillo cayó por azar sobre una fotografía dejada al descuido, etc.). Pero además del sentido forjado por la copresencia de las diversas notas de sentido con que se muestran los objetos, cada nota que comparece lo hace de un repertorio de posibles notas que han sedimentado como propiedades del objeto, y el hecho de que esa nota pertenezca a ese repertorio y no a otro la determina también en su mostrarse: es una entre *estas posibilidades*. Las notas de sentido con las que algo se muestra señalan siempre en su mostrarse las notas que han permanecido ocultas como *sus posibilidades ausentes*.

Esto se deja ver al comparar la pobreza o riqueza de un repertorio de posibilidades. Un avezado gustador de comida tradicional mexicana puede, no sólo identificar qué chile ha sido escogido en la preparación del platillo, sino que las notas de picor que él experimenta en su paladar tienen el

⁸¹ Según la teoría del color, el naranja es el color complementario del azul. Los tres colores primarios, amarillo, azul y rojo, cuyas combinaciones producen, en principio, todos los demás colores, tienen cada uno su complementario, que resulta de la combinación de los otros dos colores primarios. Así, el color complementario del azul es el naranja (rojo + amarillo), el del amarillo es el violeta (azul + rojo) y el del rojo es el verde (azul + amarillo). Los colores complementarios se caracterizan por ser altamente contrastantes el uno respecto del otro.

⁸² El acento “pragmático” que tácitamente estoy asumiendo al proponer que el *ser utilizado como* es tanto como *el ser* de un útil debería ser justificado. Remito, a tales efectos, a los desarrollos de Heidegger con respecto al ser del ente intramundano (el útil) como “pragmaticidad” [*Zeughaftigkeit*], como estar a la mano [*Zuhandenheit*]; véase Heidegger, *op. cit.*, § 14-18.

preciso matiz de ser las de ese chile por oposición tácita a todos los demás chiles que no han sido escogidos. A diferencia del comensal inexperto en estas lides, que, puesto a degustar el platillo, sentiría apenas un ardor sofocante (por oposición al tipo de alimentos que suele comer), el primero experimentaría un cierto peculiar ardor, que inicia, ya intempestivamente, ya de manera más gradual, que permanece en el paladar de cierta manera, que sabe con notas de este o aquel tipo, que combina mejor con tales o cuales sabores. Y no es que este avezado comensal de chiles esté comparando explícita, temáticamente, este chile con el resto de los tipos de chile que él ha saboreado en su vida; pero las finas discriminaciones que efectivamente hace al degustar el platillo (esté vuelto hacia ellas o no) son tales porque *puede*, habida cuenta de su vasta experiencia con chiles, distinguir todo ello; las posibilidades ausentes, los otros tipos de chile que no están allí, en el platillo, los más picosos y los menos picosos, los que saturan las papilas de manera más intempestiva o más gradual están, sin embargo, de algún modo allí en el “más” y el “menos”, en todas esas comparaciones (u oposiciones) tácitas que al comensal inexperimentado le son completamente ajenas.⁸³

⁸³ Esto recuerda lo que Saussure llamaba relaciones sintagmáticas (*in praesentia*) y relaciones asociativas (*in absentia*), que más tarde recibirían el nombre de relaciones paradigmáticas. El lingüista advertía que el significado se constituye, no sólo por las relaciones que guardan entre sí los signos lingüísticos alineados, efectivamente, “en la cadena del habla” (en lo que él llama un sintagma), sino también por las relaciones que cada signo guarda con todas las asociaciones posibles de una “serie mnemónica virtual” (el paradigma). A partir de estos tipos de relación, Saussure desarrolla una teoría del valor de las unidades lingüísticas: toda unidad está dotada, a la vez, de un valor por contraste según las relaciones sintagmáticas que guarda con otras unidades, y de un valor oposicional según las relaciones paradigmáticas (la unidad presente en el sintagma *se opone*, excluye las otras posibilidades del paradigma). Pongamos por caso este sintagma: “Las callejuelas están desiertas.” El sentido de esta frase no está dado únicamente por la articulación de los signos que componen la frase. Conozco la lengua, soy capaz de leer el modo como estos signos se integran, sé que lo que está desierto son las callejuelas. Pero el significado de “callejuelas” está dado, también, por oposición con respecto a todas las posibilidades “viales” que han quedado ausentes. Sé que una callejuela es un camino más estrecho que una calle, más estrecho todavía que una avenida o un bulevar, aunque, acaso, algo más ancho que un pasaje; sé que las callejuelas suelen ser empedradas y no asfaltadas como las avenidas; que tampoco son de balasto como los caminos rurales. Y aunque no me estén diciendo que se trata de callejuelas empedradas ni que éstas son más estrechas que las calles, mucho más estrechas que los bulevares, pero algo más anchas que los pasajes, aunque todo esto no esté presente y a la vista, el hecho de que yo imagine, al leer la frase, una callejuela así y así obedece a todo este saber vial tácito. Y cuando leo que están desiertas, no imagino, en principio, que no están circulando automóviles, pues sé que, habida cuenta de su estrechez y del daño que el empedrado puede hacer en los amortiguadores, por las callejuelas no suele haber automóviles; imagino, aunque no haya referencias explícitas, que “desiertas” alude a la ausencia de transeúntes. Pero si la frase dijera que las avenidas están desiertas, seguramente me figuraría, no sólo ausencia de transeúntes, sino de automóviles circulando. En suma, una callejuela es aquello que, de entre las posibilidades previstas en el “paradigma vial”, *no es* callejón *ni* camino rural *ni* avenida *ni* bulevar, etc. Con esto no quiero sugerir una filiación con el estructuralismo, en alguna de sus versiones, pero creo que, más allá de esto, el hallazgo saussureano de relaciones en presencia y en ausencia como dos tipos de relaciones que se cruzan siempre en la constitución del significado no debe desconocerse. No hay que olvidar, por otro lado, que la lingüística saussuriana nace como parte de un programa de mayor aliento: desarrollar una semiología, es decir, una teoría del signo capaz de rebasar el ámbito lingüístico. Véase el célebre *Curso de lingüística general*, de Saussure (en rigor, compilado por apuntes de sus estudiantes), Segunda parte, caps. V y VI.

Ahora bien, toda esta muda vigencia, todo este sentido ausente que se ve entrañado y señalado por las notas de sentido presentes, no está parejamente entrañado y señalado, no obra sobre las notas comparecientes con parejo “protagonismo”. Hay un sinfín de factores que determinan que haya ausencias más ausentes que otras y, según esto, que el sentido ausente esté entrañado o señalado por el sentido compareciente de manera más inmediata o más débil. Si el libro me irritó ligeramente una única vez, en alguna de sus páginas, y luego nunca más he experimentado irritación, su ser irritante, aunque es parte de los sentidos posibles que puede tener el tal libro para mí, aunque se haya instituido y sedimentado, no estará, en principio, entrañado en el mostrármese del libro con el mismo vigor con que está entrañado el sentido /admirable/ si es que he experimentado, de *manera recurrente*, admiración por esa obra. Pero, de otro lado, si justo experimenté irritación ayer, o hace algunas horas, aun cuando nunca antes haya tenido al libro por irritante, aun cuando el fastidio ya haya pasado, tal vez este sentido ausente esté todavía entrañado de manera bastante inmediata al presentármese ese objeto. Y así, habría que tener en consideración, además de la intensidad, la recurrencia y la cercanía en el tiempo, otros varios factores, reparando, sobre todo, en el hecho de que el libro se me presenta en un circunmundo, imbricado con otros varios sentidos, y esto, además, sin dejar de lado todos los posibles sentidos imaginarios entrañados, etcétera.

Pero haciendo a un lado la esfera de la imaginación, y más allá de los factores anteriores, ¿qué quiere decir que un sentido ausente esté entrañado de manera más o menos inmediata? ¿De qué clase de grados de mediatez e inmediatez estamos hablando? Precisamente de grados de vigencia, en el estricto sentido en que la voz latina *vigens* (o *vigēntis*) fungía como participio del verbo *vīgēre*: “estar en vigor”.⁸⁴ La permanencia de los sentidos sedimentados en el pasado admite grados, grados de vigencia pasiva; unos están más en vigor que otros, o, para decirlo en los términos husserlianos de que nos valíamos antes, los sentidos sedimentados tienen grados diversos de fuerza afectiva. De todos los sentidos que se han ido constituyendo y sedimentando genéticamente en mi vida, en relación con este libro, y de todos los que no han sido tachados, algunos están, aun en su ausencia, afectando más vigorosamente el mostrármese de este libro que otros.

3.4.3 Disponibilidad (evocabilidad) y vigencia (vigor): dos caras de una misma moneda

Es aquí cuando vigencia y disponibilidad muestran ser dos caras de una misma moneda. Pues el recuerdo inmediatamente asociable con el presente vivo, *el pasado lejano más inmediatamente accesible, evocable, es a la vez el pasado que está afectando de manera más inmediata el presente; el que está con mayor vigor ejerciendo su influjo desde el subsuelo de la conciencia*. Volverse hacia

⁸⁴ Véase la entrada VIGOR en Joan Corominas, *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*, p. 606.

el pasado que golpea, o bien, verse intempestivamente asaltado por un recuerdo, no es sino un hacerse expreso del pasado lejano que ya estaba afectando desde las sombras con mayor vigor el sentido de la vivencia actual.⁸⁵ Lo anterior no es sin embargo evidente de suyo y debe ser aclarado.

En 2.1 se había dejado asentado, fenomenológicamente, que toda intuición de posibilidades no podía darse sino en la intención temporal dirigida hacia el futuro (protención). Las posibilidades, decíamos entonces, se ofrecen a la conciencia bajo el modo de la anticipación y en esto quedan implicadas las posibilidades rememorativas: antes de la comparecencia efectiva de un recuerdo, debió haber habido una anticipación de un posible recuerdo (luego veíamos que esas posibilidades quedan arregladas de tal suerte que sólo una o unas pocas son las inmediatamente anticipadas por la síntesis de asociación entre sentidos plenarios). Pero en el ejemplo del chile —que no debe ser tomado en su mero sentido anecdótico, sino como ejemplo general— quedaba *también* de manifiesto que, en último caso, lo que co-determinaba que ese chile fuera experimentado, gustativamente, del preciso modo como era experimentado, con todas aquellas tácitas discriminaciones ajenas al comensal inexperto, eran las *posibilidades* ausentes (pasadas), todas las posibles oposiciones o comparaciones tácitas entre el chile presente en el paladar del comensal con respecto a los tipos de chiles degustados con cierta regularidad anteriormente. Que el comensal, habida cuenta de su vasta pericia en materia de chiles, pueda experimentar con tal grado de discriminación lo que ahora degusta, supone que su experiencia previa está obrando sobre su degustar y esto implica, como se ha visto, que *la experiencia previa anticipa las posibilidades, o para decirlo de manera más consistente con el modo de describir utilizado antes, las posibilidades (en este caso, las posibles comparaciones tácitas) están siendo ya anticipadas. Son estos anticipos los que habilitan la sofisticada degustación de este comensal.* Y obviamente son anticipos de sentidos sedimentados, retenidos, pasados, que obran como posibilidades con respecto a las cuales el sentido compareciente es tácitamente comparado.

Llegamos, pues, a una confluencia teórica entre dos caminos que, en principio, parecían disímiles: la presencia del pasado como disponibilidad presta a ser evocada y la presencia del pasado como vigencia que obra sobre el presente. Desde ambas perspectivas se ve que en el presente vivo se anticipan pasivamente sentidos retenidos, sedimentados, es decir, pasados. Lo que ahora queremos determinar fenomenológicamente es si el anticipo de lo inmediatamente evocable y el anticipo de lo inmediatamente vigente-afectante es uno y el mismo anticipo, o, noemáticamente, si los sentidos anticipados son exactamente los mismos, esto es, si la comparecencia del pasado anticipado como el

⁸⁵ Es importante insistir en que aquí no estamos considerando el pasado que deliberadamente empieza uno a recordar a través de un esfuerzo voluntario de memoria, sino del pasado que subyace en pasividad.

inmediatamente evocable, a partir del presente vivo, no es sino el “mostrar el rostro” del pasado lejano que estaba ya afectando más vigorosamente nuestra vivencia presente de manera oculta.

Contra la posibilidad de que lo anterior sea así se levanta, de inmediato, la siguiente objeción. Cuando considerábamos el pasado inmediatamente disponible, reparábamos en aquella vivencia pasada (recuerdo) que, de entre todas, fuese la primeramente despertada a partir del presente. Esto nos conducía a la ley de semejanza entre sentidos vivenciales plenarios. Pero, en cambio, la descripción sobre el modo como el pasado obra sobre el presente desde su muda pasividad no tuvo en cuenta una vivencia pasada inmediatamente afectante, *qua* vivencia íntegra, plenaria, sino sentidos parciales constitutivos de la vivencia. ¿Cómo, pues, dar por idénticos los resultados de dos análisis que no han estado analizando lo mismo? Es preciso estudiar qué sucede con el pasivo obrar del pasado sobre el presente considerando sentidos plenarios y no sentidos parciales (desde luego, lo uno no excluye lo otro). Sólo entonces será posible determinar si, efectivamente, el sentido plenario de una vivencia pasada inmediatamente evocable-accesible es idéntico al sentido plenario de aquella vivencia pasada que afecta, desde la pasividad, de manera más inmediata el sentido de la vivencia presente. Consideremos, pues, qué sucede del lado del obrar del pasado, ya no en términos de sentidos parciales, sino de sentidos vivenciales totales.

Es evidente que el comedor de chile, en el ejemplo propuesto, no sólo come chile; hay un sinfín de sentidos que están entretejidos en su vivir mientras come. Están la mesa, todo el resto del entorno físico-espacial, el amigo con quien comparte la comida y el vino, las preocupaciones que aquejan al comensal, las alegrías recientes, el horizonte del futuro más o menos cercano (p. ej., si después de la comida le aguarda una reunión de trabajo decisiva) y también las expectativas sobre el futuro menos próximo, etcétera. Y la mesa puede ser, ya más amplia, ya menos, puesta con mayor o menor cuidado, la vajilla puede ser más fastuosa o más modesta; el entorno, más silencioso o más ruidoso, más iluminado o más lúgubre, más impersonal o más íntimo; su amigo puede estar más locuaz o más lacónico, más vivaz o más parco, más afectuoso o más distante; las actividades que todavía restan por hacer tras la comida, que el comensal ha agendado y, por tanto, de las que está perfectamente al corriente —aunque ahora no esté vuelto hacia ellas, anticipándolas temáticamente, absorbido, como está, en comer con su amigo—, pueden resultarle más estimulantes o menos, pesar sobre él con mayor o menor fuerza. Y a la base de todas estas posibilidades, el comensal puede estar más alegre o triste, más irritable o despreocupado, su estado de ánimo más exacerbado o menos, con lo cual su circunmundo todo puede mostrársele ya más tristemente, ya más alegremente, puede sentirse allí sereno y en casa (sea su casa o no) o desasosegado, incómodo, todo mostrársele con una nota de hostilidad o absurdo o extrañeza. La copresencia de todos estos sentidos constitutivos de la vivencia no es apenas un estar unos junto con otros, sino que todos ellos están entretejidos entre sí,

se afectan y determinan recíprocamente en su mostrarse como se muestran. Pero a su vez, los diversos sentidos entretejidos tienen su “más y menos”, en cada caso, por oposiciones tácitas como las que quedaban ejemplificadas con el chile. La vajilla es más fastuosa o más modesta por comparación con vajillas vistas antes, el amigo está más vivaz o más parco en relación con el rango de vivacidad-parquedad que el comensal ha atestiguado antes de su amigo y con respecto al cual, implícitamente, compara el modo como su amigo se le muestra ahora en este respecto. Y lo mismo para todo lo que constituye la vivencia. El entretejimiento de los sentidos constitutivos de la vivencia, sobre el horizonte del estado de ánimo, es una complejísima trama de presencias y ausencias⁸⁶ significándose unas a otras. Todas ellas fundan juntas un sentido plenario, único, el sentido de la vivencia toda: del presente vivo.

Pero esto es todavía insatisfactorio. La constitución originaria del sentido plenario con que es vivido el presente no se alcanza con la descripción de esta coalescencia entre “partículas” de sentido ausentes y presentes entretejidas de cierta manera. Pues, en todo caso, para el comensal hay ya siempre una totalidad de sentido, por compleja e incluso inefable que ésta sea;⁸⁷ *su vivencia originaria no es la de una imbricación de sentidos parciales constitutivos, sino la de un todo ya constituido: el presente vivo en toda su dimensión, tal como él lo vive* (he aquí la vivencia en sentido originario). Originariamente, el sentido que tiene para mí una comida con un amigo no es un sentido constituido por la combinación de este amigo, esta comida, esta mesa así puesta en este lugar, estas preocupaciones que me aquejan, este estado de ánimo que traigo. Yo lo vivo como un todo ya articulado (/Comida con mi amigo Ramón/) y no como una articulación; y todos los “más” y los “menos” que estén obrando pasivamente⁸⁸ en mi vivir así este momento son, *ante todo*, más y menos relativos a las vivencias de este tipo que he compartido antes con él.

Son las comidas previas que hemos compartido, las tácitas comparaciones que hago entre este encuentro y los anteriores, pasivamente anticipados, las que co-determinan que esta comida con mi amigo Ramón sea más interesante o aburrida, de mayor o menor cercanía afectiva, etcétera. Y, de manera más mediata, este preciso encuentro es también más esto y más aquello que otros, ya no con Ramón, sino con otros amigos, o con otras personas; y de manera más mediata todavía, es una vivencia más así o más asá en relación con otras vivencias en un sentido más general, menos “tipificado”. Y lo mismo, esta mañana de trabajo es una mañana de trabajo en mi historia personal

⁸⁶ Ausencias que implican sentidos instituidos y sedimentados en el pasado, esto es, retenidos en la conciencia, pero que también implican sentidos imaginarios que obran desde la pasividad juntamente con los sedimentos.

⁸⁷ Acerca de la inefabilidad, véase la distinción sugerida por Zirión entre inefabilidad práctica o cuantitativa e inefabilidad genuina; en *op. cit.*, pp. 69-89.

⁸⁸ Pero, como se verá enseguida, las comparaciones tácitas no se agotan en el mero “más” o “menos” de una vivencia con respecto a otra, sino que entrañan todo lo que hay de “cualitativamente” heterogéneo entre ellas. Si esta nota es de momento oscura, confío en que será esclarecida con lo que sigue.

de mañanas de trabajo (y de mañanas, y de trabajo, separadamente, también, y, por supuesto una mañana que se opone a mis noches de trabajo u ocio, etc.), es más provechosa o menos que otras vivencias del estilo. Este viaje en ómnibus (= pesero) es un viaje en ómnibus entre otros muchos, más rápido o más lento, más hacinado o más cómodo, estando yo más ansioso por llegar o menos, habiendo salido de este lugar y no de aquel otro, yendo a tal y no a cual. Y así con cualquier vivencia tomada de manera integral —el “título” para describir un tipo de vivencia es forzosamente tosco, pobre, y por lo demás, esto no debería sugerir que toda vivencia puede ser tipificada como algún “hacer”—: es una vivencia entre vivencias “del tipo” y son estas vivencias, *qua* vivencias y *qua* sentidos plenarios, lo que está siendo anticipado pasivamente; son, *ante todo*, éstas las ausencias que ejercen desde el pasado lejano su influjo del más y el menos sobre el presente vivo; son éstas las posibilidades ausentes y consabidas (pues han sido ya vividas y permanecen retenidas): este encuentro con Ramón podría ser más interesante (hubo encuentros más interesantes), esta mañana de trabajo podría ser menos provechosa (hubo mañanas casi estériles), esta intimidad con mi novia podría ser más estrecha (el amor fulguró antes con mayor vigor) y así con cualquier vivencia, desde mirar por la ventana hasta leer el periódico en el café de la esquina. Y aunque de nada de esto tenga ahora patente conciencia, mi vivir así el presente vivo, justo como lo vivo ahora, está sostenido por todas estas comparaciones “plenarias” anticipadas pasivamente.

Ahora bien, que el presente vivo esté en parte sostenido por esta clase de comparaciones “plenarias”, anticipadas pasivamente, no excluye que haya diversos “tipos” de vivencias cooperando pasivamente en esta sustentación. Si soy un amante de la botánica y llevo a mi hijo por vez primera al jardín botánico, nuestro paseo es un paseo más en mi historia de paseos con mi hijo, pero también es una visita más al jardín botánico en mi ya vasta historia de visitas a ese sitio. Es, pues, una vivencia “del tipo” /paseo con mi hijo/, así como también “del tipo” /visita al jardín botánico/, es decir, una “del tipo” /visita con mi hijo al jardín botánico/ —de hecho, una vivencia inaugural—. En casos como éste, seguramente menos “monolíticos” que los de los ejemplos anteriores, en las anticipaciones pasivas confluyen dos tipos de comparaciones “plenarias” de acuerdo con dos tipos de vivencia. (Pueden pensarse ejemplos mucho más complejos, desde luego.) Cuando voy caminando con él por una senda del jardín y decido tomar el camino de los eucaliptos, allí están, tácitamente, otras mañanas y otras tardes en que anduve en medio de esos árboles y respiré el perfume de sus frondas, y están, de otro lado, los paseos en que mi hijo se detuvo, con ese asombro primigenio, a oler las flores caídas de los árboles; aunque no se dejen ver, todas estas vivencias están ejerciendo su pasivo influjo cuando le digo: “Mejor ahora tomemos este camino.” Y así como en los ejemplos anteriores las comidas con mi amigo Ramón eran más o menos interesantes que las anteriores, por comparación tácita con éstas, también ahora el sentido que

tienen para mí estas vivencias se ve pasivamente sostenido por la confluencia de estas comparaciones “plenarias” con anteriores visitas al jardín y con anteriores paseos con mi hijo.

Pero hay una pregunta que debe ser todavía considerada para apuntalar lo anterior: ¿No cabría pensar que las comparaciones tácitas pueden no ser “plenarias”? El comensal degusta el chile, y al hacerlo está, tácitamente, comparando, no la vivencia íntegra de estar ahora comiendo con tal persona, en tal lugar, etc., sino apenas comparando pasivamente el chile que come con los chiles que ha comido antes. Ciertamente, está comiendo y está degustando, y el chile le sabe de una cierta manera, y en este saber de cierta manera están obrando pasivamente sus experiencias anteriores con chiles, y no sus encuentros anteriores con su amigo ni nada del estilo. De modo que parece inobjetable que esta comparación y este influjo están teniendo lugar en pasividad. Y no se trata, al parecer, de una comparación “plenaria”, sino de una “parcial”.

De acuerdo, pero aquí lo que está en cuestión no es si las comparaciones u anticipos de sentidos parciales ejercen un pasivo influjo; algo así es indudable y, por lo demás, las páginas anteriores no estuvieron sino destinadas a mostrar justo esto mismo. Lo que está en cuestión es la preeminencia, o más bien, la inmediatez, es decir, qué de mi pasado influye, pasivamente, *de manera más inmediata* en el sentido de mi vivencia actual. Y lo que intento decir es que lo que tiene preeminencia se aviene, *en primera instancia*, al sentido plenario, total de la vivencia presente, que es el modo como originariamente un viviente vive su vida: como una totalidad de sentido. Si este encuentro con mi amigo es vivido por mí, *ante todo*, bajo el carácter de ser un encuentro con él, si en lo que vivo tiene prominencia el sentido /encuentro con mi amigo/, entonces el tipo de comparaciones tácitas, las posibilidades ausentes que estarán sosteniendo, en primera instancia, de manera más inmediata, el sentido de la vivencia actual, serán vivencias previas de ese tipo. Pero, en cambio, si en medio de mi encuentro con ese amigo me vuelvo hacia la experiencia gustativa que estoy teniendo con un chile, si la capto activamente y me absorbo en ella, este sentido habrá adquirido una prominencia notable en el sentido plenario de mi vivencia, y así las vivencias previas “del tipo” /degustación de chiles/ (*i.e.*, vivencias en que este sentido haya sido también especialmente prominente) serán las que ejercerán su pasivo influjo en primer lugar, de manera más inmediata (este caso es similar al ejemplo discutido en 3.3 del sauce llorón, que era descrito como un “pico de sentido”).⁸⁹

Con esto, en principio, pareciera que estamos en condiciones de estudiar, ahora sí, si el recuerdo lejano (o no reciente) inmediatamente evocable-asociable es el mismo que el recuerdo lejano inmediatamente influyente-obrante sobre el presente vivo, pues ahora se ve que el influjo sobre el presente, en cuanto vivencia y sentido vivencial plenario del ahora, obra, de manera más originaria,

⁸⁹ Desde luego, el sentido plenario de una vivencia, el sentido total, íntegro, no puede ser reducido a un “pico de sentido”; pero en todo caso, este pico de sentido permea de manera notable el sentido plenario, determinando con ello que los demás sentidos constituyentes queden, por así decir, más retraídos.

desde recuerdos, es decir, desde el sentido plenario de vivencias pasadas, antes que a partir de sentidos parciales.

Pero surge una nueva dificultad. El pasado inmediatamente asociable o evocable, según había quedado asentado, era aquel cuyo sentido plenario fuera el más semejante —en la amplia acepción del término— al sentido plenario del presente vivo. Pero, por otro lado, para describir el mudo influjo del pasado lejano hablábamos de comparación u oposición, que es justo reparar en la desemejanza. Me aburro ahora con este amigo; pasivamente recuerdo encuentros más interesantes que éste. El carácter anodino de esta vivencia viene dado, justamente, por estar yo anticipando, pasivamente,⁹⁰ vivencias previas que resultan justamente ser desemejantes con respecto al grado de interés. Pero la dificultad es en verdad menor. Pues que pueda comparar y oponer unas vivencias con otras descansa en el hecho de que ambas tienen una base común sobre la cual ser comparadas. Y esto es tanto como decir que ambas son en un respecto semejantes. En el ejemplo anterior esto es claro: son vivencias “del tipo”, todas tienen en común ser comidas con mi amigo tal, o cuando menos con un amigo. Pero no es preciso apelar al ejemplo. Comparar supone necesariamente que los términos comparados sean comparables. Un color no es comparable con un sonido porque entre ambos no hay nada en común que permita decir de uno que es más esto o aquello que el otro (un sonido no es más agudo que un rojo, un rojo no es más oscuro que un fa sostenido).⁹¹ Comparar es poner en relación dos “cosas” heterogéneas que, sin embargo, son comparables por ser homogéneas o semejantes en algún respecto. Por tanto, la aparente dificultad que se levantaba ahora, más bien que amenazar el punto, parece apuntalarlo. Pero esto exige todavía mayor penetración.

A la hora de estudiar el modo como se determinaba el recuerdo lejano inmediatamente asociable con el presente vivo escribíamos:

El recuerdo que es despertado por asemejarse al presente vivo, no lo hace ni por asemejarse en este respecto ni en este otro aisladamente, sino porque, más allá de las ostensibles diferencias que median entre ambos, presente vivo y pasado son semejantes en cuanto a sus sentidos plenarios, totales, que no pueden ser reducidos a una mera suma de sentidos parciales (esto se aclarará en el análisis mereológico). Ejemplo: Ahora yo estoy trabajando. Tengo el libro azul enfrente de mí. Me han sucedido tales y cuales cosas en la mañana y tengo algunas preocupaciones con respecto al futuro inmediato y al futuro menos inmediato. Por otro lado, la tarde en que vi a la mujer (*no al libro*) del vestido azul *no estaba trabajando*, mis vivencias de esa mañana *no se parecían demasiado* a las de esta

⁹⁰ Podría este anticipo volverse explícito, ser tenido en la conciencia activa del comparar expresamente este encuentro con encuentros previos, pero aquí nos interesa la descripción de la esfera pasiva.

⁹¹ A menos que se forjara un código que correlacionara las notas musicales con el espectro de los colores. Pero el sólo hecho de que sea preciso imponer un código suplementario que vincule datos de campos sensoriales heterogéneos es ya elocuente. En principio, nadie se dice, piensa o siente que tal rojo es más claro o tiende más al naranja que tal nota musical.

mañana; mis preocupaciones y esperanzas en relación al futuro eran *muy diferentes*. Pero aun así, la impresión afectiva total del ahora se parece más a la que retengo de esa tarde que a cualquier otra de mi pasado.⁹²

En aquel ejemplo, una mañana de trabajo despertaba, pasivamente, el recuerdo lejano de una vivencia que no era otra mañana de trabajo. Prevalcían, en la síntesis por semejanza, otros sentidos; de manera muy prominente, el azul del libro, el estar taciturno, desasosegado (y esto, relacionado de algún modo con un comentario desasosegante escuchado en la mañana, etc.). La impresión afectiva total de ambas vivencias era, por una parte, lo suficientemente semejante como para que, de todo el acervo de mis recuerdos lejanos, fuese éste el que estuviese siendo pasiva e inmediatamente asociado (luego podía o no destellar en una irrupción intempestiva). Sin embargo, dos vivencias de un yo no pueden nunca ser absolutamente semejantes, es decir, idénticas,⁹³ con lo cual el recuerdo despertado era, necesariamente, heterogéneo en un sinfín de rasgos con respecto al presente vivo (las “ostensibles diferencias”). Pero es justo sobre la base de esta fuerte semejanza plenaria que ambas vivencias son, no sólo inmediatamente asociables, según había quedado asentado, sino también *inmediatamente comparables*. El actual estar taciturno, desasosegado, en una mañana de trabajo, era, justo por ser semejante, también comparable-oponible con aquel otro haber estado taciturno y desasosegado en una tarde de separación de alguien. Aquí el *tipo* de vivencias comparadas no sería /mañana de trabajo/ sino algo así como /vivencia desasosegada (taciturna, con algo azul a la vista)/. Es justamente *otra* vivencia desasosegada la que es, no sólo pasivamente recordada, sino pasivamente contrastante con el desasosiego actual. Y aquí se ve que la comparación tácita, el influjo del pasado pasivamente comparado con el presente, no puede agotarse en un mero “más” y “menos”. Este desasosiego actual no es sólo más desasosegado o menos que el anterior; es también distinto, tiene ciertas notas peculiares que le son propias, y que no son como las notas que constituían el desasosiego que retengo de aquella tarde. En todos estos aspectos “cualitativos” (ahora un libro, antes un vestido; ahora mi estudio, antes un café de la Ciudad Vieja; ahora estando yo en tal etapa de mi vida, antes estando en tal otra), mi vivencia actual se opone a la del pasado; es heterogénea con respecto a ella. Pero es sobre esta heterogeneidad (aunque no sólo sobre esta heterogeneidad) que yo vivo este desasosiego como lo vivo, con estas notas que no son

⁹² *Supra*, p. 107.

⁹³ La modificación temporal que impone, de manera incesante, la forma del tiempo interno —“gravando” retentivamente la impresión del presente como más y más pasada— ya vuelve imposible la identidad plena entre dos vivencias; sus lugares temporales quedan diferenciados para siempre. (Lugar temporal: “El ahora en cuanto ahora actual es la donación en presente del *lugar del tiempo*. Al retroceder el fenómeno hacia el pasado, el ahora acoge el carácter de ahora pasado, pero permanece siendo el mismo ahora, sólo que ofreciéndose como pasado en relación con el ahora actual del caso, con el ahora temporalmente nuevo”, *LFCIT*, § 31, p. 90, el subrayado es mío.)

aquellas, con este sentido plenario que enriquece, por así decir, mi experiencia del desasosiego, al modo como el comensal enriquece su experiencia probando sabores y comparándolos tácitamente con los que ya *dispone* en su acervo gustativo.

La disponibilidad no es jamás una posibilidad estéril; lo disponible, por ocultamente disponible que esté, no es tan sólo algo cuyo estar ahí o no sea indiferente. Así como aquel que dispone de un respaldo financiero, por más que no haga uso de éste, tiene una tácita tranquilidad de la que carece quien está privado de ello, así también la disponibilidad del pasado no es un estar ahí inoperante, inocuo, simplemente presto sin más a ser evocado. Su estar ahí ya *obra*. (La propia lengua española sugiere *el hacer* entrañado en *el mero estar* a través de la doble acepción del verbo “obrar”. Pues cuando digo que “El libro obra en mis manos” estoy diciendo que el libro *está* en mis manos, pero cuando digo que algo obra sobre algo estoy diciendo con ello que lo primero *actúa* sobre lo segundo.) Y obra justo en su carácter de acervo al que está referido toda vivencia actual según se ha descrito. Que haya un o unos recuerdos pasivos inmediatamente asociables con el presente vivo y que esto responda a una ley de semejanza entre sentidos vivenciales plenarios revela ser enteramente consistente con el hecho de que esta disponibilidad inmediata (aunque pasiva) implique, a la par, el influjo más inmediato que el pasado no reciente ejerce sobre el presente vivo; pues lo inmediatamente semejante es también lo inmediatamente comparable. Por eso decíamos al comienzo de esta sección que disponibilidad (evocabilidad) y vigencia (vigor afectante) son dos caras de una misma moneda. De acuerdo con esto, hablaremos en adelante de disponibilidad afectante.

3.4.4 Aclaración sobre el problema pendiente acerca de si en todo presente vivo hay recuerdos inmediatamente disponibles-afectantes.

Es momento de hacer frente a una cuestión que ha permanecido deliberadamente suspendida y que ahora reclama su sitio. Se trata de determinar si los resultados fenomenológicos anteriores valen para todo presente vivo, esto es, si la disponibilidad afectante, según ha sido descrita, es una *permanente* disponibilidad-afectante o no.

Del lado de la evocación hablábamos antes de un despertar asociativo. Este despertar sucede toda vez que alguna retención hundida en el trasfondo retencional indiferenciado (que Husserl llama también esfera —de vivacidad— cero) es alcanzada por un estímulo o fuerza afectiva que parte de la vivencia actual. En esta primera “etapa”, la retención que despierta es todavía una intención vacía, es decir, una que mantiene implícito su sentido, pero con vistas a explicitarlo. También veíamos este proceso como una potencia o posibilidad que es anticipada pasivamente y que tiende a

actualizarse; su “término” es alcanzado, precisamente, en el acto: en el activo volverse del yo hacia el recuerdo (que puede haber adquirido o no, ya en pasividad, plenificación intuitiva).

Por otro lado, veíamos que el despertar obedecía a un principio asociativo: la fuerza afectiva que comunica presente y pasado, decíamos, no era una fuerza ciega, sino una que enlazaba dos vivencias (la una presente, la otra pasada; la una llena, la otra inicialmente vacía) en virtud de la semejanza plenaria entre el sentido de ambas. Por eso resulta más apropiado hablar de un despertar asociativo.

Se ve, así, al punto que no hay despertar sin asociación, ni asociación (entre presente y pasado) que no traiga aparejado un despertar. La pregunta que reclama respuesta puede, pues, formularse así: ¿Es que todo en todo momento, en todo presente vivo, hay asociaciones entre presente y pasado (recuerdos que están siendo despertados, por más que sólo en algunas ocasiones emerjan y sean, finalmente, aprehendidos)? Husserl responde casi a esta cuestión cuando escribe:

El hecho de que sea posible una “evocación” [*Weckung*] tal, que irradia de lo presente y se dirige a la vivificación de lo pasado, debe tener su razón en que entre lo igual y lo semejante ya de antemano está constituida en forma pasiva una *unidad “sensible”*, una unidad en el “subconsciente”, que enlaza entre sí las diversas situaciones de las intuiciones reales y sumergidas. Así, hay constantes enlaces que atraviesan todas las situaciones y que se dirigen hacia todas las igualdades y semejanzas, y la “evocación” [*das ‘Wecken’*], el recordar algo anterior, es sólo una vivificación de algo que antes ya estaba ahí. Sin duda, esta vivificación introduce algo nuevo, al pasar de lo evocador una nueva intención irradiadora hacia lo evocado, una intención que después de irradiar se transforma en un estado y, con ello, en una persistencia fenoménica.⁹⁴

Lo que aquí se señala es que para que haya algún despertar (y “evocación” aquí es exactamente “despertar”: *Weckung*), es necesario que los sentidos de todas las vivencias sumergidas en el indiferenciado trasfondo retencional (el subconsciente) estén *ya siempre* susceptibles a la afección asociativa. En este trasfondo indiferenciado no podemos todavía hablar siquiera de recuerdos vacíos (que es ya un primer nivel de pasividad), de vivencias cuyos sentidos permanecen implícitos pero con vistas a explicitarse. No hay, pues, en este *segundo nivel de pasividad*, ni siquiera intención vacía, porque no hay una tendencia, un intencionar hacia la explicitación del sentido. Y de acuerdo

⁹⁴ *Experiencia y juicio*, § 42 b), p. 196, los subrayados son de Husserl, los corchetes con las expresiones alemanas no pertenecen, sin embargo, a la traducción. Los he introducido por sugerencia de Antonio Ziri6n, quien, en algunas discusiones sobre este pasaje y otros, me ha hecho notar que *Weckung* es exactamente el mismo t6rmino que Husserl utiliza en los *An6lisis sobre s6ntesis pasiva*. Steinbock lo traduce como *awakening* o *reawakening* y yo lo he traducido al espa6ol como “despertar”. De modo que “evocar” es aqu6 id6ntico a “despertar”.

con esto, ninguno de los sentidos vivenciales sumergidos en el subconciente pueden ser propiamente anticipados: en este nivel de pasividad no hay potencia con vistas a actualizarse.

Pero, por otro lado, aquellas retenciones que yacen en el subconciente, que han ya perdido toda vivacidad, toda posibilidad de ser afectantes, tienen que poder todavía —pero no necesariamente todas en igual medida— volverse retenciones vacías, esto es, tienen que gozar aún de la posibilidad de volverse posibilidad con vistas a explicitar su sentido (¿cómo, si no, sería posible el despertar de un recuerdo?). Son, pues, posibilidades de segundo orden. Y esta posibilidad de segundo orden estriba en el hecho de ser *asociables* con “las diversas situaciones de las intuiciones reales y sumergidas”, con todas las “igualdades y semejanzas”. Un recuerdo vacío que ha sido despertado no es asociable: ha sido ya asociado, y es a partir de ello que tiende a volverse recuerdo lleno. Su posibilidad radica en esta tendencia hacia la realización-explicitación. La posibilidad de las retenciones subconscientes es anterior, no estriba en la explicitación del sentido, sino en poder ser “elegidas” (pero pasivamente, sin intervención del yo) para tal propósito. No cabe, pues, llamarlas recuerdos, ni aun recuerdos vacíos; son más bien pre-recuerdos (“el recordar algo anterior, es sólo una vivificación de algo que antes ya estaba ahí”). Análogamente, tampoco cabe designar a los “constantes enlaces que atraviesan todas las situaciones y que se dirigen hacia todas las igualdades y semejanzas” asociaciones en sentido propio. Antes bien habría que hablar de asociabilidades o pre-asociaciones. Por último, un pre-recuerdo tampoco es anticipado, sino que es anticipable; para tales casos no es legítimo, entonces, hablar de anticipación.

Hechas estas distinciones, que en verdad derivan de haber distinguido dos niveles de pasividad, y correlativamente, dos órdenes de posibilidad-potencialidad, la pregunta inicial se transforma en determinar si en todo momento hay tan sólo pre-recuerdos, o bien si puede hablarse de recuerdos vacíos que están siendo permanentemente anticipados en (un primer nivel de) pasividad.

Que debe haber *constantemente* pre-recuerdos, conatos de recuerdo, es justo lo que advierte el pasaje de Husserl. El punto es ver si esto se da también con los recuerdos vacíos. ¿Cómo saber algo acerca de esto?

En este apartado hemos estado considerando el asunto desde el lado de la evocación. Pero si reparamos ahora en el obrar del pasado en el presente —lo que antes llamábamos el mudo influjo—, ganamos con ello una nueva vía exploratoria.

Habíamos visto que este mudo influjo obra a partir de comparaciones tácitas entre la impresión presente y un repertorio de posibilidades ausentes, de las cuales la más inmediatamente afectante es el sentido de una vivencia pasada “del tipo” de la vivencia (o del sentido de la vivencia) presente. Estas pasivas contrastaciones, decíamos, sostienen *in absentia* el sentido *in praesentia* de la vivencia actual. Visto el asunto desde el mudo influjo, resultaba evidente que el obrar del pasado en

el presente se daba de manera incesante; ejemplos como el del comedor de chile, o el del encuentro con un amigo dejaban esto de manifiesto.⁹⁵ Aquí no está, pues, en cuestión si hay ya siempre un mudo influjo del pasado, según lo habíamos descrito, sino si este mudo influjo procede de recuerdos vacíos, o bien de pre-recuerdos. (En conformidad con esto, habría que reconocer que nos apresurábamos al hablar de estar ya siempre *anticipando* pasivamente posibles *recuerdos*, cuando se ve ahora que cabe referirse a anticipaciones en sentido propio, y a recuerdos —aun si vacíos—, también en sentido propio, sólo si hay despertar.)

Ahora bien, puestos a determinar si el mudo influjo procede de recuerdos vacíos o bien de pre-recuerdos, se ve al punto que esto nunca puede proceder de un pre-recuerdo, pues hablar de pre-recuerdos es tanto como hablar de retenciones sumergidas en el inconciente (o subconciente), es decir, de retenciones cuyo sentido objetivo ha dejado ya de ser afectante, de tener vivacidad (lo cual, sin embargo, no hace de esta clase de retenciones una mera nada, como la cita anterior pone en claro). En un pasaje muy semejante al citado anteriormente, dice Husserl: “El despertar es posible porque el sentido constituido está actualmente implicado *en la conciencia-de-trasfondo, en la forma no viva que es llamada aquí inconciencia [unconsciousness]*.”⁹⁶ Y refiriéndose a la modificación retencional (al hundimiento), observa: “[...] podemos decir desde el punto de vista del objeto: menos y menos se vuelve afectante de él. Y *cuando no hay afección* viniendo de los diversos objetos, entonces estos diversos objetos se han deslizado en la completa caída de la noche, en un sentido especial se han deslizado en el inconciente.”⁹⁷ Así, pues, si el sentido de estas retenciones no es ya afectante, es imposible atribuirles el mudo influjo por cuya procedencia nos preguntamos.

Según lo anterior, no cabría concluir sino que el mudo influjo del pasado en el presente debe necesariamente proceder de recuerdos vacíos. Pero el silogismo disyuntivo que ciertamente respalda esta conclusión⁹⁸ debe recibir, todavía, confirmación fenomenológica. (La evidencia fenomenológica última estriba en la posibilidad de describir positivamente el resultado que el silogismo adelanta.) En otras palabras, así como veíamos que, por su propio carácter no afectante, el sentido de un pre-recuerdo *no puede* obrar sobre el presente, así también debemos ahora considerar

⁹⁵ Porque en el propio sabor del chile, en el hecho de que supiera como sabía —aun si el comensal no estaba vuelto hacia ello—, estaban necesariamente ya entrañadas las experiencias previas con chile, etcétera. Pero por otro lado: si en algún instante se suspendiera por completo la muda vigencia del pasado, la impresión de lo nuevo sería completamente ininteligible, sería imposible que se constituyera siquiera un sentido objetivo (y, sobre todo: la unidad de la corriente de conciencia se vería comprometida).

⁹⁶ *ACPAS*, § 37, p. 228 [Hua XI, p. 179], las cursivas son mías.

⁹⁷ *Ibid.*, § 35, p. 221 [Hua XI, p. 172], las cursivas son mías.

⁹⁸ P1: El mudo influjo procede, o bien de recuerdos vacíos o bien de pre-recuerdos. P2: No procede de pre-recuerdos. Por lo tanto, procede de recuerdos vacíos.

si un recuerdo vacío, habida cuenta de su ser tal, *sí se aviene* a la descripción del mudo influjo que ha estado concitando nuestro interés.

Los ejemplos anteriores nos serán de ayuda una vez más. Consideremos nuevamente esta situación: cierto chile le sabe a cierto comensal avezado de cierta manera. Este saber-así permea con singular prominencia el sentido plenario de su vivencia: el comensal está absorbido en paladear las variopintas notas de picor. Si no fuera el *connaisseur* que de hecho es, sentiría más bien una suerte de ardor indiferenciado, sin matices, pero él puede advertir que la saturación en su paladar crece de cierta manera, que el chile prodiga una nota discretamente frutal (¿pasilla?), que el retrogusto perdura y decrece de tal modo, etcétera. Este comensal, así esté vuelto ahora hacia su degustación, no recuerda, *activamente*, ninguna de sus muchas degustaciones previas con chiles. Pero, como hemos insistido ya, el hecho de que a él le sea posible discriminar todas estas notas y aspectos de su experiencia gustativa obedece a que, tácitamente, está comparando “lo que sucede” ahora en su paladar con “lo que ha sucedido” en su paladar con “chiles anteriores”. O de manera más precisa: las notas de sentido que comparecen en su experiencia gustativa son exactamente como son, en parte, desde luego, por lo que trae la impresión gustativa misma (lo nuevo que ahora comparece en su paladar), pero en parte también, porque en estas notas están *implicadas* otras *posibles* notas “del tipo” en el modo “del más y el menos”, y más generalmente, en el modo de contrastaciones “cualitativas”. Las notas de sentido explícitas se ven también sostenidas, en su ser tales, por oposiciones con notas de sentido implícitas. De otro modo todavía: los sentidos implícitos ejercen su influjo sobre los sentidos explícitos.

A esta altura estamos ya casi rozando el carácter mismo de los recuerdos vacíos, pues ellos no son sino recuerdos cuyo sentido se encuentra todavía implícito. Se objetará, sin embargo: una cosa es que haya meros sentidos sedimentados e implícitos y otra, que haya *recuerdos* cuyo sentido permanece implícito. Pero a todo lo dicho en el apartado 3.4.3, en relación a esta objeción, podría agregarse todavía lo siguiente: si el proceso de explicitación de un sentido implícito no se da por satisfecho con la mera explicitación del tal sentido, y continúa en su tendencia explicitante, necesariamente se alcanzará algún recuerdo en que ese sentido haya estado presente (esto mismo estaba entrañado en el ejemplo de la palabra “pulpo”, que desencadenaba la evocación de *Octopus's Garden*, en la nota 69). Veamos esto.

El comensal está absorto en su experiencia, y el amigo con quien come, un completo inexperto en estas lides, lo arranca de su ensimismamiento con una pregunta:

—¿Está muy picoso?

—No mucho —responde el primero. Entonces el otro se atreve y prueba un bocado. Hay un instante de estupor, y no ha terminado de desencajársele el rostro cuando, de un manotazo, está ya llevándose un sorbo de agua a la boca. Al recuperar el aliento, inquiera con exasperación:

—¡Cómo puedes decir que esta cosa no pica mucho!

—No —insiste el primero—, de veras te digo que no pica mucho.

—Pues a mí me ha quemado hasta el tuétano...

—Tú no tienes la menor idea de lo que es picar —se jacta el primero.

—¿Dices, entonces, que hay chiles más picosos que esta cosa? —Se abanica la lengua jadeante con la mano.

—Oh sí, muy mucho más.

Con esto, la comparación se ha vuelto explícita: hay otros chiles que pican “muy mucho más” y en esto radica, en último caso (pero no sólo en esto), que éste “no pique mucho”. Pero la explicación, o explicitación, podría seguir.

—Dios santo, ¿qué chile podría ser peor que éste?

—Tienes el chile habanero, por ejemplo. Eso es picar...

Aquí no hay, de momento, un recuerdo cuyo sentido se haya vuelto explícito para nuestro experto comensal (aunque es de presumir que a esta altura algún “recuerdo de chile habanero” esté ya siendo despertado, si no irrumpiendo). Pero el sentido /muy mucho picor/ ya ha sido asociado al chile habanero (que no es el que está en la mesa *ahora*) y el proceso de la explicitación puede todavía continuar.

—¿Qué sientes cuando comes un chile habanero? —pregunta curioso el amigo.

Puesto a responder, el comensal avezado puede dar, es cierto, un testimonio general (“Se siente esto y aquello”), pero finalmente, este testimonio entrafía experiencias pasadas con chiles habaneros y si la explicitación continuara, entonces el comensal debería invocar, de entre sus muchas experiencias con estos chiles, algún “recuerdo de chile habanero”.

Lo que quiero hacer ver a través del diálogo anterior es que cualquier sentido sedimentado que permanezca implícito, pero que, a la vez, esté obrando sobre el sentido presente de una vivencia con especial prominencia, no puede sino entrafñar sentidos vivenciales “totales” implícitos (recuerdos, en este caso), con lo cual, al haber tácitas comparaciones con sentidos implícitos, está habiendo (quizá en un grado de implicación algo mayor,⁹⁹ pero no tal que se trate de pre-recuerdos)

⁹⁹ Pero esta mayor implicación no contradice en nada lo dicho antes acerca de que lo inmediatamente afectante disponible debe ser un sentido plenario retenido y no un sentido parcial. Porque si el comensal está vuelto hacia su experiencia gustativa, de suerte que el sentido plenario de su vivencia es aproximadamente “del tipo” /comer chile/, el tipo de contrastaciones tácitas, pasivamente anticipadas, será, ante todo, con vivencias cuyo sentido haya sido de ese “tipo” (y si todo su interés estuviese puesto apenas en un fino matiz,

comparaciones tácitas con recuerdos cuyo sentido permanece implícito, esto es, con recuerdos vacíos.

Así, pues, hemos al fin alcanzado el punto que había permanecido suspendido en las descripciones anteriores y que ahora podemos formular de esta manera: en todo momento, en todo presente vivo, están siendo anticipados pasivamente recuerdos vacíos. En otras palabras, la disponibilidad afectante del pasado en el presente, es una *permanente* disponibilidad afectante, que obra a partir de recuerdos vacíos, en incesante anticipación. La sección que sigue estará destinada a describir la “forma” de esta disponibilidad afectante.

4. El doble escorzamiento del presente vivo en el tiempo fenomenológico: escorzamientos longitudinales y transversales, y su infinita imbricación

Ahora estamos en condiciones de retomar la descripción sobre el escorzamiento del sentido con que culminábamos la sección 3.4.1. Veíamos entonces que, así como en el escorzo en que se exhibe una cosa física, unos lados quedan a la vista mientras que otros permanecen ocultos, así también, de la totalidad de sentidos que han sedimentado como aquellos con que un objeto puede presentarse al yo (perceptualmente, judicativamente, estimativamente, etc.),¹⁰⁰ al comparecer el tal objeto, tan sólo se muestran algunos de ellos, mientras que otros quedan ocultos. Pero la fuerza de la analogía (que es, en verdad, entre espacio y tiempo, fenomenológicamente entendidos) radica en que, en ambos casos, lo oculto “sostiene” el sentido de lo que se muestra. “Si veo un hexaedro —dice Husserl—, digo de inmediato: Lo veo real y propiamente sólo por un lado. Y es sin embargo evidente que lo que ahora percibo es más; que la percepción entraña una mención, aunque sea una mención no intuitiva, por la cual el lado visto tiene su sentido como mero lado.”¹⁰¹

Ahora bien, en el caso que nos ocupa, lo oculto y lo que se muestra son, respectivamente, pasado y presente. En la medida en que no llevemos a cabo actos de rememoración el pasado no comparece. Y, sin embargo, a la luz de las descripciones anteriores, el pasado afecta el sentido de lo que se muestra: lo sostiene. Así como en la percepción del hexaedro está entrañada una mención no

entonces el sentido plenario estaría más reconcentrado en ese fino matiz, con lo cual las vivencias anticipadas serían aquellas en que él hubiese experimentado matices “del tipo”). Y el hecho de que, *en el proceso hacia la explicitación*, se haga explícito primero el mero sentido, de manera general (si acaso, conceptual), y sólo luego “encarne” o reciba intuitivación plena en algún recuerdo, obedece a las etapas de este proceso, no a que se anticipen sentidos parciales de manera más inmediata que sentidos plenarios. El sentido plenario había sido ya anticipado, sólo que despertó en primera instancia esa mención general.

¹⁰⁰ Con esto, desde luego, no estoy sugiriendo la imposibilidad de que el objeto adquiriera, en adelante, nuevos sentidos, al modo como hasta ahora ha ido adquiriendo los sentidos que han sedimentado. Este aspecto ha quedado sin describir por exceder los límites de la investigación.

¹⁰¹ *Las conferencias de París*, Lección II, p. 26.

intuitiva que permite ver en el lado exhibido un “mero lado”, es decir, partes de un todo trascendente¹⁰² con respecto a lo estrictamente intuido, así también, el presente vivo entraña algo así como una mención-de-más [*Mehrmeinung*], por medio de la cual soy conciente de que ésta es una vivencia mía que pertenece al flujo unitario de mis vivencias; o dicho de otro modo, una vivencia que en su vivirse tal como se vive señala su ser parte de un todo, a saber: de la totalidad de mis vivencias vividas (y por vivir).

Como se ve, hemos regresado al problema de la trascendencia mereológica, aun cuando todavía no hayamos desarrollado, bajo una teoría de los todos y las partes, el análisis de los resultados alcanzados en este capítulo. Antes de acometer esto resta por describir la *forma* de este peculiar escorzo temporal en el cual las vivencias ocultas (hundidas) y sus correlatos sostienen el sentido de las vivencias actuales, presentes, y sus correlatos: del íntegro presente vivo en cada instante.

El trabajo ya ha sido mayoritariamente hecho, pero no con arreglo a estudiar la forma del “escorzo temporal”. Este nombre no debe, sin embargo, llamar a engaños. Así como en el “escorzo espacial” (estrictamente, espacio-temporal), lo que se escorza no es el espacio, sino la cosa en el espacio, así también en el escorzo temporal lo que se escorza no es el tiempo fenomenológico sino el sentido plenario de la vivencia actual (el presente vivo) en el tiempo fenomenológico. Por otra parte, decir que la cosa se escorza o que se ofrece por vía de escorzo, es decir que se muestra tan sólo por uno de sus lados y no por todos a la vez. Pero en este punto, el paso analógico debe darse con ciertos recaudos. Pues al decir que el presente vivo se escorza estamos implicando, en verdad, dos escorzamientos:

(1) Por una parte, el presente vivo es, noemáticamente, el sentido plenario con que vivo el ahora, es decir, la impresión afectiva total que llena cada ahora (con sus intenciones adheridas de retención y protención). Esta impresión es una complejísima urdimbre, fundada —como aclarará el análisis mereológico— en el entretrejimiento de todos los sentidos constitutivos de mi vivencia (y en todos los modos y “niveles”: perceptivo, estimativo, emotivo, imaginativo, etc.), y fundada en todos ellos juntamente. Pero cada uno de estos sentidos constitutivos está, él mismo, “escorzado”: de todas sus posibilidades de comparecer como siendo de esta manera o de esta otra, instituidas y sedimentadas a lo largo de mi corriente de vivencias, sólo se muestran ahora algunos sentidos, mientras que otros permanecen ocultos. Y los que permanecen ocultos, como hemos visto ya,¹⁰³ obran desde su ser posibilidades o inactualidades (*in absentia*, aunque actuales en cuanto posibilidades) con respecto a

¹⁰² Es preciso recordar que el sentido de trascendencia que utilizo aquí y, en general, al referirme al problema de la trascendencia mereológica, no es el sentido primario de trascendencia que utiliza Husserl, como opuesto a inmanencia. El sentido primario de trascendencia, en Husserl, se refiere, por ejemplo, a la trascendencia del objeto con respecto a la vivencia (pongamos, a los actos de percepción) que lo tiene por objeto; esta última es inmanente; el objeto, trascendente. Cf. *Ideas I*, § 41-46.

¹⁰³ Cf. *supra*, 3.4.2 y 3.4.3.

las cuales se “valúan”, contrastan u oponen implícitamente los sentidos comparecientes. De modo que, a nivel de los sentidos constitutivos del sentido plenario, hay ya un escorzamiento, de tal suerte que cada sentido constitutivo que comparece está sostenido por sus otras posibilidades sedimentadas que permanecen ocultas. Pero a esto hay que agregar, todavía, el entretejimiento entre todos los sentidos comparecientes (*in praesentia*), cada cual con sus posibilidades ausentes, y el modo como este entretejimiento determina que un sentido constitutivo sea tal o cual de entre sus posibilidades. No podemos aquí detenernos en esto. Tan sólo baste señalar que, en cuanto al sentido plenario del ahora, esto es, en cuanto al presente vivo, éste es como es, no sólo por la imbricación de todos los sentidos *in praesentia* sino también por la coalescencia unitaria de todos esos sentidos constitutivos temporalmente escorzados, es decir, cuyo ser así ahora se ve sostenido por sus otras posibilidades de ser que han quedado ausentes. Llamo a esto *escorzamiento temporal de los sentidos constitutivos del presente vivo*.

Pero, como se dijo antes, esta imbricación de sentidos parciales constitutivos no alcanza a describir el modo como el viviente vive originariamente su vida (como una totalidad de sentido en incesante fluencia: el presente vivo discurriendo).

(2) Por otra parte, el presente vivo, en cuanto sentido plenario del ahora, se ve sostenido también, no ya por sus sentidos constitutivos, sino por otros sentidos plenarios ausentes, esto es, por los sentidos plenarios de otras vivencias inactuales de la corriente. Esto comprende, de un lado, los sentidos de las vivencias pasadas; de otro, los sentidos de las vivencias futuras (presentificadas imaginativamente o no); de otro, aun, los sentidos de las vivencias imaginarias: de mis sueños de gloria, de mis fantasías de cualquier tipo, incluso acerca de lo que podría haber sido (y no habría que descartar sin más ni más de los “recuerdos imaginarios”, aunque esto parezca, en principio, casi una contradicción en términos), etc. Pero aquí estamos interesados en el modo como sentidos plenarios de vivencias ya vividas sostienen el sentido plenario del ahora, es decir, cómo el pasado (oculto, hundido) sostiene el presente vivo (justamente: presente). Es, pues, esta forma de escorzamiento del presente vivo en la corriente del tiempo fenomenológico (en el flujo de vivencias vividas) la que concitará nuestro interés en adelante.

Veremos a continuación que se trata de un escorzamiento doble y que esta duplicidad conviene a las dos intenciones temporales adheridas al ahora: retención y protención. Del lado de la retención, se verá que el sentido plenario del ahora está sostenido (retentiva y pasivamente) por el pasado más o menos reciente en grados cada vez más lábiles conforme decrece la frescura de lo retenido con respecto al ahora; del lado de la protención, que el sentido plenario del ahora es sostenido (anticipativa y pasivamente) por el pasado lejano en grados cada vez más mediatos, en grados de pasividad/potencialidad cada vez mayores. Llamaré al escorzo del presente vivo en el pasado

reciente *escorzo en el pasado reciente o ESCORZO LONGITUDINAL*; al del presente vivo en el pasado lejano, *ESCORZO TRANSVERSAL o escorzo en el pasado lejano*. La incesante confluencia de ambos en cada ahora describe el modo como el presente vivo se escorza en relación al pasado integralmente considerado. Con esta descripción quedará fijada la forma bajo la cual obra sobre el presente vivo, en todo momento, lo que hacia el final del capítulo tercero llamaré *autobiografía pasiva*.

4.1 El escorzo longitudinal

El presente vivo tiene su horizonte de pasado reciente y menos reciente (y de futuro inminente y menos inminente). Y en este horizonte de lo sido recientemente pueden distinguirse grados de inmediatez y mediatez. Es evidente que el pasado reciente, lo recién vivido, es inmediatamente sustentador del sentido plenario con que vivo el presente. Y que conforme nos remontamos hacia vivencias más y más pasadas, su relación con el presente se vuelve progresivamente más lábil, más mediata; su fuerza afectante decrece o, lo que es lo mismo, las vivencias yacen cada vez más hundidas. El sentido plenario con que vivo el presente, esa unidad de sentido total constituida por una “orografía” de presencias y ausencias, de sentidos comparecientes y sentidos ocultos, es íntimamente semejante con respecto al sentido plenario de lo recién vivido, que todavía está fresco, vigorosamente disponible y afectante;¹⁰⁴ y es algo menos semejante con respecto al pasado inmediato de mi pasado inmediato; y algo menos, todavía, con respecto al pasado inmediato del pasado inmediato de mi pasado inmediato, y así hasta alcanzar los vagos confines en que el pasado reciente empieza a tornarse pasado lejano. La afección del pasado reciente con respecto al presente vivo se ordena, pues, en una gradación decreciente que parte del pasado inmediato y continúa *a lo largo* de la sucesión (“longitudinalmente”) hacia pasados más y más mediatos.

Este escorzo del presente vivo en el pasado reciente, esta sustentación de sentido de lo reciente vivido que ya se hunde y aleja del ahora, y que en su hundirse pierde fuerza afectiva, opera pasivamente desde que la síntesis trascendental del tiempo, por medio de lo cual la impresión es retenida y modificada incesantemente como retención de retención, y retención de retención de retención, y así *in infinitum*, es una síntesis pasiva.

¹⁰⁴ Pero el pasado recientísimo, según veíamos antes (*Cf. supra*, cap. segundo, II) está adherido al presente: es propiamente percibido. Así, pues, la vivencia inmediatamente pasada no puede considerarse como una vivencia inactual que sustentara el sentido del presente vivo, pues ella misma es presente vivo a su modo.

4.2 El escorzo transversal

Las descripciones de este capítulo han permitido determinar que, de entre el acervo de vivencias pasadas no recientes, hay ya siempre unas que son las *inmediatamente* disponibles-afectantes; es decir, las que podrían, si el yo se volviera hacia ellas, comparecer como recuerdos efectivos, pero también las que están en el subsuelo de la conciencia ejerciendo su influjo sobre el presente vivo de manera más vigorosa. El sentido plenario del presente vivo está, pues, también sostenido inmediatamente (de manera más directa), por estas vivencias pasadas inmediatamente disponibles-afectantes.

Ahora bien, así como el presente vivo tiene su horizonte de pasado y futuro, cercano y lejano, así también aquellas vivencias del pasado lejano que desde el subsuelo de la conciencia son las más inmediatamente disponibles-afectantes (= V_1) tienen, a su vez, su horizonte temporal de vivencias pasadas y futuras, cercanas y lejanas, que contribuyen a que el sentido plenario retenido de V_1 sea tal como es para el yo (aun cuando éste no se vuelva hacia ellas, aun cuando no las recuerde efectivamente). Pero en este caso, entre las vivencias que “sostienen” el sentido plenario de V_1 , se cuentan también las que han sido posteriores a estas últimas: al tratarse de vivencias del pasado lejano, al mediar entre ellas y el presente un trecho de vivencias ya vividas, lo que entonces era futuro por vivir es ahora pasado vivido; tengo, pues, conciencia de cómo han seguido su curso ciertos aspectos de mi vida pasada (ciertos aspectos de V_1) que en aquel momento eran todavía expectativas. Si recuerdo el despuntar de un viejo amor que acabó de manera lamentable, por bello que haya sido aquel despuntar, el sentido retenido de esa vivencia no estará exento de mi tener conciencia del “desenlace” de aquel romance. Y así, si rememorara, efectivamente, los primeros tiempos de aquel amor de temprana juventud, el recuerdo no estaría libre, acaso, de ciertas notas de dolor o esterilidad.¹⁰⁵ Pero aun con esta diferencia, lo que aquí nos interesa es que el sentido plenario de las vivencias pasadas inmediatamente afectantes (V_1) está sostenido, a su vez, de manera inmediata, por el sentido plenario de otras vivencias de mi corriente: por las de *su* horizonte temporal de pasado y futuro inmediato, por el pasado lejano inmediatamente afectante con respecto

¹⁰⁵ Y esto sería así antes de cualquier revisión autobiográfica a través de la cual rememorara la historia entera hasta sus episodios finales, y antes, lo mismo, de decirme explícitamente algo así como: “Tan bello y mira cómo acabó.” Ya en la propia comparecencia del recuerdo, ya en su mostrarse así, estaría entrañado el sentido /esterilidad/ otorgado retrospectivamente desde el presente hacia el pasado; y desde el presente, por tener ahora conciencia implícita de aquellas vivencias posteriores a la recordada que han dejado “impresa” esta nota de esterilidad con respecto al romance todo. Como observa Husserl: “Todo recuerdo contiene intenciones de expectativa cuyo cumplimiento conduce al presente [...] Ahora bien: el proceso rememorativo renueva recordándolas no sólo estas protenciones. Ellas estaban no solamente ahí atrapando lo por venir, sino que también lo *han* atrapado, se han cumplido, y de ello somos conscientes en la rememoración”, *LFCIT*, § 24, pp. 72-73, subrayado de Husserl.

a V_1 (que llamaremos V_2) y por las vivencias posteriores a V_1 que alcanzan el presente desde el cual las evocamos, imprimiendo en V_1 un sentido retrospectivo.¹⁰⁶

Y lo dicho sobre V_1 se aplica, lo mismo, para V_2 : estas vivencias pasadas con respecto a V_1 , que son, de entre todas las anteriores a V_1 , aquellas que afectan más inmediatamente su sentido plenario, están sostenidas a la vez por un horizonte de pasado y futuro inmediato, por vivencias inmediatamente afectantes de su pasado lejano (V_3) y por las vivencias posteriores a ella que se extienden hasta llegar al presente mismo. Y así la descripción podría continuar de modo análogo, hallando en cada caso horizontes de pasado reciente y futuro inminente, todo el horizonte ya consumado del futuro relativo a esas vivencias, que se extiende hasta el ahora, y un pasado lejano inmediatamente afectante, que será sucesivamente $V_4, V_5 \dots V_n$, *in infinitum*.

Ahora bien, conforme nos remontamos en la serie de vivencias $V_1, V_2, V_3 \dots V_n$, nos remontamos, a la par, en grados de pasividad crecientes. V_1 es inmediatamente sustentador (afectante) del sentido plenario del ahora; V_2 sustenta este sentido *sólo en la medida en que* sustenta el sentido plenario de V_1 ; V_3 , en la medida en que sustenta el sentido plenario de V_2 que, a su vez, sustenta el de V_1 y así. Pero “no hay”, propiamente, tales $V_1, V_2, V_3 \dots V_n$ más que como potencias de orden cada vez más alto (potencias de potencias). Y sin embargo, esto no les priva ni mucho menos cancela su dignidad ontológica, al punto de volver estas vivencias, de potencia creciente, una mera nada, por inactuales y aun inactualísimas que sean con respecto al ahora.

En el caso del recuerdo pasivo inmediatamente asociable veíamos que su sentido, aunque implícito, estaba allí, disponible, y que era desde la especificidad de este su “contenido” anticipado

¹⁰⁶ Aquí no puedo detenerme a desarrollar este aspecto, aunque más adelante esbozaré algunas ideas. Hay sugerencias interesantes en las exposiciones que Ricoeur hace de los argumentos “narrativistas” presentados por Arthur Danto y Louis O. Mink. En cuanto a Danto, Ricoeur repara en el modo como en una narración histórica los acontecimientos se vuelven significativos en virtud de acontecimientos posteriores. “El lugar de nacimiento de un hombre célebre —dice Ricoeur— sólo adquiere significación o importancia para el visitante a la luz de acontecimientos venideros”; en *Tiempo y narración*, vol. 1, pp. 245-246. “Frasas narrativas” (Danto) del tipo: “El autor de la *Metafísica* nació en Estagira hacia el año 384 a.C.” (el ejemplo es mío, no de Danto, pero es del estilo) expresan, justamente, un “reajuste retroactivo del pasado”, pues, obviamente, la *Metafísica* fue escrita por Aristóteles después de haber él nacido, y su nacimiento (el lugar, la fecha) se ha vuelto significativo, para el historiador, en virtud de acontecimientos posteriores (entre ellos, la redacción de la *Metafísica* —más allá de las discusiones sobre el título de esta obra). Cf. Arthur C. Danto, *Historia y narración. Ensayos de filosofía analítica de la historia*, sobre todo el cap. 3. En cuanto a Mink, se habla de una “inteligibilidad retrospectiva” que le estaba privada a los testigos de los acontecimientos mientras éstos los vivían. Dice Mink: “[...] cuando *contamos* la historia [*the story*], reconstruimos hacia delante lo que ya hemos recorrido hacia atrás”; en “Philosophical Analysis and Historical Understanding”, *Review of Metaphysics*, vol. 21, N° 4 (84), 1968, p. 687, el subrayado es de Mink, la traducción es mía. Inteligimos, comprendemos la historia retrospectivamente antes de narrarla en su progresión temporal (si es que se elige narrarla de este modo, lo cual no es ni necesario ni obvio). La diferencia con Ricoeur, Danto y Mink es que el caso que nos ocupa aquí es previo a la organización de una narración en sentido estricto; antes de iniciar una narración explícita —y en este caso autobiográfica—, por fragmentaria que ésta sea, ya tenemos conciencia (aun si pasiva) acerca de si las expectativas que abrigábamos en el pasado fueron cumplidas o incumplidas: la mera comparecencia de un recuerdo ya implica en su mostrarse, antes de toda explicación o narración, mi tácito saber acerca del cumplimiento o incumplimiento de sus protenciones.

que el recuerdo se veía pasivamente asociado/contrastado con el presente vivo y podía obrar sobre la vivencia actual. Pero si el contenido, o mejor, el sentido plenario¹⁰⁷ de este recuerdo (V_1) ya es anticipado, como es el caso (de otro modo no podría ser afectante), el anticipo entraña, necesariamente, todo aquello que sustenta este sentido plenario. En consecuencia, necesariamente deben haber sido implícitamente anticipados (en un segundo grado de pasividad) su horizonte de pasado y futuro inmediato, así como su horizonte de pasado inmediatamente afectante-asociable y su horizonte de vivencias posteriores (que se extiende hasta alcanzar el presente vivo, aunque esto, por supuesto, no significa que se anticipa toda la secuencia, una a una, hasta el ahora, sino como un horizonte de futuro que podría ser visto desde el ahora como ya consumado). En otras palabras, es en virtud de su sentido plenario, del sentido total bajo el cual, en cada ahora, puede ser evocada una vivencia del pasado, que ella puede ser despertada, anticipada, pasivamente asociada. Y si no estuviese implícitamente entrañado en el anticipo todo aquello que co-constituye el sentido plenario del recuerdo inmediata y pasivamente asociado, entonces no habría tal anticipo y, en consecuencia, no habría jamás acceso al pasado a partir del presente vivo. Y esto puede continuarse *ad infinitum*, de suerte que lo que sucede con el pasado lejano inmediatamente afectante sobre el presente vivo, sucede de modo exactamente análogo con cada vivencia sustentadora/sustentada; y así es que obtenemos la serie $V_1, V_2, V_3...V_n$. Cada término de la serie supone un grado de pasividad mayor que el del término anterior y menor que el del término siguiente, de tal modo que V_1 se encuentra con respecto al presente vivo en una pasividad de primer grado, V_2 , en una de segundo grado, V_3 , en una de tercero y así en grados crecientes con respecto al ahora lleno en cada caso.

Hablamos aquí, indistintamente, de grados crecientes de pasividad o de potencias de orden creciente. V_1 afecta en una potencia de primer orden al presente vivo, porque, sin ser recuerdo efectivamente actualizado (en acto), afecta la vivencia actual de manera inmediata, es decir, como aquel recuerdo anticipado en primera instancia, inmediatamente asociado en pasividad y que, de entre todo el acervo de recuerdos, es el que se asocia-opone al presente vivo en primer lugar. V_2 , por estar ya en un segundo grado de pasividad, no es directamente afectante sobre el presente vivo: ha perdido ya vivacidad. Pero, aun cuando no ejerza afección real, inmediata, hay que decir, sin embargo, que sí ejerce indirecta, mediatamente, una afección, a saber: afecta el presente vivo en la medida en que afecta a V_1 que afecta al presente, y es justo por ello una potencia de segundo orden: se trata de la posibilidad inmediatamente afectante de la posibilidad inmediatamente afectante. Y lo mismo con grados cada vez mayores. Entre mayor sea el grado de pasividad/potencialidad, más mediato será el influjo de la vivencia hundida sobre el presente. Pero aun así, aunque real y

¹⁰⁷ Enseguida aclararé, con un ejemplo, la diferencia entre contenido y sentido plenario. A modo de adelanto diré que, mientras que el contenido de un recuerdo permanece idéntico, el sentido plenario, su mostrarse, varía según se lo evoque, activa o pasivamente, en un ahora o en otro.

directamente ejerza un influjo igual a cero, ninguna vivencia del escorzo transversal puede ser tenida por una mera nada, pues de eliminar alguna de ellas, aun cuando las más lejanas sean algo tan remoto como la posibilidad de la posibilidad de la posibilidad... se cancelaría la serie entera; en último caso, la vivencia más remota de la serie transversal funda, por soterrada que sea esta fundación, las vivencias más próximas en la serie y al presente vivo mismo.¹⁰⁸

Así, pues, el presente vivo se escorza en esta serie transversal de vivencias. Es “transversal” porque no sigue el flujo desde el ahora, barriendo secuencialmente (longitudinalmente) la sucesión gradual de pasados más y más distantes, sino que se salta la secuencia y la atraviesa, yendo directamente hacia vivencias lejanas y, saltando, otra vez, hacia nuevas lejanías. Esta serie describe *el escorzo transversal retencional*.

Pero decir, de otro lado, que un recuerdo es despertado en pasividad supone que es *a partir del presente vivo* que ese recuerdo es pasivamente asociado. Siendo un recuerdo del pasado lejano, su sentido plenario se ve afectado por las vivencias que median entre su lugar temporal y el ahora. Pongamos que recuerdo una conversación telefónica con un amigo que me ha invitado a ir al cine. El recuerdo de esa conversación no se me presentará de igual manera si lo evoco un momento después de haber terminado de hablar con mi amigo, cuando el cine todavía era una posibilidad inconsumada, que si lo evoco días más tarde, cuando ya hemos ido juntos al cine, comentado la película, etc. Aun cuando el contenido del recuerdo pueda permanecer invariable e idéntico en ambos casos (lo que habíamos hablado por teléfono, la figuración del espacio que me rodeaba mientras sostenía el tubo del teléfono, la voz de mi amigo, lo que estaba haciendo antes de hablar con él, etc.), la segunda evocación, a diferencia de la primera, no estará exenta de mi tener conciencia de qué ha sido lo que esa conversación traería más tarde a mi vida. Y mi tener conciencia de ello estará implicado, retroactivamente, en el sentido con que esa conversación comparezca cuando la evoque días más tarde. Pero el ejemplo, aunque refiere a recuerdos efectivamente comparecientes, vale lo mismo para la esfera pasiva. Un recuerdo pasivamente asociado en este ahora tiene, potencialmente, un sentido retroactivo *por haber sido evocado desde este preciso ahora* y tendría otro desde otro ahora (el “lugar” desde el cual accedo al pasado impone ya su impronta; en este caso, una donación retroactiva de sentido). Y así como, en cuanto a la afección de las vivencias pasadas sobre el presente vivo, el escorzo transversal avanzaba en potencialidades de orden creciente, así también la afectación retroactiva del presente sobre el pasado supone, para cada término de la serie transversal, un grado cada vez mayor. V_1 es inmediatamente afectante del presente vivo en un primer orden de pasividad/potencialidad, pero

¹⁰⁸ En el capítulo tercero esto quedará apuntalado con la precisión que el análisis mereológico presta a estos fines, pues las relaciones de fundamentación son relaciones mereológicas.

también inmediata y retroactivamente afectado por el presente vivo en un primer orden de pasividad/potencialidad; V_2 es mediatamente afectante, pero también mediatamente afectado en un segundo orden y así. Esta serie (la formulada luego del “pero también” en cada caso) describe el *escorzo transversal protencional*, que es, en verdad, la misma serie del escorzo transversal retencional, pero considerada en cuanto a la donación de sentido retroactivo que brinda el presente en la evocación pasiva, es decir, considerada en la dirección contraria.

El escorzo transversal de una vivencia del tipo V_i involucra, hacia el pasado, el escorzo transversal retencional, y hacia el futuro, el escorzo transversal protencional, que no es sino la potencial donación de sentido que afectaría retroactivamente a esa vivencia en caso de comparecer.

En cuanto al presente vivo mismo, que es el término al cual, en cada ahora, está subsumida cada serie de vivencias V_i , es evidente que tiene su propio escorzo transversal retencional, que se extiende en grados crecientes de mediatez (pasividad) desde V_1 hasta V_n .

¿Pero puede decirse del presente vivo que tiene un escorzo transversal protencional? Estrictamente, no. Pues, a diferencia de lo que sucede con vivencias pasadas que son rememoradas (activa o pasivamente), el presente vivo no es susceptible de una efectiva donación retrospectiva de sentido. Ciertamente es que al presente están adheridas intenciones de futuro, protenciones, y que éstas contribuyen de modo decisivo en la constitución de su sentido plenario. Y lo hacen, además, con grados diversos de mediatez-afección, según se trate de un futuro más inminente o más lejano (aunque esto no es lo único que decide el “peso” del futuro sobre el presente). No vivo de la misma manera el hoy si espero irme en un par de días de vacaciones que si tengo, para esa fecha, que rendir una prueba decisiva para mi carrera; tampoco, si los médicos me han dicho que me queda un año de vida que si, en principio, tengo la expectativa de vivir todavía unos cuantos años más. Puedo presentificar, efectivamente, una de estas cosas o puedo tener una conciencia implícita de ellas, pero en cualquier caso es evidente que afectan mi vivir y mi hacer de una u otra manera.¹⁰⁹ Y sin embargo, aquí no sería legítimo hablar de una donación retroactiva de sentido, ni siquiera por parte de una vivencia presentificada, pues lo que hay es anticipación acerca de lo posible inconsumado y no retroacción al modo como la hay sobre vivencias pasadas cuyas consecuencias son consabidas.

¹⁰⁹ El análisis ha estado volcado a describir las relaciones entre presente y pasado. En atención a ello, no he enfatizado suficientemente el carácter novedoso que traen consigo la impresión de cada nuevo ahora y la conciencia de futuro (no ya como anticipación pasiva de un recuerdo, sino como una intención dirigida propiamente al futuro). No quisiera que el lector se viera llevado a la idea de que, a fin de cuentas, todo parece reducirse a un mero juego de vivencias pasadas, incesante y pasivamente anticipadas. La escasa consideración que he dedicado a lo nuevo que traen consigo impresión y conciencia de futuro no responde “a las cosas mismas” sino a la necesidad de haberme focalizado en la disponibilidad afectante del pasado.

4.3 Entrelazamiento de los escorzos longitudinales y transversales: todo el pasado en cada presente vivo; toda la vida en cada vivencia

Ahora bien, ambos tipos de escorzos se encuentran por todas partes entrelazados. De un lado, las vivencias del pasado reciente (pero no inmediatamente reciente) que afectan y sostienen el presente vivo con grados de mediatez creciente conforme nos alejamos del ahora, o lo que es lo mismo, las vivencias del escorzo longitudinal del presente vivo, tienen sus respectivos escorzos longitudinal y transversal desde que han sido retenidas con sus respectivos horizontes de pasado y futuro, cercano y lejano. *Si recordara* la conversación telefónica que mantuve hace un momento —todavía bastante fresca en mi memoria—, estas vivencias que forman parte del escorzo longitudinal de mi presente vivo, pasarían a ocuparlo, lo llenarían en la rememoración, y el sentido plenario de esas vivencias estaría sostenido por su propio escorzo longitudinal y transversal. En la medida en que no rememore o no se imponga desde el subsuelo este recuerdo, será un recuerdo retenido en algún grado de pasividad (no muy alto), y las vivencias en que este recuerdo se escorza doblemente (las de su pasado reciente y lejano, y las que le son posteriores hasta el ahora, incesantemente fluyente), y que co-sustentan su sentido plenario, estarán en un grado de pasividad/potencialidad mayor que el recuerdo mismo (al modo como V_1 está, con respecto al presente vivo, en un primer grado de pasividad).

Desde luego, que yo rememore estas vivencias ahora o que lo haga más tarde —en otro ahora— impone que el escorzamiento sea, en cada caso, distinto, y esto porque, por un lado, la donación retroactiva de sentido será distinta en cada ahora y porque, por otro lado, las asociaciones por semejanza que rigen la constitución del escorzo transversal retencional también son susceptibles de variar según sea uno u otro el ahora lleno desde el cual se haga la evocación (y habría que sumar aun varios otros factores, entre ellos, el estado de ánimo que impera en la rememoración, etc.).

La analogía del escorzo vuelve a revelarse provechosa. Pues así como una y la misma cosa física se muestra de diversas maneras según la posición que ella ocupe con relación a mi punto cero, que es el aquí de mi cuerpo (de mis órganos de percepción), así también, una y la misma vivencia pasada se muestra, o más bien, se revive, se rememora de manera diversa según sea uno u otro el punto cero de mi tiempo, que es mi ahora. Pero para que lo rememorado, uno y lo mismo en cuanto al contenido, se muestre o reviva diversamente en dos ahoras distintos, esto es, varíe en cuanto al sentido plenario con que efectivamente comparece, esta incesante variación de sentido —referida al igualmente incesante fluir de cada ahora nuevo— debe ya tener lugar pasivamente: aun si no rememorara esa conversación telefónica reciente, su sentido plenario (no su contenido) será

potencialmente distinto en referencia pasiva a cada nuevo presente vivo. La rememoración efectiva evidencia lo que ya sucedía en pasividad.

De modo que así como cada presente vivo se escorza longitudinal y transversalmente, así también, cada vivencia del pasado más o menos reciente, es decir, del escorzo longitudinal de este presente vivo, tiene *potencialmente*, en referencia a cada ahora distinto, su propio doble escorzamiento. Tiene, de un lado, su potencial horizonte de pasado reciente (su escorzo longitudinal), así como su potencial escorzo transversal retencional hacia su pasado lejano, y su potencial donación de sentido retroactivo (escorzo transversal protencional, que abarca sus vivencias posteriores inmediatas y lejanas hasta alcanzar el presente), según sea uno u otro el presente desde el cual se la evoque.

De otro lado, cada vivencia del tipo V_i (es decir, del escorzo transversal) está sostenida (potencialmente sostenida según el orden de su potencialidad con respecto al ahora) por su horizonte de pasado y futuro, cercano y lejano, que es tanto como decir que está sostenida por: (a) su propio escorzo longitudinal, (b) por su propio escorzo transversal retencional (V_{i+1} , V_{i+2} , V_{i+n}), y (c) por la potencial donación de sentido retroactivo que esa vivencia recibiría en la evocación desde algún presente vivo, esto es, por su escorzo transversal protencional.

Cada vivencia del escorzo longitudinal se sostiene pasivamente en su potencial escorzo transversal y longitudinal; cada vivencia del escorzo transversal, en su potencial escorzo longitudinal y transversal. Cada presente vivo tiene su propio doble escorzamiento. Esta duplicidad describe la forma de las “líneas maestras” en que se ordenan pasivamente las vivencias pasadas en cada ahora; lo hacen, en ambos casos, en grados de afección cada vez más mediatos, o, lo que es lo mismo, en grados crecientes de pasividad. Del lado de la retención, el sentido del ahora lleno se escorza en el pasado reciente; del lado de la protención, lo hace en el pasado lejano. De un lado obra pasivamente la síntesis trascendental del tiempo reteniendo lo recientemente vivido con grados de frescura cada vez menores; del otro, obra la anticipación de recuerdos pasivos asociados por una síntesis de semejanza plenaria, que se extiende “transversalmente”, en grados cada vez más mediatos de semejanza (V_3 es inmediatamente semejante a V_2 , pero mediatamente semejante a V_1).

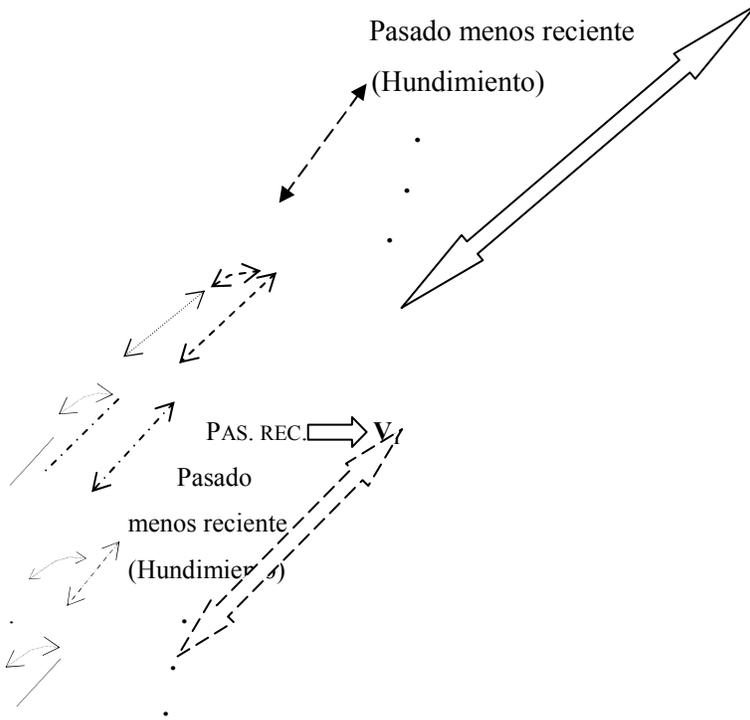
Pero estas líneas maestras están sostenidas, en cada uno de sus “puntos” (vivencias), aun en los más remotos, por otra duplicidad del estilo, cada uno de cuyos “puntos” abre otra duplicidad y otra y otra (y cada una en grados de pasividad/potencialidad mayor, y todas ellas referidas, aun en su ser potencial, a cada presente vivo), y así *ad infinitum*, describiendo una malla infinita, incesantemente mudable para cada nuevo ahora que vivo.

Se impone, a esta altura, una representación gráfica que ayude a ilustrar el punto.

FUTURO
...
LEJANO

PASADO \rightleftarrows PTE. VIVO \leftleftarrows FUTURO
RECIENTE INMINENTE

Pasado menos reciente
(Hundimiento)



PAS. REC. \rightleftarrows V₁
Pasado
menos reciente
(Hundimiento)

Pas. rec. \rightleftarrows V₂

PR \rightleftarrows V₃

PR-V_n

Así, pues, no es temerario ni inexacto decir que *todo* el pasado acompaña y sostiene *bajo esta forma* cada presente vivo, en grados crecientes de pasividad/potencialidad conforme éste “se aleja” del ahora, y que lo hace, en todo ahora y en cada nuevo ahora de manera incesantemente cambiante, como un “mar de fondo”, un *plenum* que obra aun desde las oscuridades más recónditas de lo ya vivido.

Otro modo de decir esto mismo: en cada presente vivo está “expresada” la totalidad de mi vida; otro, todavía: mi vivencia actual, en tanto *parte* —que debe ser caracterizada— del flujo total de mis vivencias, *expresa la totalidad del flujo*.

Con esto hemos vuelto al problema de la trascendencia mereológica. El análisis mereológico no tiene otro fin, a esta altura, que precisar y apuntalar las descripciones alcanzadas. Por ejemplo, hemos dado por sentado que las vivencias del escorzo transversal retencional se *fundan* en las que le siguen en la secuencia hacia al pasado. Y las relaciones de fundamentación eran tipos de enlace surgidos de la teoría de los todos y las partes. Hemos, por otro lado, hablado de sentidos plenarios de un modo bastante vago que el análisis mereológico deberá precisar.

CAPÍTULO TERCERO: LA TRASCENDENCIA MEREOLÓGICA DE LAS VIVENCIAS Y LA AUTOBIOGRAFÍA PASIVA QUE ACOMPAÑA A CADA PRESENTE VIVO

I. Motivos para un análisis suplementario en clave mereológica

Animados por el problema de la trascendencia mereológica, estudiábamos en el primer capítulo cómo las partes de una cosa, exhibidas por vía de escorzo, señalaban (“expresaban”) el todo-cosa. Partíamos, entonces, de una constatación primeramente formulada en términos pre-teóricos: intuimos parcialmente una cosa, pero las partes exhibidas señalan, ya en su exhibirse, ser partes de un todo, por más que no podamos intuir, a la par, esas otras partes señaladas. La teoría de los todos y las partes permitía darle una expresión más precisa al problema, así como abordar la descripción de la trascendencia mereológica, por un lado, en un ámbito ontológico-*apriorístico* y, por otro, en el ámbito empírico.

En el capítulo segundo, en cambio, no nos era dado, en principio, partir de una constatación palmaria (aun si pre-teórica). A diferencia de lo que sucedía en el capítulo inicial, donde, más allá de carecer de las herramientas teóricas indispensables para precisar y describir el problema, era evidente para la reflexión que un todo cósmico sólo podía ser intuido parcialmente (inadecuadamente, al decir de Husserl), no era, sin embargo, a tal punto evidente que al reflexionar sobre una vivencia ésta señalara o “expresara”, en su vivirse así, ser parte de un todo vivencial; mucho menos, que el señalamiento comprendiera, de alguna manera, el todo pleno, esto es, la corriente de vivencias vividas en su totalidad. La complejidad de este caso era tan superior con respecto al de la cosa espacio-temporal, que para siquiera alcanzar una situación pre-teórica semejante a aquella en que nos hallábamos al comienzo del capítulo primero fue necesario desarrollar todas las investigaciones del capítulo segundo. En un sentido, estamos apenas ahora en circunstancias de abordaje similares a las del comienzo del primer capítulo.

En otro sentido, sin embargo, estamos en una posición teóricamente más ventajosa. Pues los análisis precedentes acerca de las relaciones entre presente y pasado, entre lo vivo y lo vivido, además de ganar la evidencia necesaria para siquiera poder plantear el problema de la trascendencia mereológica, se han visto por ello necesitados de apoyo descriptivo. Y estas descripciones ya han hecho, por sí mismas, buena parte del trabajo. El aspecto de trascendencia que el problema mereológico propone ya ha sido descrito, aun cuando esto no haya sido desarrollado en términos de partes-todo, sino de sentidos plenarios: el presente vivo entraña todo el pasado, y este entrañar pasivamente sentidos vivenciales inactuales —he aquí el aspecto de trascendencia en sentido temporal— es el que ha dirigido las investigaciones. La trascendencia, el entrañar, han quedado descritos, aun cuando todavía haya precisiones por hacer. Es, pues, en este sentido que gozamos ahora de cierta ventaja con respecto a la situación

inicial del capítulo primero —además de estar ya familiarizados con una teoría de los todos y las partes.

Pero, de otro lado, cabe preguntarse hasta qué punto tiene sentido reabordar el problema de la trascendencia mereológica, cuando el capítulo segundo, por sí mismo, ya ha dado cuenta del aspecto de trascendencia, que es en verdad lo que tiene relevancia. Más podría parecer una obstinación o un capricho desarrollar a esta altura un abordaje suplementario que, al parecer, no haría sino decir lo ya dicho en otros términos —en términos de partes y todo.

Sin embargo, hay todavía, a mi parecer, dos motivos para acometer esta empresa. El primero concierne a las posibilidades que el análisis mereológico ofrece de restañar ciertas imprecisiones necesitadas todavía de apoyo descriptivo para poder ser asumidas cabalmente. El análisis mereológico tendría, en este sentido, la función de precisar y afincar mejor lo que en una primera descripción quedaba asentado de manera algo endeble. Me refiero, en particular, a la noción de sentido plenario —esbozada en algún momento, como al pasar, en términos del momento figural de cualquier vivencia—, y a la asunción de que las vivencias pasadas *fundan* el presente vivo.

Cierto es que, en cuanto al sentido plenario como momento figural se ha dicho ya algo, pues el sentido plenario de una vivencia era aquel que se fundaba en todos sus sentidos constitutivos *a la vez* (y a la vez, también, en las vivencias del doble escorzamiento longitudinal y transversal). Pero esto debe, como quiera, ser precisado y apuntalado.

Por el lado de las vivencias pasadas como fundantes del presente vivo se describió el modo como éstas *sostienen* el sentido de la vivencia actual, pero aun así, puesto que fundar supone, mereológicamente, una relación de dependencia de lo fundado en lo fundante, habría que estudiar en qué medida presente y pasado se fundan tan sólo unilateralmente (el presente se funda en el pasado, pero no al revés) o si, como sugiere la dotación de sentido retrospectivo del presente hacia el pasado, no se tratará de una fundación bilateral.

El segundo motivo para retomar el problema mereológico concierne a la teoría misma de los todos y las partes, en cuanto a si ésta, tal como ha sido formulada en el capítulo primero, es capaz de resistir el desafío que ahora se le impone, o si, en cambio, se ve necesitada de reformas. Se trata, pues, de una motivación que concierne a la mereología husserliana, teniendo en cuenta, sobre todo, su afán de fungir como “palanca” para describir la vida de conciencia.¹ Así y todo, no es propósito de esta investigación desarrollar en rigor una teoría mereológica; las eventuales objeciones y reformas de que se vea necesitada la mereología husserliana serán desarrolladas sólo en la medida en que lo requiera la satisfacción del primer motivo.

II. Caracterización mereológica de las vivencias y del flujo

¹ Cf. *supra*, capítulo primero, II.1, donde se deja abierta esta cuestión.

1. El problema de los concretos no-independientes

¿En qué sentido puede decirse que una vivencia *es parte de* un flujo de vivencias? El criterio que proporcionaba la mereología husserliana para distinguir entre partes de una clase u otra descansaba, en principio, en la posibilidad o imposibilidad de representar ciertos contenidos separadamente (entendiendo por contenido aquello que se ofrece a la intuición). Surgían así dos grandes clases de partes: partes concretas o pedazos y partes abstractas o momentos. Las partes concretas eran aquellos contenidos que, *por su propia naturaleza*, podían ser representados separadamente de cualesquiera otros contenidos (como la cabeza del caballo); eran, pues, contenidos *independientes*. Las partes abstractas, en cambio, estaban “predestinadas” por su esencia a ser partes-de; sólo podían existir integrándose como partes en un todo que las comprendiera y, en este sentido, no podían ser representadas separadamente (como el color no puede, por su propia esencia, representarse sin una extensión coloreada); eran, por ello, partes *no-independientes*.

Pero el criterio mereológico parecía ganar precisión teórica al ser reformulado en términos de la relación entre contenidos que Husserl llamaba fundamentación: “Cuando por ley de esencia un *a* sólo puede existir como tal *a*, si se halla en una unidad comprensiva, que lo enlaza con un *m*, decimos que el *a*, como tal, necesita ser fundado por un *m*, o también que el *a*, como tal, necesita ser complementado por un *m*.”² Así, pues, una parte no-independiente pasaba a ser considerada ahora como aquella que, para existir, precisa fundarse en otras partes; una parte independiente, como aquélla exenta de esta necesidad.

La reformulación del criterio para distinguir entre clases de partes no sólo no parecía contravenir en nada a la formulación previa —relativa a la posibilidad o imposibilidad de representar un contenido separadamente, según su naturaleza—, sino que, además de ser enteramente consistente con ésta, insinuaba aventajarla teóricamente en dos aspectos. Por un lado, según habíamos sugerido, enfatizaba de manera más patente el carácter no substancialista de la mereología husserliana;³ por otro, puesto que luego se vería que “lo que verdaderamente unifica” son las relaciones de fundamentación, y todo concepto mereológico sería, en adelante, descrito en términos de estas relaciones, distinguir partes de tal o cual clase bajo este nuevo criterio permitía integrar la clasificación en un lenguaje común al resto de los conceptos de la teoría de los todos y las partes.

Ahora bien, en un sentido pre-teórico parece plausible hablar de que las vivencias forman parte de una corriente de vivencias. Pero a la hora de dar el paso hacia la teorización resulta difícil, si no imposible, decidir si se trata de partes concretas o abstractas en virtud de su independencia o no-independencia. Pues si miramos el asunto en términos del primer criterio invocado,

² *IL*, § 14, p. 411, subrayado de Husserl.

³ *Cf. supra*, capítulo primero, II, 2a).

advertimos que es posible representarse una vivencia, o más estrictamente, una serie finita de vivencias, y correlativamente una serie finita de sentidos vivenciales, separadamente de todas las demás vivencias. (Aquí estamos dando un paso de una mereología de “contenidos”, como aquello que se ofrece a la intuición, a una que toma en consideración, del lado noemático, sentidos vivenciales plenarios, del lado noético, la conciencia de esos sentidos vivenciales). Consideremos, por ejemplo, un recuerdo; en atención a la simplicidad, consideremos uno tan “puntual” como sea posible. Recuerdo, pongamos, un día de lluvia torrencial en el que regresar a casa parecía una proeza. El regreso a casa, desde mi lugar de trabajo, inicia cuando descorro la hoja de la puerta y siento las gotas de la lluvia azotarme el rostro por obra del viento. Veo la calle bajo agua; nunca antes he atestiguado una inundación de esa magnitud. Como se trata de una pendiente, el agua corre furiosa cuesta abajo y arrastra las cajas de cartón y las bolsas de basura que en un día seco habrían estado apostadas en alguna esquina, esperando a ser recolectadas por el servicio municipal. Los carros estacionados están anegados casi hasta la altura del guardabarros. El cielo luce baldío, lechoso, y estalla en truenos. Debo caminar algunas cuadras para tomar el ómnibus. Mientras ando, el agua fría me llega por momentos a la altura de las rodillas. Veo los autos avanzar en las calles como si fueran proas abriéndose paso por ríos sucios. Algo de todo esto, además del frío y el fastidio, me conforta. Algo en la furia y el exceso, algo en el carácter extraordinario de esa descarga. Pero a la vez siento temor de no poder regresar a casa. A estas vivencias, que recuerdo con plena nitidez, le siguen el accidentado viaje en ómnibus, el sabor del regreso a casa, el baño caliente. Pero tomemos apenas las primeras vivencias de la secuencia, el mero abrir la puerta y darse de bruces contra ese paisaje diluviano y esas gotas filosas. Estas vivencias son re-presentadas en la rememoración como una unidad de sentido —a tal punto que hasta podrían ser nombradas bajo el título: “recuerdo de cuando abrí la puerta y atestigué aquel diluvio (primavera del año tal)”—, y como una que es evocable separadamente del resto de las vivencias. Habría que decir, de acuerdo con esto, que las vivencias (cuando menos, las vivencias pasadas que pueden ser traídas a presencia) son *partes concretas* o concretos de un todo —un todo por determinar, pero que, en principio, podemos designar como el flujo total de vivencias.

Pero de otro lado, si nos atenemos a la definición de fundamentación que ofrece Husserl,⁴ el recuerdo que se hace presente no podría, justamente, hacerse presente sin la evocación actual y, en este sentido, la propia esencia del recordar (cuyo correlato noemático es lo recordado), en cuanto el re-presentarse o re-producirse de una vivencia, *se funda* en el presente mismo como una fase temporal necesaria para que un recuerdo *llegue a ser* tal. El ahora, pues, es una condición necesaria de todo recuerdo —y en general, de toda vivencia— para poder ser: una condición de posibilidad.

Más aún: lo recordado conserva su horizonte de pasado y futuro, así como su lugar temporal en el tiempo fenomenológico. Sin esto, sin una localizabilidad dentro de lo ya vivido (aun cuando la memoria vacile o alcance esta “locación” de manera vaga, imprecisa, o aun cuando fracase en su intento de dar con el lugar temporal) y sin la posibilidad de relacionar esas vivencias pasadas con vivencias anteriores y posteriores, se vería seriamente amenazada la posibilidad misma de autoadscribirse el recuerdo. Aquí no estamos considerando apenas el caso de un recuerdo que pudiese, con los años, haber sido “adulterado” inadvertidamente, exagerándose ciertos aspectos de aquello vivido, matizándose otros (si es que esto pudiera ser confirmado, como cuando damos, tras muchos años, con un viejo diario íntimo cuyo testimonio pone en entredicho lo que recordábamos —o creíamos recordar— de aquel tiempo). El asunto es mucho más radical: se trataría de vivencias de las que no podríamos decir ni cuándo las vivimos, ni cómo fue que llegamos a ellas, es decir, qué motivó que desembocáramos en las circunstancias que el presunto recuerdo señala, ni qué consecuencias trajo a nuestra vida que hayamos vivido algo así. Podríamos sospechar, acaso, que quizá se trata del recuerdo de un sueño (pero no podríamos, de todos modos, determinar cuándo lo habíamos soñado), o que estábamos bajo el efecto de algún psicotrópico, pero como quiera, la posibilidad de asumir cabalmente el recuerdo como tal, es decir, como el sentido de una *vivencia pasada y propia*, quedaría más que en entredicho. Esto no precisa de mayor discusión en relación con lo que aquí importa. En todo caso, el punto de

⁴ Recuérdese que el concepto de fundamentación, surgido de la teoría husserliana de los todos y las partes, en la Tercera investigación lógica, es central en la fenomenología husserliana y da lugar a la distinción entre actos básicos y actos fundados, desarrollada en la Quinta investigación lógica, mantenida en *Ideas I* y, en general, propia de las descripciones husserlianas de la vida de conciencia. El siguiente pasaje de *Ideas I* permite advertir con claridad en qué medida la concepción husserliana de “capas” fundantes y fundadas —de una vivencia integralmente considerada— es consistente con el concepto mereológico de fundamentación: “Estas capas [intencionales del sentimiento y de la voluntad] son, dicho en términos generales, de tal suerte que las superiores del fenómeno total pueden desaparecer sin que cese lo restante de ser una vivencia intencional concretamente íntegra, y también, a la inversa, una vivencia concreta puede acoger una nueva capa total noética; como cuando, por ejemplo, se sobrepone a una representación concreta un elemento no independiente de ‘valorar’ o, a la inversa, debe desaparecer de nuevo”, § 95, p. 231. Agustín Serrano de Haro ha expuesto minuciosamente el modo como Husserl desarrolla esta distinción en las *IL*, recuperando, a la vez que criticando, la posición de Brentano y cómo en *Ideas I* se introducen ciertas modificaciones que, si bien se avienen todavía a la idea de que los actos superiores (estimativos, afectivos, volitivos) no son actos objetivantes y que por ello necesariamente han de fundarse en éstos, lo hacen por motivos diversos con respecto a los que eran señalados en *IL*. Véase su artículo “Actos básicos y actos fundados. Exposición crítica de los primeros análisis husserlianos”, *Anuario Filosófico*, 28/1, 1995, pp. 61-89.

interés es que si, en efecto, es una exigencia del ser recuerdo el hecho de que sea relacionable con otras vivencias, anteriores y posteriores —y gane con ello, a la par, localizabilidad—, entonces todo recuerdo se ve necesitado, por su propia esencia, de complemento, pues no podría existir, qua recuerdo de un yo, independientemente de otras vivencias del yo, y esto es tanto como decir que el recuerdo necesariamente ha de fundarse en otras vivencias de la corriente. O lo que es lo mismo: un recuerdo es una vivencia no-independiente del flujo total de vivencias. Pero, en este sentido, no puede ser una parte concreta, como se seguía de advertir que era una vivencia re-presentable separadamente.

Hay, pues, una contradicción. Vivencias tales como recuerdos, consideradas a la luz de la posibilidad o imposibilidad de ser representadas separadamente, resultan ser independientes y, en este sentido, partes concretas del flujo. Pero estas mismas vivencias, consideradas en virtud de su necesidad o falta de necesidad de ser fundadas o complementadas por otras vivencias resultan ser no-independientes. Esta contradicción, así se deje ver en la sola esfera de los recuerdos, es ya suficiente para advertir que el paso, aparentemente aporético, dado por Husserl en la Tercera investigación lógica, de un primer a un segundo criterio para distinguir entre clases de partes, acusa sin embargo una fractura. La “concreción” de algo, dada por su ser representable separadamente, no puede identificarse sin más ni más con la independencia de ese algo. Husserl mismo lo admite en *Ideas I*, al decir que “ninguna vivencia concreta puede pasar por independiente en sentido plenario”.⁵ Antes bien, deberíamos hablar de vivencias pasadas en términos de *concretos no-independientes*. (Por otro lado, es fácil advertir, a la luz de las investigaciones del capítulo segundo, que el presente vivo tampoco puede ser tenido por una vivencia independiente: su doble escorzamiento en el tiempo fenomenológico denuncia, justamente, que su sentido plenario está sostenido por el sentido plenario de las vivencias pasadas según esta forma doble, y este sostener no es sino un modo de decir lo que mereológicamente llamamos fundar. Así y todo, esto debe ser aclarado con mayor precisión.)

Ahora bien, lo anterior parece suficiente para echar por tierra la identificación entre partes concretas y partes independientes, y, en contrapartida, nos mueve a caracterizar las vivencias en términos de concretos no-independientes. Pero por aceptable que parezca esta caracterización,

⁵ § 83, p. 197, subrayados de Husserl. De manera todavía más explícita, dice Husserl años más tarde: “Todo lo inmanente es individual, pero individual no-independientemente, y sólo la mónada es ella misma independiente. A través de sus fases, de su orden de vivencias objetivado inmanentemente, la corriente proporciona la individualidad que hace a la mónada distinta en el nexa monádico, esto es, en el nexa de lo que es constituido con respecto al tiempo inmanente. Pero todas estas individualidades especiales son tan no-independientes como las individualidades de cada fase en relación con la del *concretum* independiente; *todo lo concreto en la mónada es no-independiente, y vemos que uno no puede identificar el concepto de ‘lo independiente’ con el de ‘lo concreto’ como yo hice en las Investigaciones lógicas.*” La cita pertenece a la sección 4 de *ACPAS* (“*On Static and Genetic Phenomenological Method*”), p. 639 [en la edición alemana, se encuentra en *Zur Phänomenologie der Intersubjektivität*, Hua XIV, p. 37]; el subrayado es mío. El pasaje es bastante oscuro y discutirlo me apartaría del propósito de esta investigación. Una buena discusión sobre la temporalidad husserliana y la individuación se halla en Agustín Serrano de Haro, *Fenomenología trascendental y ontología*, cap. cuarto, pp. 165-203.

ni hemos examinado todavía si el presente vivo puede tenerse por concreto —apenas ha quedado sugerida su no-independencia—, como para poder decir que todas las vivencias, las pasadas y la actual (y las de expectativa con respecto al futuro), son concretos no-independientes, ni hemos explorado en profundidad qué provecho teórico podemos extraer de esta caracterización, además de restañar ciertas fallas de la mereología temprana de Husserl —fallas que, como quiera, el propio Husserl ya había advertido y restañado en parte.

Hasta el momento hemos asignado el carácter de concreto a aquello que puede ser representado, por su esencia, separadamente, trátase de contenidos, como era el caso que consideraba la mereología de las *IL*, o de las vivencias y sus correlatos, que es el caso que nos ocupa aquí. La concreción, por así decir, estriba en su separabilidad. Todo pedazo que compone una mesa es una parte concreta porque es separable de la mesa, y no importa si es humana o físicamente separable; la mera posibilidad lógica, la mera representabilidad separada de ese pedazo,⁶ hace de ella una parte concreta. En la concepción mereológica de las *IL*, la separabilidad implicaba, analíticamente, independencia ontológica, en el sentido de que una parte concreta no precisaba para existir de ningún otro contenido.⁷ Bien comenta Serrano de Haro: “El proceso de partición —descomposición, fragmentación— separa, en efecto, la parte del todo que la incluye. Lo cual, a la luz de los conceptos que conocemos, revela que la unión de esta parte con las restantes —con cualquiera de ellas— no es condición de posibilidad de su existencia”.⁸ A la hora de considerar las vivencias y sus correlatos, sin embargo, la separabilidad, esto es, la posibilidad de que ciertas vivencias y sus correlatos puedan ser representadas (o re-producidas) separadamente del todo-flujo, no puede implicar independencia ontológica. Que haya un flujo y un yo capaz de llevar a cabo esa separación (que no partición), por vía rememorativa, es condición de posibilidad de la existencia misma de un recuerdo en cuanto tal. No podrían existir recuerdos sin un yo y un pasado que recordar. Pero como se ve, estamos ante dos separabilidades distintas. Al primer tipo hemos dedicado algunas páginas en el

⁶ Las ambigüedades que entraña este “representar separadamente”, que en el capítulo primero fueron esbozadas, son abordadas por Husserl en *IL III*, § 5-8.

⁷ Merece la pena citar el pasaje donde esto se deja ver de modo más elocuente. Escribe Husserl:

La separabilidad no quiere decir más sino que podemos mantener idéntico este contenido en la representación, aunque varíemos sin límites (con variación caprichosa, no impedida por ninguna ley fundada en la *esencia* del contenido) los contenidos unidos y en general dados juntamente. Y esto a su vez significa que el contenido separado permanece intacto, aun cuando se anulen algunos o todos los contenidos concomitantes.

Ahora bien, ello implica evidentemente:

que la existencia de ese contenido, con todo lo que en él reside según su esencia, no está condicionada por la existencia de otros contenidos; que ese contenido, tal como es, podría existir *a priori*, es decir, según su esencia, aun cuando nada existiera fuera de él o todo lo que le rodea cambiase caprichosamente, es decir sin ley.

O lo que, notoriamente, es lo mismo:

en la naturaleza del contenido mismo, en su esencia ideal, no se funda ninguna dependencia con respecto a otros contenidos; (*IL III*, § 5, pp. 393-394, subrayado de Husserl)

⁸ *Fenomenología trascendental y ontología*, p. 54.

capítulo primero, a la hora de caracterizar las partes concretas o pedazos por su independencia ontológica. La separabilidad de que hablamos ahora, en cambio, no ha sido aún descrita.

Curiosamente, la Tercera investigación lógica se detiene en esta otra clase de separabilidad, distinta de la primera, pero sin reparar en las consecuencias que podrían sacarse de esta distinción (al menos en las consecuencias que aquí nos interesan). En el § 8, titulado “*Separación de la diferencia entre contenidos independientes y no-independientes y la diferencia entre contenidos intuitivamente destacados y fundidos*” se advierte que:

con la distinción hasta ahora referida entre contenidos independientes y no-independientes en el terreno fenomenológico (o en el de lo intuitivamente dado) crúzase otra distinción que se mezcla con esa primera, y es la distinción entre los contenidos que están *intuitivamente separados, destacados* o “recortados” sobre otros contenidos enlazados y los contenidos que están *fundidos* con los restantes y *fluyen* en éstos sin separación.⁹

Así, la mesa destaca, toda ella, porque está intuitivamente separada o “recortada” sobre el fondo de una pared blanca. Las secciones de la pared, todas ellas homogéneas en blancura, lisura, etc., no destacan, en cambio, con respecto a la pared misma. Si estuviésemos mirando muy de cerca la mesa, o más bien el mantel liso y parejamente azul que la cubre, de tal modo que en nuestro campo visual cayeran únicamente secciones de la superficie del mantel, entonces tampoco destacaría la mesa en esos actos de percepción; veríamos tan sólo una superficie azul que insinuaría extenderse más allá del alcance del campo visual. Pero es notorio que aquí estamos hablando de dos criterios de separabilidad distintos y prueba de ello es que, como bien observa Husserl: “Las partes de una superficie intuitiva de blancura homogénea o continuamente matizada son independientes, pero no [se muestran intuitivamente] separadas.”¹⁰

Husserl está admitiendo aquí que puede haber partes *separables* en el primer sentido, es decir, independientes o concretas, y no *separadas* en el segundo sentido, es decir, intuitivamente destacadas de los demás contenidos coexistentes. No está concediendo, en cambio, la proposición conversas: *que pueda haber partes separadas, en cuanto intuitivamente destacadas, que sin embargo no sean separables, en el sentido de ontológicamente independientes*. Pero es justo este el único modo de caracterizar mereológicamente las vivencias de un flujo, a saber: como partes intuitivamente separables del todo-corriente, pero ontológicamente inseparables de éste. La separabilidad intuitiva describe nada menos que la posibilidad de que las vivencias puedan destacar, para el yo, del flujo de que forman parte. Esta posibilidad se realiza toda vez que el yo recuerda ciertas vivencias, pero también, toda vez que el yo reflexiona sobre sus

⁹ P. 399, subrayados de Husserl.

¹⁰ *Ibid.*, p. 399.

vivencias, es decir, toda vez que —en actitud natural o fenomenológica— la vivencia “se convierte en objeto *para* el yo”.¹¹

Ahora bien, al reflexionar —ahora sí en actitud fenomenológica— sobre lo anterior, se advierte al punto que, tanto en la rememoración como en la reflexión, no sólo destacan intuitivamente las vivencias recordadas o reflexionadas, sino que en su destacarse se presentan, necesariamente, *por su modo de ser*, como vivencias que forman parte de la misma corriente de vivencias que continúa su curso mientras el yo recuerda o reflexiona. Sin este carácter, o del lado noético, sin que exista conciencia de que lo recordado o reflexionado son vivencias propias, mías, de este mismo yo que recuerda o reflexiona, queda de inmediato cancelada la posibilidad de que se traten de recuerdos o reflexiones.¹² Recordar no puede ser sino dirigir la conciencia hacia *mi* pasado (hacia lo originariamente percibido, juzgado, estimado, imaginado, etc., por mí en un ahora pretérito), reflexionar implica necesariamente dirigir la conciencia hacia *mi* vivencia; este “no poder sino”, o lo que es lógicamente equivalente, este ser “necesariamente” así, describe una exigencia esencial del recordar y el reflexionar. Noemáticamente, lo recordado no puede existir, realizarse, ser sino sentido que en su mostrarse se presente como el sentido de una vivencia pasada y mía; el correlato de la vivencia reflexiva exige con necesidad lo mismo.¹³ En este sentido, pues, las vivencias no pueden considerarse partes ontológicamente independientes del flujo, aunque su ser separables, en cuanto intuitivamente destacables, revela el sentido bajo el cual hablamos de ellas en términos de concretos.

Lo dicho anteriormente, si bien ha sido suficiente para describir en qué radica que las vivencias pasadas y reflexionadas sean concretos no-independientes, resulta insuficiente, en cambio, para decidir si el presente vivo entra o no dentro de esta caracterización. Cualquiera que reflexione sobre sus actos de rememoración o reflexión puede aceptar que, en efecto, allí se ofrecen intuitivamente unas vivencias destacadas, separadas del resto de las vivencias. Pero al no haber determinado en qué estriba la posibilidad de que ciertas vivencias comparezcan a la intuición separadamente, no estamos todavía en condiciones de habérmolas con casos más complicados. Porque qué diríamos: ¿puede o no el presente vivo ofrecerse a la intuición “separadamente”? En la medida en que no precisemos con mayor detalle en qué radica esta separabilidad intuitiva la pregunta permanecerá incontestada.

1.1. La discontinuidad como base de la separabilidad intuitiva

¹¹ *Ideas I*, § 77, p. 172.

¹² Pero la consecuencia verdaderamente relevante es que quedaría cancelado el yo mismo.

¹³ Todavía no hemos aclarado si el presente vivo puede ser objeto de reflexión “simultánea” a su ocurrir, si puedo, por así decir, seguir viviendo y reflexionando a la par sobre las vivencias de cada ahora que discurre, o si la reflexión impone necesariamente que la vivencia reflexionada sea la recién vivida y no la estrictamente actual.

La caracterización de las vivencias como concretos no-independientes, si bien toma distancia de la tesis de las *IL*, según la cual concreción mereológica implica independencia ontológica, se ha valido de aquella distinción que el propio Husserl hacía entre dos tipos de separabilidades. Con respecto a la separabilidad intuitiva, la propia Tercera investigación lógica adelanta: “La separación se basa aquí casi siempre en *discontinuidad*.”¹⁴ Se trata aquí de una discontinuidad intuitiva. Las secciones de la pared blanca, siendo que son homogéneas en blancura, lisura, etc., no presentan discontinuidad entre sí: están *fusionadas*, en el sentido en que ya habíamos expuesto, en el capítulo primero, la fusión como forma de enlace entre partes concretas. Advertir, en cambio, que en cierto sector de la pared unas secciones no son homogéneamente blancas u homogéneamente lisas con respecto a las secciones contiguas supone una discontinuidad que hace que unas y otras secciones se destaquen intuitivamente como separadas entre sí.

Ahora bien, la discontinuidad, según las descripciones que Husserl desarrolla en la Tercera investigación lógica, se da en la medida en que se observen tres requisitos:¹⁵

- (i) *Distancia entre partes abstractas de un mismo género*. La discontinuidad debe darse entre diferencias específicas ínfimas (partes abstractas o momentos) pertenecientes a un mismo género (inmediatamente superior): un color con respecto a otro color, una textura más áspera por comparación con una menos áspera, etc. Con todo, si bien lo que permite intuir la discontinuidad es la “distancia cualitativa”, por así decir, entre partes abstractas de un mismo género, lo que propiamente destaca como separado es el concreto en que se “encarnan” esas partes abstractas. Un ejemplo: Veo una leve mancha de humedad, de figura más bien irregular, que cubre un sector de la pared. La pared es blanca y la mancha destaca por ser algo más amarillenta. El color amarillento, la extensión que éste cubre, la figura irregular con que lo hace son partes abstractas compenetradas entre sí, en el preciso sentido de la mereología husserliana.¹⁶ De estos enlaces resulta la mancha que destaca en la pared. Pero la mancha como tal es una parte concreta y es ésta la que intuimos como intuitivamente separada del resto, por más que la discontinuidad obedezca a la distancia entre el color amarillento y el blanco, es decir, a una distancia entre partes abstractas de un mismo género.

¹⁴ §8, p. 399, subrayado de Husserl. El “casi” de la formulación es un poco desconcertante; no veo que en las páginas que siguen a este aserto Husserl justifique la reserva que sugiere el término.

¹⁵ Haré una presentación sucinta basada en el § 9, pp. 400-402.

¹⁶ Cf. *supra*, capítulo primero, pp. 17-18.

- (ii) *Contigüidad entre las partes abstractas discontinuas.* Las partes abstractas (o diferencias ínfimas) deben discontinuarse a lo largo de una extensión, temporal o espacial; deben ser, pues, contiguas en alguno de estos dos sentidos. Y esto porque, como observa Husserl, dos sonidos simultáneos y distintos entre sí, en cuanto a su altura y cualidad sonora, si bien guardan entre sí la requerida “distancia” entre diferencias ínfimas de un mismo género, no permiten, por la simultaneidad en que se ofrecen, intuir la discontinuidad que media entre ambos. Para ello deberían ser sucesivos y contiguos, es decir, *límitrofes* el uno con respecto al otro. Otro tanto cabría decir de, pongamos, colores que se superponen en una y la misma superficie. Si en una hoja blanca pinto un sector de color rojo y el mismo sector, luego, de color azul, tendré una superficie homogénea de color violeta, y no me será dado intuir discontinuidad alguna entre el rojo y el azul. Esto último se daría, en cambio, si las superficies pintadas de uno y otro color fuesen contiguas, cuando menos en algunos sectores (si no lo fuesen en ninguno, entonces la discontinuidad intuida sería, primeramente, entre el rojo y el blanco de la hoja, así como entre el azul y el blanco de la hoja).
- (iii) *Distancia no demasiado pequeña.* Se requiere, finalmente, que la distancia que media entre partes abstractas contiguas, de un mismo género, sea lo suficientemente notoria como para que pueda ser intuida, es decir, que no sea demasiado pequeña.

A los efectos de determinar cuándo hay separación intuitiva entre contenidos coexistentes, los requisitos anteriores parecen aceptables y no tiene mayor interés, para esta investigación, discutirlos en el contexto de las *IL*. Lo que cobra relevancia ahora es verificar si estos criterios son aptos para determinar la separación intuitiva de vivencias y sus correlatos en actos de rememoración y en actos de reflexión.¹⁷

Ahora bien, puesto que estos requisitos están referidos explícitamente a contenidos que se ofrecen a la intuición, y no a la conciencia de esos contenidos, será conveniente llevar a cabo el cotejo, en primer lugar, teniendo en consideración el polo noemático de las vivencias en cuestión, esto es, considerando, ante todo, lo recordado en cuanto tal y lo reflexionado en cuanto tal.

Con respecto a (i), la propia caracterización que perseguimos implica este requisito. Intentamos determinar bajo qué criterios podemos decir que una vivencia destaca del resto de las vivencias; estamos comparando, pues, vivencias plenarias con vivencias plenarias, o mejor, puesto que la comparación es aquí noemática, sentidos plenarios con sentidos plenarios. Las vivencias integralmente consideradas, junto con sus correlatos, son concretos, como queda

¹⁷ Hasta donde alcanzo a ver, Husserl no ha desarrollado esto último.

dicho, pero el sentido plenario, que es lo que determinaría la discontinuidad, debe ser, de acuerdo con (i), una parte abstracta, un momento. En efecto, de (i) se desprende que, si bien lo que es intuitivo separadamente es un concreto, aquello que hace posible esta separación es una distancia entre partes abstractas o momentos de un mismo género (la mancha de humedad era un concreto intuitivamente destacado de la pared, pero era la distancia entre momentos de color lo que determinaba esta discontinuidad). El problema aquí no es, pues, examinar si las partes comparadas son de un mismo género; esto ya está fijado de antemano. El problema es ver si, en efecto, la “distancia” que permitiría que unas vivencias se volvieran destacadas con respecto al flujo recae sobre partes abstractas, o, en otras palabras, si eso que hemos venido llamando sentido plenario de una vivencia es una parte abstracta. ¿Qué es, pues, en términos mereológicos el sentido plenario de una vivencia?

1.1.1 Digresión: El sentido plenario de las vivencias como momento figural o momento de unidad

Hemos estado hablando del sentido plenario de una vivencia como aquel que se funda en la totalidad de sus sentidos constitutivos. Consideremos de nuevo el ejemplo de la tarde de lluvia diluviana. Había allí una pluralidad de sensaciones y sentidos entretejidos. Sentía el aguijoneo de las gotas que impactaban sobre mi rostro, filosas, incesantes; el viento me helaba las manos, las mejillas, la punta de la nariz; casi me dolía la piel descubierta. Entre los sentidos objetivos que comparecían se cuentan la lluvia, las calzadas, el agua, los carros, los truenos que resonaban, el cielo lechoso, mi aliento vaporoso, las cajas de cartón que se veían arrastradas por el agua. Todo esto se me presentaba relacionado en el espacio y el tiempo: el agua *corría* calle *abajo*, *cubría* la calzada y parte de los carros, las cajas flotaban *sobre* el agua; la lluvia se precipitaba *desde* el cielo *hacia* el suelo, los truenos sonaban *más lejos o más cerca*, estallaban y reverberaban, *duraban*, se apagaban *antes de* resonar *otra vez*. Y sobre todo esto se fundaban sentidos estimativos, emotivos, volitivos: la descarga era furiosa, pero a la vez tenía un cariz confortante, como de alivio y relajación de algo que hubiese estado conteniéndose hasta lo imposible (tal el sentido emotivo que tenía para mí entonces); y por otra parte, era una descarga tan portentosa que aterraba y hacía temblar mi voluntad de regresarme a casa (me movía a considerar si no debía mejor permanecer en mi trabajo hasta que la lluvia amainara —pero esto podía perpetuarse quién sabe cuántas horas, y así se suscitaba en mí la inquietud ante la posibilidad de tener que pernoctar en la oficina). Todo esto, que en la descripción lingüística no puede darse sino sucesiva, linealmente, en aquella vivencia se me daba, en cambio, como una impresión afectiva unitaria y total, en cada ahora, como un sentido único que abrazaba a la par todos los sentidos mencionados antes —y tantos otros—. Es a esto a lo que hemos estado llamando sentido plenario.

Ahora bien, esta descripción es enteramente consistente con aquella que Husserl ofrecía en la *Filosofía de la aritmética* para determinar lo que entonces denominaba momento figural, y con aquella otra que en las *Investigaciones lógicas* recibía el nombre de momento de unidad. En efecto, en el capítulo primero veíamos que, así como había un tipo de partes abstractas fundadas en algunos pedazos, y que éstas eran las formas de unión (no necesaria) entre esos pedazos (eran los casos de fusión y encadenamiento entre partes concretas), había a la par un tipo de parte abstracta o momento que se fundaba, no ya en ciertos pedazos, sino en la totalidad conjunta de contenidos que comparecían ante la sensibilidad. Decíamos entonces: “Todos los contenidos particulares y todo el complejo de relaciones bajo las cuales éstos se hallan aparecen *fundidos* unitariamente, confiriéndole a la pluralidad una suerte de cualidad unitaria, una cuasi-cualidad, ya no de la pluralidad, sino del *todo*.”¹⁸ Describíamos así el momento figural.

El problema que había conducido a Husserl a la noción de momento figural era la pregunta por la posibilidad de aprehender intuitivamente, en una intuición unitaria (e instantánea) una pluralidad. Pero el propio concepto de momento figural lleva a Husserl a referirse, ya no a pluralidades, sino a totalidades. No se trata, pues, de un mero agregado de elementos, de una multiplicidad, sino de un complejo de partes enlazadas, fundidas en una configuración unitaria.

Si se atiende al modo como Husserl caracteriza un todo en las *IL*, se verá que, aun cuando en la *Filosofía de la aritmética*, de 1891, el filósofo no hubiera desarrollado todavía una teoría de los todos y las partes, ya estaban allí cifradas las ideas que conducirían al concepto de todo —expuesto nueve años más tarde en *IL*— y que permitirían abordar el problema de la unidad de los todos valiéndose de la noción de momento figural (que entonces, en las *IL*, pasaría a llamarse momento de unidad). Dice Husserl en *IL*:

Por *todo* entendemos un conjunto de contenidos, que están envueltos en una *fundamentación unitaria* y sin auxilio de otros contenidos. Los contenidos de semejante conjunto se llaman partes. Los términos de *fundamentación unitaria* significan que *todo contenido está, por fundamentación, en conexión directa o indirecta con todo otro contenido*.¹⁹

Y también: “Por *momento de unidad* entendemos un contenido que está fundado por una pluralidad de contenidos; y no por algunos de ellos, sino *por todos juntos*”.²⁰

Si en lugar de contenidos, hablamos ahora de sentidos, el sentido plenario de una vivencia no puede ser sino su momento de unidad, esto es, aquella parte abstracta de la vivencia que se funda en todos los sentidos constitutivos de la vivencia y en todos ellos juntamente.²¹

¹⁸ *Supra*, p. 32. Oportunamente discutimos en qué sentido este momento figural era una cuasi-cualidad y no una cualidad en sentido propio, y vimos que el carácter cualitativo residía en que, lo mismo que una cualidad, el momento figural tenía un carácter unitario y simple; esto último porque era captado como algo simple, aun cuando su constitución fuese hartamente compleja. *Cf. supra*, pp. 32-33.

¹⁹ III, § 21, p. 421, subrayados de Husserl.

²⁰ *Ibid.*, § 22, p. 425.

1.1.2 Continuación del análisis de discontinuidad (recuerdos secundarios)

Si nos atenemos a lo que impone (i), lo que proporcionaría la posibilidad de que unas vivencias (partes concretas) destacaran intuitivamente del flujo de vivencias sería que hubiese una discontinuidad o “distancia” entre partes abstractas de las vivencias intuitas como separadas (con tal de que las partes abstractas, así distanciadas, pertenezcan a un mismo género)²². La digresión anterior ha permitido determinar que el sentido plenario de una vivencia, esto es, el sentido integral de la vivencia, es un momento o parte abstracta, y no un momento concerniente a algunas de sus partes, sino a la vivencia toda: es, pues, su momento de unidad. Si (i) es un criterio efectivo para determinar en qué radica que las vivencias sean intuitivamente separables/destacables de entre el flujo al que pertenecen, entonces su destacarse, *como vivencias*, debe radicar en una discontinuidad (o heterogeneidad) entre sentidos plenarios.²³

Pero a esto se suman todavía los requisitos de contigüidad y distancia no demasiado pequeña. De acuerdo con (ii) las partes abstractas deben discontinuarse a lo largo de una extensión, temporal o espacial. Lo interesante de reparar en esto, tomando en consideración, no ya contenidos, sino sentidos vivenciales plenarios, es que el flujo de vivencias es precisamente un *continuum* de tiempo lleno, con lo cual, la discontinuidad sólo puede darse de manera “motivada”. En otras palabras, el único modo de forjar una discontinuidad (nunca absoluta) en

²¹ Juntamente, pero habría que agregar también: *inmediatamente*, pues esos sentidos constitutivos se fundan a su vez —y esto ha ocupado parte de las investigaciones del capítulo segundo— en sentidos instituidos y sedimentados previamente. En otras palabras, los propios sentidos constitutivos de una vivencia se fundan, genéticamente, en sentidos instituidos antes. El momento de unidad de una vivencia se funda, pues, en sus sentidos constitutivos junta e inmediatamente, pero se funda también, mediatamente, en los sentidos que, genéticamente, fundan esos sentidos constitutivos.

²² Estrictamente, (i) impone que las diferencias específicas ínfimas *pertenezcan a un mismo género puro inmediatamente superior*. No he abordado aquí la pertenencia de los sentidos plenarios a un género puro, porque no veo que sea de especial importancia. Sin embargo, debe tenerse en consideración esta nota de Husserl: “Los momentos de unidad, como todos los demás contenidos abstractos, se ordenan en puros géneros y especies. Así el género *figura espacial* se diferencia en *figura triangular* y ésta, a su vez, en la especie ínfima *triángulo determinado*”; *ibid.*, III, § 22, p. 425, subrayados de Husserl. No parece sencillo trasladar esto a los sentidos plenarios, aunque podría ensayarse que el género *sentido vivencial plenario*, se diferencia en, pongamos, *sentido plenario recordado*, y éste, en la especie ínfima *sentido plenario de un recuerdo determinado*. Zirión me hace notar, sin embargo, que la individualidad del sentido plenario de un recuerdo determinado, *in concretum*, rebasaría el carácter de especie ínfima. Algo semejante a una especie ínfima de sentido plenario conmemorativo sería, por ejemplo, /recuerdo desasosegado de mañanas de infancia de camino a la escuela/. Pero el sentido plenario de un recuerdo individual que se aviniera a esta “esencia intencional”, tendría a la par todos sus momentos de sentido singulares, que lo determinan como ese preciso recuerdo, único, individual, etc. De ahí que el modo como los momentos de unidad se ordenan en géneros y especies, no sea fácilmente trasladable al caso de los sentidos plenarios. Como quiera, esto no es de mayor relevancia a los efectos de lo que aquí importa.

²³ Podría objetarse que podría haber una distancia entre momentos parciales de dos vivencias y no entre sus momentos totales (los momentos de unidad o sentidos plenarios). Creo, sin embargo, que esta objeción es insostenible a poco que se la considere. Pues no hay modo de que dos vivencias, suficientemente distantes entre sí en cuanto a sus lugares temporales (que es lo que impone el requisito (i)), “preserven” intactos todos sus sentidos constitutivos “salvo uno”, si es esto lo que quisiera proponerse con la mentada objeción.

el *continuum* que la propia forma del tiempo interno impone, es motivándola de algún modo; por ejemplo, trayendo un viejo recuerdo a presencia o reflexionando sobre una vivencia. Pero “motivar” no hace justicia, sin embargo, a la emergencia de recuerdos que se imponen por sí mismos (no “motivados” por la voluntad de recordar) y que, como quiera, introducirían lo mismo una discontinuidad. Todo esto debe ser explicado.

Que la forma del tiempo es un *continuum* ha quedado ya en evidencia, a la luz de las descripciones que, con Husserl, exponíamos en el capítulo segundo. No podría haber conciencia de objetos duraderos, de persistencia en el tiempo, de sucesión, de no ser porque la propia forma del tiempo interno es tal que, de manera continua, ininterrumpida, nuevos ahora van modificándose en retenciones, preservándose, en cada caso, la identidad cualitativa y el lugar temporal de lo retenido, y desplazándose, a cada momento, las retenciones anteriores en un grado retencional cada vez mayor hasta el hundimiento. Pero siendo que la propia forma del tiempo es un *continuum*²⁴ y que toda síntesis de contenidos y de sentidos se funda sobre esta síntesis trascendental del tiempo, entonces las vivencias inmediatamente sucesivas entre sí, las de fases de ahora inmediatamente contiguos, guardan entre sí una afinidad casi total. Con justeza se dice que esas vivencias se funden o fusionan una en otra (en el preciso sentido mereológico de la fusión que enlaza concretos), que fluyen sin solución de continuidad. Y es aquí donde entra a jugar (iii), pues la distancia entre dos ahora inmediatamente sucesivos es tan pequeña que impide que las vivencias correspondientes —lo sentidos plenarios de esas vivencias— destaquen el uno con respecto al otro. Decía, por esto, que, para que una vivencia, o más bien, el sentido plenario de una vivencia destaque intuitivamente con respecto al flujo, debe “motivarse” (voluntaria o involuntariamente) la discontinuidad.

La retención, también llamada por Husserl recuerdo primario, no es lo suficientemente “distante” con respecto al ahora como para poder destacar; tanto así que el presente, que, según habíamos visto, no puede ser concebido como un ahora infinitesimal, necesariamente comprende la intención retencional “como una cola de cometa que se adhiere a la percepción del caso”,²⁵ es decir, que se adhiere al ahora (correlativamente, lo retenido queda adherido a la impresión originaria). Sólo un *recuerdo secundario*, uno en que lo recordado no se halle adherido a la impresión percibida,²⁶ estaría lo suficientemente distante del ahora como para que el sentido plenario de esa vivencia destacara. Se trataría de un recuerdo que ya se ha hundido o “semihundido” y vuelve a comparecer. En este caso, puesto que el recuerdo vuelve a hacerse presente, el contraste, el destacar intuitivo se da entre el sentido plenario de lo recordado, que ha

²⁴ Husserl enfatiza esto de manera clara y concisa en *Ideas I*, § 81-82.

²⁵ *LFCIT*, § 14, p. 57.

²⁶ *Cf. ibid.*, § 14.

vuelto a llenar el ahora, y el sentido plenario de lo vivido inmediatamente antes de que el recuerdo compareciera —por esfuerzo rememorativo o por emergencia involuntaria.²⁷

De acuerdo con lo anterior, pues, cuando menos los recuerdos secundarios, o más precisamente, el sentido plenario de los recuerdos secundarios, se aviene a los tres requisitos de separabilidad intuitiva que habían sido expuestos anteriormente (o más bien, los criterios se avienen a este tipo de vivencias). Pues, en efecto, el sentido plenario de un recuerdo secundario que emerge, o que es traído por un esfuerzo rememorativo, introduce una discontinuidad (que no ruptura) en la extensión temporal en que discurren las vivencias: el sentido plenario de la impresión recién vivida se ve discontinuado con la comparecencia del recuerdo, que trae una vivencia “otra”, un sentido plenario *cualitativamente* no fundido con el sentido de la vivencia anterior, y que, por tanto, no es con-fundible con ésta; al contrario: destaca intuitivamente, se “recorta” sobre lo recién vivido.²⁸

Pero no ha sido el “ajuste” entre este tipo de vivencias y los criterios señalados lo que ha decidido que los recuerdos secundarios sean vivencias intuitivamente separables/destacables del flujo —y justo por ello, partes concretas de éste—. Esto era ya un dato evidente que se ganaba con el mero reflexionar sobre los propios recuerdos. Si los criterios no hubiesen sido satisfechos en el análisis anterior, la insatisfacción habría hablado, no en contra de la separabilidad intuitiva de este tipo de recuerdos —cuya evidencia se mantendría incólume—, sino en contra de los propios criterios. Que haya sido posible describir la separabilidad intuitiva de los recuerdos con respecto al flujo, y que esto haya podido hacerse justo en términos de los criterios anteriores, ha permitido, *a la par que confirmar la validez de esos criterios, determinar con mayor precisión en qué radica esta separabilidad*. Se ve ahora que radica en un contraste entre sentidos plenarios (momentos de unidad vivencial), al modo como se ha descrito, y que esto sólo puede darse, en la rememoración, en la esfera de los recuerdos secundarios.

²⁷ Podría suponerse que no bastaría con la mera exigencia de que se tratara de un recuerdo que se ha hundido o “semihundido”. Pues —se diría— si alguien se pasara tres horas sin moverse, mirando invariablemente una y la misma pared, en un cuarto cerrado cuya luz fuera estable, donde nada se moviera, nada sonara, entonces las vivencias de los primeros minutos de este curioso encierro y las vivencias que tendría esa persona al cabo de tres horas se parecerían tanto entre sí que, por hundidas que se hallasen las primeras, una vez transcurridas esas tres horas, no introducirían, de ser recordadas, un verdadero contraste que las volviera destacables. Este tipo de situación no es, sin embargo, un contraejemplo, porque, a pesar de la invariabilidad del entorno físico, la persona que se sometiera a un ejercicio tal tendría pensamientos, fantasías, recuerdos, e incluso sensaciones físicas distintas en las diferentes fases de su encierro. Y es seguro que al cabo de tres horas, si aguantara una cosa así (¡y si no alcanzara, en medio, el Nirvana!), podría recordar cómo al principio iniciaba su ejercicio descansado y con cierto aliento; y este recuerdo no podría sino destacar con respecto al cansancio, el entumecimiento de los miembros y el eventual hastío que estarían pesando sobre la persona del caso al cabo de tres horas. (La alusión al Nirvana no debería tomarse sólo en sentido humorístico; si existiera algo así como lo que el budismo ha llamado Nirvana, habría entonces una efectiva cancelación del *ego* y de los *cogitata*; también de la conciencia del tiempo.)

²⁸ Y sin embargo, no hay que olvidar que esta discontinuidad (heterogeneidad) afínica sobre una síntesis de asociación por semejanza (homogeneidad), según se ha descrito en el capítulo segundo. Entre la vivencia recién sida y el recuerdo que ahora comparece tuvo que haber mediado una síntesis de asociación que enlazara el sentido plenario de ambas vivencias.

1.2 Separabilidad intuitiva en la reflexión: el caso del presente vivo como concreto intuible (inaplicabilidad de la noción de discontinuidad para este caso)

Ahora bien, lo que ha determinado que, en la rememoración, sólo los recuerdos secundarios puedan destacar intuitivamente con respecto al flujo, es el criterio (iii), según el cual la distancia entre las partes abstractas que se extienden temporalmente no debe ser demasiado pequeña. Esto ha dejado de lado las retenciones o recuerdos primarios, que se hallan adheridos al ahora. Pero si consideramos, no ya actos de rememoración, sino actos de reflexión, la situación es otra y el universo de los tipos de vivencias intuitivamente separables se amplía considerablemente.

Yo puedo, en efecto, reflexionar sobre la vivencia inmediatamente pasada —y a los efectos de lo que nos ocupa aquí, no tiene por qué tratarse de una reflexión con vistas a intuir la esencia de las vivencias de conciencia— y aun reflexionar, en este sentido lato, sobre las vivencias actuales conforme éstas van discurriendo (e incluso, sobre mis expectativas actuales de futuro). De este modo, motivo algo así como una distancia que impone un contraste, aunque es preciso determinar esto con cuidado. Para ello apelemos, una vez más, a un ejemplo.

Pongamos que estoy platicando con un buen amigo y que, en medio de la plática, surge un asunto sobre un tal H, una persona que ambos conocemos. Me he enterado, de buena fuente, de algunos detalles que involucran a H en un episodio más bien censurable. No soy amigo de H, repruebo lo que ha hecho, pero la persona que me ha referido el dato, dada la delicadeza del caso, me ha pedido discreción. Sé que debo callar, incluso ante el amigo con quien platico. Pero este último me interroga, quiere saber si H ha estado involucrado en aquel asunto, y olfatea que yo puedo saber algo. Lo que sé, sobre todo, es que no debo decir nada; también, que no debo mentirle a mi amigo (y responder que no sé nada sobre el caso sería mentirle); por último, que andarse con evasivas no va sino a acicatear su curiosidad (si es que las evasivas no son decirlo ya todo). Mi amigo insiste y entonces, en un instante de obnubilación, *me veo diciendo*, para mi completo asombro: “Sí, H está involucrado.”

¿Qué quiere decir que “me veo diciendo” tal cosa? Y más allá del carácter metafórico de la expresión, ¿es sostenible esta idea? ¿Puede darse, en efecto, un percibirse a la par que uno obra, es decir, percibirse a uno mismo obrando, viviendo mientras vive?²⁹

²⁹ Pregunto, en este caso, por la posibilidad “simultánea” de lo que Husserl denomina *experiencia temática reflexiva del yo personal*; no pregunto por la reflexión pura del yo. Dice Husserl: “Distinguimos, pues, de la REFLEXIÓN DEL YO PURA, de la reflexión sobre el yo puro que pertenece por esencia a todo *cogito*, la EXPERIENCIA TEMÁTICA REFLEXIVA sobre la base de la apercepción de la experiencia desarrollada, cuyo objeto intencional es este yo empírico, el yo de la intencionalidad empírica, como experiencia de sí mismo del YO PERSONAL con referencia a los nexos de experiencia en los cuales este yo personal [...] se acredita según sus ‘PECULIARIDADES PERSONALES’ O RASGOS DE CARÁCTER”, *Ideas II*, § 57, pp. 296-297.

Recordemos que lo que nos interesa es explorar la separabilidad intuitiva de las vivencias en la reflexión, esto es, investigar cómo, por vía reflexiva, las vivencias *pueden* ser percibidas *qua* vivencias concretas. En este sentido, el ejemplo debe poder ayudar a describir tan sólo una posibilidad, no importa si una que se da con mayor o menor frecuencia (en todo caso, no debería ilustrar una posibilidad extraordinaria, sino ordinaria). No he apelado hasta ahora a los ejemplos de Husserl, porque, a mi parecer, no dejan ver con plena claridad la posibilidad de percibir, reflexivamente, el presente vivo mismo.³⁰ Por ello, he tomado una situación de un tipo más o menos reconocible: el percibirse haciendo, diciendo o pensando (y el gerundio es decisivo) algo que parece haberse puesto en movimiento por sí solo, antes de cualquier deliberación, decisión, afirmación o censura (“Sí,...”),³¹ y el verse, una vez esto iniciado, perpetuando lo que ha echado a andar (“... H está... ”), como si ello estuviese conducido por una inercia irrefrenable que impulsara a persistir en ello hasta el final (“... involucrado”).

En todo momento, en cada ahora, voy diciendo y, *a la vez*, oyéndome decir, diciendo y asombrándome de mi estar diciendo, diciendo, en fin, y cuasi-censurando, impotentemente, mi decir. Si tuviera que reportar esto a otra persona, utilizando un lenguaje coloquial (en absoluto mereológico), diría: “Una parte mía hablaba mientras la otra miraba perpleja cómo simplemente estaba yo diciendo una cosa así.” En casos como éstos,³² parece, en efecto, mediar una cierta distancia entre “la parte que habla” y “la parte que mira”. La vivencia del decir se transforma en objeto de la mirada reflexiva: en lo percibido. Puedo percibir, en efecto, cómo mi discurso acaba de iniciar, cómo va desplegándose, cómo lo que sigue, la enunciación de los fonemas que completarán la comunicación de la idea, va adviniendo inexorablemente, sin que pueda yo interrumpirme (ya es, a esa altura, demasiado tarde). Percibo asombrado lo recién sido; perplejo, lo que está siendo; resignado, lo inminente. Pero percibo todo esto junto; coexisten en mi vivencia reflexiva el asombro de haber empezado a decir, la perplejidad de permanecer

³⁰ Sí dejan ver, en cambio, la posibilidad de percibir la vivencia recién sida. Cf. *Ideas I*, § 77-78. Como este caso es más sencillo de advertir, y por lo demás, ya ha sido, a mi parecer, adecuadamente descrito por Husserl, no lo tematizaré con detenimiento. Me centraré más bien en intentar describir si es posible y cómo es posible percibir, reflexivamente, el presente vivo, pues lo que realmente ofrece mayor resistencia a la descripción fenomenológica es el análisis de la posibilidad de vivir y, *simultáneamente*, reflexionar o percibir *lo que se está viviendo* (por breve que sea el trecho en que esto sea posible). Como he dicho ya, Husserl acomete esto por vía de ejemplos, pero, cuando menos su ejemplo de la alegría por “haber teorizado desenvuelta y fecundamente”, no acaba de convencerme. Se observa que: “La alegría está ahí como algo que *sigue* durando, ya anteriormente vivido y en que tan sólo no se habían fijado los ojos”, *Ideas I*, § 77, p. 174. Esto podría aceptarse, es cierto. Pero aquí la reflexión se dirige tan sólo a la alegría que sigue durando y no a la teorización desenvuelta y fecunda, al *plenum* vivencial. (Si bien se dice que: “La desenvoltura del curso de ideas padece con ello [=la reflexión]”, de todos modos no queda claro el grado de este padecer.) Y si lo que queremos aquí es ver cómo en la reflexión puede destacar intuitivamente el sentido plenario de la vivencia, y no tan sólo una de sus notas, por prominente que ésta sea, entonces debemos proponer algún ejemplo alternativo.

³¹ Y en este sentido, antes, incluso, de toda reflexión. En el ejemplo, la reflexión inicia cuando el discurso ya ha echado a andar, con lo cual su primera fase es irrefleja.

³² Hasta donde veo, bastante comunes. En literatura abundan ejemplos. Uno de ellos: “De pronto Wilbourne oyó su propia voz hablando con asombrada y quieta incredulidad”, narra Faulkner en *Las palmeras salvajes*, p. 81.

diciendo, la impotencia de no poder ya detenerme. Asombro, perplejidad, impotencia, son palabras que designan los sentidos afectivo-volitivos que tienen o van teniendo para mí las vivencias *percibidas*; sobre la percepción de esto (yo confesando desventuradamente estas cosas a mi amigo) se fundan estos sentidos. Me percibo a mí hablándole a este amigo, y aunque mi percepción esté ahora atendiendo, ante todo, cómo mi discurso progresa, tengo, a la par, conciencia —más o menos implícita— de que mi amigo se sienta enfrente de mí (de no tener conciencia de que las palabras van dirigidas a mi amigo, éstas no serían motivo de escándalo, no estaría yo violando la solicitada discreción), en cierto lugar donde hay tales y cuales objetos, en tal día, a tal hora. Reflexivamente, percibo, pues, las vivencias en su fluir —en este caso, mi percepción se dirige al nóema de las vivencias—, y voy percibiendo (y estimando, sintiendo), en cada caso, ya una impresión total de esas vivencias, o bien reparo en ciertos “aspectos” de eso que percibo, por ejemplo, en cómo mi voz vacila mientras hablo o lo que fuere. Puedo, pues, intuir, o bien algunos sentidos parciales, en los que reparo especialmente en mi reflexión, o bien el sentido plenario de esas vivencias, si es que mi reflexión se dirige a ellas tomándolas, noemáticamente, de manera integral. Esta última posibilidad es la que permite que yo pueda intuir mis vivencias actuales como concretos, como unidades fluyentes (precisamente, por intuir sus momentos de unidad o sentidos plenarios) intuitivamente destacadas.

Pero aquí se da un caso notable: los momentos de unidad de las vivencias, intuidos en la reflexión, deben su separabilidad, no a una distancia temporal (que traería aparejada una heterogeneidad entre sentidos plenarios), como era el caso de la rememoración de recuerdos secundarios, sino a una distancia de otra naturaleza. *El contraste no surge aquí entre sentidos plenarios que se extienden, contiguamente, en el tiempo* (no contrastan el sentido plenario de lo actualmente recordado con el sentido plenario de lo vivido inmediatamente antes de que emergiera el recuerdo). Así, pues, en este caso se da una separabilidad intuitiva que, sin embargo, no se aviene al criterio (ii).

¿Qué sucede en casos como los que ilustra el ejemplo? En casos así, la separabilidad se realiza a partir de un desdoblamiento del yo en dos niveles vivenciales, que, si bien coexisten durante un trecho,³³ guardan entre sí una *distancia* del tipo “sí-mismo como otro”. Mis vivencias y sus correlatos se me muestran, en la reflexión, como mías, como siendo de este mismo yo que las percibe, pero a la vez como heterogéneas. El exhibirse como siendo vivencias de este yo impone de suyo que el rasgo de heterogeneidad no pueda ser con respecto al yo mismo, sino sólo con respecto a su reflexionar.

Describir esta heterogeneidad, esta posibilidad del sí-mismo como otro, además de habérselas con la vasta complejidad que el tema entraña de suyo, supondría, además, estudiar con

³³ Aunque uno más bien breve. Las vivencias de, pongamos, el decir o el hacer o el pensar tal o cual irían declinando bajo la mirada reflexiva hasta que, al cabo, se trataría de un reflexionar sobre lo recién dicho, hecho, pensado —esto último habría “suplido” en el vivir a las vivencias sobre las que se reflexiona.

detenimiento la relación entre la reflexión y su correlato, lo reflexionado, y esto traería aparejadas no pocas dificultades relativas a la relación nóesis-nóema. A los efectos de lo que importa en esta investigación, baste con haber señalado, a través del ejemplo y las breves consideraciones anteriores, la efectiva posibilidad de que el presente vivo sea intuido, reflexivamente, como vivencia concreta, en virtud, no de una discontinuidad, en el sentido que habían fijado (i)-(iii), pero sí de una cierta distancia o separación intuitiva como la sugerida antes. A partir de lo anterior, no es difícil advertir también cómo por vía reflexiva es posible intuir separadamente lo recién vivido y lo por venir.

Así, pues, cabe afirmar, ahora sí, que toda vivencia del yo es un concreto; en efecto, toda vivencia del yo puede, en principio, ser intuida separadamente, ya en el recuerdo, ya en la reflexión.

El análisis que sigue abordará el aspecto de no-independencia de las vivencias concretas.

1.3 La no-independencia de las vivencias: momentos y fundamentaciones entre pasado, presente y futuro

Las investigaciones del capítulo segundo estuvieron destinadas a determinar de qué modo interactúan pasado y presente. Alcanzábamos, hacia el final, la descripción de un doble escorzamiento del presente vivo en el tiempo fenomenológico, de suerte que, de un lado, la intención retencional abría tras de sí una serie de vivencias que sostenían el sentido plenario del ahora en grados de mediatez crecientes conforme nos alejábamos más y más del presente; del lado de la protención, se abría el escorzo transversal, la serie de vivencias ordenadas con arreglo a la semejanza entre sentidos plenarios. Distinguíamos, entonces, una vivencia inmediatamente asociable con el ahora lleno, que no podía sino estar sostenida por otra vivencia que fungiera respecto de ella del modo como ella fungía respecto del presente vivo, y esta serie se extendía en grados de potencialidad/pasividad cada vez mayores, que, sin embargo, no podían ser tenidos por una mera nada. La noción de fundamentación nos permitirá, en lo que sigue, describir con mayor precisión los resultados alcanzados.

Por un lado, lo que llamábamos sentido plenario del ahora, el nóema plenario del presente vivo, es, en términos mereológicos, su momento de unidad. De la totalidad de sentidos constitutivos que fundan el momento de unidad, en todas sus capas, una parte abstracta o momento viene dada por el pasado; otra, por lo nuevo que trae la impresión originaria del ahora; otra, por los sentidos relativos a lo inminente y por las expectativas, explícitas o implícitas, con respecto al futuro mediato. El *momento de pasado en el presente*, que es, por lo demás, el momento que une sintéticamente presente y pasado, se ve “sostenido” por el doble escorzamiento ya descrito. Cabría, en este sentido, distinguir dos momentos de pasado en el

presente: uno dado por el escorzamiento longitudinal (*momento de pasado reciente en el presente*) y otro por el escorzamiento transversal (*momento de pasado lejano en el presente*). Ahora bien, decir que cada momento se ve sostenido por las vivencias del escorzo correspondiente es tanto como decir que, de no existir esas vivencias, no existiría el momento del caso, o lo que es lo mismo, que cada momento de pasado en el presente *se funda* en las vivencias de su respectivo escorzo: el momento de pasado reciente en el presente se funda en las vivencias del escorzo longitudinal; el momento de pasado lejano en el presente se funda en las vivencias del escorzo transversal. Si, en cambio, queremos describir de manera integral el momento de pasado en el presente, sin hacer las distinciones anteriores (en último caso, todos los momentos constitutivos del momento de unidad están fundidos en una impresión única), debemos decir que este momento se funda en el doble escorzamiento del presente vivo en el tiempo fenomenológico.

Si ahora reparamos en esta forma, se ve al punto que lo que hemos llamado grados de pasividad/potencialidad de las vivencias que componen los escorzos longitudinal y transversal, se corresponde con grados de mediatez en la fundamentación. En efecto, el *momento de pasado reciente en el presente* se funda de manera inmediata en el sentido plenario de la vivencia inmediatamente anterior al ahora; pero se funda, mediatamente, en un primer grado de mediatez, en el sentido plenario de la vivencia inmediatamente anterior a la inmediatamente anterior; en un segundo grado de mediatez, si interponemos dos vivencias en medio y así. Veamos esto.

Ante todo, es preciso recordar, en primera instancia, que el presente vivo comprende las tres intenciones: retención, impresión y protención. Así, pues, puesto que el sentido plenario de la vivencia recién sida (V_{R1}) es uno de los sentidos constitutivos del momento de unidad del presente vivo, el sentido plenario del presente vivo se funda inmediatamente en el momento de unidad (o sentido plenario) del pasado reciente —y en todos sus restantes sentidos/momentos constitutivos.³⁴ Pero, análogamente, el momento de unidad del pasado reciente (V_{R1}), se hallaba, un instante antes, co-constituido por el momento de unidad de la vivencia que le era inmediatamente anterior (V_{R2}). El momento de unidad de V_{R1} se fundaba, pues,³⁵ inmediatamente en el momento de unidad de V_{R2} . De donde se ve que V_{R2} funda inmediatamente el momento de pasado reciente de V_{R1} , y funda, mediatamente (en un primer

³⁴ Se trata de una fundamentación inmediata y no mediata porque el sentido plenario de V_{R1} es ya el sentido total fundado de esa vivencia, su sentido integral “superior”, por así decir. En cambio, se trataría de una fundamentación mediata si consideráramos un mero sentido objetivo de la vivencia reciente, pongamos el sentido objetivo de una mesa: éste funda los sentidos superiores relativos al objeto (estimativos, emotivos, volitivos), que a su vez co-fundan, junto con los demás sentidos superiores fundados en otros sentidos objetivos, bajo ciertas relaciones entre ellos, el sentido plenario de V_{R1} , que a su vez co-funda el sentido plenario del presente vivo. Así, pues, el sentido objetivo que la mesa presenta en V_{R1} funda mediatamente el momento de unidad del presente vivo (median, cuando menos, tres grados en la fundamentación).

³⁵ Y se funda aún, pues en la retención se conservan los horizontes del antes y el después, de las vivencias precedentes y subsecuentes.

grado de mediatez) el momento de pasado reciente del presente vivo. Y así es que se obtienen, en el escorzo longitudinal, grados de fundamentación crecientes conforme nos remontamos hacia vivencias más lejanas con respecto al ahora.

En cuanto al *momento de pasado lejano en el presente*, éste se funda de manera inmediata en la vivencia V_1 del escorzo transversal; mediatamente, en V_2 , y conforme crece este subíndice de pasividad/potencialidad crece, a la par, el grado de mediatez con que las vivencias del escorzo transversal fundan el presente vivo.³⁶ Esto también exige una descripción más detallada.

Fundamentación mediata quiere decir, en cuanto al escorzo transversal, que V_2 funda el presente vivo en la medida en que funda a V_1 ; que V_3 funda el presente vivo en la medida en que funda a V_2 (que a su vez funda a V_1 que funda el presente vivo). Una parte del sentido total que tiene para mí la vivencia de este ahora está fundada, en pasividad, por el recuerdo lejano inmediatamente asociable (V_1). Sin algún V_1 no habría realización de esta síntesis asociativa, no habría, pues, posibilidad de un momento de pasado lejano en el presente y no habría, en último caso, posibilidad de recordar ninguna vivencia hundida. Es en este sentido que decimos que V_1 (hablamos de su sentido plenario) es inmediatamente fundante del momento que liga presente y pasado lejano. Pero, a su vez, V_1 debe su posibilidad de ligarse con el pasado lejano (relativamente a V_1), o lo que es lo mismo, tiene su potencial “momento de pasado lejano en V_1 ” (en una potencia de primer orden) gracias a una posible vivencia V_2 , que, en un segundo orden de pasividad/potencialidad con respecto al presente vivo sería la inmediatamente asociable con V_1 . En este sentido, V_2 funda inmediatamente este momento de V_1 , y mediatamente, el momento de pasado lejano en el presente vivo. Análogamente, toda vivencia V_{i+1} funda inmediatamente el posible momento de pasado lejano de V_i . De donde se ve que, por mucho que la mirada no pueda penetrar en las “vivencias transversales” más remotamente fundantes, éstas, aun en su profundo hundimiento, no pueden ser tenidas por una mera nada: “fundan desde las lejanías”.

Pero en el caso de vivencias pasadas, se daba lo que, en el capítulo segundo, llamábamos escorzo transversal protencional, que definíamos en términos de “la potencial donación de sentido que afectaría retroactivamente a esa vivencia en caso de comparecer”. Decíamos:

Un recuerdo pasivamente asociado en este ahora tiene, potencialmente, un sentido retroactivo *por haber sido evocado desde este preciso ahora* y tendría otro desde otro ahora (el “lugar” desde el cual accedo al pasado impone ya su impronta; en este caso, una donación retroactiva de sentido). Y así como, en cuanto a la afección de las vivencias pasadas sobre el presente vivo, el escorzo transversal avanzaba en potencialidades de orden creciente, así también la afectación retroactiva del presente sobre el pasado supone, para cada término de la serie transversal, un grado cada vez

³⁶ Recuérdese que, en cuanto a las vivencias del tipo V_1 , V_2 , etc., estamos siempre tomando en consideración el polo noemático: su sentido plenario.

mayor. V_1 es inmediatamente afectante del presente vivo en un primer orden de pasividad/potencialidad, pero también inmediata y retroactivamente afectado por el presente vivo en un primer orden de pasividad/potencialidad; V_2 es mediatemente afectante, pero también mediatemente afectado en un segundo orden y así. Esta serie (la formulada luego del “pero también” en cada caso) describe el *escorzo transversal protencional*, que es, en verdad, la misma serie del escorzo transversal retencional, pero considerada en cuanto a la donación de sentido retroactivo que brinda el presente en la evocación pasiva, es decir, considerada en la dirección contraria.³⁷

En otras palabras, el sentido plenario de toda vivencia pasada tiene, también, como una parte constitutiva que le es propia, su potencial/pasivo *momento de futuro (en el pasado)*. Pero se trata de un momento cuya fundamentación última recae, necesariamente, en el presente vivo. Para ver esto, supongamos que salgo a caminar con un amigo con el que solía hacerlo antes de que ambos abandonáramos el país. Nuestras caminatas eran una tradición atesorada por los dos. Salíamos hacia el atardecer y vagábamos largas horas por la ciudad ya anochecida. Esta última vez nos reencontramos, como siempre, a medio camino entre su casa y la mía. Hace cuatro años que no caminamos juntos. Elegimos un rumbo y echamos a andar. En algún momento evocamos las viejas caminatas, especialmente una de ellas. Ambos la recordamos claramente. El recuerdo rezuma, para los dos, el aire de aquellos tiempos: la despreocupación de entonces, una cierta estabilidad en nuestras vidas, el vigor de nuestra amistad, la relativa bonanza de un país cuya crisis, aunque ya instalada, no permitía adivinar el estrepitoso derrumbamiento que sobrevendría poco más tarde. Pero ambos tenemos conciencia de lo que ha sucedido después: el desbarrancamiento del país, la emigración, la inestabilidad, las nuevas responsabilidades, y este tener conciencia de todo ello le presta un cierto sentido al recuerdo (“¡Qué felices éramos entonces!”, “Con qué despreocupación corría la vida”, “¡Quién hubiera dicho que todo acabaría yéndose al diablo!”). Pero es un sentido que el recuerdo no habría tenido si lo hubiésemos evocado —juntos o cada quien por sí solo—, antes de emigrar.

Puedo, en efecto, recordar vivencias de aquel período, o de un período apenas posterior, y advertir cómo entonces aquellas caminatas —e incluso aquella en particular—, por confortantes que fueran, eran parte de una cierta “normalidad”. Puedo recordar que cuando recordaba esas caminatas, éstas encerraban para mí un sentido que, según veo ahora, es distinto del sentido que tienen en esta última evocación. Recordarlas en aquel período no podía entrañar un sentido del tipo: “¡Quién hubiera dicho que todo acabaría yéndose al diablo!”: nada parecía estar yéndose al diablo.

Advierto, pues, que en una evocación más o menos contemporánea a la caminata, el recuerdo se veía dotado, retrospectivamente, de un cierto sentido, y que en esta evocación última, este

³⁷ *Supra*, pp. 139-140.

sentido retrospectivo es otro. En el primero caso, sin embargo, se trata de un recuerdo de un recuerdo: recuerdo (ahora) mi (pasado) recordar la caminata. El sentido retrospectivo de la caminata queda subsumido bajo el sentido retrospectivo del recuerdo en primer grado, que es otorgado por/en el presente vivo. O para decirlo en términos mereológicos, el momento de futuro del recuerdo de segundo orden (mi amigo y yo caminando) se funda en el momento de futuro del recuerdo de primer orden (yo recordando a mi amigo y a mí caminando), que se funda, a su vez, en el presente vivo —pues es éste el que otorga todo sentido retrospectivo—. Más precisamente: el recuerdo de segundo orden se funda inmediatamente en el recuerdo de primer orden, y mediatamente en el presente vivo. (Pueden concebirse ejemplos en que los grados de la fundamentación sean tan mediatos como se desee.)

De lo dicho anteriormente se desprenden dos consecuencias de interés: (i) Toda vivencia tiene su potencial momento de futuro con respecto a toda otra vivencia posterior —aunque este potencial momento debe fundarse, en último término, para toda vivencia pasada, en un momento de futuro relativo al presente vivo. Este momento de futuro es el que liga cualquier vivencia con las vivencias posteriores; (ii) Por lo tanto, se ve que, así como el presente vivo estaba fundado por vivencias pasadas, así también, el presente vivo funda, y de manera incesante, una parte del sentido del pasado: su momento de futuro.³⁸ De donde pasado y presente se fundan bilateralmente: el pasado funda el presente vivo que funda el pasado.

¿Qué diríamos del futuro en el presente vivo? Una parte del momento de unidad o sentido plenario de cada presente vivo viene dada protencialmente. Hay, pues, un *momento de futuro en el presente*. También aquí cabe distinguir la mera protención de una expectativa con respecto al futuro mediato o “lejano” (conciente explícita o implícitamente), con lo cual surge la distinción entre un *momento de futuro inminente en el presente* y un *momento de futuro lejano en el presente*. Estos momentos de futuro co-fundan, pues, el sentido plenario del presente, junto con el momento de pasado y con lo nuevo que trae cada impresión. Desde luego, esto no nos habilita a decir que el futuro funda el presente, en el sentido que acaso podría desprenderse de una metafísica finalista, al estilo de la leibniziana.³⁹ Sí, habilita a decir, en cambio, que la

³⁸ Pero el presente vivo es fundante en un sentido mucho más fuerte: las vivencias pasadas —y también las futuras—, *para ser partes de una corriente de vivencias*, suponen, justamente, un yo que viva y no hay yo vivo si éste no está viviendo en el fluyente presente vivo.

³⁹ Judas traiciona a Jesús porque esto, de acuerdo con el plan divino, traerá aparejado un bien mayor para el universo que el que traería aparejado la no traición. En el *Discurso de metafísica*, se lee: “Pues Dios ve siempre que habrá un cierto Judas cuya noción o idea, que Dios posee, contiene esta acción futura libre [...] ¿por qué un tal Judas, el traidor, que sólo es posible en la idea de Dios, existe actualmente? [...] Y sólo puede decirse, en general, que, puesto que Dios ha tenido a bien que exista, no obstante el pecado que preveía, es necesario que este mal se compense con usura en el universo, que Dios sacará de él un bien mayor y que resultará, en suma, que este orden de cosas en el cual la existencia de este pecador está comprendida, es la más perfecta entre todas las demás maneras posibles”, XXX, en Leibniz, *Tratados fundamentales. Discurso de metafísica*, pp. 155- 156. Nuestro mundo es el mejor de los mundos posibles; Dios ha previsto el mayor de los bienes posibles cuya expresión final (en sentido cronológico y etiológico) es el advenimiento del reino de los cielos. Si el plan divino hubiera tenido otro propósito que no fuera este advenimiento, los predicados del sujeto Judas, caso de existir esa mónada para ese otro plan,

conciencia de futuro y su correlato es co-fundante de la conciencia de cada presente vivo y su correlato. Pero a la vez, esta conciencia de futuro, originariamente dada por la protención, se funda, necesariamente, en la impresión que trae cada ahora. Lo por venir es conciente a partir de lo que ya es; correlativamente, el sentido del futuro inminente se apoya en el sentido de lo que es ahora. Sin necesidad de mayor desarrollo se ve, pues, también, que la conciencia actual y la conciencia de futuro, con sus correspondientes correlatos, se fundan bilateralmente. (A los efectos de esta investigación, considero innecesario reparar en las relaciones de fundamentación que pueda haber entre pasado y futuro.)

1.4 El flujo de vivencias como todo y la precisa determinación de la trascendencia mereológica de las vivencias

Ahora bien, las consideraciones anteriores valen para cualquier vivencia vivida. Pues el momento de pasado lejano de la vivencia V_4 (escorzo transversal retencional), se funda, potencialmente —de acuerdo con el grado de su potencia—, en las vivencias V_5, V_6, \dots, V_n . Pero, a su vez, su momento de pasado reciente se funda —también en el grado de potencialidad que le cabe— en los sentidos plenarios de $V_{R5}, V_{R6}, \dots, V_{Rn}$ (escorzo longitudinal retencional). En cuanto a su futuro, V_4 se funda, a través de su potencial momento de futuro, inmediatamente en las vivencias inmediatamente posteriores; mediatamente, en las mediatamente posteriores (escorzo longitudinal protencional), pero también se funda en V_3, V_2, V_1 y, en último término, en el presente vivo (escorzo transversal protencional).⁴⁰

De la interrelación de ambos escorzamientos, para toda vivencia, surge una malla o una trama de vivencias interrelacionadas entre sí, de tal modo que todas se ven mediata o inmediatamente relacionadas con todas las demás, y esto, no sólo según la dirección “longitudinal”, sino atendiendo también a las síntesis de asociación por semejanza plenaria —así la trama se dé,

podrían no incluir la traición a Jesús. En este sentido, los eventos de la historia del universo parecerían —no puedo comprometerme fuertemente con esta tesis sin haberla estudiado con detenimiento— *dependen ontológicamente* de sus postrimerías, previstas ya por Dios a la hora de la creación. Y así, a riesgo de mezclar dos filosofías distintas, podría decirse que en el “futuro” del universo leibniziano se *funda* todo su pasado. Esta aplicación de la noción husserliana no es, sin embargo, feliz, desde que la metafísica leibniziana no se refiere a las vivencias de la conciencia, a la dación del mundo a la conciencia (nunca podría proponerse una doctrina como la de la armonía preestablecida permaneciendo en la mera descripción de cómo el mundo se ofrece a la conciencia). Por lo demás, si bien Husserl acepta una teleología entrañada en el propio concepto de intencionalidad, no podría, en cambio, aceptar una teleología como la leibniziana, que supone providencia, decretos divinos, etcétera; esto último no es susceptible de ser fenomenológicamente descubierto.

⁴⁰ Recordemos que la serie transversal, recorrida de presente a pasado, avanzaba en grados de potencialidad/pasividad de recuerdos, el primero de los cuales era el inmediatamente asociable, por semejanza plenaria, con el presente, que a su vez tenía bajo sí, potencialmente, otro recuerdo inmediatamente asociable y así. El presente vivo recuerda pasivamente una vivencia, que recuerda, en un segundo orden de pasividad, otra vivencia, que recuerda, en un tercer orden, otra vivencia, etc. Si recorremos la serie de pasado a presente se obtienen grados de mediatez en cuanto a la donación de sentido retrospectivo, como ilustraba el ejemplo de recordar un recuerdo de una caminata.

mayoritariamente, en grados crecientes de pasividad. (Lo que hemos descrito en la sección anterior es, precisamente, el enlace de toda vivencia con toda otra, a través de los distintos momentos caracterizados.)

Según esto, podemos afirmar que toda vivencia de un yo “está, por fundamentación, en conexión directa o indirecta” con toda otra vivencia; lo que, en términos husserlianos, equivale a decir que todas las vivencias están envueltas en una *fundamentación unitaria*, esto es, que el flujo de las vivencias es, *stricto sensu*, un *todo*.

Hemos alcanzado con esto una determinación más precisa de la trascendencia mereológica de las vivencias; del modo como, siendo éstas partes de un todo, “expresan” su ser parte y expresan, a la par, el todo de que son parte, en grados diversos de mediatez.

“Expresar” tiene ahora un sentido mereológico preciso. Toda vivencia se funda-en y funda otras vivencias, de acuerdo con la forma del doble escorzamiento (y sus ramificaciones). Los momentos de pasado se fundan en vivencias anteriores; los de futuro (para el caso de vivencias ya pasadas), en vivencias posteriores hasta alcanzar el presente vivo. Pero cada vivencia también funda momentos de futuro y de pasado según se ha descrito. Y estos momentos constitutivos del sentido plenario de toda vivencia, expresan, aunque implícita, pasivamente, la liga inmediata de esa vivencia con otras, y, aun más implícitamente, la liga mediata con todas las demás vivencias de la corriente. Es así que decimos que una vivencia cualquiera expresa la totalidad de las vivencias. El presente vivo expresa la totalidad de lo vivido, fundándose en ello y fundándolo, a la vez; pero también vale esto para cualquier vivencia hundida, en relación con todas las demás, por pasivamente que esto se dé.

Cierto es, sin embargo, que el término “expresar” es contradictorio con el carácter implícito (no expreso) de la trascendencia mereológica de las vivencias;⁴¹ más bien habría que hablar de *entrañar*.

⁴¹ Aunque hay un “fenómeno” donde la trascendencia mereológica se volvería más explícita —no enteramente explícita, sin embargo, de no mediar reflexión— y es el que Antonio Ziri6n ha venido llamando “el colorido de la vida”. En su artículo “Sobre el colorido de la vida. Ensayo de caracterización preliminar”, comienza sugiriendo:

En un momento dado, miramos hacia atr6s. Tal vez viv6bamos en otra calle, en otro barrio, en otra ciudad. Recordamos una esquina, unas cuantas fachadas de casas o edificios, el color de las baldosas, el ruido de la tintorer6a de al lado, el olor que la lluvia dejaba en el pavimento. Algo como eso, y si nos lo proponemos, muchas otras cosas semejantes. El entorno era entonces diferente del entorno en que se desenvuelve ahora nuestra vida. Pero eso no era todo, claro est6. Viv6bamos con otras personas, quiz6 con nuestros padres, o solos, o la familia ten6a una composici6n distinta de la que tiene ahora. [...] La vida era diferente. O era mucho, muy diferente. Y podr6bamos seguir puntualizando las diferencias en la medida en que la memoria nos lo permita. Normalmente no nos lo permite mucho, o m6s bien nosotros no nos esforzamos lo suficiente. Pero tampoco es necesario que lo hagamos para captar, por encima de todas esas diferencias, o por debajo de ellas, en una como fulguraci6n casi siempre fugaz, ese peculiar “sabor”, o esa peculiar “coloraci6n” que la vida ten6a entonces. Digo por encima, o por debajo, de cada una de esas diferencias, es decir, de cada uno de los rasgos o elementos de que se compon6a entonces nuestra vida. Pero esto es impreciso. Porque est6 en ellos, no encima o debajo o al lado; s6lo que no en uno solo de ellos. [*Acta Fenomenol6gica Latinoamericana*, Volumen I, 2002, p. 212.]

1.5 El presente vivo y la autobiografía pasiva

La articulación de todas las vivencias entre sí, mediata o inmediatamente, describe, como hemos dicho ya, un conjunto de vivencias envueltas en una fundamentación unitaria, es decir, un todo. La forma de este todo es la trama constituida por todas las vivencias, fundadas unas en otras según la imbricación de los dobles escorzamientos entre las vivencias. Pero aunque esta trama permanezca, en cuanto forma, invariable, en cuanto al sentido de cada vivencia, va modificándose incesantemente. Y esto no sólo porque en cada nuevo ahora se “suma” una nueva vivencia, sino porque cada nuevo ahora se funda-en y funda, potencialmente, un escorzo transversal nuevo, que “reordena” la trama de las vivencias, y porque es sobre cada nuevo ahora que se fundan, en último caso, todos los *momentos de futuro* de todas las vivencias vividas.

Así, pues, a cada presente vivo le acompaña una trama distinta; cambian, sin cesar, los momentos de futuro de todas las vivencias vividas, las posibles asociaciones por semejanza plenaria, pero todo esto se da, en principio, en pasividad, sin que el yo participe de ello. La actividad del yo, en este sentido, se da cuando él constela activamente sus vivencias. Cuando, por ejemplo, relaciona episodios de su vida que hasta el momento no le habían parecido susceptibles de ser unidos bajo ninguna relación. En el intento de comprenderse, encuentra significativo, pongamos, que en circunstancias tan aparentemente disímiles se haya comportado bajo un cierto patrón que ahora se le presenta reconocible como uno y el mismo patrón de comportamiento. Puede el yo, también, a la luz de lo que va viviendo, reevaluar vivencias

En otro artículo dedicado al tema, y titulado “¿Será posible una fenomenología de lo inefable?”, Ziri6n puntualiza: “El colorido es la peculiar y 6nica impresi6n ‘afectiva’ que es o que produce la combinaci6n 6nica de todos los elementos y dimensiones vivenciales que constituyen una vivencia como vivencia integral, como vivencia viva, aqu6 y ahora”; en *Devenires*, VI, N6 12, 2005, p. 81. El colorido ser6a, pues, el momento de unidad (o momento figural) de una vivencia, su sentido plenario. Pero en el primer art6culo referido, Ziri6n formula la siguiente observaci6n: “Como en la percepci6n de las cosas, en que 6stas se destacan contra un fondo u horizonte tambi6n c6sico, la percepci6n del colorido no parece poder darse sino contra el fondo, o en el horizonte, de otro u otros coloridos. Dicho de otra manera: por lo que parece, un colorido no puede darse a conocer m6s que *desde fuera*, es decir, desde fuera de s6 mismo y *a partir de otro*. [...] Esto explicaria tal vez esa notable invisibilidad o transparencia con que se vive el colorido presente, si se le puede en tal caso seguir llamando as6”, *op. cit.*, pp. 216-217.

Hasta donde veo, el colorido, en cuanto sentido plenario de una vivencia, se dejar6a ver en el pasado, en parte por el contraste que surge de la discontinuidad descrita en la secci6n 1.1.2 de este cap6tulo, es decir por el contraste entre el colorido de la vivencia pasada con respecto al colorido de las vivencias previas a la evocaci6n del recuerdo (en sentido amplio, por contraste con el colorido del presente). Pero se trata del colorido “que la vida ten6a entonces”, como si el recuerdo condensara o contrajera, por as6 decir, una etapa o per6odo vital, y m6s precisamente, la huella afectiva de una etapa, es decir, como si se dejara intuir la afectividad de todo un per6odo de vida en unas pocas vivencias, como si, en fin, una parte de ese per6odo “expresara” el per6odo todo (aquellos a6os en aquella casa, en aquel barrio, etc.). Por otro lado, el colorido del recuerdo se muestra del modo como lo hace para el ahora; su momento de futuro es tambi6n decisivo en la coloraci6n. Significativamente, se lee en las *LFCIT*: “[C]ada novedad reobra sobre lo viejo, cumple su intenci6n prospectiva y con ello la determina, prestando a la reproducci6n una determinada coloraci6n. Un efecto retroactivo que es necesario *a priori* se pone aqu6 de manifiesto.”, § 25, p. 75. El colorido, pues, ser6a una evidencia m6s expresa de lo que hemos estado llamando trascendencia mereol6gica. De todos modos, aqu6 s6lo estoy sugiriendo esta tesis; asentarla fenomenol6gicamente demandar6a un esfuerzo descriptivo que aqu6 no puedo permitirme llevar a cabo.

pasadas, encontrarle un sentido más preciso a cosas que, cuando fueron vividas, se le presentaban insinuando significar más de lo que entonces podía ser comprendido (entendido y abarcado).⁴² En estos casos, el yo revisa su historia personal, participando activamente en la articulación de su autobiografía.⁴³ Pero su autobiografía está permanentemente “allí”, presta a ser revisada, reorganizada. Antes de que el yo lleve a cabo actos de “reconfiguración autobiográfica” y, sobre todo, para que el yo pueda llevar a cabo estos actos, debe tener a disposición alguna autobiografía que reconfigurar. El hecho de que el yo pueda comparar vivencias de distintos períodos, como era el caso de la caminata, la ya pretérita evocación de la caminata, y la evocación actual de la evocación pasada de la caminata, es posible gracias a que las vivencias que son activamente comparadas, revaluadas, articuladas bajo nuevos sentidos, ya estaban allí relacionadas de algún modo, con sus momentos de futuro y pasado ligando pasivamente los sentidos de las vivencias entre sí, con todas sus pasivas asociaciones por semejanza plenaria ligando unas vivencias con otras, etc.

⁴² El fenomenólogo László Tengelyi ha expuesto de manera interesante cómo la emergencia repentina de un sentido que, por inesperado, nos compele a reevaluar las historias que nos contamos para explicarnos quiénes somos, conduce a reflexionar, retrospectivamente, acerca de los presentimientos que insinuaban la emergencia de ese sentido y a los que entonces no atendíamos. En su libro *Der Zwitterbegriff Lebensgeschichte* (cuya edición inglesa, que es de la que me valgo, se titula *The Wild Region in Life-History*), dice: “Cuando un nuevo sentido se vuelve repentinamente disponible a nosotros, usualmente descubrimos en nosotros mismos, retrospectivamente, algunos presentimientos —o insinuaciones— que prefiguraban o presagiaban, de varias maneras, los eventos que sobrevendrían, aunque sin *anticiparlos* en el modo de expectativas reales. Estos presentimientos pueden ser tomados como vibraciones de sentido [*sense vibrations*] puestos a un lado por las expectativas actuales antes de que [las vibraciones de sentido] pudieran tomar una forma propia. Es por esto que los presentimientos sólo pueden ser asidos en sus *postvibraciones* —o en sus *reminiscencias*. Es precisamente desde el punto de vista de sus postvibraciones que ellos podrían ser caracterizados como presentimientos: *presentimientos* a los que nunca les fue dada la oportunidad de volverse sentimientos en el sentido propio de la palabra”; p. 83, los subrayados son de Tengelyi, la traducción es mía.

⁴³ El tipo de casos en que el yo participa activamente en la reconstrucción de su historia personal se asemeja a lo que Louis O. Mink ha designado “síntesis comprensiva” y también “juicio sinóptico”; se trata de aquel juicio que es propio del trabajo del historiador. Dice Mink: “[...] el historiador trata con eventos complejos en términos de la interrelación de sus eventos constitutivos [...]. Incluso suponiendo que todos los hechos del caso estén establecidos, queda todavía el problema de comprenderlos en un acto de juicio capaz de asirlos juntamente más bien que de revisarlos *seriatim*”, “The Authonomy of Historical Understanding”, en *History and Theory*, vol. 5, N° 1, 1966, p. 37, la traducción es mía. Y agrega: “[...] la característica distintiva de la comprensión histórica consiste en comprender un evento complejo mediante ‘ver las cosas juntas’ en un juicio total y sinóptico que no puede ser reemplazado por ninguna técnica analítica”, *ibid*, p. 42, la traducción es mía. El punto de Mink está más bien orientado a hacer ver por qué en historia una explicación no puede consistir en “subsumir hechos bajo leyes”, como sostenían los modelos nomológicos de la historia, y por qué, en este sentido, no puede pedírsele a la historia que pueda predecir: la historia debe permitir comprender. El término “comprensión” no se usa aquí en el sentido de Heidegger, sino en el sentido de permitir ver cómo es que los eventos se articulan entre sí como un todo. (El sentido que yo he estado utilizando de comprensión se aviene también más a este uso que al heideggeriano.) Mink no determina qué entiende por todo y sus propósitos no le exigen que lo haga. A la hora de estudiar la construcción de la trama, Ricoeur invoca en *Tiempo y narración* (p. 92) una definición dada por Aristóteles en la *Poética*, según la cual un todo (*holos*) es aquello que tiene principio, medio y fin. Cf. Aristóteles, *Poética*, 7, 1450b 23-26. Desde luego, se trata de una clase de todo difícil, o cuando menos, artificialmente aplicable a casos como los que veíamos en el capítulo primero: una mesa, una cosa cualquiera.

En otras palabras, es porque en todo momento, en todo presente vivo, al yo le acompaña esta trama pasiva de vivencias, que él puede llegar a ser historiador de su propia vida. Habría, pues, que decir que al *yo vivo* le acompaña permanentemente su *autobiografía pasiva*. O, en los términos en que hemos venido hablando, que el presente vivo, y en general cualquier vivencia del yo, entraña pasivamente toda su autobiografía. La vivencia-parte “expresa” el todo vivencial, la trama de vivencias según ha sido descrita.

He introducido el nombre *autobiografía pasiva* sin detenerme en consideraciones narratológicas, de filosofía de la historia o de cualquier otro campo de estudio próximo a la historia o el relato. Lo he hecho en atención a que, en la articulación pasiva de todas las vivencias del yo, desde las más remotas hasta su vivencia actual, se cumplen dos exigencias que convienen a este nombre, a saber: (i) que se trata de una articulación temporal de vivencias, y (ii) que se trata de una articulación capaz de sintetizar, sobre la síntesis trascendental del tiempo, sentidos vivenciales.

A la descripción de estas síntesis estuvieron destinadas las investigaciones del capítulo segundo; a su aclaración mereológica, las secciones precedentes.

CONCLUSIONES

Las preguntas que motivaron este estudio han recibido respuesta. En efecto, en cada vivencia que el yo vive, en cada presente vivo, está entrañado el flujo entero de sus vivencias: su autobiografía pasiva. El modo de este estar entrañado ha sido descrito en el capítulo segundo. Veíamos allí que el sentido plenario de toda vivencia presente se ve co-sostenido por el sentido plenario de vivencias pasadas (a una con lo nuevo que traen la impresión del ahora y la conciencia de futuro), en grados diversos de disponibilidad afectante. Del lado de la retención adherida a la impresión del ahora, se abría una serie de vivencias cuyos sentidos plenarios afectaban de manera más y más mediata el presente vivo conforme nos remontábamos en la serie hacia vivencias más alejadas del ahora. Llamábamos a esto escorzo longitudinal. Pero también del lado de la protención adherida al ahora veíamos cómo estaban siendo ya siempre anticipados, en pasividad, sentidos plenarios de vivencias del pasado lejano, y cómo el sentido plenario de la vivencia inmediatamente disponible-afectante, se veía a su vez co-sostenido, en un segundo grado de pasividad, por el sentido de una vivencia de su propio pasado lejano, y ésta a su vez por otra, y esta última aun por otra y así. Obteníamos, de este modo, una serie de vivencias en grados de potencialidad/pasividad creciente, a la que llamábamos escorzo transversal. A partir del segundo grado de pasividad, no se podía ya hablar de una real afección, de que el sentido de esa vivencia afectara de manera inmediata —aun si pasiva— el sentido del presente vivo; la afección se daba de manera mediata: afectaba el sentido plenario del ahora en la medida en que afectaba el sentido de la vivencia que afectaba inmediatamente (y pasivamente) el sentido del presente vivo. De manera análoga, aun las vivencias más remotas en la serie transversal no podían ser tenidas por una mera nada: sostenían, en último caso, a la serie entera, y ejercían sobre el presente vivo, no un influjo inmediato, pero sí uno mediato, mediatísimo si se prefiere.

A estas dos series de vivencias, escorzo longitudinal y escorzo transversal, les llamábamos las “líneas maestras” de la compleja trama que surgía de advertir que cada vivencia de cada una de los dos series no puede sino escorzarse, en el grado de pasividad que le es propio, en dos series de vivencias, la una transversal, la otra longitudinal, y lo mismo para las vivencias de cada nuevo escorzo, y así *in infinitum*.

Los resultados del capítulo segundo, expuestos en las líneas precedentes de manera más que sumaria,¹ ganaron mayor claridad y respaldo una vez que el capítulo tercero pudo tomarlos y analizarlos a la luz de una teoría de los todos y las partes. Pero para que esto fuera posible se

¹No he dicho, por ejemplo, una sola palabra sobre el escorzo transversal protencional, sobre el efecto de sentido retrospectivo que potencialmente tiene toda vivencia pasada en relación a su posible evocación en cada ahora, etc. Las conclusiones, a mi parecer, deben señalar los resultados principales que ha alcanzado una investigación, así como las vías de exploración que estos resultados sugieren. A ello me atenderé en este apartado.

imponía aún revisar algunas inconsistencias que impedían a la mereología husserliana de la Tercer investigación lógica (expuesta en el capítulo primero) describir, en términos de partes y todos, las vivencias de la conciencia. Se vio que la identificación entre partes concretas y partes independientes no era ya sostenible (el propio Husserl había advertido sobre ello en obras posteriores a las *IL*), pues las vivencias, siendo concretos, no pueden ser independientes entre sí. Con lo cual, fue preciso determinar en qué radicaba, en último caso, que una vivencia fuera un concreto. Sólo entonces el camino estaba despejado para abordar, mereológicamente, los resultados del capítulo segundo.

A partir de entonces, lo que antes describíamos en términos de vivencias pasadas que “sostienen” la vivencia presente, pasaba a ser considerado ahora en términos de *momentos de sentido*, constitutivos del sentido plenario de una vivencia. Al momento de sentido constitutivo del sentido plenario de la vivencia actual (él mismo momento o parte abstracta: su momento de unidad), que estaba “sostenido” por las vivencias del pasado reciente, le llamábamos *momento de pasado reciente en el presente*; al que se veía “sostenido” por vivencias del pasado lejano, *momento de pasado lejano en el presente*. Pero era claro que este “estar sostenido” era exactamente lo que, en términos de una teoría de los todos y las partes, llamábamos fundamentación. Así, pues, se veía que el momento de pasado reciente en el presente se fundaba en el escorzo longitudinal y que el momento de pasado lejano en el presente se fundaba en el escorzo transversal. Y con ello se ganaba claridad en cuanto a lo que en el capítulo segundo era descrito en términos de grados de pasividad/potencialidad: ahora se veía que éstos eran grados de mediatez en la fundamentación, con lo cual, la afirmación acerca de que aun las vivencias más remotas de las series no podían ser tenidas por una mera nada, adquiriría nuevo respaldo: esas vivencias eran, por pasivas o remotas que fuesen, fundantes de las demás vivencias de la serie, o dicho de otro modo, las vivencias más inmediatamente fundantes del presente vivo (de sus respectivos momentos de pasado, reciente y lejano) dependían de las vivencias más remotas de la serie correspondiente.

Pero se veía, a la par, que también cada vivencia de la serie, por estar ella misma fundada en vivencias más mediatas con respecto al presente vivo, tenía su propio potencial momento de pasado reciente y su propio potencial momento de pasado lejano; la potencia crecía según el grado de mediatez en la fundamentación.

De otro lado, toda vivencia pasada tenía también un potencial *momento de futuro en el pasado*, según el orden de la potencia que le era propio. Este momento describía el potencial sentido retrospectivo que la tal vivencia recibiría a la luz de evocaciones posteriores. Pero como en último caso la evocación sólo puede partir del presente, por más que sea posible recordar que he recordado que tal cosa, el sentido retrospectivo último no podía ser donado sino por el presente vivo mismo. Y esto era tanto como decir que todo potencial momento de futuro de toda vivencia pasada se funda, en último término, en el presente vivo. Se concluía, entonces, que, si bien una

parte del sentido plenario del presente vivo (sus momentos de pasado en el presente) se funda en vivencias pasadas, el propio presente vivo funda también el pasado. “De donde —afirmábamos— pasado y presente se fundan bilateralmente: el pasado funda el presente vivo que funda el pasado.”²

Pero aun distinguíamos un *momento de futuro inminente en el presente* y un *momento de futuro lejano en el presente*, también fundantes del sentido plenario de la vivencia actual (juntamente con lo nuevo que trae cada ahora, y con los momentos ya consignados de pasado en el presente). Veíamos que lo protencionado o aun esperado en la conciencia de futuro funda el sentido plenario del presente, pero también que estos momentos se fundan en la impresión de cada ahora. Se trataba, pues, de otra fundamentación bilateral, esta vez entre presente y futuro.

A partir de lo anterior era posible advertir cómo cada vivencia vivida estaba fundada, mediata o inmediatamente en toda otra vivencia vivida; cómo cada una de ellas, en el grado de potencia que le era propio, tenía su potencial momento de pasado reciente y lejano, fundado, respectivamente en su propio escorzo longitudinal y transversal, así como su potencial momento de futuro, fundado en las vivencias posteriores, y, en último término, en el presente vivo. Concluíamos entonces: “De la interrelación de ambos escorzamientos, para toda vivencia, surge una malla o una trama de vivencias interrelacionadas entre sí, de tal modo que todas se ven mediata o inmediatamente relacionadas con todas las demás, y esto, no sólo según la dirección ‘longitudinal’, sino atendiendo también a las síntesis de asociación por semejanza plenaria —así la trama se dé, mayoritariamente, en grados crecientes de pasividad.”³ Se veía, con esto, cómo todas las vivencias se hallaban envueltas en una fundamentación unitaria, o, lo que es lo mismo, cómo todas las vivencias del flujo constituían un todo, y cómo el problema de la trascendencia mereológica, estudiado en el capítulo primero, adquiría ahora una expresión precisa con respecto a las vivencias de un yo: la descripción había permitido determinar de qué modo una vivencia cualquiera de la corriente “expresa” a la corriente misma, a la totalidad de las vivencias que la constituyen, aunque advertíamos que, habida cuenta de la implicación del todo en la parte, resultaba más adecuado hablar de “entrañar” que de “expresar”.

Por último, veíamos que el hecho de que ya siempre todas las vivencias de un yo estén pasivamente articuladas de acuerdo con la trama descrita, esto es, articuladas no sólo con arreglo a los lugares temporales de las vivencias, que describirían una especie de ordenación cronológica de qué fue vivido antes y qué después, sino también con arreglo a semejanzas plenarias de sentidos vivenciales, que esto, decía, era la base indispensable para que le fuera posible al yo llevar a cabo cualquier acto de comprensión, revisión, reconfiguración autobiográfica. Por esto le llamábamos a la trama de vivencias descrita *autobiografía pasiva del yo*.

² *Supra*, p. 169.

³ *Supra*, p. 170.

La descripción estuvo destinada a describir la forma de esta autobiografía pasiva, sin perjuicio de que la autobiografía misma, su “materia”, cambie de manera incesante.

Ahora bien, a partir de estos resultados se abren todavía no pocas preguntas y se insinúan vías de exploración nuevas. Las investigaciones han explorado en detalle las relaciones entre presente y pasado; en menor detalle, las relaciones entre presente y futuro. Pero se ha desatendido cómo y en qué medida la autobiografía pasiva, el pasado así entramado, se funda en lo que es conciente como venidero, futuro, sea éste inminente o no. Un ejemplo bastará para hacer ver la relevancia de este asunto.

Pongamos que he sido injustamente agraviado por alguien. Tengo, sin embargo, buenas perspectivas de que este agravio sea resarcido en el futuro (no importa aquí si a través del arrepentimiento del agraviante —caso de que esto sea suficiente para resarcir el agravio—, o si mediante venganza o intervención de terceros en mi favor). Mis expectativas al respecto pueden formularse en estos términos: “Cuando el agravio sea resarcido, todo este asunto habrá dejado de tener importancia.” Este episodio del pasado, es visto a la luz del futuro. Ahora, todavía se trata de un asunto de importancia para mí, pero abrigo la expectativa de que pueda dejar de tenerla y anticipo, con ello, cómo será estimado por mí este episodio. Tengo, pues, conciencia de cómo el futuro puede afectar mi pasado y hasta de cómo estimaré entonces este episodio pasado. Y este tener conciencia ya está obrando sobre el pasado; en este caso, concediéndole al agravio, cuando menos, una posibilidad de resarcimiento, etc. Así, pues, habría que decir que, de algún modo, las vivencias pasadas podrían tener, también, un momento de futuro fundado en lo protencionado, lo anticipado, lo esperado. Confieso que no he reparado suficientemente en este aspecto. Estas pocas líneas no alcanzan, por supuesto, para resarcir lo que, supongo, no ha sido un agravio, pero sí una omisión que deberá recibir adecuada atención en investigaciones venideras (esto mismo es justo un caso de mi conciencia de futuro obrando sobre este trabajo, ya concluido).

En cuanto a las preguntas que atañen directamente a los resultados anteriores, una inmediata es si, en la incesante mudabilidad de la autobiografía pasiva (de su “materia”), hay “sectores” de la trama que tienen mayor fijeza que otros. Presumiblemente, las vivencias que se encuentran en niveles de pasividad de menor grado sean las más variables; las que, en cambio, se hallan en “lugares” remotos de la trama tendrán una mayor fijeza. Esto no ha sido explorado y es también materia para nuevas investigaciones.

Tampoco se ha investigado si en distintos “lugares” de la trama pueden “repetirse” vivencias vividas o no. Es difícil decir algo al respecto. Lo que es seguro es que el sentido de esas vivencias no puede ser el mismo, caso de haber “repeticiones” de este tipo, pues un cambio de “lugar” en la trama impone de suyo momentos distintos de pasado y futuro, por más que el “contenido” retenido sea uno y el mismo. Pero en la medida en que no haya una investigación

sería destinada a inquirir este asunto, toda respuesta no es sino una especulación (la propia pregunta tiene un carácter algo especulativo; ella misma debería ser inquirida).

Por último, hay dos asuntos que, antes y durante la investigación, fueron tema recurrente de reflexión y que, sin embargo, no han sido siquiera sugeridos.

La descripción de la autobiografía pasiva que acompaña al yo en todas sus vivencias está estrechamente relacionada con la vieja pregunta “¿Quién soy?”. No he estudiado de qué manera se relaciona lo uno con lo otro. Pero durante mucho tiempo abrigué singular interés (todavía lo abrigo) por aquellas vivencias para las cuales el lenguaje coloquial reserva nombres especialmente expresivos. Me refiero a cuando alguien dice que “le cayó la ficha”, o como se dice en México: “Me cayó el veinte.” Este tipo de vivencias no tiene por qué estar referido a uno mismo. A uno puede caerle la ficha o el veinte acerca de por qué una persona hizo tal o cual cosa, de una conspiración, de lo que fuere. Pero también le caen a uno fichas acerca de uno mismo. Uno se da cuenta (la psicología gestáltica llama a esto justo “el darse cuenta”) de algo relevante de sí mismo, de qué era aquella vaga sensación que entonces no había podido comprender de manera cabal, de por qué uno había actuado de tal o cual manera, de cómo una inclinación personal, que al principio se había expresado tímidamente, ahora se ve refrendada con toda contundencia, etcétera. Cuando esto sucede es como si un montón de limaduras de acero dispersas, que no parecían guardar relación entre sí, se vieran súbitamente atraídas por un imán. O como si una misma línea constelara, de golpe, un puñado de vivencias vividas que hasta el momento parecían ser más bien indiferentes las unas a las otras. O, en fin, como si uno encontrara un nuevo, casi insospechado matiz para responder a la pregunta “¿Quién soy?”⁴ ¿Cómo podría verse esto, este caer la ficha, este darse cuenta —que concierne a la actividad del yo—, a la luz de la urdimbre pasiva que ha sido descrita? ¿Qué es lo que debe suceder en pasividad para que el yo “se dé cuenta”? ¿Cuáles son las condiciones de temporalidad que deben darse para alcanzar este *kairós* autobiográfico, este momento propicio para el darse cuenta? Materia, también, para estudios ulteriores.

Por último, quisiera señalar todavía esta otra posible línea de investigación, relacionada, a su modo, con la que acabo de referir. Cuando a uno “le cae el veinte” sobre algo relacionado con sí mismo, pareciera que entonces se sintetizan un conjunto de vivencias y adquieren un sentido unitario; conforman una especie de pequeña colonia en la geografía de la historia personal. Conocerse a uno mismo podría ser pensado, de acuerdo con lo anterior, como la posibilidad de que estas síntesis sean cada vez más abarcadoras: si en lugar de advertir que “una misma línea”

⁴ Transcribo un breve escrito que redacté al respecto. Me parecía, entonces, como si el yo empírico fuese una especie de bola transparente, invisible, incognoscible en toda su dimensión, y el autoconocimiento se pareciera a pegar etiquetas blancas. Decía: “Hay una bola transparente, invisible. Le adherimos etiquetas blancas y cuantas más son, más parece que viéramos la bola. Cuando hayamos agotado la superficie con las etiquetas, la esfericidad de la bola se verá enteramente. Pero nadie puede alcanzar este grado. Tan sólo es posible ver algunas pocas trazas blancas que insinúan curvaturas parciales de una única esfera incognoscible pero cierta.”

une algunas pocas vivencias, que parecían no guardar mayor relación entre sí, fuese posible advertir cómo una misma línea recorre la totalidad de las vivencias (y no me refiero a la “línea del tiempo”), entonces pareciera que uno habría alcanzado un conocimiento cabal de sí mismo. (Éstas son, como se ve, especulaciones, pero al sugerir posibles investigaciones no cabe sino concederse la posibilidad de especular, actividad que a fin de cuentas es necesaria y gozosa.) En términos mereológicos, esto sería tanto como intuir el momento de unidad, o momento figural, ya no de una vivencia, sino de la vida entera. Sería como poder intuir la “figura” total de la vida de uno mismo, algo muy semejante al *totum simul* de Boecio. Esto, por principio, es imposible. Y sin embargo, a menudo se dice que en el instante postrero, aquel que se apresta a morir ve “desfilarse ante los ojos” la vida entera. Éste sería un caso excepcionalísimo e hiperbólico del todo expresado en la parte. Y aunque la idea parece un completo dislate, y aunque parece resistir toda posibilidad de describir esto fenomenológicamente, el hecho de ser una idea límite, como la idea de Dios, le otorga, a mi parecer, un interés peculiar que merecería recibir alguna atención. Cuando menos, el camino necesario para explorar el límite puede resultar de provecho.

BIBLIOGRAFÍA

- ARISTÓTELES. *Poética*, tr. Ángel J. Cappelletti, Monte Ávila Editores Latinoamericana, 3ª ed., Caracas, 1998.
- AGUSTÍN. *Confesiones*, tr. P. Valentín Sánchez Ruiz, S.J. Apostolado de la Prensa, Madrid, 1964.
- BOECIO. *La consolación de la filosofía*, tr. Pedro Rodríguez Santidrián, Alianza, Madrid, 1999.
- BORGES, J.L. “El lenguaje analítico de John Wilkins”, del libro *Otras inquisiciones*, en *Obras completas*, vol. II (1952-1972), Emecé editores, Barcelona, 1996, pp. 84-87.
- COROMINAS, J. *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*, Gredos, 3ª ed., Madrid, 2003.
- DANTO, A. *Historia y narración. Ensayos de filosofía analítica de la historia*, tr. Eduardo Bustos, Paidós, Barcelona, 1989.
- DRETSKE, F. “Simple Seeing”, en D. F. Gustafson y B. L. Tapscott (eds.), *Body, Mind and Method*, Kluwer Academic Publishers, pp. 1-15.
- FAULKNER, W. *Las palmeras salvajes*, tr. Jorge Luis Borges, Edhasa, Buenos Aires, 2004.
- FOUCAULT, M. *Las palabras y las cosas*, tr. Elsa Cecilia Frost, Siglo Veintiuno editores, 32ª ed., México D.F., 2005.
- GARCÍA-BARÓ, M. *La verdad y el tiempo*, Sigueme-Salamanca, Salamanca, 2003.
- GURWITSCH, A. *El campo de la conciencia*, tr. Jorge García-Gómez, Alianza, Madrid, 1979.
- HEIDEGGER, M. *Ser y tiempo*, tr. Jorge Eduardo Rivera, Editorial Universitaria, 3ª. ed. corregida, Santiago de Chile, 2002.
- HUME, D. *A Treatise Concerning Human Nature*, en *British Empirical Philosophers*, A.J. Ayer y Raymond Winch (eds.), Simon and Schuster, New York, 1968.
- HUSSERL, E., *Analyses Concerning Passive and Active Synthesis*, intro. y tr. Anthony J. Steinbock, Kluwer, Dordrecht/Boston/London, 2001.
- _____, *Experiencia y juicio*, tr. Jas Reuter, UNAM, México D.F., 1980.
- _____, *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica (Libro primero)*, tr. José Gaos, FCE, 2ª ed., México D.F., 1997.
- _____, *Ideas relativas a una fenomenología pura y a una filosofía fenomenológica. Libro segundo*, tr. Antonio Zirión Q., UNAM-IIF, 2ª ed., México D.F., 2005.
- _____, *Investigaciones lógicas*, trs. Manuel G. Morente y José Gaos, Alianza, Madrid, 1982.
- _____, *Las conferencias de París*, pres., tr. y notas Antonio Zirión, UNAM, México D.F., 1988.
- _____, *Lecciones de fenomenología de la conciencia interna del tiempo*, intro., tr. y notas Agustín Serrano de Haro, Trotta, Madrid, 2002.

- _____, *Meditaciones cartesianas*, trs. José Gaos y Miguel García-Baró, FCE, 2ª ed., México D.F., 1996.
- _____, *Philosophy of Arithmetic*, tr. Dallas Willard, Kluwer, Dordrecht/Boston/London, 2003.
- LEIBNIZ, G.W. *Discurso de metafísica*, en *Tratados fundamentales. Discurso de metafísica*, tr. Vicente P. Quintero, Losada, Buenos Aires, 2004.
- MCDOWELL, J. *Mind and World*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1994.
- MCTAGGART, J.M.E. “The Unreality of Time”, en *The Philosophy of Time*, R. Le Poidevin y M. MacBeath (eds.), Oxford University Press, Oxford, 1993, pp. 23-34.
- MINK, L. O. “Philosophical Analysis and Historical Understanding”, en *Review of Metaphysics*, vol. 21, N° 4 (84), 1968, pp. 667-698.
- _____, “The Autonomy of Historical Understanding”, en *History and Theory*, vol. 5, N° 1, 1966, pp. 24-47.
- LEE, N.-I. “Edmund Husserl’s Phenomenology of Mood”, en *Alterity and Facticity. New Perspectives on Husserl*, Natalie Depraz y Dan Zahavi (eds.), Kluwer Academic Publishers, Dordrecht/Boston/London, 1998, pp. 103-118.
- PIAGET, J. *Seis estudios de psicología*, tr. Nuria Petit, Planeta-Agostini, Barcelona, 1985.
- RICOEUR, P. *Del texto a la acción. Ensayos de hermenéutica II*, tr. Pablo Corona, FCE, 2ª ed., México D.F., 2002.
- _____, *La memoria, la historia, el olvido*, tr. Agustín Neira, FCE, Buenos Aires, 2004.
- _____, *Tiempo y narración*, tr. Agustín Neira, Siglo Veintiuno editores, 5ª ed., México D.F., 2004.
- SAUSSURE, F. DE. *Curso de lingüística general*, tr. Amado Alonso, Losada, 22ª ed., Buenos Aires, 1945.
- SCHUTZ, G. “Origen y radicalización de la fenomenología de los estados de ánimo: Husserl y Heidegger”, en *Contribuciones desde Coatepec*, N° 11, julio-diciembre 2006, Universidad Autónoma del Estado de México, Toluca, pp. 11-39.
- SERRANO DE HARO, A. *Fenomenología trascendental y ontología* (tesis doctoral inédita), Universidad Complutense de Madrid, Madrid, febrero de 1990.
- _____, “Actos básicos y actos fundados. Exposición crítica de los primeros análisis husserlianos”, en *Anuario Filosófico*, XXVIII/1, Universidad de Navarra, 1995, pp. 61-89.
- TENGELYI, L. *The Wild Region in Life-History*, Northwestern University Press, tr. Géza Kállay, Evanston, Illinois, 2004.
- ZIRIÓN, A. “*Ideas I* en español, o de cómo armaba rompecabezas José Gaos”, en *Investigaciones fenomenológicas*, N° 3, Sociedad Española de Fenomenología-Universidad Nacional de Educación a Distancia, Madrid, 2001, pp. 325-371

_____, “¿Será posible una fenomenología de lo inefable?”, en *Devenires*, VI/ N° 12, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2005, pp. 69-89.

_____, “Sobre el colorido de la vida. Ensayo de caracterización preliminar”, en *Acta Fenomenológica Latinoamericana*, Volumen I (Actas del II Coloquio Latinoamericano de Fenomenología, Bogotá, mayo 22-25, 2002), Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 2003, pp. 209-221.